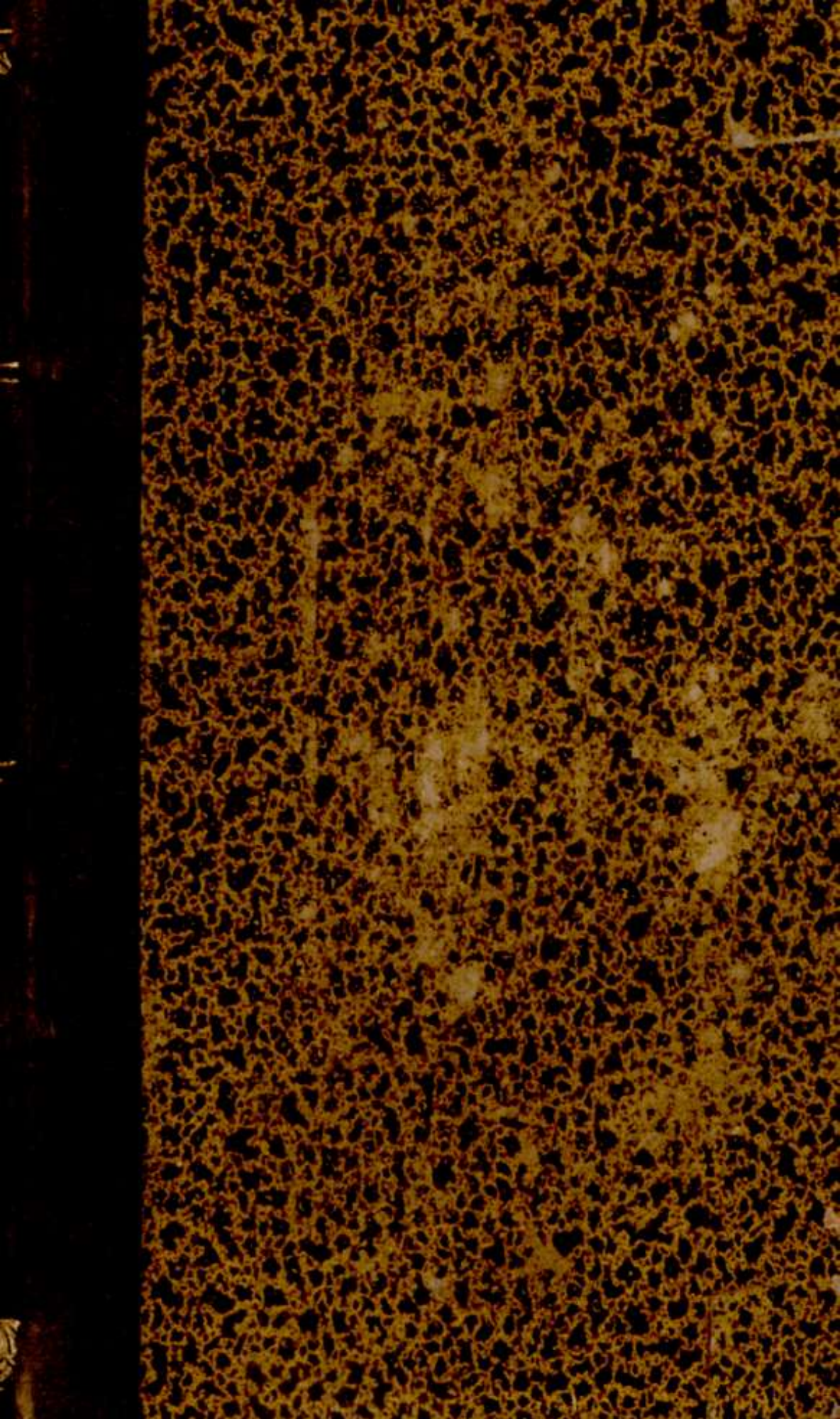


ANT
XIX
70

15 cms.
R. 43.527
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

# AMRI.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

(Publicada por el DIARIO DE CORDOBA.)

TOMO I.

CORDOBA.—1869.

Imp. lib. y litog. del DIARIO DE CORDOBA,
San Fernando, 34.

# AMRI

# PRÓLOGO.

## Los tesoros del Dios Sivah.

### I.

Un pálido rayo de luz se estendia por el horizonte. Las estrellas enpezaban á amortiguarse.

Era el fin de una de aquellas noches de verano, de cuyo secreto será siempre la India la única depositaria.

Por el Occidente el cielo estaba aun oscuro, pero estrellado de oro. Por Oriente los primeros albores de la mañana bajaban hasta la inmensa sábana azul formada por el Océano índico.

Entre Occidente y Oriente, echada al bordo de un promotorio, como una diosa de la antigüedad al salir del baño, una ciudad blanca, coqueta, con sus edificios terminados por azoteas, con un cinturon de jardines verdes y embalsamados, dormita aun: Calcuta.

Calcuta, la capital de esa maravillosa comarca, que ha producido, plantada, sembrada, fecunda como una mujer romana, este mundo estraño y maravilloso, del que los cuentos de hadas de los àrabes no nos han dado sino una copia pàlida, un reflejo sin calor. Calcuta, la ciudad de los prodigios, que el descuido del gabinete de Versalles y las vergonzosas mezquindades de la política, habian entregado á los ingleses, quienes habian edificado el fuerte William el año anterior, es decir, en 1737.

Un hombre á caballo seguia el camino de Chandernagor á Calcuta. El caballo estaba cansado, el ginete dormitaba, el camino, blanco por el polvo, serpenteaba en la llanura cubierta de grandes árboles y mieses aun no ma-

duras, como un cinturon de plata ajustando un vestido verde. No obstante el sueño del caballero, mecido por el monótono movimiento de su montura, era tan ligero, que se despertó á los primeros reflejos del dia, paseó una interrogadora mirada por el paisaje que recorria, y descubrió las blancas murallas de Calcuta, que parecian entonces limitar el horizonte.

—¡Eh!...eh... señor Roberto Walden, amigo mio—se dijo entonces,—teneis el sueño pesado como un gentleman que ha cazado zorras en el Yorksire durante cinco dias y seis noches. Habeis hecho tres leguas durmiendo: no está mal, despues de todo, porque el sueño es una manera ingeniosa de suprimir el tiempo y el espacio, engañando la impaciencia que tiene el hombre de encontrar á su enemigo.

El caballero que acababa de hacer este monólogo, algo misterioso, era de unos treinta años de edad próximamente, rubio, de ojos azules, de perfil aguileño, lábio austriaco, un verdadero

gentleman, viajero cosmopolita, que pasaba en Lóndres por el mas escéntrico de todos los hijos de familia.

Roberto Walden se decia descendiente de Guillermo de Normandia, llamado el Conquistador, y lo probaba. Tenia quince mil libras esterlinas de renta y las gastaba.

Se le encontraba en Lóndres en verano, en las Indias en invierno. Habia llegado hasta la cima de las cordilleras, cazando osos en Rusia y leones en el Sahara. No se le conocian ni querida, ni enemigos, y los que hubiesen oido las palabras que acababa de pronunciar en voz baja, se hubieran admirado mucho; sobre todo si hubieran escuchado la continuacion de su aparte.

—Un caballero de raza normanda,—murmuraba acariciando con la mano las plateadas crines de su caballo,—no debe tener mas que una palabra, y yo he dado la mia á la bella y desgraciada señora Cecily, la esposa de ese bruto de lord Asbuthon, el brillante

gobernador de las Indias, de desembarazarla de su infame cuñado, Jack Asburton, el maldito probado.

—Jack ha llegado ayer á Calcuta, trayendo, el necio, la noticia de la muerte del niño Lionel. Pero yo he recibido el mismo dia una carta de la señora Cecily y héme aqui dispuesto...

Hablando así, Roberto sonreia orgullosamente, y en sus ojos azules, de ordinario tan dulces, se veia una llamarada de cólera. Como el camino que llevaba hacia un recodo, no distinguió hasta entonces un grupo negro que se movia.

La oscuridad era grande todavia; sin embargo, un hombre que ha ascendido á las cordilleras tiene la vista penetrante, y Roberto distinguió al poco tiempo dos hombres que caminaban lentamente; uno de ellos llevaba un fardo á la espalda.

De tiempo en tiempo, estos dos hombres se volvian, y parecian esplorar con sus miradas el camino que ya habian recorrido.

—Tal vez tengan estas gentes necesidad de mí,—pensó Roberto Walden,—y apresuró el paso de su caballo.

Cuando estuvo muy cerca de este grupo de peones, los examinó mas atentamente. Uno era de edad madura. Este era el que llevaba un fardo á la espalda. Era pequeño, flaco, nervioso. Su tez era bronceada, pero no tenia los tonos cálidos que da el sol indio.

Roberto reconoció en él un *zíngaro*, es decir, un gitano. Los gitanos no tienen pátria; andan errantes por el universo, buscando con preferencia las ciudades populosas.

Dos años ántes, el rey Jorge III habia hecho una verdadera *razzia* de los gitanos que pululaban en Lóndres y los habia enviado á la India.

El compañero del hombre del fardo era un jóven que podia tener catorce ó quince años.

Era alto, de hermosa figura y de una belleza enérgica, à pesar de su tez cobriza.

Llevaba un pañuelo rayado atado

alrededor de la cabeza, y largos pendientes de vidrio brillaban junto á sus mejillas.

El fardo que llevaba el otro gitano no era otra cosa que una encantadora niña de cuatro años, blanca como un lirio y de rostro rodeado con una profusion de cabellos negros.

Cuando Roberto Walden estuvo á su lado, oyó las siguientes palabras cambiadas rápidamente entre los dos gitanos.

—Estoy cansado,—decia el mas viejo,—y si este caballero quisiera solamente tomar mi pequeña Topsy y llevarla delante de él hasta las puertas de Calcuta...

—Cállate, Nathaniel,—respondió el otro;—siempre serás un mendigo cobarde y sin corazon. Dame tu hija, yo la llevaré. Ninguna nocesidad tenemos de este caballero.

Pero Roberto, que iba detrás de ellos, interpeló entonces al muchacho.

—¡Hola, hola!—dijo,—somos altivos, á lo que parece.

El niño se volvió y sostuvo tranquilamente la mirada del caballero, mientras que el mas viejo se inclinaba saludando.

—Soy altivo,—dijo,—porque tengo derecho á ello.

Y quiso continuar su camino. Roberto le detuvo con un gesto.

—Querido,—dijo,—no soy ni un oficial del rey Jorge ni uno de los miembros del parlamento que ha hecho arrojar á tus semejantes de Lóndres, y estaria mal hecho por tu parte rehusar un servicio. Puesto que tu compañero está fatigado, que me dé á su hija, yo la llevaré delante de mí.

Roberto hablaba con franqueza, y su acento estaba lleno de amenidad.

El jóven gitano, que marchaba con los piés desnudos, con un mal fusil á la espalda y un puñal en la cintura, se sintió vencido por esta sencilla y franca generosidad.

La niña, rendida por la fatiga, y con los ojos soñolientos, miraba unas veces al caballero y otras á su caballo.

—Vamos,—dijo Roberto al que el jóven habia llamado Nathaniel;—dame tu niña y dime dónde debo dejarla en Calcuta.

Nathaniel miró á la niña y la dijo en inglés:

—¿Quiéres ir con su señoría?

—Sí,—respondió aquella.

Roberto alargó los brazos, la cogió y la sentó delante de él encima del cuello de su caballo.

Entónces Nathaniel le dijo:

—Dios asista tambien á los que acuden en socorro de los pobres. Si vuestro honor quiere dejar la niña en el arrabal de Calcuta, en el *Schoultry* del Brahma, yo la recogeré á mi llegada.

—Qué quiere decir el Schoultry del Brahma?—preguntó Roberto Walden.

—Es una taberna que pertenece á un antiguo sacerdote indio, al que han destruido su templo los ingleses y por consiguiente arruinado su profesion. Careciendo ya de ídolo á quien servir, el buen hombre se ha hecho tabernero.

Roberto Walden se echó á reir.

—Adios,—dijo,—hallaràs á tu hija en el Schoultry.

Y acercando las espuelas á su caballo, se apartó al galope, dejando á los dos gitanos seguir su camino á pié y trabajosamente, por que ya habian hecho una larga jornada.

—Has hecho mal, Nathaniel,—dijo entonces el jóven gitano,—en confiar tu niña á ese caballero.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque los ingleses son nuestros mas mortales enemigos.

—Razon de mas para servirnos de ellos.

—Despues, repuso el jóven,—porque gentes que roban provincias, como los ingleses, son muy capaces de robar niños.

Nathaniel se puso á reir ruidosamente,

—¡Por los cuernos del diablo!—dijo,—si este señor quiere encargarse de Tepsy y adoptarla, me hará un favor.

—¡Cómo! ¿tú abandonarias á tu hija?

—Una bribonzuela que llora dia y noche, que es preciso llevar á todas partes con sigo desde que ha muerto su madre, y que me incomoda para mi comercio!... ¿Tú no sabes que ayer quiso ahogar á Mika, este querido animalito que me es tan útil?

Hablando asi, Nathaniel metió la mano en su bolsa, y sacó un objeto rojizo é inquieto, un animal de ojos pequeños y hocico puntiagudo, una garduña. Pasando su mano por el lomo del horrible animal al que se puso á acariciar, el gitano añadió:

—Dichosamente Mika se pudo escapar y la mordió.

—Nathaniel,—dijo gravemente el jóven,—yo seré rey de los gitanos algun dia, no lo olvides.

—¿Y bien?

—Este dia te arrojaré de la tribu; tú eras un mal padre.

—¡Bah!—dijo Nathaniel riendo,—si no tengo las cualidades de un jefe de familia, tengo otras; y esta querida Mika, á quien tú tambien ódias, ha pres-

tado grandes servicios á nuestra tribu.

El jóven se encogió de hombros.

—Sí, ya lo sé,—dijo,—Mika y tú, el hambre y la bestía, sois los ladrones de la tribu, despojabais las tiendas de los joyeros en Lóndres; pero ahora estamos en la India y tendria curiosidad de saber...

—¿Lo que voy á hacer en Calcuta?

—Sí.

—¡Pues bien! voy á ver si las tiendas están tan bien provistas como las de Lóndres.

El jóven plegó desdeñosamente los lábios.

—Yo,—dijo,—tengo otro objeto.

—¿Cual?

—Es un secreto: pero para que no me fatigues con tus preguntas, te diré únicamente que busco un tesoro.

Esta palabra hizo abrir grandes ojos á Nathaniel.

El jóven se llevó un dedo á los lábios, y añadió:

—Si le descubre, el último gitano en nuestra tribu será mas rico que un

pan de Inglaterra, y tú no tendrás necesidad de tu garduña.

Entonces,—dijo secamente Nathaniel,—trataré de amar á mi hija.

Hablando así llegaban á las primeras casas del arrabal oriental de Calcuta.

—Adios, dijo el jóven.

—¿A dónde vas, Juan?

—En busca del tesoro.

—¿Te volveré á ver en Calcuta?

—Tal vez nos encontremos esta tarde en el campo... ¡Hasta la vista, y buena suerte!

Nathaniel siguió una calle ancha y larga, en medio de la que estaba situada la taberna del Brahma; y el que habia llamado Juan y se hacia llamar Juan de Francia entre los gitanos, volvió bruscamente á la izquierda y bajó hácia el puerto.

El dia habia aparecido por completo, y la mar resplandecia como un inmenso espejo metálico.

Bajo el cielo de la India se vive de noche, se duerme de dia.

A los primeros rayos del sol, los habitantes entran en sus casas y se acuestan; á los últimos fulgores del crepúsculo las calles de una ciudad india se llenan, se elevan murmullos, resuenan cantos; el soldado recorre las tabernas, el indon pide limosna, el bonzo murmura su oracion, el dervich se pone á girar sobre si mismo (lo que es su manera de adorar á Dios), la bayadera adopta sus posturas mas graciosas, y hace, bailando, chocar los brazaletes de oro que cubren su desnudo brazo. Como el sol no habia aparecido aun en la cima de las montañas que terminan el horizonte, los muelles del puerto se hallaban sumamente animados, y un grupo de marineros ingleses rodeaba á una bayadera que bailaba al sonido de un tambor y una flauta de Pan, dos instrumentos que un solo hombre, un indio anciano, ponia en movimiento, tocando el tambor con la mano izquierda y asando con la derecha la flauta por sus labios. Hácia este grupo se dirigió Juan de Francia.

Demasiado ocupados con el baile y la belleza de la bayadera no repararon en él. El jóven se deslizó hasta la primera fila, miró atentamente al viejo indio y murmuró en inglés:

– Es él.

Despues salió del grupo y se detuvo á alguna distancia, como un hombre que duda sobre el camino que deberá tomar. De pronto se oyó sonar el cañon del puerto. Era la señal que anunciaba la apertura de las puertas de la ciudad inglesa.

En el mismo instante, la bayadera dejó de bailar, el indio colocó su flauta y su palillo en la cintura, y los marineros se dispersaron.

Juan de Francia habia desaparecido y ganado una callejuela estrecha corriendo; habia ido à acostarse á la puerta de una especie de cabaña construida con tierra y bambús.

Singulares geroglíficos, estrañas pinturas rojas y azules cubrian la puerta de esta cabaña; Juan de Francia se echó en el suelo y fingió dormir.

Algunos minutos despues, se oyeron pasos en la callejuela y un sonido de voces llegó á oidos del jóven gitano. Eran la bayadera y el tañedor de flauta, que hablaban en lengua india.

Juan de Francia estaba perfectamente inmóvil.

El indio se detuvo á la puerta de la cabaña, reparó en Juan de Francia y dió un paso atrás.

—Duerme,—dijo la bayadera.

El viejo le empujó con el pié y le dijo en indio:

—¡Quítate de ahí, perro estranjero; estás á la puerta de un templo!

El que fingia dormir abrió un ojo y le volvió á cerrar gruñendo.

—Está ébrio,—murmuró la bayadera.

El indio introdujo una llave en la puerta de los geroglíficos, la que se abrió; su compañera y él volvieron á cerrar despues de haber entrado en el templo.

Entonces Juan de Francia se acercó á la puerta y pegó un ojo á una hen-

didura, por la que podia ver distintamente en el interior.

El indio y la bayadera hablaban en voz baja; pero Juan de Francia tenia un oido muy fino, y se sonrió con aire de triunfo, murmurando para sí:

—Afortunadamente comprendo el idioma de los sacerdotes de la India.

## II.

Una hora antes, el *Schoultry del Brahma*, aquella taberna de que Nataniel el gitano habia hablado á Roberto Walden, reunia una numerosa concurrencia al rededor de sus mesas.

Una docena de oficiales ingleses hablaban gravemente, bebiendo vinos de Francia y fumando en largos *chibouques* perfumados.

—Señores,—decia uno riendo,—como somos ingleses, nadie mejor que nosotros debe comprender el humor escéntrico, el spleen, y lo que nuestros novelistas llaman las mariposas negras. Sin embargo, confieso no haber conocido

un gentleman mas sombrio y mas triste que nuestro gobernador su gracia lord Asburthon.

—Yo no sé si es sombrio,—respondió un jóven abanderado, niño de diez y ocho años, rubio y rosado como una doncella;—pero lo que puedo asegurar es que no se le ve nunca; se oculta á nuestras miradas, como los antiguos reyes de Persia que vivian detrás de una cortina.

—En cuanto á mí,—repuso un tercero,—creo que lord Asburthon tiene pesares del corazon.

—Además, está separado de su mujer que, segun dicen, es muy bella.

—Yo la he visto, dijo un cuarto bebedor jóven oficial, millonario, que en Lóndres era recibido por la alta aristocracia.—La señora Cecily tiene apenas veinte años; es muy hermosa, y lord Asburthon debió perder la cabeza el dia en que, en vez de llevarla consigo, la desterró á un viejo castillo de Escocia, donde educan á su segundo hijo, á quien su padre aborrece desde la hora de su nacimiento.

Uno de los bebedores que se habia adormecido, y cuya avinada cabeza habia convertido la mesa en una almohada, abrió entonces los ojos y miró á sus compañeros. Era un hombre de treinta años próximamente, de gruesos lábios, robusto cuello y cabellos negros, y cuyo rostro todavia hermoso, pero fatigado, llevaba las señales de dos pasiones que gastan rápidamente al mas sólido campeon: el juego y la embriaguez.

—¡Calla!—gritaron los demás,—el cirujano Bolton se despierta. Tienes el gin ligero, hoy, doctor.

Tan ligero, señores, que creo haber oido el nombre de la señora Cecily.

—Es verdad.

Bolton frunció el entrecejo.

—Señores,—añadió,—decid lo que gusteis acerca de lord Asburthon: afirmad que es un hombre brutal, colérico, que arruinará nuestra influencia en la India con sus escentricidades y sus crueldades inútiles, poco me importa. Añadid que está engreido con su

raza, como si se remontara hasta Júpiter, y que sueña para su primogénito, un pícaro muchacho que es el retrato del Sr. Jack Asburthon, su tio, un porvenir espléndido, aunque debiera para ello arruinar á la compañía de las Indias; yo no os contradiré. Pero no toqueis á la señora Cecily, que es un ángel de virtud, de nobleza y de bondad.

—¿Y bella ademas?—añadió uno de los oficiales.

Bolton se echó de beber.

—Capaz de volver locos á todos,—dijo.

—¡Pues bien, doctor, amigo mio!—repuso el oficial que se habia quejado primero del caracter de lord Asburthon, —puesto que te hallas tan al corriente de los asuntos del gobernador, dinos...

—¿Qué quereis saber?

—La causa por la que ha enviado lord Asburthon á Escocia á su mujer.

—¿Por qué?—dijo Bolton con aire sombrio; porque siempre hay un demonio celoso de un angel; porque lord

Asburthon tiene un mal genio que ha osado calumniar á la duquesa y hacer nacer dudas infames sobre el nacimiento del pequeño Lionel.

—¿Y... este mal genio?...

—Llegó ayer á bordo de un buque que venia de Inglaterra: es el señor Jack, el jorobado, el malvado; el señor Jack Asburthon, el hermano menor del gobernador, el Sr. Jack, el espíritu tortuoso y cobarde, que desearia ver morir al niño Roger como acaba de morir el desgraciado Lionel.

—¡Cómo!—esclamaron todos,—¿el último hijo de la duquesa ha muerto?

—El señor Jack, encargado de una mision cerca de su hermano por el gabinete de Lóndres, es quien ha traido la noticia.

—¿Y lord Asburthon no ha esperimentado ningun dolor?

—Ninguno. Además el gobernador no ama á nadie. Si muriera su hijo mayor, quedaria mortificado en su orgullo; el par de Inglaterra sufriria tal vez, pero el hombre... jamás.

—El cirujano Bolton dice muy bien, señores,—dijo entonces una voz en el umbral de la puerta.

Todos se volvieron y un hurra general resonó.

—¡Hola!—dijo Bolton,—¡es el muy honorable Sr. Roberto Walden!

—El mismo, señores; yo os saludo.

El gentleman llevaba de la mano á la gitanilla, que paseaba sus atónitas miradas por todos aquellos brillantes uniformes.

—Señores,—dijo Roberto,—os presento el fruto de una caza nocturna. Ved que preciosa pieza he dado en mi camino. Es lindísima, á pesar de sus harapos, esta niña.

Y el gentleman acariciaba la desordenada cabellera de la pequeña Topsy, y añadió:

—¿No se la tomaría por hija de un príncipe? Pobre niña, ¡cuánto debe sufrir entre los suyos!

—Pero es una de esas gitanillas que vagan por las calles de Calcuta los dias de fiesta,—replicó el cirujano Bolton.

—Sí.

Y Roberto contó de que manera se hallaba protector momentáneo de la niña. Despues la puso sobre sus rodillas, se sentó á la mesa de los oficiales, y les dijo:

—Echadme una copa de champagne, señores.

—¡Y bien!—dijo el abanderado,—¿de donde venis, pues, señor Roberto?

—De los bosques de Burdwan, donde he cazado elefantes.

—¿Y venis á Calcuta á cazar tigres?

—Justamente.

—Se cumplirá vuestro deseo, Sr. Roberto Valden,—dijo un recien venido que entró en este momento.

Era un ayudante del gobernador.

—Señores,—añadió,—lord Asburthon os invita á una gran caceria en los juncales de Bao. Esta tarde es la partida.

—Entonces,—dijo el cirujano Balton,—voy à preparar mi bolsa, porque el gobernador no economiza su gente. No faltará obra á mi bisturí.

—Señores, señores,—observó el abanderado,—olvidais el servicio;—son las cinco de la mañana y es la hora del ejercicio.

Los oficiales se levantaron y salieron, á escepcion de Bolton y Roberto Walden, que no pertenecian al ejército.

El último, hallándose por fin solo con el cirujano, dirigió una mirada á su alrededor para asegurarse de que podian hablar con toda libertad.

—No es á la caza del tigre á lo que he venido,—dijo á media voz.

—¡Oh! me lo figuraba,—esclamó Bolton con aire misterioso,—ya sé que profesais á la infeliz señora Cecily un afecto respetuoso.

Roberto suspiró.

—Y que habeis jurado un ódio mortal al infame Sr. Jack.

Un relámpago de cólera brilló en la clara mirada del inglés.

—¿Sabeis que ha muerto el niño Lionel?—añadió el cirujano.

—Sí,—dijo Roberto;—pero el Sr. Jack no tendrá tiempo para asesinar al otro: ya estoy yo aquí...

Mientras cambiaban estas palabras en voz baja, se sintió ruido de pasos fuera del Schoultry, y á poco Roberto Walden vió que entraba el gitano Nathaniel. En seguida la niña se abrazó al gentleman, haciendo un movimiento de espanto.

—¡Cómo! hija mia,—dijo Roberto con bondad,—¿no reconoces á tu padre?

—¡Oh! si,—dijo la niña con las lágrimas en los ojos,—pero no quiero volver con él,

—¿Por qué?

—¡Es muy malo... y me pega!

Y Topsy miraba con espanto el horrible animal que asomaba su hocico en la abertura del bolsillo de Nathaniel.

El gentlemaa miró severamente al gitano.

—¡Cómo, bribon!—le dijo—pegas á tu hija.

—¿Qué quiere vuestro honor?—dijo el gitano con descaro—siempre está incomodando á mi gardnña. Mika me ayuda á ganar mi vida, y esta niña es una carga para mí.

—¿Quieres cedérmela?—dijo Roberto despues de reflexionar algunos segundos.

A esta pregunta á quemaropa, Nathaniel dió un paso atrás, y su rostro tomó una espresion de alegre sorpresa.

Roberto acarició á la niña diciéndola:

—¿Quieres quedarte conmigo, hija mia? te enseñaré á leer en libros con estampas, y te daré hermosos vestidos como los de las hijas de los lores.

—Oh! si quiero!—esclamó la niña echando los brazos al cuello del caballero.

Roberto sacó su bolsa y la arrojó á los piés de Nathaniel, diciéndole con desden:

—No eres padre de esta niña. Un horrible mono como tú, no podría haber engendrado este lindo querubin.

El gitano recogió la bolsa y respondió descaradamente:

—Despues de todo, tal vez tenga razon vuestro honor. La madre de esta niña era ligera, lo que me ha obligado á zurrarla mas de una vez.

Dicho esto, saludó y salió, abandonando á su hija, y acariciando á su garduña.

## III.

La luna iluminaba la vasta sábana que se estiende entre Calcuta y el Sunderbundo. Serian las dos de la mañana, y la escolta de lord Asburthon, gobernador general de las Indias, caminaba desde las diez de la noche.

Una docena de elefantes de caza, montados por indios, y algunos oficiales ingleses, abrian la marcha.

Detrás, como un antiguo general de ejército, se adelantaba el elefante blanco del gobernador.

Lord Asburthon parecia querer justificar por completo la opinion de sus oficiales, á saber: que se hacia impopular en la India por todos los medios. Hacer servir de montura á un elefante blanco, animal reverenciado como un dios por los indios, era dar á conocer el mas profundo desprecio por la raza conquistada.

El elefante llevaba un howdah cerrado, herizado de puntas de hierro, en el que iban el *mahotte*, que dirigia al animal con una varita terminada por un gancho de acero, y el gobernador, armado de una carabina de dos tiros y de una lanza envenenada con el terrible *curare* de Java.

El cirujano Bolton iba á caballo al lado de Roberto Walden, montado en un vigoroso corcel de raza árabe. Los dos hablaban en voz baja.

—¿De modo,—decia el cirujano,—que pensais provocar al Sr. Jack?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana, al volver de la caza.

—¿Y se batirá el Sr. Jack?

—Será preciso, cuando le haya abofeteado delante de los oficiales de su hermano.

—¡Oh! tenga cuidado vuestro honor; el Sr. Jack es un miserable capaz de añadir una nueva infamia á las demás, y de gritar que sois el amante de la señora Cecily.

—Lord Asburthon no lo creeria.

Bolton movió la cabeza.

—El gobernador cree todo lo que le dice su hermano. Además, si yo os pudiera dar un buen consejo...

—Veamos,—dijo Roberto Walden.

—Dejad la caza, volved á Calcuta, provocad al Sr. Jack, y si le matais, huid. Lord Asburthon seria capaz de ahorcaros.

—Lo pensaré,—dijo flemáticamente el escéntrico gentleman.

De repente, los indios que precedian al cortejo lanzaron grandes gritos; los elefantes se detuvieron, golpeando el suelo con sus piés, y los caballos erizaron sus crines y enderezaron sus orejas en señal de espanto. El de Roberto Walden se encabritó.

—¡Oh! ¡Oh!—dijo Bolton,—¡el tigre ya! Los indios nos han engañado diciéndonos que no le hallariamos sino al romper el dia.

Apenas Bolton acababa estas reflexiones, cuando un terrible rugido resonó en los juncos, y un tigre mónstruo

saltó en medio del circo formado por los elefantes.

Veinte balas silbaron sin herir al mónstruo, que se contrajo un momento sobre sí mismo, con ojos sangrientos y boca humeantes, en seguida de un solo salto, cayó sobre el caballo que montaba Roberto Walden y le clavó las uñas en el pecho. El caballo lanzó un relincho de dolor, y cayó al suelo con su ginete.

Pero Roberto Walden, que no había perdido un solo instante su sangre fria, se desembarazó del caballo, y mientras el tigre se encarnizaba con el animal moribundo, le apoyó la boca de su carabina en la oreja é hizo fuego. El tigre cayó muerto en el acto. Pero un prolongado rugido se elevó casi al mismo tiempo de en medio de los juncos, y un nuevo mónstruo, la hembra, apareció.

Era mayor que el macho que acababa de morir: pasó rápida como el rayo, derribando, destrozando cuanto hallaba en su camino. Roberto Walden estaba á pié sin otra defensa que su caballo muerto.

Pero la fiera no se dirigió á Roberto Walden. Despedazó con sus garras á dos indios que la cortaban el paso, y saltó sobre el elefante blanco del gobernador.

Lord Asburthon era sereno; cogió su carabina é hizo fuego con los dos cañones casi á quema-ropa.

La tigre no cayó; con las uñas y los dientes se aferró á la rujosa piel del elefante, que trataba en vano de aplastarla con los piés, y sus enormes patas tocaban el howdah que con la conmocion se inclinaba hácia adelante.

—¡Pero tirad, canallas!—gritó Roberto Walden, á los indios de la escolta.

—No tirarán—dijo Bolton que ya habia hecho fuego con su carabina sobre el animal y carecia de armas cargadas, no tirarán de miedo de herir al elefante blanco que es para ellos un Dios.

Ya habia la fiera clavado sus uñas en los bordes del howdah y lord Asburthon se hallaba tan cerca de ella que no podia hacer uso de su lanza, cuando un hombre, mas bien un niño, agil co-

mo los tigres, saltando como ellos, se lanzó desde el centro de la espesura, armado únicamente de un puñal. Agarró con las dos manos la cola del mónstruo, se colgó de ella, y cuando aquel se volvia para desgarrar á este nuevo enemigo, le introdujo su puñal en la garganta.

Las uñas de la tigre, profundamente clavadas en el cuero del howdah, se desasieron, y el hombre y la bestia rodaron confundidos por el suelo, el hombre hiriendo siempre, la bestia lanzando rugidos furiosos. Esta lucha de un minuto tuvo, para los ansiosos espectadores, la duracion de un siglo.

Pero todos lanzaron un grito de triunfo, cuando vieron al hombre levantarse solo, tranquilo y altivo, hollando con sus piés el cadáver de la fiera.

—¡El gitanillo!—esclamó Roberto Walden.

Era, en efecto, aquel niño de catorce años, á quien el noble gentleman habia encontrado la mañana anterior

camino de Calcuta, y que hemos dejado escuchando á la puerta de la pagoda.

Todos rodearon entonces al jóven, y el gobernador de las Indias, el noble lord Asburthon, se dignó bajar de su elefante para dar las gracias á su libertador.

—¿Quién eres?—le dijo,—¿cuál es tu raza?

El muchacho dirigió al temible gobernador una mirada tranquila y altiva.

—Me llamo Juan de Francia,—contestó,—y soy gitano.

—¡Y bien! á un hombre tan bravo como tú no le conviene una existencia vagamunda. ¿Quieres entrar á mi servicio? Haré tu fortuna.

El niño miró altivamente al lord.

—Perdonad, señor,—dijo,—pero de ese modo reconoceriais mal el servicio que os acabo de hacer. Soy noble, desciendo en línea recta de Roberto, conde de Granville, y no sirvo á nadie.

Dicho esto, dió un paso atrás y saludó.

—No es un gitano,—dijo Roberto Walden,—es un verdadero hidalgo.

Lord Asburthon, pálido de cólera, habia tomado un bolsillo de su cinturon.

—Guardad vuestro oro, señor,—le gritó Juan de Francia,—¡yo no pido limosna!

Y se lanzó fuera del círculo formado á su alrededor, saltó á los juncos y desapareció.

—¡Este bribonzuelo se ha burlado de mi, en verdad!—murmuró el gobernador.

—Pero ha salvado la vida á vuestra gracia,—respondió Roberto Walden con una ligera ironía;—lo que es una gran compensacion.

El gobernador se mordió los labios.

—Vamos, señores,—esclamó;—¡en marcha!... Estamos lejos aun de las ruinas del templo de Baghis, que nos sirve de punto de reunion.

—Yo,—murmuró Roberto Walden al oido del cirujano Bolton,—voy a hacer frente á retaguardia en la primera ocasion, pues quiero tener un dia completo, y cazar un hombre despues de haber cazado un tigre.

—Tomad mi caballo,—dijo Bolton,—yo voy á montar en un elefante:—y añadió:—si cazais hoy otra pieza, habreis prestado un inmenso servicio á la antigua Inglaterra.

## IV.

Juan de Francia no habia huido, como se hubiera podido creer. Habia dado algunos pasos por entre las altas yerbas, y se habia dirigido á una especie de verde gruta, formada por lianas y arbustos.

Aquí le esperaba un hombre tendido en el suelo.

Este nuevo personage merece una descripcion particular.

Era una especie de gigante de tez cobriza, espesa cabellera, mirada feróz, un cíngaro al que por su fuerza hercúlea se conocia con el nombre de Sanson.

De oscura inteligencia y naturaleza salvage, este hombre que tocaba los límites de la edad madura, no reconocia

en la tribu sino una dominacion: la de Juan de Francia.

El uno tenia inteligencia, valor y astucia, el otro poseia la fuerza brutal, y estas dos naturalezas asociadas podian hacer prodigios.

A pesar de su juventud, Juan de Francia ejercia entre los gitanos una autoridad que nadie trataba de disputarle.

Era su cualidad de hermano de Cynthia la reina de los gitanos, lo que le valia esta autoridad? No: era aquella mirada dominante, aquella intrepidez á toda prueba, aquella inteligencia superior á las demás, lo que distinguia al jóven cíngaro.

Juan de Francia podia contar con todos los individuos de su tríbu; pero ninguno de ellos valia, á sus ojos, lo que el coloso Sanson.

Este era la fuerza pasiva, obediente, que no se toma el trabajo de reflexionar, ni de discutir. Sanson mataba, si Juan de Francia le mandaba que matase, perdonaba, si el niño le contenia con la mirada.

Era su único confidente, y Juan de Francia estaba persuadido de que un secreto estaba mas seguro en el corazon de Sanson que en lo profundo de una tumba.

Ni Cynthia, la jóven reina de los gitanos, ni Nathaniel, el hombre de la garduña, ni Megashor, la vieja gitana que vendia filtros a los amantes y venenos á los herederos impacientes, ni Elpsy y Dinah, dos hermanas gemelas de la tribu que se habian criado con Juan de Francia, podian vanagloriarse de haber penetrado el alma ambiciosa y profunda del futuro rey de los gitanos. Pero Sanson, por su parte, todo lo sabia. Un dia Juan de Francia le habia dicho:

—Tu eres el perro fiel que yo buscaba, y nunca tendré secretos para tí.

Asi es que cuando el jóven llegó, Sanson se puso respetuosamente en pié, como un soldado ante su general.

—Eres exacto, Sanson,—dijo Juan de Francia. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Hace una hora, mi amo.

—¿Nadie ha podido apercibirse de tu salida del campo?

—Nadie.

—¿Dónde está el carrito!

—Allá abajo, cerca del tamarindo; yo le arrastraré mejor que un caballo.

Juan de Francia se sonrió.

—Ten cuidado,—dijo,—tal vez la carga sea muy pesada.

—No sé,—respondió el coloso.—Me habeis dicho: «Hállate esta noche cerca del gran tamarindo, en el camino del templo de Sivah; apodérate del carrito de un cultivador de arroz y condúcele à fuerza de brazos.» He obedecido sin preguntarme lo que queriais hacer.

—Bien,—dijo Juan de Francia;—pero yo te lo voy á decir ahora; escucha bien, Sanson, y trata de comprender.

—Haré un esfuerzo,—mi amo,

Juan de Francia se tendió sobre la yerba, miró las estrellas, que empezaban á palidecer, y dijo:

—¿Oyes ruido de pasos en direccion del Poniente?

—Nó.

—Entonces hablemos. Este carrito que has robado debe servirnos para llevar un tesoro, que consiste en oro y pedrería, bastante á enriquecer para siempre al rey Jorge y á toda su nobleza.

Los ojos de Sanson brillaron de codicia.

—Ya hace un mes,—prosiguió Juan de Francia,—que busco las huellas de este tesoro dia y noche.

—¿Y le habeis encontrado?

Juan repuso despues de algunos momentos de silencio:

—Los ingleses se creen dueños de la India; se imaginan haber reducido á la impotencia á esta nacion aterrada, pero no sometida, y que sueña con reconquistar su independencia. Para esto, hacen falta, soldados, hace falta oro, mucho oro. Los beuros, los brahmanes y los derviches son los que se han impuesto la mision de reunir, acrecentar y guardar fielmente este tesoro, que debe servir algun dia para que la India recupere su libertad. Una mañana, me

hallaba acostado al pié de las murallas de Calcuta mucho antes de amanecer, esperando á que se abrieran las puertas. Un brahma anciano se hallaba sentado cerca de mí, junto á una mujer de su raza, y los dos hablaban. Se servian de la lengua sagrada, en la que únicamente están iniciados, y que yo sé por haber pasado tres meses en compañia de un brahma proscrito. Nada se me escapó de su conversacion, y he aquí lo que supe. Para reunir este tesoro, la India entera se ha puesto à trabajar: el tañedor de flauta que tiende la mano, la bayadera que baila delante de los soldados ingleses por un schelin, el derviche que pide limosna, el ganapan indio que trabaja en los puertos, cada uno trae su tributo á la primera pagoda que encuentra en su camino. Un sacerdote le recibe y le une á las sumas ya recogidas. Cada ocho dias este sacerdote deja la ciudad una noche, camina toda ella y llega en medio de un bosque; allí encuentra otro sacerdote que recoge su ofrenda, y le dice: «Márchate sin volver la vista atr às.»

—Y este otro sacerdote, ¿á dónde va?—preguntó Sanson.

—Este se aparta y llega á donde hay un tercero, que, á su vez, se dirije á un misterioso retiro, donde se encuentra el único que sabe el sitio donde está el tesoro.

—¡Ah!—esclamó Sanson,—que habia hecho esfuerzos prodigiosos para comprender este relato.

—En toda la India—repuso Juan de Francia—solo hay tres sacerdotes depositarios del secreto; tres brahmanes y una mujer, que, como las antiguas vestales, vela dia y noche al lado de este precioso depósito.

—¡Ah! es una mujer,—dijo Sanson —especie de eco de las palabras de Juan de Francia.

El jóven añadió:

—Pero yo sabré el secreto dentro de una hora.

—¿Cómo?

—Escucha bien: un bonzo de Calcuta que durante el dia toca la flauta disfrazado, y que es uno de los mayo-

res dignatarios de la religion de Bagaven, debe venir aquí esta noche á traer al brahma soberano, uno de los tres que poseen el secreto del tesoro, el producto de las colectas hechas en la gran ciudad.

—¿Cómo sabeis que vendrá?

—Se lo he oido decir á él mismo, ayer por la mañana, á la bayadera.

—¿Y sabeis dónde es la cita?

—En la fuente de la diosa Amourdavali; ya sabes, á dos pasos de aquí?

—La oigo murmurar,—añadió Sanson;—pero,—repuso,—¿qué debo hacer por mi parte, mi amo?

Juan de Francia pareció que meditaba.

—Cuando sintamos que el tañedor de flauta se aproxima, le seguiremos.

—¡Chist!—dijo Sanson encorbándose hasta el suelo.

Juan de Francia aplicó su oido à la tierra y pronto oyó un ruido de hojas y de yerbas holladas.

—Ya sabes,—dijo sumamente bajo,—que imito muy bien el grito de un

pájaro nocturno; pues bien, quédate aquí y cuando oigas este grito te pondrás en camino en direccion del sitio donde haya sonado.

—Bien está,—dijo Sanson.

Juan de Francia se arrastró entre las yerbas y se detuvo en el principio de un claro. Allí, su vista penetrante interrogó los objetos vecinos iluminados por una luna plateada. Una forma blanca, que se movia al pié de un árbol, fijó bien pronto su atencion. El jóven reconoció en seguida el traje sagrado de los pontífices de Brahma.

—Ya está ahí el sacerdote esperando,—pensó.

Poco despues una forma gris se agitó entre las crecidas yerbas, y Juan de Francia reconoció al otro sacerdote, el que tocaba la flauta y el tamboril en las calles de Calcuta. La forma gris se dirigió hácia la forma blanca, que se levantó y dió dos pasos á su encuentro. El jóven *zingaro*, con el oido en el suelo, escuchaba:

—¿Que es lo que traes, hermano?—preguntó el del vestido blanco? 7

—Dos sacos de rupias, hermano,—dijo el recien venido.

—¡Dámelos y vete! Que los dioses protectores de la India te acompañen en tu camino.

El tañedor de flauta entregó al brahma dos sacos llenos de oro; despues se prosternó y besó la orla de su vestido, con la frente tocando al suelo.

—¡Vete!—repitió el brahma—y desgraciado de tí, si vuelves la vista atrás.

El tañedor de flauta se levantó y se fué lentamente por donde habia venido, sin pensar, segun la recomendacion del brahma en volver la cabeze.

Juan de Francia, inmovil, no perdia de vista al sacerdote vestido de blanco. Este permaneció largo tiempo sentado en el mismo sitio, esperando sin duda que el otro hubiera desaparecido. En fin, se levantó y dió algunos pasos hácia el Norte. Juan de Francia respiró ruidosamente antonces.

—El diablo se declara por mí,—dijo.

En efecto, la luna empezaba á desaparecer en el horizonte, y el viento,

que era del Norte, conduciendo hasta Juan de Francia el ruido de los pasos del brahma, debia impedir que este oyera los del gitano. Lenta al principio, la marcha del sacerdote vestido de blanco se aceleró poco á poco.

Despues de haberse arrastrado al principio, el jóven se vió obligado à levantarse y correr:

La luna desapareció por completo, Juan perdió de vista al brahma, pero oia su carrera precipitada.

Entonces puso dos dedos en los labios; lanzó un grito de mochuelo tan perfectamente imitado, que el sacerdote no paró la atencion y siguió su camino. Era la señal convenida con Sanson. Juan de Francia seguia al brahma, diciéndose:

—Su carrera es demasiado rápida para que dure mucho tiempo. Apostaria á que el tesoro se halla en las ruinas del templo de Sevah.

A la luz de la luna habia sucedido la oscuridad trasparente de las noches de la India; y las enormes columnas, los

altos muros recargados de geroglíficos del templo indio, se destacaban de un color violeta oscuro en el horizonte.

Cerca de las ruinas, el brahma detuvo algo su carrera: Juan de Francia redobló su paso, y á poco pudo distinguir de nuevo el trage blanco, deslizándose, como un fantasma, entre las columnas de mármol. En seguida se vió brillar repentinamente una llama, cuya duracion apenas llegaria á un segundo, como una estrella que aparece en un cielo tempestuoso.

El jóven, à su vez, se habia deslizado entre las ruinas, con el puñal en los dientes, arrastrándose con la aynda de sus manos, deteniéndose cuando el brahma se detenia.

El indio se habia sentado al lado de un monton de yerbas y leña seca, y con la destreza de un salvaje, frotó uno contra otro dos pedazos de leña que se inflamaron inmediatamente. Despues los arrojó en medio de las llamas y ramas secas.

Juan de Francia esperaba que la

leña se encenderia; pero, con gran admiracion suya, la llama desapareció y todo quedó de nuevo en la oscuridad.

Unicamente el brahma se inclinó hasta el suelo y gritó, en la lengua sagrada:

—¿Virgen guardiana del tesoro, velas?

Un murmullo subterráneo llegó á oidos de Juan de Francia. Entonces el sacerdote arrojó uno despues de otro en el monton los dos sacos llenos de oro, se levantó, paseó á su alrededor una profunda mirada, y no viendo, ni oyendo nada inquietante, salió lentamente del medio de las ruinas:

Juan de Francia, inmóvil, contuvo el aliento, y permaneciendo oculto detrás de un enorme pedazo de granito, hacia la reflexion siguiente:

—Si el monton de leña no se ha inflamado, es que oculta la entrada de un subterráneo, y el fuego lanzado por el anciano brahma era una señal. De modo, que ya sé donde está el tesoro.

El jóven permaneció inmovil un

cuarto de hora, siempre en acecho y observando. No se oia otro ruido que el del viento que encorbaba la copa de los árboles, silbaba en las ruinas y traia hasta Juan de Francia el ruido de los pasos del indio que se alejaba hácia el Norte. Por un momento el gitano pensó en lanzar de nuevo el grito del mochuelo para reunirse à Sanson que habia debido detenerse en las cercanías de las ruinas, y ocultar el carrillo en un bosquecillo de tamarindos. Pero dos consideraciones le detuvieron.

—Siempre estaré á tiempo de llamarle,—se dijo,—cuando sepa de fijo dónde está el tesoro. Además, la voz subterránea que he oido indica que el tesoro está guardado, y tengo suficiente valor para arriesgarme solo en su busca.

Juan de Francia marchó entonces resueltamente hàcia el monton de leña, la separó desollándose un poco las manos, y vió una especie de cama de zorra, un agujero bastante estrecho, pero que, sin embargo, permitia pasar

un cuerpo humano. Este agujero no era perpendicular sino que presentaba un plano inclinado bastante rápido.

—¡Vamos allá!—murmuró el jóven, —protéjame el Dios de los gitanos.

Y se deslizó por el agujero, que estaba oscuro como una entrada del infierno. El plano inclinado era tan rápido que Juan de Francia se vió precisado á servirse de sus piés y sus manos para hacer menos rápida su bajada. Llevaba el puñal cogido con los dientes.

—¡Oh! ¡oh!—dijo,—otro que yo, tal vez se detuviera en el camino. ¡Pero Juan de Francia ha nacido noble!

Continuó dejandose deslizar; pero de pronto clavó las uñas en tierra húmeda y se detuvo al instante, como un caballo al galope que llega á la orilla de un abismo.

Un rayo de luz acababa de herirle en el rostro al mismo tiempo que una voz armoniosa, una voz de mujer llegaba á sus oidos. Esta voz, aun lejana, y que subia de las entrañas de la tierra, cantaba una cancion india de una me-

lancolia y un encanto indescriptibles. Juan de Francia escuchó.

—Yo soy la hija de Mahadeva,—decia la voz,—la guardiana del tesoro sagrado. Los sacerdotes me han condenado á vivir toda mi vida de mujer en las entrañas de la tierra, junto á estos montones de oro y estas pedrerías, que me son inútiles.

—Jamás volveré á ver la luz del sol, decia, el azul del cielo, las estrellas de oro. Jamás volveré á respirar el perfume de las flores!... Y á pesar de esto, soy jóven y bella, y cuando vivia sobre la tierra, los hombres se prosternaban ante mí, como ante la diosa Mitcalé, la diosa de la hermosura.

La armonia de esta voz, la misteriosa tristeza de estas palabras hicieron latir el corazon de Juan de Francia. La guardiana del tesoro, que aun no apercibia el gitano, continuó:

Los sacerdotes me han condenado á una eterna virginidad y nunca oiré frases de amor.

—¿Quién sabe?—pensó Juan de Francia.

Y el gitano se dejó caer como una avalancha en el fondo de aquel antro terrible! . . . . . .

. . . . . .

El subterráneo era espacioso y construido en círculo. En el centro ardia un fuego alimentado dia y noche, al rededor de este fuego, una mujer bailaba cantando con los brazos estendidos, dando vueltas como un dervich que gira haciendo oracion.

La claridad del fuego era dulce y dejaba en la sombra una parte de la caverna, aquella justamente á donde desembocaba el agujero por el que acababa de bajar Juan de Francia.

Completamente entregada á su baile y su canto, no oyó la caida del zingaro. Ella giraba rápida, voluptuosa, con el pecho palpitante y la mirada inspirada.

Ciertamente que las mujeres de la tribu de Juan de Francia eran bellas. Pero ni Cynthia, la reina, ni Elipy, la morena de cabellos de oro, ni Dinah, cuya blanca frente estaba rodeada de largos cabellos negros, igualaban en

belleza á la hija de la india, condenada á no volver á ver la luz y á no amar jamás. Juan de Francia se encontró deslumbrado.

Inmóvil, oculto en un rincon de la gruta, el jóven se embriagaba con esta voz armoniosa, con esta fantástica danza y esta belleza sobrehumana.

De pronto el canto se hizo aun mas melancólico; la danza de la india, rápida un momento antes, se hizo mas lenta: despues el canto espiró en sus labios, à tiempo que caia sin fuerzas junto al hogar.

Juan de Francia habia olvidado á Sanson, y tampoco pensaba en el tesoro. Atraido, fascinado, dió tres pasos hácia la india, y penetró en el círculo luminoso descrito por el fuego.

La india le vió en este momento, lanzó un grito y se levantó aterrada, como una cierva dormida al sonido de la trompa.

Pero Juan de Francia poseía tambien una mirada magnética y un encanto casi irresistible. Puso su mano

sobre el hombro desnudo de la bayadera, y le dijo.

—Yo soy el hombre que esperas.. El dios cuyo tesoro guardas ha tenid piedad de tus quejas.

Ella lanzó un grito de alegría esta vez, y echando los brazos al cuello del gitano, le dijo:

¡Ven, huyamos!

Pero estas palabras volvierou la memoria á Juan de Francia, y se acordó del tesoro.

—Sí,—dijo,—huyamos, hija del paraiso, tú, hacia quien me envia el dios Sivah. Huyamos, pero llevemos este oro y estas pedrerias, cuya guardiana eres.

Y Juan de Francia esploraba con la vista el subterráneo.

En este momento, una porcion de chispas, desprendidas del hogar, iluminó durante un segundo el ángulo mas oscuro, y Juan de Francia descubrió un monton de oro y pedrerias en un receptáculo de hierro. Esto sucedió con la velocidad del rayo. Pero Juan

de Francia habia visto el brillante de los rubíes y diamantes, los amarillentos reflejos del oro, y los rayos verdosos de las esmeraldas, parecidas á la pupila del tigre. La imprudente palabra que acababa de escapársele, hizo desconfiar á la bayadera.

—¡Ah!—gritó,—tu no eres el enviado del dios Sivah, puesto que quieres arrebatarle su tesoro.

Se desprendió de sus brazos, dió un paso atras mirándole con terror y añadió:

—¡Huye, desgraciado! ¡huye, temerario! ¿Cómo has venido aquí? ¿quién te ha enseñado el misterioso camino de esta caverna? ¿No sabes que corres á una muerte cierta? Si vinieran los sacerdotes, te matarian.

—¡Te amo!—respondió Juan de Francia, cuya vista ávida se volvia siempre del lado donde centelleaban las pedrerias.

La india le echó los brazos al cuello y le dijo con la exaltacion de la pasion.

—¡Pues bien! huyamos... llévame...

yo te seguiré como un perro...y yo sé selvas profundas, retiros ignorados, donde nadie ha penetrado jamás. Pero deja ese tesoro, desgraciado, porque Sivah nos confundiria.

Juan de Francia se encogió de hombros.

—Yo te llevaré á mi pátria,—la dijo, —porque soy hijo de Europa. Allí, el dios Sivah carece de poder, y podremos gozar tranquilamente de sus riquezas.

—No, no,—repitió la india.—La cólera del dios Sivah puede alcanzar á los culpables en cualquier sitio en que se hayan refugiado... yo tendré para tí tesoros de amor, que serán mil veces mas preciosos que este oro duro al tacto, que estos rubíes que hielan la mano que los guarda.

Y le enlazó con sus brazos y se puso á improvisar un nuevo canto:

—No, la hija de los sacerdotes no está condenada á vivir sola bajo la tierra. Volverá á ver las estrellas de oro y el cielo azul, y sus narices se estremecerán voluptuosamente con el per-

fume de las flores, Hollará la verde yerba con sus piés, mas ligeros que los de las gacelas, humedecerá sus lábios en el agua de la fuente que corre junto á las palmeras. ¡Qué necesidad tiene de oro ni pedrerías la hija de Mahadeva! Ha encontrado el tesoro de los tesoros, el amor. Ha venido el hombre de profunda mirada, cabelles negros, el hombre que debe amarme y consolar mi solitario corazon.

Y cantando de este modo hacia dar vueltas á Juan de Francia con ella; y el gitano, conmovido, palpitante, obedeciendo á esta embriaguez, habia concluido por dejarse llevar de este rápido torbellino, dominado por el demonio de la música y del baile.

Sin embargo, conservaba su presencia de ánimo y se decia:

—Cuando caiga rendida, me apoderaré del tesoro.

Y giraba siempre, se embriagaba cada vez mas con el tibio aliento y los dulces abrazos de la bayadera, con la armonía misteriosa de esta voz que

conmovia su corazon y hacia vibrar en él cuerdas mudas hasta entonces. Como si hubiera querido desplegar todas sus seducciones, la bayadera se bajó bailando, tomó un tizon en el hogar y lo arrojó en el monton de pedrerías.

Entonces la caverna resplandeció con mil fuegos, se iluminó con millones de chispas, lanzó luces estrañas y fantásticas y la embriaguez de Juan de Francia llegó á su parasismo. Ya no tenia fuerzas para resistir á este movimiento de rotacion que la bayadera aceleraba cada vez mas, y el puñal que habia hasta entonces tenido en la mano, se le escapó.

La india cantaba y giraba siempre, y el torbellino era tan violento y tan rápido que Juan de Francia, sintiendo que se apoderaba de él la locura, trató vanamente de desprenderse del estrecho abrazo de la bayadera.

—¡Cantemos! ¡cantemos!--decia ella, —cantemos el himno de amor de los desposorios, ¡oh amado mio!...

—Todo debe amarse en la tierra y

en el universo. ¿El cielo azul no es el amante de la mar azul, las estrellas no son las amadas del sol? El dios Sivah habita un palacio en el fondo de la mar donde viven las almas que ha elegido por esposas. El dios Sivah es jóven y bello, y no ha prohibido el amar.

Repentinamente el gitano exánime, sin aliento, sintió flaquear sus rodillas y se dejó caer por sí mismo. Aquella pérfida danza habia agotado sus fuerzas y turbado su razon. La india cesó de bailar, pero cogió una copa de oro cincelado en que brillaba un liquido amarillo como el vino añejo de España.

—¡Toma!—le dijo,—toma, amado mio, humedece tus làbios en este licor sagrado, él reanimará tus fuerzas.

Juan de Francia cogió la copa, la acercó á sus abios con avidez y vació el contenido de un trago.

En el mismo momento, esperimentó una sensacion singular; sus sienes latieron con fuerza, su garganta se oprimió, le parecia que una capa de hielo paralizaba sus miembros. Quiso gritar y no

pudo, trató de levantarse y cayó de nuevo. Sus ojos se cerraron y permaneció tan inmóvil, tan inerte en el suelo de la gruta, como si estuviera muerto.

—¡Ah!—dijo entonces la bayadera con sombría alegria,—le he salvado... porque era demasiado tarde para huir... los sacerdotes van á venir... le ocultaré en lomas oscuro de la gruta. No lo verán, y mañana á la noche le volveré la vida y huiremos...

Ya le levantaba en sus brazos para arrastrar á la otra estremidad de la gruta, cuando una puerta oculta en la roca, giró sobre sus mudos goznes, la bayadera lanzó un grito de espanto y cayó de rodillas.

Dos hombres cubiertos de largas vestiduras blancas, dos sacerdotes del dios Sivah entraron llevando antorchas en la mano, y descubrieron á Juan de Francia, á cuyo lado estaba arrodillada la guardiana del tesoro.

—¡Ah!—dijo uno de llos con voz estridente,—hay, pues, un hombre bastante imprudente para llegar hasta aquí,

para descubrir este misterio que únicamente conocemos nosotros. ¡Pues bien! en nombre de nuestro dios, en nombre de nuestros hermanos que sufren, en nombre de la India esclava que espera su libertad sumergida en lágrimas, la condenamos á muertel...

La india lanzó un grito de terror, porque vió brillar la hoja de un puñal en manos del servidor de Sivah...

## V.

La brisa del mar comienza á soplar, el sol se empieza á ocultar por el Poniente, el aire ardiente del dia se refresca, las cortinas de tela blanca se agitan, las calles se llenan, de nuevo. Calcuta, que ha dormido la siesta, se despierta llena de alegría.

El oficial vestido de blanco monta á caballo para el paseo de la tarde, la bella inglesa se ocupa de sus adornos, el benzo sale de las pagodas, y los marineros se reparten por los schoultry. Sin embargo, un sér humano duerme

aun, un niño blanco y rosado, cabellera castaña.

Envuelto en gasa blanca, cubierto de un rico mosquitero, duerme mecido dulcemonte en su hamaca, suspendida de dos sícomoros sobre una azotea del palacio del gobierno.

Dos negros provistos de abanicos se ocupan silenciosamente de que los insectos con su ruido desagradable no puedan despertar al niño dormido.

Porque no deja de ser un personaje importante, á la verdad, este chicuelo de tres años. Es el alto y poderoso señor Roger, marqués de Asburthon, futuro par de Inglaterra y cuya fortuna de príncipe produce amargas reflexiones á dos personas sentadas bajo un catalpa, á algunos pasos de la hamaca.

Uno es sumamente jóven, de doce ó trece años, el otro ya ha pasado el límite de la edad madura.

El último es bajo, seco y corcobado; tiene el cutis amarillo y bilioso, la frente deprimida, ojos grises y falsos y labios delgados y burlones.

Vestido de blanco, segun la moda india, con los dedos adornados de diamantes, tendria, sin este lujo, la apariencia de un hombre de mediana condicion. Este personaje, sin embargo, es de ilustre orígen; es el hermano menor del gobernador, Jack Asburthon.

Desheredado por la naturaleza, que le ha negado la belleza física, lo está igualmente por la ley inglesa y el derecho de primogenitura que dan por completo la fortuna al jefe de la familia. Pero el diablo ha encontrado este desheredamiento demasiado completo y se ha puesto de su parte.

El cirujano Bolton y Roberto Welden, espresando su opinion acerca de Jack Asburthon, nada exajeraban. Satanàs ha colocado en este cuerpo disforme un alma tortuosa, un espíritu maléfico. Jack ha nacido para la calumnia, maucha todo cuanto toca, y ha sabido captarse la ciega confianza de su hermano.

El niño que está á su lado es de talle elegante y carece del horrible as-

pecto de Jack. Pero en su mirada hay la misma astucia, en sus lábios la misma sonrisa irónica y malvada James era digno hijo de Jack. Así es que mientras que el pequeño Roger, el presunto heredero de la dignidad de par, dormía en su hamaca, Jack decia á su hijo:

—¿Qué ha hecho al cielo este maldito niño, para que le esté reservado este espléndido porvenir? ¿No eres tan bello como él, tan inteligente? ¿No tienes en las venas la misma sangre?

—Sí, respondió James, pero él es hijo de vuestro hermano mayor.

—Sin duda,—dijo Jack con amarga sonrisa;—pero mi hermano es arriesgado, ama la caza del tigre... ¿y quién sabe si hoy mismo no le sucederá alguna desgracia?

—Lo que no nos haria adelantar mucho, padre mio, supuesto que maese Roger está lleno de vida.

—Sea; pero maese Lionel tambien estaba lleno de vida, y sin embargo, ha muerto en brazos de su nodriza á consecuencia de una fiebre lenta.

Y Jack sonreia malvadamente.

—¿Y si Roger muriese como su hermano?—preguntó James.

—Entónces tú heredarias la dignidad de par, si mi hermano me sobrevivia.

Un fuego sombrio brilló en los ojos del jóven.

—¡Ah! ¿de veras? ¿y si lord Asburthon muriera en la caza del tigre...

—Yo seria par de Inglaterra.

El semblante del jóven James Asburthon tomó una espresion feroz.

—Los niños que no han nacido en la India, se aclimatan difícilmente en esta tierra de fuego,—añadió James despues de un corto silencio.

—Sí,—respondió Jack,—y la fiebre de los pantanos no es el único peligro que los amenaza; la picadura de un insecto, la mordedura de un reptil, la insolacion que es mortal à ciertas horas...

—¿Quién sabe, padre mio?—murmuró James,—tal vez no estemos tan distantes de la dignidad del par...

La horrible conversacion del padre y

del hijo fué interrumpida por una música estraña, monótona, de cadencia singular, que se oia bajo la azotea; los dos ingleses se acercaron á ver lo que era: un negro, sentado sobre sus talones, tocaba con un palillo sobre un tambor de piel deonagro, salmodiando al mismo tiempo misteriosas palabras. Delante de él habia, estendida, una estera de juncos sobre la que semovia, se alzaba, se agitaba, pareciendo sujetarse á la cadencia de esta música primitiva, un pequeño reptil negro, de frente achatada: era una víbora de la especie mas terrible.

El negro interrumpia de cuando en cuando su canto, y tendia su brazo al reptil, que se arrollaba á él, pasaba desde el brazo al hombro, y de aquí alrededor del cuello. En estos momentos el juglar pronunciaba el siguiente discurso en pésimo inglés:

—Señores, señoras,—decia,—este animal se llama la víbora negra; su lengua es mas acerada, mas fina que una aguja de Birmingan, y su picadura mata sin dejar ninguna señal.

Los señores y señoras á quienes el domesticador de serpientes se dirigia, estaban representados por dos marineros, un coolís, es decir, un mozo de cordel chino, y una india vieja que hacia un momento habia hecho sus abluciones en el arroyo.

James y Jack seguian con profundo interés las evoluciones de la víbora, y la enumeracion de sus cualidades, hecha por su amo.

Los dos negros que agitaban su abanico sobre la hamaca, oyendo sonar la horrible música de su pais, hubieran querido acercarse al borde de la azotea, pero la presencia de Jack y su hijo los mantenia en su puesto.

En esto, un paso seco, mesurado, resonó de trás de Jack, y le hizo estremecerse. Volvió la cara y palideció al verse frente á frente con un caballero con botas y espuelas y cubierto de polvo.

Estaba este hombre tranquilo y casi sonriente, y sin embargo, se adivinaba que traia la tempestad. Pero Jack poseia

gran fuerza de carácter, y sabia disimular sus mayores angustias bajo una fisonomia afable.

—¡Eh!—dijo;—es el querido y honorable Sr. Roberto Walden.

—Servidor vuestro, milord,—dijo Roberto Walden que, descubriendo al jóven James Asburthon, cogió á Jack por el brazo y le dijo á media voz:—Desearia hablar con vos de cosas sérias.

—James, hijo mio,—dijo Jack,—puesto que os divierte ese espectáculo, bajad de la azotea, lo vereis desde mas cerca.

El padre y el hijo cambiaron una estraña mirada, y tan rápida, que se escapó á Roberto Walden: despues Jack llevó al gentleman á la otra estremidad de la azotea, en tanto que James bajaba á la plaza del palacio por una escalera interior. El corcobado trató de adoptar un aire sonriente y lleno de cordialidad.

—¡Cómo! dijo,—¿ya estais de vuelta, querido? ¿Habeis matado algun tigre, ó me traeis algun mensaje de lord Asburthon, mi honorable hermano?

—He matado un tigre, en efecto, señor.

—¡Oh! muy bien!

—Pero estoy tan cansado de las cazas ordinarias, que acabo de descubrir una que tal vez me ofrezca alguna distraccion.

—¿De veras? ¿Qué pensais cazar, pues?

—Una bestia dañina que ataca con preferencia la reputacion de las mujeres.

Jack frunció el entrecejo.

—Un mónstruo de dos piés, de aspecto humano, pero que no tiene del hombre mas que el aspecto.

—¡Caballero!

—Los naturalistas del porvenir, si consigo matarlo,—prosiguió con terrible sangre fria el gentleman,—le clasificarán con el nombre del Sr. Jack Asburthon.

A estas últimas palabras, Jack llevó vivamente la mano á la empuñadura de la espalda, y Roberto Walden entreabrió su casaca de seda blanca y tomó una pistola de su cinturon.

—Sr. Jack,—le dijo,—si no me escuchais, con calma, á fé de caballero, os levanto la tapa de los sesos.

Los ojos de Roberto lanzaron tales rayos, que Jack se sintió aterrado. El caballero añadió:

—No soy un asesino, señor, y cuento con batirme con vos lealmente. He prometido á vuestra víctima, la desgraciada señora Cecily. mataros ó morir á vuestras manos.

—¡Y si yo rehusara batirme!—esclamó sir Jack dominado por el miedo.

Entonces, escuchad bien. No hay actualmente un oficial en Calcuta que no sepa lo que sois y no os desprecie. Solo un hombre podria defenderos, vuestro hermano el gobernador; pero está de caza y no volverá tan pronto. Tan cierto como me llamo Roberto Walden, si no me seguis al punto, os abofeteo en medio de la calle y os rompo la cabeza despues de un pistoletazo.

Un acceso de rábia impotente se apoderó de Jack, y su horrible rostro se cubrió de una palidez mortal.

—Pues bien, sea, pero al momento, entonces.

Roberto Walden estendió la mano hácia el mar, que se dominaba desde la azotea en que estaban:

—¡Mirad!—dijo,—mi pasaje está pagado de antemano á bordo de ese buque que debe aparejar dentro de una hora. Allá abajo, en el puerto, se halla una barca en la que he hecho poner pistolas. La barca tiene treinta pies de longitud ó lo que es lo mismo, diez pasos, la buena para gentes que se baten á muerte. Si me matais hareis de mi cadáver lo que os parezca; si os mato, os enviaré á servir de pasto á los peces, porque sois indigno de una sepultura cristiana.

—Quisiera al menos hablar á mi hijo, —dijo Jack, dirigiendo á su alrededor una inquieta mirada.

Roberto comprendió que buscaba un pretesto para huir. Le cogió bruscamente de un brazo y le sacó del palacio.....,.....

.....

Mientras su padre dejaba la azotea, James habia bajado al lado del domador. Viendo al jóven gentleman, los marineros, los covlis y la india se separaron respetuosamente. El mismo negro interrumpió sus ejercicios.

—Continúa,—le dijo James.

Y acercándose mucho à él, le murmuró al oido las siguientes palabras:

—¿Quieres cinco guineas por tu víbora?

El negro dejó caer el palillo de tambor, tan deslumbrado quedó por esta magnífica oferta.

—¿Si ó no?—repuso el jóven.—Responde, que tengo prisa.

—¡Sí, vuestro honor!—murmuró el negro.

Al mismo tiempo, volvió hàcia su pecho un saco de piel que llevaba á la espalda y sacó una cagita, la abrió y la puso en la esterá en que seguia bailando la víbora.

En seguida se puso á tocar el tambor, cantó mas fuerte y mas de prisa, y al cabo de diez minutos, la víbora

encantada y cansada, fué á colocarse por sí misma en la caja.

Entonces el negro cerró la caja y el señor James se apoderó de ella con una destreza de escamoteador tal, que ni los marineros, ni los coolis, ni la vieja se apercibieron. Al mismo tiempo dejó caer cinco guineas en la estera en que el negro acababa de poner otro reptil, diciendo:

Esta, señores y señoras, es la serpiente amarilla de Java, etc., etc.

Pero el señor James, á quien importaba poco conocer los talentos de la serpiente amarilla, se encontraba ya lejos. No subió á la azotea por la escalera esterior, entró, por el contrario, por el interior del palacio, y llegó por las habitaciones junto á la hamaca en que el niño Roger continuaba durmiendo.

Jack y su adversario no estaban ya en la azotea, y los dos negros, arrojando su abanico, habian abandonado al niño; inclinados sobre la barandilla, asistian à las evoluciones de la serpiente amarilla.

James se detuvo un segundo, dudó un momento buscando á su padre con la vista; despues tómo su resolucion con la rapidez del rayo.

Se acercó á la hamaca, levantó el mosquitero, entreabrió la caja y la víbora negra desapareció bajo las ondas de la gasa que envolvian á este marqués de tres años destinado para par de Inglaterra.

Los negros no habian vuelto aun cuando el niño estaba ya muerto. James habia abandonado precipitadamente la azotea y buscaba á su padre.....

.....

Media hora despues, un humo blanco se elevó á lo lejos en el mar seguido de dos detonaciones. La barca continuó su camino y abordó al buque que iba á partir.

## VI.

Había llegado la noche y el paisaje desolado que recorrian dos ginetes estaba silencioso y desierto. Era al salir de

los juncales, en una vasta llanura inculta.

—¡Vaya! querido Bolton,—esclamó el gobernador,—¿vamos á pasar la noche enteramente errantes en este desierto?

—Lo temo, señor, —respondió Bolton.

El gobernador, estraviado por su caballo, se habia perdido de su escolta. Solo Bolton no le habia abandonado.

—Me muero de hambre y de sed,—murmuró lord Asburthon, —y veo que mi caballo empieza á flaquear. ¿Dónde diablos estamos?

—No sé absolutamente nada, pero apostaria á que estamos à mas de diez leguas de Calcuta.

Bolton miraba las estrellas y trataba de orientarse. Detuvo bruscamente su caballo.

—¿Qué haceis, Bolton?—preguntó el gobernador.

—Mire vuestra gracia allá abajó: ¿no veis algo negro que se agita?

—Es un árbol encorbado por el viento. No hay ningun hombre de esa estatura.

Una voz humana vino á desmentir la opinion del gobernador. Esta voz ronca, estridente, verdadera voz de estentor, gritaba en inglés:

—¡Juan! ¡Juan! ¿Dónde estais, m amo?

—¡Pardiéz!—esclamó Bolton,—nos hemos salvado, monseñor, reconozco esta voz; es la de Sanson el gigante.

—¿Quién es ese Sanson?

—Un gitano de Lóndres deportado á la Indias.

—¡Juan! ¡Juan!—repetia el coloso con tono lamentable.

Sanson, guiado al principio de la noche anterior por el grito de mochuelo de Juan de Francia, le habia seguido; despues, no oyendo nada, se habia detenido, echándose en la yerba y esperando.

—El amo va á venir,—se decia á menudo; porque el niño era para él un amo.

Pero la noche habia sucedido al dia; el sol habia aparecido en el horizonte y Juan de Francia no habia vuelto. En-

tonces el coloso, que nunca temblaba por sí, tuvo miedo por el hermano de su reina.

—Los sacerdotes de Sivah le han matado tal vez, se habia dicho con espanto.

Y desde por la mañana, Sanson, vagaba por los juncales, recorria los bosques, llamando con su voz de Titan á Juan de Francia que no respondia. Lord Asburthon y Bolton picaron sus caballos y llegaron hasta él.

—¿Qué tienes, Sanson? ¿á quién llamas así?

—A Juan de Francia,—raspondió Sanson,—que reconoció á su interlocutor y saludó con respeto.

Sanson estaba agradecido á Bolton. Este le habia hallado una vez en las calles de Calcuta, mutilado, cubierto de sangre y con una puñalada en el vientre. Sanson se habia batido con unos coolis que se habian arrojado sobre él, en número de diez, y Bolton le habia socorrido y curado.

—¿Estamos lejos de alguna ciudad?

—A cinco leguas de Calcuta.

—¿Y de una habitacion?

—No hay sino nuestro campamento que está allá abajo al pié de aquella colina; pero vuestras señorías hallarán en él hospitalidad.

—¡Pues bien! guianos,—dijo lord Asburthon,—te se recompensará.

—Pero, señor,—murmuró Sanson que ignoraba el personaje con quien hablaba;—es preciso que yo encuentre á Juan de Francia; desde esta mañana le estoy buscando.

—¡Y bien!—dijo Bolton,—habrá vuelto al campamento.

Esta idea no habia aun atravesado el cerebro del gigante.

—Vuestro honor tiene razon, habrá vuelto al campamento.

Y echó á andar delante de los dos gínetes, que obligaron á ir unidos á los caballos, y se pusieron á hablar en voz baja.

—Singular raza son los gitanos,—dijo el gobernador á Bolton.—Altivos y cubiertos de harapos, algunas veces se

dan aires de príncipes. ¿Os acordais del que me ha salvado la vida esta mañana, Bolton?

—Es precisamente el que busca Sanson.

—¿Ah! es verdad: se llama Juan de Francia. ¡Vaya un nombre singular que ha adoptado!

—Pretende que es noble, señor.

Lord Asburthon se encogió de hombros.

—Noble y mendigo; pero ¡pardiez! me recordais, con vuestros gitanos, una encantadora y novelesca aventura que me ha sucedido en Lóndres hace tres ó cuatro años.

—¿De veras, señor?

—Voy à contárosla, lo que hará parecer mas corto el camino.

—Escucho á vuestra gracia.

—Figuráos, querido Bolton, que he amado durante ocho dias á una gitana que me tomó por uno de su raza.

—¡Ah! señor, eso parece un cuento fantàstico.

—Una noche me dió el capricho de ir al Banco del rey...

—Conozco el sitio,—dijo Bolton, que se acordaba de haber pasado en él seis meses para huir de las persecuciones de sus acreedores.

—Me habia disfrazado de hombre del pueblo; habia ennegrecido mi rostro y mis manos, y fumaba como un marinero. Queria ver de cerca el fango de la ciudad inglesa. Esa noche la reunion era poco numerosa, y habia allí dos gitanos que anunciaban el próximo matrimonio de la princesa heredera de Bohemia con el primogénito del duque de Egipto. Segun la conversacion de los gitanos, creí comprender que los futuros esposos no se conocian. El hijo del duque de Egipto llegaba espresamente para casarse con la princesa de Bohemia, que nunca habia salido de Lóndres.—En el Banco del rey era donde debia verificarse la boda, la misma noche de la llegada del futuro.—«¿Y es bella la prinsesa?—pregunté á uno de los gitanos.—Tan bella,—me respondió,—que la señorita mas bella y mas blanca no es á su lado sino un reflejo

de la luz de la luna.» Esta respuesta picó mi curiosidad.—¿Dónde se puede ver esa perla de belleza?

—Va todas las noches á dar sus órdenes á los gitanos que acampan bajo el puente de Lóndres. Esta respuesta me bastaba y dejé el Banco del rey. Queria ver á la gitana: al dia siguiente, en efecto, oculto en mi carruaje, pude verla. Los dos gitanos habian dicho la verdad: esta princesa era una maravilla de hermosura, blanca y pàlida, con largos cabellos negros y ojos azules. Tomé inmediatamente mi partido; yo tenia á mi servicio un ayuda de cámara inteligente.

—Así que,—dijo Bolton,—el hijo del duque de Egipto no tardó en hallar á la princesa de Bohemia ..

—En una posada de Bromtpon. El príncipe estuvo muy amable; tan amable que la bella Cynthia—este era el nombre de la princesa de Bohemia—le perdonó su título de par de Inglaterra. No se rompió ningun cántaro en esta boda, ni los gitanos bailaron alre-

dedor del fuego de brezos y en banda. En recuerdo de aquella aventura, pedí al lord corregidor de Lóndres hiciera una escepcion en favor de esta tríbu de gitanos y no la espulsara de Lóndres. Pero todos estos bribones se enredaron tanto con la justicia que hube de abandonarlos a su suerte por no comprometer inútilmente mi crédito

—Y vuestra gracia,- dijo el cirujano Bolton,—¿no ha vuelto á encontrarse con la bella Cynthia?

—Nunca.

¡Eh, eh! ¿Quién sabe si se encuentra entre los que vamos á ver?

El gobernadorse estremeció presa de una singular emocion.

Sanson marchaba delante, y su paso era acelerado por el deseo ardiente de hallar á Juan de Francia.

A poco, al salir de un bosquecillo de árboles, los dos ginetes divisaron una columna de humo rojizo qu : se elevaba en el campo.

—Héaqui el campamento,—dijo Sanson,—y apresuró el paso.

Un cuarto de hora despues el muy alto y poderoso lord Asburthon, gobernador general de las Indias, entraba en el campamento de los gitanos.

Dicho campamento se componía de cinco tiendas de algodon rayado y dos carretas cubiertas con anchas bacas de cuero; cuatro bueyes del Deccan y un pequeño rebaño de cabras y carneros estaban encerrados en un redil de unos cien piés cuadrados, cerrado con una empalizada de bambús.

Un gran fuego de madera de sándalo ardia en medio del círculo formado por las tiendas y las dos carretas. Un caldero colocado sobre un trípode de hierro se alzaba en medio de la llama, que chisporroteaba á su alrededor.

Dos viejas, cubiertas de harapos, acurrucadas delante del fuego, acababan de despedazar un cabrito para la cena de los gitanos. A la izquierda de la hoguera, es decir, del lado donde soplaba el viento, cinco hombres, cubiertos con gruesas mantas de lana amarilla rayadas de negro, dormian con los

piés juntos al fuego. Dos grandes lebreles de color gris leonado, de los Ghattes occidentales, sentados como esfinges, miraban de lejos los sangrientos miembros del cabrito, y bostezaban de impaciencia lanzando lastimeros gruñidos.

Los perfumes de esta carne que les llevaba el viento, les habian impedido olfatear á los viajeros, que estaban solo á cien pasos del grupo.

A la izquierda, á poca distancia del hogar, pasaba una escena de otra naturaleza. Dos filas de gitanos, hombres y niños, formaban una especie de calle viviente, en cuyo estremo se elevaba un poste que servia de apoyo á un ancho tablon de encina.

Dos velas de cera amarilla, atadas á dos varillas de junco clavadas en tierra, una á cada lado del poste, proyectaban una luz rojiza é intermitente en un radio de algunos pasos.

Un hombre estaba de pié, con la espalda apoyada contra la tabla, y los brazos estendidos en cruz.

Otro colocado en medio de la calle,

á unos quince pasos, se tendia de cuando en cuando como un tirador en una sala de armas; un relámpago rogizo atravesaba el aire, resonaba un golpe seco sobre la tabla, y un largo afilado puñal aparecia como un rayo de una brillante aureola, á algunas líneas del rostro del hombre que servia de blanco.

Un murmullo aprobador acogia los tiros hechos con destreza, es decir, los que formaban el perfil mas perfecto y mas próximo á la cabeza del gitano.

El gobernador y Bolton manteniéndose á alguna distancia, no habian despertado la atencion de los gitanos, demasiado ocupados en este momento del juego de los cuchillos.

Unicamente Sanson se adelantó entre los grupos, buscando con los ojos á Juan de Francia y no descubriéndole:

—¡Hola!—le dijo un gitano,—¿ya estás aquí, Sanson? ¿de donde vienes? ¿que has hecho desde ayer por la noche?

—¿Has visto á Juan de Francia?—preguntó Sanson.

—Está en Calcuta desde hace dos dias,—dijo una gitana.

Sanson lanzó un suspiro: Juan de Francia no habia, pues, vuelto al campamento. Pero cuando el tirador lanzaba su último cuchillo, un nuevo jugador corrió gritando:

—Ahora me toca á mí,

Y Sanson lanzó un grito de alegria.

Habia reconocido á Juan de Francia. El joven parecia haber hecho una larga jornada, estaba cubierto de polvo y sus cabellos estaban desordenados. Tomó los puñales, y cuando Sanson se acercó diciéndole al oido:

—¿De donde venís, mi amo?

—No sé, —respondió;—creo que vengo del otro mundo. ¡Silencio! ya hablaremos de esto despues.

Y lanzó su primer puñal, que fué á clavarse en el poste, á una pulgada de la frente del que servia de blanco.

Juan de Francia poseia, para este juego, una maravillosa destreza. Plantó sus ocho puñales al rededor de la cabeza del gitano, y describió un perfecto semicírculo.

Despues, tocándole á su vez colo

carse contra el poste, sacó con cuidado los cuchillos clavados en la madera, los entregó juntos al otro jugador y se recostó en la tabla, convirtiéndose en blanco.

Los cuatro primeros puñales lanzados por el gitano se clavaron con matemática precision á una pulgada del antebrazo derecho del jóven. El quinto, lanzado con mas fuerza, tropezó en el mango de marfil de uno de los ya clavados en la tabla.

El acero vibró como una cuerda armónica, y el arma volvió á caer á cuatro pasos del gitano, que llevó vivamente la mano à su hombre izquierdo.

Uno de los espectadores recogió el puñal, cuya punta se habia roto. Otros dos se acercaron al jóven que permanecia en el mismo sitio y murmuraba en voz baja algunas palabras.

Bolton comprendió que estaba herido.

Separó bruscamente á sus vecinos de derecha é izquierda, y se lanzó hácia él.

Esta brusca aparicion no admiró de ningun modo á los gitanos, que, acostumbrados á ir á hacer sus juegos al palacio del gobernador, conocian perfectamente à Bolton. La sencillez del trage del gobernador hizo que le tomaran por un oficial cualquiera,

Bolton separó rápidamente la camisa del gitano, y mandó á uno de los espectadores que le alumbrara con una de las velas de cera.

El herido palidecia, y sus piernas se doblaban bajo su peso. El cirujano le pasó el brazo alrededor de la cintura para sostenerle, y se inclinó para examinar la herida.

La punta del puñal se habia roto dentro del hombro, debajo de la clavícula, y habia penetrado profundamente en la carne.

La herida sangraba apenas, porque sus labios se habian vuelto à cerrar.

—Llevad este niño á una de vuestras tiendas,—dijo Bolton;—no es posible hacer aquí la cura que es precisa.

El herido pasó su mano derecha

por su rostro, cubierto de un sudor frio, y rechazó dulcemente á sus dos compañeros que se disponian á llevarle en sus brazos.

—Bien puedo ir hasta allí, —dijo tomando el brazo del cirujano.

Entraron en la tienda mas próxima, seguidos por todos los gitanos, testigos del accidente.

El herido se sentó en una estera de juncos, y desnudó su hombro, en tanto que Bolton sacaba su estuche del bolsillo, preparaba sus instrumentos y hacia salir de la tienda á todos los curiosos inútiles.

Cuando se hallaron solos, Bolton puso una rodilla en tierra y empezó á dilatar la herida para estraer mas facilmente la punta del puñal.

La operacion era muy dolorosa, pero el jóven no exhaló un solo grito, y ninguna contraccion muscular dejó adivinar el dolor que sentia. Se hubiera creido que el cirujano operaba sobre una estátua de madera.

Cuando hubo vendado el brazo del

herido, practicó una abundante sangria para despejar el pecho y la cabeza y le acostó dulcemente en la cama de helechos que se le habia preparado.

—¡Por San Jorge! mi jóven amigo,—dijo entonces Bolton limpiando sus instrumentos,—¡sois un valiente! Y me alegro mucho de que la casualidad me haya conducido aquí tan á punto para prestaros este servicio, que es mayor de lo que creeis. Se os podia haber estropeado al sacaros ese pedazo de hierro del cuerpo, y John Bolton os responde ahora que dentro de dos dias estareis de pié. Pero, hasta entonces es preciso estar acostado.

—¿Mucho tiempo?—preguntó el jóven frunciendo las cejas.

- Lo menos treinta horas.

—¡Sin embargo, necesito el tesoro!—murmuró Juan entre dientes.

Bolton añadió:

—Mañana á la noche volveré.

El Gobernador, que habia permanecido silencioso y separado hasta entonces, se acercó.

—¿Qué edad teneis?—dijo.

—Quince años.

—¡Quince años!—repitió el cirujano entre dientes,—¡quince años! el valor de un leon, una voluntad indomable y ambicioso como un diplomático austriaco. Antes de diez años, este bribonzuelo será jefe de tríbu ó estará ahorcado. ¡Ah! ¿pero debeis sufrir?—añadió en voz alta, poniéndole una mano sobre la frente.

—Sufro,—respondió Juan de Francia, cerrando los ojos.

¿Y no os quejais?

—No; las mujeres y los niños se quejan solamente.

Bolton le preparó por sí mismo una taza de limonada que le hizo beber.

—Y ahora dormid, amiguito,—dijo despues de haberle envuelto en sus mantas y de haberle inprovisado una almohada con una brazada de helechos envueltos en una capa.

—¡Gracias, gracias!—murmuró dulcemente el herido, volviéndose á dejar caer en el lecho y cerrando los ojos.

Algunos minutos despues dormia tranquilamente.

—¿Y ahora,—dijo el doctor volviéndose al gobernador,—qué piensa hacer vuestra gracia? Nuestros caballos están cansados, y estamos á tres leguas de Calcuta; haremos bien, segun creo, en aceptar la hospitalidad de estas gentes por esta noche.

—¡Sea!—murmuró el gobernador, fuertemente impresionado por esta estraña enseña.

En este momento, Sanson el coloso levantó la tela flotante que hacia veces de puerta en la tienda, dirigió al interior una mirada inquieta y miró á Juan de Francia.

—¡Silencio!—murmuró Bolton,—está durmiendo.

—Nuestra reina,—dijo Sanson,—desea ver á vuestras señorias.

Bolton se sonrió y miró al gobernador.

—Pues bien; dijo este, vamos! y los dos siguieron á Sanson.

La tienda de la reina de los gitanos

estaba situada fuera del campamento, y dos zingaros vigilaban dia y noche á su puerta.

—Hé aquí,—dijo el gobernador riendo,—la guardia de corps de esta monarquía.

Ya hacia algunos minutos que la luna se habia presentado en el horizonte, y bañaba el paisaje con dulce claridad. Un niño de tres años, tan blanco y tan rosado como el marquesito Roger, jugaba á la puerta de la tienda y se adelantó hácia los estranjeros.

A la vista de este niño, el gobernador se estremeció. Sanson levantó la cortina que cerraba la tienda.

—¡Entren vuestras señorías!—dijo.

Lord Asburthon pasó primero, y se detuvo mudo, presa de la admiracion en el dintel.

Una mujer de cerca de veinte años, de admirable belleza, estaba echada en una estera de junco, á la manera oriental. Fijó una mirada tranquila y serena en el gobernador.

—¡Me reconoceis, señor!—dijo.

—¡La princesa de Bohemia!—murmuró el gobernador estupefacto.

—Cynthia, reina de los gitanos,—dijo ella.

Despues hizo una seña á Sanson, quien desaparecio.

—¡Vos, vos!—mumuró lord Asburthon conmovido.

—Yo,—dijo ella tranquilamente,—yo, que os ofrezco hospitalidad.

Bolton estaba algo apartado; el niño volvió á entrar en la tienda.

Cynthia estaba mas bella que nunca.

—Dejadnos un momento, Bolton,—dijo lord Asburthon.

Bolton salió murmurando:

—Ya habia yo previsto el encuentro y el reconocimiento.

Cuando el gobernador se encontró solo con Cynthia, quiso tomarle la mano.

—He sido culpable con vos,—dijo,—pero repararé el daño.

—Nada os pido, señor, ni para mí, ni para vuestro hijo, —dijo ella con altivez.

—¡Mi hijo! ¿decís mi hijo?... este niño...

—¡Miradle!—dijo sencillamente Cynthia,—es vuestro vivo retrato.

Lord Asburthon tomó al niño y lo estrechó en sus brazos con trasporte.

—¡Pues bien! Cynthia, tu hijo será rico y poderoso; tengo bastantes riquezas para no perjudicar á mi hijo legítimo. Confíame este niño, yo lo haré educar y haré de él un gentleman.

—¡Nunca!—dijo Cynthia;—mi hijo será gitano como su madre.

El acento de la jóven era tan firme que lord Asburthon bajó la cabeza. Cynthia añadió:

—Vos no intentareis arrebatarme este niño, señor, porque para eso os seria preciso confesar vuestros amores con una gitana, y un par de Inglaterra debe temer el escándalo.

Lord Asburthon estaba violentamente agitado.

—Pero en fin,—dijo,—¿por qué no abandonais esta existencia errante que llevais?... ¿Quereis volver à Lóndres?

Yo os daré una casa, criados y vivireis en la abundancia.

—¡No!—respondió ella,—yo soy reina, y vos quereis hacerme esclava.

—Pero al menos ¿me dejareis hacer algo por este niño?....

—Nada por él, milord, pero tengo que pediros otra cosa.

—¡Hablad!

—Proteged á mi tribu, á quien todo el mundo persigue.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

Cynthia se levantó impasible y magestuosa.

—Adios milord,—dijo,—ya he dado órden para que vos y el que os acompaña seais tratados lo mejor posible. Y con un ademan de reina despidió al muy alto y poderoso gobernador de la India.

Lord Asburthon la miró por última vez, abrazó á este hijo, cuya existencia no podia declarar, y salió de la tienda.

—Venid,—dijo á Bolton,—no quiero permanecer aquí ni un minuto mas. Si nuestros caballos revientan en el ca-

mino, seguiremos á pié hasta la Calcuta.

## VII.

Acostado como un perro fiel al pié del lecho de Juan de Francia, Sanson el coloso no habia cerrado los ojos en toda la noche. Con el oido atento, escuchaba la apacible respiracion del niño, que aun no habia despertado.

No obstante, un suspiro se desprendió del pecho del herido, su respiracion se hizo mas fuerte, Sanson se levantó con inquietud. Juan de Francia abrió los ojos.

—Tengo sed,—dijo.

Una lámpara alumbraba el interior de la tienda; á su claridad, Juan descubrió á Sanson.

—¡Dame de beber!—le dijo.

—Tomad, mi amo,—contestó tendiéndole la copa que contenia la pocion calmante preparada por el doctor.

Juan bebió con avidez.

—¡Oh! ¡cuanto sufro!—dijo;—pero

no importa; es preciso que me apodere del tesoro, por que si les damos tiempo, los sacerdotes le harán desaparecer.

—¡El tesoro!—dijo Sanson,—¿le habeis, pues, encontrado?

—Escucha, vas à saberlo todo.

Y Juan de Francia contó á Sanson sus aventuras maravillosas de la caverna hasta el momento en que le dejamos inmóvil y como paralizado por la influencia de la estraña embriaguez que le habia producido aquel licor amarillo que se asemejaba a vino de España. Desde este momento no se acordaba de nada.

¿Qué habia pasado? ¿como habia salido de la caverna? Se habia despertado, al empezar la noche, al aire libre, acostado bajo un árbol cuya sombra es mortal y à cuya falta influencia habia resistido.

—Preciso es que yo sea sumamente fuerte, se habia dicho al reconocer el arbol terrible, para no haber muerto. Y los que me han traido aquí pensaban sin duda que solo despertaria en el pais de las almas.

Entonces habia recordado que la religion de los indios les prohibe verter sangre humana; pero no ahogar un hombre.

Unicamente los brahmas, que tienen horror á los thugs ó estranguladores, repugnan el servirse de este género de muerte. Por esto, sinduda, le habian trasportado bajo la sombra mortal de un manzanillo.

El inteligente gitano daba á Sanson parte de sus reflexiones, cuando se sintió resonar á lo lejos el golpe de un caballo.

—¡Mira quién es el que viene!—dijo á Sanson.—Todos esos brutos de la tribu se emborracharon ayer por la noche, segun su costumbre, y ninguno despertará; será una partida de thugs que venga á atacar el campamento.

Mientras Sanson salia, Juan de Francia se dijo:

—Aunque fuese á morir de mi herida, no tengo tiempo para cuidarla; así es que voy esta misma tarde á hacer que me acompañe Sanson. ¡Necesito ese tesoro!

El coloso volvió y el esperto oido de Juan de Francia oyó, mezclados con los pesados pasos de Sanson, otros mas lijeros acompañados de ruido de espuelas.

Con gran admiracion suya, el jóven reconoció al cirujano Bolton.

Bolton venia empapado en sudor y llevaba un objeto de forma indefinible, pero bastante voluminoso, bajo su capa.

—Hijo mio,—dijo Bolton á Juan de Francia,—anoche volví á Calcuta y vuelvo espresamente à hablar con vos.

—¡Sal!—dijo Juan de Francia à Sanson.

El gigante se marchó dócilmente. Juan de Francia miraba atentamente á Bolton. El cirujano estaba agitado, y colocó con singulares precauciones su paquete en un rincon de la tienda.

—¿Estamos bien solos aquí?—preguntó.

—Sí,—respondió el jóven,—podeis hablar sin temor.

Bolton fijó en el jóven una clara y profunda mirada.

—¿Eres ambicioso?—dijo.

—Como el hijo de un rey.

—¿Ambicioso por tí y por los tuyos?

—¡Oh! estad tranquilo!—dijo altivamente el jóven;—si llego á reinar en mi tribu, los hijos de Bohemia dejarán de ser perros á los que se pueda rechazar con el pié.

—¡Pues bien!—añadió Bolton,—escucha. Supon que se coja un niño de tu tribu, un niño de tres ó cuatro años, y se haga de él un hijo de lord; que este niño, hijo de una gitana, cuya primera infancia habrá pasado en el desierto, se convierte un dia en un lindo caballero, un noble par de la libre Inglaterra.

—Os estais burlando de mí, lo que decis es imposible,— dijo francamente Juan de Francia.

—Pero, ¿y si pudiera ser?

—¡Oh!—dijo el gítano, cuyos ojos brillaron como dos estrellas en un cielo tempestuoso,—si eso pudiera suceder algun dia, creo que derramaria por él mi sangre hasta la última gota; y que toda mi inteligencia, todo el espíritu de accion de que disponga, toda mi influen-

cia sobre los de mi raza, la consagraria á hacer à este hijo de nuestra tribu el primer noble de Inglaterra. Querria que fuera el mas valiente, el mas rico, el mas temido y el mas grande de todos, Querria hacer de él un rey!

—¡Pues bien!—dijo Bolton,—si viniera á decirte: ¡es imposible!

—¡Callad!—murmuró Juan de Francia,—me causais vértigos.

Bolton se levantó y fué á tomar el misterioso paquete que habia dejado al entrar; le puso sobre la cama del herido y separó suavemente los pliegues de la capa que cubrian el cadáver de un niño: el gitano lanzó un grito.

—¡Amri!—dijo,—¡el hijo de Cynthia!

Bolton movió negativamente la cabeza.

—No, dijo, no es el hijo de Cynthia. El hijo de Cynthia está lleno de vida. Pero la semejanza es tan grande que tú te has engañado, como se engañarà la Inglaterra entera. ¿Sabes quién es el padre del hijo de Cynthia?

—Sí,—dijo Juan de Francia.—Mi hermana no tiene secretos para mí. El seductor de Cynthia, el padre de su hijo se llama lord Asburthon y es actualmente gobernador de la India.

—¡Pues bien!—añadió Bolton,—este niño muerto se llamaba esta mañana Rogel, marqués de Arbusthon, hijo único y legítimo heredero de un par de Inglaterra. ¿Sábes,—añadió mirando á Juan de Francia que se estremecia,—cómo se llama ahora? Amri, hijo de Cynthia, muerto esta noche de la picadura de un reptil.

El jóven habia palidecido; una lucha violenta se habia empeñado en su interior.

—Pero bien sabeis que Cynthia puede morir—dijo.

—¡Bah!—replicó Bolton,—no muere así como quiera la madre de un par de Inglaterra.

—¡Me tentais!—dijo Juan con sorda voz.

—Quiero hacer un gran señor de un gitano, quiero realizar tu sueño.

—¡Bien está!—esclamó Juan de Francia, que se arrojó del lecho,—¡castíguenme el infierno si hago mal! Dadme ese cadáver y esperadme fuera del campamento.—Solo yo puedo entrar en la tienda de Cynthia y robarle el niño sin despertar á sus guardianes, dos grandes mastines que de seguro os devorarian.

—Bien sabia yo,—murmuró Bolton, que Juan de Francia nos ayudaria! ¡Vamos! el marqués Roger solo ha muerto para su padre y para mí.

## VIII.

Un rayo de sol que cayó sobre su cabellera mas negra que el ala del cuervo despertó á la hermosa Cynthia. Se habia dormido soñando para su querido niño el mas dichoso porvenir y su sueño se habia prolongado toda la noche. Al abrir los ojos, vió á Juan de Francia sentado en el dintel de su tienda. Juan no parecia sufrir ya, tenia la sonrisa en los lábios y su mirada brillaba.

—¡Ah, hermanito,—le dijo la gitana, —si supieras qué sueño he tenido!

—¿Qué has soñado, hermana?—preguntó Juan.

—Veia á Amri grande y fuerte. Se habia hecho hombre y era hermoso coco un dios.

—¡Lo será!

—Pero, cosa estraña, no estaba vestido como los hombres de la tribu; tenia hermosos trages cubiertos de bordados, una espada de caballero al costado, y le llamaban Vuestra Gracia!

—¿De veras?—dijo Juan de Francia.

—¡Pobre niño!—dijo la jóven madre corriendo á la cuna, en la cual la noche anterior habia acostado á su hijo.

Pero repentinamente se echó hácia atràs y lanzó un grito terrible. El niño estaba mas frio que el mármol y Cynthia fuera de sí gritó, próxima á desfallecer:

—¡Mi hijo está muerto!

Juan de Francia esperaba esta esplosion de dolor, porque tomó el niño y la dijo:

—¡Mír ale bien! Este no es tu hijo.

Y le descubrió el brazo izquierdo.

—Bien sabes,—dijo,—que Amri tenia el triángulo cabalístico de la tribu en el brazo. Esta señal no puede borrarse. Pues bien, ¿donde está?

Los ojos de una madre no pueden engañarse largo tiempo.

—No,—dijo,—¡no es mi hijo! pero... mi hijo... ¿donde está?

Y su voz estaba llena de angustia.

—Tu hijo,—respondió Juan de Francia,—está ahora envuelto en encajes, acostado en una hamaca cubierta de gasa, y su sueño esta refrescado por el ancho abanico de un esclavo.

—¡Dios mio!... ¿qué quieres decir?

—Quiero decir,—continuó Juan de Francia exaltándose por grados,—que tu hijo ha ocupado el sitio del niño muerto, y que se llama hoy el marqués de Asburthon.

Cynthia cayó de rodillas; un sollozo desgarró su garganta, y dos torrentes de lágrimas se escaparon de sus ojos.

—¡Tu hijo,—prosiguió Juan de Francia,—será un gran señor, un noble; tendrá caballos de raza, millones, queri-

das capaces de inspirar celos á reyes; será par de Inglaterra.

—¡Pero ha muerto para mí!—gritó con voz desgarradora la pobre madre.

—Ni para tí, ni para mí; porque le seguiremos paso á paso, protegiéndole y sirviéndole, velando sobre él á todas horas y gozando con sus triunfos y su gloria.

Cynthia lloraba y no respondia.

De pronto se levantó echando fuego por los ojos, y cogió á Juan de Francia por el brazo.

—¡Quiero mi hijo!—esclamó,—¡vuélveme mi hijo!

Pero Juan de Francia fijó sobre ella la mirada dominadora con que fascinaba á toda la tribu.

—Si te lo volviera,—esclamó,—me lo echarias en cara algun dia, y... llorarias lágrimas de sangre!...

Cynthia bajó la cabeza y lloró silenciosamente.

Entonces, Juan de Francia añadió:

—Te he dicho que lo seguiremos á todas partes, y cumpliré mi promesa,

Si es preciso morir por él, moriremos.

Si necesita nuestros tesoros, los gastará.

—¿Nuestros tesoros?—murmuró Cynthia que creyó que su hermano se habia vuelto loco.

—Sí,—respondió Juan de Francia,—porque tal vez esta noche tengamos nosotros tambien una montaña de oro, y el universo nos pertenecerá.

## XI.

¿Qué era, pues, lo que habia pasado en aquella caverna donde los sacerdotes indios amontonaban riquezas, y en la que una jóven india, nueva vestal, alimentaba el fuego sagrado noche y dia?

Ya hemos visto entrar á los dos sacerdotes de Sivah, cubiertos con su largo ropaje blanco. Los dos habian visto á Juan de Francia, y uno de ellos sacó de su seno un puñal, en tanto que la india espantada cayó de rodillas.

—¡Ah!—dijo uno de los sacerdotes,—

morirá este temerario mortal que ha osado llegar hasta aqui.

Y en efecto, se inclinó hácia el jóven; la hoja del puñal brilló. Entonces la bayadera lanzó un supremo grito de espanto.

—¡Desgraciado!—dijo,—¿qué vais á hacer? ¿No sabeis que el dios á quien servimos es el dios de la muerte, pero que tiene horror á la sangre?

—¡Es necesario que muera!—repitió el brahma.

Y sin embargo, su brazo levantado no cayó.

—¡Pues bien! ¡morirá!—dijo la bayadera,—pero no vertereis su sangre!

—¿Cómo morirá entonces?

—Le he hecho dormir,—respondió ella,—ha bebido un brevaje que le va á tener en ese estado algunas horas. Tendreis tiempo de llevarle fuera de aquí.

—¡Y bien! ¿Qué haremos de él?

—Colocarle bajo un manzanillo, cuya sombra es mortal luego que el sol caliente sus hojas.

—La vírgen guardiana del tesoro de

Sivah,—murmuró el sacerdote,—es sábia como un anciano de blanca barba; has dicho bien, Dai-Natha; se hará como deseas.

—Además, ¿quién sabe?—añadió ella, à fin de desvanecer toda duda de parte de los sacerdotes,—¿quién sabe si antes de que el primer rayo de sol alumbre el horizonte, no habrá hecho un tigre su presa del temerario?

Los sacerdotes cargaron sobre sus hombros á Juan de Francia, dormido, y salieron de la caverna por la puerta misteriosa que se habia abierto en la roca.

La india se volvió á poner á bailar al rededor del brasero, y entonó un nuevo canto.

—Sí,—decia,—la sombra del manzanillo es mortal, y el que se detiene bajo sus ramas envenenadas, no vuelve á abrir jamás sus ojos á la luz.

—Pero Dai Natha, la hija de los sacerdotes, la virgen condenada á vivir bajo la tierra, no quiere que muera aquel cuya vista ha hecho latir su corazon.

Dai-Natha, la hija de los sacerdotes, sabe componer brevajes que destruyen el veneno mas sutil y curan las mordeduras de las serpientes.

Y el brevaje que Dai-Natha, la guardiana de los tesoros de Sivah, ha hecho beber al hijo de Europa, le preservará de la muerte, y la funesta, sombra del manzanillo ningun efecto producirà sobre él.

Y Dai-Natha giraba cantando; por fin cayó quebrantada y sin aliento sobre el suelo murmurando una última estrofa.

—No; es imposible que el fuego de mis miradas no haya penetrado en su alma: es imposible que su corazon no haya oido los presurosos latidos del mio. Cuando se despierte su largo sueño se acordarà de mí, y vendrá...¡ Entonces huiremos juntos!

Y la india rendida de fatiga se durmió sobre el monton de pedreria. Cuando despertó, el fuego se apagaba y calculó por la leña que se habia consumido que hacia doce horas estaba durmiendo. Los sacerdotes volvieron.

—¿Y bien?—les preguntó tratando de disimular su inquietud;—¿dónde le habeis trasportado?

—A una milla de las ruinas del templo, en medio de los pantanos, y le hemos echado bajo el árbol de la muerte.

—Pero,—dijo el otro brahma,—tu prediccion debe haberse cumplido, porque no le hemos vuelto á encontrar. Le habrá devorado algun tigre.

Dai-Natha se estremeció, pero guardó silencio. Los sacerdotes traian el alimento á la guardiana del tesoro. Marcharon anunciando que hacia mucho tiempo que el sol habia desaparecido del horizonte y que volverian á la noche siguiente.

Entonces Dai-Natha se puso à invocar á la diosa Mikalé, que preside al amor, y la pidió permitiese que el bello estranjero, el europeo de dorada piel, ojos negros y profundos, volviese.

Echó leña en la hoguera, lo que la permitia medir el tiempo, y la leña ardia y no volvia el estranjero. Dai-Natha bailaba y cantaba, pero su corazon esta-

ba lleno de inquietud. Pasó la noche; se oyó á lo lejos el grito de un buho; Dai-Natha comprendió que aparecia el dia. Ella se golpeaba el pecho, se heria la frente, torcia con desesperacion sus cabellos. Y su danza se convertia en furiosa como la de un dervich girador, y su canto era feroz, y una especie de pesada y terrible embriaguez se apoderaba de ella poco á poco.

De repente el grito del pájaro nocturno que ya habia oido, se escuchó de nuevo. Ella se detuvo muda y con la vista fija.

En este momento, un ruido lejano llegó hasta ella por el conducto subterráneo que desde la cueva subia á la superficie de la tierra. Su corazon empezó á latir con violencia y se puso à escuchar con ansiedad.

El ruido se hizo mas claro, se acercó, creció parecido al sordo murmullo de un torrente desviado de su curso ordinario; despues Dai-Natha lanzó un grito: Juan de Francia acababa de caer en medio de la caverna. El jóven llevaba

un puñal entre los dientes y dos pistolas en la cintura. La india corrió á él con los brazos abiertos.

—¡Ah! ya estás aquí, amado mio, —dijo:—ya estás á quí, por fin; bien sabia yo que vendrias.

—¡Atrás, envenedadora; atrás! —gritó Juan de Fradcia.

Y la rechazó bruscamente, añadiendo.

—No es culpa tuya si todavia estoy en el mundo y si la sombra del árbol de la muerte no me ha hecho perecer.

Dai Natha juntó las manos.

—¡Oh dioses! —esclamó,—yo que te he salvado del puñal de los brahmas, yo que te amo tanto...

Juan de Francia soltó una carcajada.

—No sé si me amas,—dijo,—no sé si dices la verdad; pero lo que sé es que necesito el tesoro.

—¡Oh! nó:—dijo ella;—¡no, nunca! No haré traicion al dios Sivah.

—Quiero el tesoro,—repitió Juan de Francia.

Los ojos de la india lanzaban chispas.

—¡Nada sacarás de aquí!—gritó;—¡nada, nada! Llévame si quieres; huyamos, te amaré, seré tu esclava, te seguiré como un perro; pero no toques á los tesoros del dios.

Y ella habia enlazado con sus brazos á Juan de Francia y le sujetaba con fuerza. Juan de Francia la rechazó de nuevo.

—Veamos,—dijo,—no tengo gana de empezar de nuevo todas las tonterias de ayer; hoy tengo prisa. ¿Quieres seguirme?

—Sí.

—¿Y llevar el tesoro?

—¡Jamás!

—Entonces, espera...

Juan de Francia corrió á la entrada del subterraneo, apoyó dos dedos en la boca y lanzó un silbido. En el mismo instante, el ruido, que anunciaba la presencia de un hombre en el subterráneo, resonó de nuevo y Dai-Natha, espantada, vió descolgarse, uno despues de otro en la caverna, dos nuevos personages. El primero era Nathaniel, el de

la garduña; el segundo, Sanson, el coloso, el confidente de Juan de Francia.

Ambos iban armados y tenian arrollados al rededor del cuerpo dos grandes sacos de piel, destinados sin duda á encerrar las piedras preciosas.

—¡Vamos! hijos mios,—dijo Juan de Francia,—atadme bien á esta buena moza; ponedle una mordaza para que no pueda llamar á sus amigos los brahmas, y nuestro es el tesoro del dios Sivah.

## Fin del Prólogo.

# PRIMERA PARTE.

## EL NABAB OSMANY.

### I.

Al pié de los montes Cheviot, en la frontera meridional de Escocia, empieza el salvaje y pintoresco valle de Asburthon, que ha dado su nombre á la noble familia inglesa cuyo jefe era, en 1758, gobernador de la India.

Las montañas que circundan este valle están coronadas de encinas secula-

res; en la falda de los collados erecen helechos de rosas; en la llanura, grandes bosques ocultan bajo su espeso follaje las blancas torrecillas del castillo del Rey.

La torre del Rey no es una construccion feudal; es una suntuosa estancia edificada á su vuelta del destierro, por el marqués William de Asburthon, fiel compañero de Cárlos II. La torre del Rey no era en otro tiempo sino un simple reducto, centinela avanzado del castillo de Asburthon. En su fuga, el rey Cárlos durmió en ella una noche, perseguido por los costillas de hierro de Conwell. En recuerdo de este hecho, el marqués de Asburthon, abuelo del gobernador general de la India, hizo añadir à la torre del Rey un espléndido castillo.

Hácia la izquierda, en la falda de la montaña, se alza un pequeño castillo: es Asburthon el viejo, habitacion de los hijos menores de esta noble casa. La torre del Rey posee seis leguas cuadradas del país: se cuentan por centenares

los pueblos y aldeas que dependen de su señorío.

Asburthon el viejo no tiene sino un pequeño número de granjas. La ley inglesa lo dispone de este modo: á los primogénitos la tierra y los títulos; á los demás algunos sacos de guineas y la proteccion del rey, que algunas veces les da empleos y honores.

Diez y siete años despues de los sucesos que acabamos de contar, y que tuvieron por teatro las ardientes llanuras de la India, es decir, en 1775, una tarde de verano, un jóven de diez y nueve años, montado en un caballo irlandés, lleno de gracia y de ardor, galopaba por el valle de Asburthon y seguia el camino tortuoso que, despues de haber seguido el curso del Tweed por espacio de una legua, se separa bruscamente, sube por la falda de la montaña, se pierde entre un bosque de alcornoques y va á salir blanco y lleno de polvo entre los helechos de rosas que forman el modesto parque de Asburthon el viejo. Este jóven, vestido con una casaca de

caza, paño rojo, era un bello caballero; largos cabellos negros y rizados circundaban su frente blanca mate; sus ojos azules tenian una mezcla de dulzura y altivez que se armonizaba con la aristocrática curva de su nariz y con sus làbios algo desdeñosos, apenas cubiertos por un naciente bigote. Hábil ginete, manejaba su caballo con notable elegancia. Dos grandes lebreles blancos y manchados de amarillo saltaban en su derredor. Un lacayo montado en un fuerte caballo de caza, le seguia á cien pasos de distancia.

—¡Vamos!—se decia el jóven acariciando el cuello negro y lustroso de su caballo;—será preciso que por esta vez mi bello primo James Asburthon se decida á venir á saludar à la numerosa sociedad que me hace compañía en la torre del Rey. Es el único pariente que me queda, desde la muerte de lord Asburthon, mi amado padre, y parece que huye de mí. Quiero vencer su aversion y amarle tanto, que me perdonará ser el jefe de la familia, par de Inglaterra á

los diez y nueve años y haber recibido esta misma mañana, de manos de un oficial del rey Jorge, mi despacho de coronel.

A tiempo que se dirigia este monólogo el jóven marqués Roger de Asburthon llegó al bosque, en el que entraba el camino que conduce á Asburthon el viejo. El galope de un caballo llegado en sentido contrario, atrajo su atencion.

—Seria curioso,—dijo,—que hubiese murmurado demasiado pronto de mi primo; tal vez sea él que venga á visitarme.

El marqués Roger se engañaba. En un recodo del camino descubrió al caballo y su ginete. El primero era uno de esos pequeños animales, ardiente, vigoroso, con todas sus crines, que pacen el helecho y que montan los pastores de la vieja Escocia. El ginete era un hombre de unos treinta años, de tez aceitunada, cabellos y ojos negros, con toda la barba, de una belleza varonil, determinada, casi fatal; este hombre, que parecia fuerte y vigoroso, llevaba un traje medio oriental y que chocó al jóven,

Un caftan blanco cubria sus espalda. y caia sobre sus botas de tafilete rojos En vez de espada se veia á su lado una pequeña cimitarra como las de los oficiales indígenas del ejército de la India.

Este hombre pasó sin detenerse al lado del marqués Roger, pero le saludó cortesmente, y si hubiera habido un observador atento, hubiera sorprendido la tierna mirada que dirigió furtivamente al jóven par de Inglaterra.

La juventud es curiosa. Cuando hubo pasado este estraño personage, el marqués se volvió á mirarle. Despues detuvo el paso de su caballo, é hizo señal al criado de que se acercara.

—¿Quién es ese caballero?—le preguntó.

—Pienso, señor,—contestó el criado, —que es el gentleman indio que ha heredado tierras del señor Mac-Gregor, hace unos quince dias.

—Sí,—dijo el marqués,—he oido hablar de este personage estraño. Es un indio que ha servido en los cipayos, y que ha llegado á Lóndres con una fortuna inmensa.

—Vuestro honor tiene razon,

¿Y crees que sea él?

—¡Por San Patrick, patron de la verde Erin!—respondió el criado,—un gentleman ingles ó escocés no se vestiria de blanco, bajo este cielo nebuloso, y no tendria esa cara de negrito.

La observacion era justa: el marqués por lo menos la encontró así,—y añadió:

—¿A cuántas leguas se halla la torre del Rey del castillo de Mac-Gregor.

—A seis leguas, señor.

—Bien está,

Con un ligero movimiento de cabeza, el jóven dió á entender á su criado que el interrogatorio habia terminado. El criado se volvió á colocar á la misma distancia, y el marqués puso de nuevo su caballo al galope.

De pronto, una vieja se interpuso en el camino. Era una gitana, de las que van por las granjas y las aldeas con una mochila á la espalda y un palo en la mano vendiendo fieltros á los enamorados, remedios á los labradores, preser-

vando el ganado del mal de ojo y diciendo la buena ventura por penny. Barba puntiaguda, lárga nariz, boca horrorosa, cabellos grises y desordenados, ojillos llenos de malicia, talle encorbado y manos descarnadas, parecia à las hechiceras de Macbth.

—Hé aquí un hermoso señor,—se puso á salmodiar con un ritmo lento y estraño,—que no rehusará enseñarme la pal na de su blanca mano.

El jóven marqués detuvo su caballo para no atropellar á la gitana.

—Y ¿para qué quieres, buena vieja, ver la palma de mi mano?—la preguntó.

—Para leer en ella vuestro destino,—respondió ella,—porque el porvenir no tiene nada secreto para mí.

El marqués se echó á reir.

—¿De veras?—dijo.

—Sí, señor.

—No creo,—continuó Roger sonriendo,—que el porvenir tenga nada de amenazador para mí: tengo veinte años, dos mil libras esterlinas de renta, soy par de Inglaterra y coronel de un regimiento del rey.

—Lo mismo da,—añadió la vieja;—no hay hombre tan dichoso á quien no amenace una desgracia.

—¡Bah!

—Y si viera vuestra mano...

—Pues bien, héla aquí.

Y el marqués se quitó un guante, se inclinó sobre el estribo y puso su mano, fina y elegante como la de una mujer, en la arrugada mano de la gitana. Esta examinó las líneas con meditabunda atencion, guardó silencio por un momento, y dijo en fin:

—Un gran peligro amenaza á vuestro honor.

—Veamos cual.

—Vuestro honor hará bien en no cazar mañana.

El bello jóven dejó asomar entre sus rosados lábios una fresca sonrisa.

—Veamos, pues,—dijo,—no veo qué clase de peligros se pueden correr cazando zorras.

—Muchas veces quien caza una zorra encuentra un oso.

—¡Bah!—dijo el marqués,—ya hace

mucho que no hay ninguno. Mi abuelo que cazaba todos los dias, nunca los encontró.

—No importa, señor,—dijo la vieja: —debeis creerme y renunciar á esta caza.

—¡Bien está!—respondió el marqués, —lo reflexionaré. ¿Teneis algo mas que anunciarme!

La vieja examinó de nuevo la mano izquierda del jóven.

—Vuestro honor está enamorado,—le dijo.

Roger se estremeció.

—¡Ah! puede ser,—dijo.—¿Hago mal?

La vieja movió la cabeza.

—Vuestro honor podria arrepentirse de este amor.

Roger sintió que su corazon latia ligeramente.

—Supuesto que sabes tantas cosas, ¿sabes si ella me ama?—preguntó.

—Mas tarde se lo diré a vuestro honor,—contestó la gitana moviendo la cabeza; - hay en vuestra mano una línea

que aun no está formada. ¡Y ahora, que Dios os guarde!—añadió queriendo seguir su camino y olvidándose de reclamar su salario.

—Un instante,—la dijo Roger,—yo tambien tengo mi modo de decir la buena ventura. Y echó dos monedas de oro á los piés de la gitana.

Despues siguió su camino muy pensativo y diciéndose:

—¿Por qué me ha de hacer desgraciado el amor que profeso á la señora Ellen?

Y se volvió de nuevo hácia su criado.

—¿Conoces á esta hechicera?—le dijo.

—Es la Malbek, una gitana,—respondió el criado.—Vuestro honor ha sido demasiado bondadoso escuchando sus tonterías. No hace daño á nadie y sus predicciones jamás se cumplen.

—Así lo espero,—contestó el jóven marqués aflojando las riendas á su caballo.

## II.

Bajo su manto de yedra, Asburthon el viejo era un castillo feudal, triste y sombrio como su actual propietario, el señor James, el cual, á la hora en que su primo venia á visitarle, estaba sentado en el gran salon, al lado del fuego, con la vista fija en los antiguos retratos de familia que adornaban las paredes.

El señor James era un hombre de treinta años, de mirar falso, lábios delgados, y de alta estatura, ya encorvado ligeramente.

Sombrio y taciturno, vivia solo, huyendo de toda sociedad, cazando por mañana y tarde, acompañado de su picador y seis perros.

El picador del señor James estaba además encargado de las funciones múltiples y delicadas de ayuda de cámara intendente y confidente. El señor James no tenia secretos para él.

Este hombre, que se llama Wiliama Burdet, formaba en cuánto á lo físico

un completo contraste con su amo. Era bajo, vigoroso, tenia una enorme cabeza sobre un cuello de toro y manos tan anchas que podian cubrir un plato. Sus lábios eran gruesos, y sus ojos aleonados anunciaban en este hombre una rara mezcla de sensualidad, astucia y ferocidad.

Wills, como se le llamaba por abreviar, era el alma condenada de su amo, el complaciente instrumento de sus desórdenes, Como el pobre castellano de Asburthon el viejo, profesaba un odio mortal al rico señor de la torre del Rey, y nunca pasaba á su lado sin lanzar alguna blasfemia.

Cuando James estaba contemplando con mal humor los retratos de sus antepasados, que solo le habian legado la humildad y la miseria, Wills entró bruscamente. Llevaba fruncidas las cejas, y sus suspiros eran precipitados.

—¿Qué quieres?—preguntó el segundo de los Asburthon.

—Vengo à anunciar una visita á vuestra señoría.

—Mi primo, sin duda,—dijo James sonriéndose con satisfaccion.

Wills no pudo menos de manifestar su asombro en voz alta.

—¿Es que vuestra señoría le esperaba?

—Ciertamente.

—¡Ah!

—Esta esclamacion fué pronunciada con tal acento, que el señor James creyó debia dar una esplicacion á su picador.

—Pero ante todo,—dijo,—¿cómo sabes que mi primo viene á verme?

Está subiendo la cuesta á caballo, y estará aqui dentro de un cuarto de hora.

—¿Le has visto tú?

—Vuestra señoría puede asegurarse desde las ventanas del balcon.

James se levantó, y apoyándose en el antepecho de una ventana vió, en efecto, a jóven marqués Roger que salia del bosque y seguia su camino hácia Asburthon el viejo. Era aun preciso al marqués un cuarto de hora para llegar al umbral del castillo. James volvió á

sentarse al lado de la chimenea, y dijo à Wills con aire misterioso:

—Cierra la puerta.

Wills obedeció y se colocó de pié con las manos cruzadas à la espalda del señor James.

—Ya sabes que el marqués me dirijió ayer un billete.

—Invitando á vuestra señoria á una cacería de zorras,—respondió Wills.

—Y yo he reusado, sabiendo que era el medio de obtener una visita de mi bello primo; insistirá, y esta vez aceptaré su invitacion.

—Entonces,—dijo Wills,—no comprendo para que ha rehusado al principio vuestra señoría.

Una enigmática sonrisa se dibujó en los labios del Sr. James.

—Para qué,—replicó,—si mañana en esta caza sucediera un accidente, no se creyera que yo le habia preparado.

—¡Ah!—dijo el picador, -¿habrá un... accidente?

—Probablemente.

¿Y cómo, señor?

Hay quien cazando una zorra encuentra un oso,—dijo el Sr. James repitiendo las palabras misteriosas que la gitana habia dicho al marqués Roger.

Wills miró estupefacto á su amo.

—Ya no hay osos en los montes Cheviots.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro.

—¡Pues bien! mañana habrá uno.

Wills abrió enormemente los ojos.

—¿De qué color es el caballo de caza de mi hermoso primo?

—Es el que monta hoy. Neptuno es negro como el ébano.

—¡Pues bien! el oso que encontraremos mañana en la caza, es feroz para los caballos negros.

Wills no comprendia una palabra, y seguia mirando á su amo.

—Ya te lo esplicaré mas tarde,—dijo el Sr. James.—Ahora ocupémonos de recibir dignamente al jefe de la familia de Asburthon,—añadió sonriendo irónicamente;—ve á dar las órdenes precisas.

Wills salió rascándose la cabeza. Cuando quedó solo, el Sr. James murmuró:

—Sin embargo, yo habia puesto bien la víbora negra; ¿cómo ha escapado de su veneno terrible? ¡Hé aquí lo que jamás podré esplicarme!

Levantóse en seguida, dió algunas vueltas con paso desigual y brusco por el salon, y fué enseguida al encuentro del marqués Roger, que entraba en este momento en el patio del castillo. El jóven echó vivamente pié á tierra, corrió hácia el Sr. James y le abrazó tiernamente diciéndole:

—¡Ah! querido primo, cuánto me alegro de encontraros; temia que estuviérais aun de caza.

—Bien venido seais, señor marqués, —respondió afablemente el Sr. James, —me lisongeo de que aceptareis un refrigerio bajo mi humilde techo.

—De buena gana,—contestó el marqués,—pero con una condicion.

—¿Cuál?

—La de que aceptareis mi invitacion para mañana.

—Primo mio, —dijo el Sr. James, haciendo como si aun tratara de rehusar, ya sabeis que soy algo misántropo.

—Empezais demasiado temprano,— dijo Roger sonriendo.

—Y vos reunis una sociedad numerosa en la torre del Rey,—continuó el señor James.

—¡Oh! muy poca gente.

El Sr. James suspiró.

—En fin,—dijo,—tanto insistis y de un modo tan encantador, señor marqués.

—¿Qué, aceptais?

—Sí.

El jóven lord tomó ambas manos del Sr. James y las estrechó con efusion, despues pasó el brazo por el suyo y dijo:

—¡Pardiez! primo mio, no me agradan mucho el té ni la cerveza y prefiero un buen vaso de Burdeos; venid, pues, á dármele, me estoy muriendo de sed.

El Sr. James llevó al jóven á la sala de honor de Asburthon el viejo y le acercó el gran sillon blasonado, en que se sentaban los jefes de su noble raza.

La recepcion fué corta, pero de las mas cordiales. El marqués Roger vacio prontamente una botella de Burdeos, se mostró alegre y aun algo loco, lo que contrastaba singularmente con el puritanismo y seriedad de la nobleza inglesa: despues, levantándose, abrazó de nuevo al Sr. James y le dijo:

—Mañana á las ocho... ¿no es así? se almorzará y se pondrá el pie en el estribo al dejar la mesa.

—Seré exacto,—contestó el segundo de la casa de Asburthon.

—James condujo de nuevo al marqués hasta la puerta esterior del castillo, haciéndole muchos cumplidos y abrumándole á protestas de afecto; enseguida volvió á ponerse de codos en la ventana del gran salon, con objeto de ver alejarse á su huésped. El marqués galopaba por una rápida pendiente con toda la animacion de la juventud.

—Vamos,—se dijo James,— el caballo es bueno, hasta violento, y mañana se portará maravillosamente.

Despues llamó á Wills, que se pa-

seaba tranquilamente bajo la ventana. Wills subió.

—Ahora,—le dijo,—voy á ponerte al corriente de mis proyectos.

—Escucho á vuestra señoría.

—Ya recordarás que el invierno último cuando estaba en Lóndres iba con frecuencia á pasearme á Hyde-Park.

—Casi todos los dias, señor.

—Habia á la puerta del jardin real un domador de bestias feroces, que hacia maravillas. Era una especie de jigante que presentaba por su órden un tigre, una pantera y un oso. El oso era pardo y de una ferocidad indomable. Una noche, despues de terminar la representacion pública, entré en la barraca del saltimbanqui, y le dije:

—¿Cuanto ganas?

—Unos diez schilling por dia.

—¿Quieres ganar treinta?

—Ya lo creo, señor,—me contestó,—no se rehusa jamás un buen salario. ¿Qué es preciso hacer?

—Darme representaciones á mi solo.

—Es fácil.

—Todos los dias.

—Negocio concluido,—me contestó.

—Convenidos en ello,—prosiguió el señor James,—he aquí el ejercicio á que el domador y yo nos dedicamos todas las noches de doce á dos. El domador ponia un bozal al oso y le envolvia las patas en mitones de cuero, de modo que no pudiera hacer uso de sus garras, luego le ataba á un anillo de hierro, fijo en un poste. Despues de esto un hombre vestido con casaca roja y botas de montar, entraba en la arena montado en un caballo negro que ponia al galope, describiendo círculos al rededor del oso. Entonces este hombre daba latigazos con su fusta de caza en las orejas del oso, estrechando poco á poco el círculo, y manejaba tan hábilmente su caballo, que éste daba de coces al pobre animal cada vez que pasaba á su lado. Al cabo de tres dias, el oso se enfurecia solo al ver algo negro y rojo: al cabo de seis meses, hice comprar un caballo negro, sobre el que pusimos un maniquí vestido de encarnado; caballo y maniquí

fueron introducidos en la arena. Esta vez, el oso no tenia bozal y podia hacer uso de sus garras. Se lanzó al caballo, le desgarró el vientre de una manotada é hizó pedazos el maniquí... Ahora, creo al animal suficientemente instruido.

—Pero, —dijo Wills que habia escuchado con gran atencion, —¿en dónde està ese oso?

—El domador ha llegado ayer tarde á la aldea de Burton, á dos leguas de aquí, en la linde de ese bosque en que hemos de cazar mañana una zorra. Ha pedido permiso al scherif del condado, pura dar representaciones; pero la respuesta no llegará hasta despues de mañana, de modo que nadie ha visto aun, en el pais, á los animales que están encerrados en carruages de hierro.

—¡Empiezo á comprender!—dijo Wills, —¿vuestra señoria hará que el domador deje escarpar su oso al paso de la caza?

—Nada de eso, porque todos los huéspedes del marqués llevan como él casacas rojas y mas de uno sin duda monta un caballo negro.

—Iba à hacer esa observacion á vuestra señoría.

—Todo lo he previsto,—dijo el Sr. James.—No es á la partida, sino al halalí cuando el marqués hallará el oso. Bien sabes que una zorra levantada en el poste de la Reina, va á dejarse cojer por lo regular en las gargantas pedregosas de Peck Gurd.

—Sí señor.

—Pues bien, allí, detrás de unas encinas, será donde el domador quitará el bozal al oso.

—Pero,—observó Wills que era escesivamente meticuloso,—es nesesario que el marqués llegue el primero al halalí.

—Eso es cuenta tuya.

—¿Comó?

—Escucha. Durante mi estancia en Francia, he adquirido de un chalan normando recetas preciosas; un puñado de granos de adormideras mezclado á la avena de los cabalios, los enerva lo bastante, para que, al cabo de una carrera de una hora, queden sin brazos, como se dice vulgarmente.

—Ya lo sé, señor; no hay necesidad de ir á Francia para saber esos bellos secretos,—dijo desdeñosamente Wills el picador, dominado por el orgullo nacional.

—Y ahora, ¿qué piensas tu,—dijo el Sr. James,—que haria un caballo al que se hubiera clavado un pequeño anzuelo de pesca bajo la silla?

—Ese caballo se encabritaría, y enfurecido no obedeceria desde luego á su ginete.

—No,—dijo el Sr. James,—no se desbocaria sino una hora despues si se habia cuidado de envolver el anzuelo con cera, que no se derretiria mas que con el calor, es decir, despues de una larga carrera. ¿Cómprendes ahora de qué modo llegará el marqués el primero al hatall?

Wills miró á su amo con admiracion.

—¿Sabes,—añadió este,—que tal vez mañana durmamos en la torre del Rey?

—¡Eh! ¡eh!—dijo Wills,—todo es posible. Pero..:

Este pero estaba preñado de observaciones.

—¿Qué mas hay?—preguntó el señor James mirándole.

—¿Vuestra señoria ha hallado el medio de mezclar las adormideras á la avena y colocar la bola de cera bajo la silla de Neptuno?

—¡Ah!—dijo el Sr. James, eso es cuenta tuya. Tu irás á dormir esta noche á la torre del Rey con mis perros y nuestros caballos; y si eres un mozo de talento ya lo arreglarás todo á la hora de limpiarlos.

—Siendo así no hay inconveniente.

—Y como la aldea de Burton está en su camino, llevarás mis instrucciones al domador.

—Entónces vuestra señoría puede hacer esta noche sueños de oro; mañana dormirá en mejor lecho.

—Asi lo espero,—murmuró el Sr. James que se puso á soñar con la dignidad de par y los millones de su bello primo, el marqués Roger de Asburthon.

## III.

A las ocho de la noche, cuando ve-

nia la noche y rodeaba con sus brumas las torrecillas de Asburthon, el viejo, maese Wills caminaba al paso de su poney, llevando delante una docena de grandes perros calvos, tan flacos como las rentas de su dueño, y llevando de la brida el caballo de caza que el Sr. James debia montar el dia siguiente.

En lugar de seguir el camino ordinario Wills habia pasado el rio á vado y siguiendo por el bosque llegó aquella noche á la aldea de Burton. Compuesta de unas cien casas, esta aldea estaba habitada por paisanos tranquilos, respetuosos observadores del toque de la queda.

Sin embargo, esta noche, Wills vió una reunion bastante numerosa delante de la puerta de la única taberna del lugar. Hombres, mujeres, viejos, niños, todos se mostraban muy curiosos y trataban de ver lo que pasaba en el interior de la taberna.

Wills era buen escocés y nunca hubiera pasado por delante de una taberna, sin echar pié á tierra y beber una pinta de cerveza fuerte.

Llamó à un muchacho, le confió sus perros y sus caballos, prometiéndole dos penny y entró en la taberna.

Los que tanto llamaban la atencion del gentío y escitaban una curiosidad temerosa, eran el domador de fieras y criado, es decir, el que le ayudaba en sus ejercicios.

El domador era un mozo fuerte, de cabellera roja, fornido como Wills y fuerte como él. Miró al picador con inquieta curiosidad, y este guiñó un ojo de un modo que queria decir:

—Soy el que esperais. Wills se fué á sentar junto al fuego.

Se le conocia en la casa, y la tabernera, una gruesa viuda todavia en buen estado, le hizo su más bella reverencia diciéndole:

—¿Qué deseais que se os sirva, señor Williams?

—Cerveza y gin,—respondió éste.

Wills echó dos copas de gin en el tarro de cerveza fuerte que le sirvieron, y mirando al domador:

—Y bien, ¿qué tienen, pues, todos

esos imbéciles para estar asi delante de la puerta?—preguntó.

—Señor, á nosotros es à quien miran, —respondió el domador.

—Nada teneis, á lo que parece, de estraordinario...

—No, pero querrian ver mis fieras.

—¿Qué fieras?

—Mi pantera, mi tigre y mi oso.

—¡Ah!—dijo Wills con indiferencia, —¿sois el domador de que se habla en el país desde ayer?

—Sí señor; y si el señor Sheriff me hubiera dado permiso para dar una representacion, hubiera tenido buena entrada.

—¿Os la ha negado?

—No lo sé. Mi otro criado ha ido á la capital del condado, y todavía no ha vuelto.

—¿Dónde están vuestros animales?

—En mi carruaje, en el patio de la posada.

—¿Quereis enseñármelos?

—De buena gana, pero no puedo, sin esponerme á una multa, hacer ningun ejercicio.

—No hay para qué. Solo quiero verlos.

El domador se levantó y Wills le siguió; ambos pasaron de la cocina de la posada al patio.

Wills queria ver el oso. Poco le importaba el tigre, y menos todavía la pantera.

El butcher, es deeir, el mozo encargado de dar de comer á los animales, habia quedado en la taberna.

—Vengo de parte del señor James,—dijo Wills en voz baja al domador, mientras este abria los postigos de madera que cubrian las barras de hierro de las jaulas.

—Me lo habia figurado,—contestó el domador.—¿Me traeis órdenes?

—Mañana.

—¡Ah!

—Y tendreis vuestras cincuenta libras si sale bien el golpe.

—Saldrá bien,—respondo de ello.

—¿Sabeis dónde están las gargantas de Pik-Gurd?

—Sí. Casi soy del pais, he nacido á tres leguas de aquí.

—¡Ah! muy bien.

—¿Es allí?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Hareis bien en partir esta noche,—dijo Wilis.

—He tomado dos criados nuevos. Nada saben, —añadió el domador,—puesto que no han visto nunca trabajar el caballo.

—Encuentro buena esa precaucion, amigo. Veamos el oso.

Y Wills se acercó á las barras y examinó el mónstruo.

Tendido, con el hocico sobre sus patas, gruñó este sordamente al acercarse Wills, y sus ojillos brillaron en la sombra como topacios.

—¡Dewel!—dijo el picador,—esto promete. Es bien grande.

—¡Oh! no tendrá sino para un bocado con el hombre y el caballo,—dijo el domador,

Wills añadió:

—¿Es jóven?

—Tiene ocho años.

—¿Desde cuándo le teneis?

—Hace tres años.

—¿De dónde viene?

—De la India. Lo ha traido un gitano, una especie de coloso.

—¿Y ha consentido en deshacerse de él?

—Sí, porque ya habia hecho su fortuna.

—¡Eh!—dijo Wills,—creo que la vuestra está en buen camino.

—En ese caso,—dijo el domador,—me retiraré tambien y cederé mi oso.

—¡Oh! podeis estar cierto de que morirá mañana,—dijo Wills.

—¿Y quién le matará?

—¡Vaya! He cargado mi carabina con dos balas que le estan destinadas. Es preciso, añadió el picador, que tenia algun tinte de literatura,—que no pueda sospecharse de la mujer de César.

—Buenas noches, amigo.

El domador volvió á cerrar los postigos de la jaula, y los dos volvieron á entrar en la taberna.

Wills se hizo servir una segunda

pinta de cerveza, hechó sobre la mesa dos schelling, montó á caballo y se puso en camino hacia la torre del Rey, adonde llegó una hora despues. . . . .

. . . . . .

A las tres de la mañana el domador se levantó.

—¿Dónde vais, mi amo?—le preguntó el butcher que se despertó sobresaltado.

—¡Brutol—respondió el domador,—

—¿no oyes cómo ahulla Tom?

—Todas las noches ahulla, mi amo.

—Sí, pero no de este modo.

—¿Qué quereis que tenga?

—Que se fastidia.

—¿Y vais á pegarle?

—No, voy á pasearle. Cuando está solo conmigo me sigue como un perro.

—Cuidato no se os escape.

—¡Bah! Le pondré el bozal por si acaso.

Y el domador se vistió.

Despues bajó al patío.

Los animales reconocieron sus paso y empezaron á ahullar. Pero el dom s

dor silbó de cierta manera y se callaron.

Entonces abrió la jaula del oso.

—Ven acá, Tom,—dijo en voz baja.

El oso salió con la docilidad de un perro y se dejó poner su collar y su bozal de acero, sin hacer muestra de oponerse.

El domador, llevándole con una cadena, abrió sin ruido la puerta del patio y atravesó la calle de la aldea sin hallar á nadie.

Todo el mundo dormia.

El oso marchaba al lado de su amo con la tranquilidad y la calma de un perro de Terranova.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando amaneció los dos criados del domador se miraron con asombro.

Ni el oso ni su dueño habian vuelto.

—¿Se habrá escapado Tom?—dijo el butcher que siempre habia demostrado una marcada preferencia por su oso.

## IV.

Entremos por fin en el castillo de la torre del Rey, esta espléndida estancia de los modernos señores de Asburthon.

— Mientras que el jóven marqués Roger volvia de casa de su primo James Asburthon, dos de sus huéspedes se paseaban bajo los grandes árboles del parque.

Estos dos personajes parecian haber cumplido cincuenta años, pero uno y otro estaban fuertes aun.

—Querido baronet,—decia uno,—os confieso que tengo gran curiosidad por ver al marqués Roger á quien dejé todavia niño en Calcuts.

—¡Cómo! ¿no le habeis vuelto á ver?

—¡Dios mio! no.

El que habia hablado primero, era precisamente nuestro antiguo conocido, el cirujano Bolton.

Sus botas llenas de polvo, el látigo que aun tenia en la mano y su casaca

arrugada, probaban que se acababa de apear del caballo en el mismo instante y que sin duda habia traido un largo camino.

—Bien sabeis,—añadió,—mi querido baronet, que solo hace seis meses que he vuelto á la India. Mi semblante bronceado os lo probará además.

—Ya lo se,—respondió Roberto Walden, pues era él, que habiendo reconocido á Bolton el primero entre los convidados del marqués, cuando se apeaba habia venido á su encuentro.

—Pues bien, mi primera visita ha sido á mi madre, que habita en un lugar del Lincolnshire. He permanecido con ella tres meses, despues he estado en Lóndres, y allí he sabido que el marqués Roger se encontraba aquí. Sabeis, como yo, que su gracia lord Asburthon no siguió mucho tiempo de gobernador general de la India. Tenia en contra saya los indígenas y los funcionarios civiles del ejército. Nadie, en Calcuta, se podia acostumbrar á su carácter altanero. Cayó en desgracia y volvio á Inglaterra.

—Donde ha muerto hace un año,—añadió Roberto Walden.

—El niño Roger tenia seis años,—prosiguió Bolton,—cuando marchó de Calcuta. Era un niño encantador, petulante y alegre como un francés, valiente como un corsario. ¿Sigue lo mismo?

—Lo mismo,—dijo Roberto dando un suspiro.

—¡Eh!—dijo Bolton.—¡De qué modo lo decis, querido Baronet!

El gentleman suspiró de nuevo.

—No quiero ocultaros nada,—dijo—Roger de Asburthon no tiene el carácter reposado, tranquilo que conviene á un gran señor inglés. Alegre y descuidado no sabe disimular sus sentimientos; colérico como un niño mimado, escéntrico como... yo, se queja sin cesar de las trabas de la etiqueta. Temerario en presencia del peligro, no sueña sino batallas, espediciones aventuradas. En fin, es el noble mas desgraciado de los tres reinos, cuando está encerrado en un salon. Un dia pidió al rey una audiencia; se le hizo esperar en la antecámara y se marchó furioso.

Bolton escuchaba sonriendo.

—En cuanto á lo damás,—prosiguió Roberto,—tiene un noble corazon, es bueno, generoso, caritativo. En los seis meses que hace que está aquí ha sido la providencia de sus arrendatarios y vasallos. Hasta se trata con ellos de un modo familiar que desespera al escelente Sr. Borel, su ex-preceptor. ¿Creeriais que el otro dia se encontró á un pobre diablo, cojo y agobiado de fatiga y le ha hecho montar en su caballo y ha seguido su camino á pie?

—Ha partido su capa con el pobre como San Martin,-repuso riendo Bolton.

—Pero, querido, todo lo que me decis me encanta.

—¿De veras? Pues bien; en cuanto á mi no lo entiendo, porque ni su padre ni la la señora Cecily...

— ¡Ah!—dijo Bolton, — habladme, pues, de la señora Cecily.

Roberto Walden se puso sério.

—¡Ha muerto!—dijo.

—¿Ha muerto?

—Hace dos años. Esta desgracia ocur-

rió seis meses antes de la vuelta de lord Asburthon.

—¡Pobre mujer!—murmuró el cirujano Bolten suspirando. Y el marqués lo ha sentido.

—No. Porque habia creido las calumnias del Sr. Jack.

—¡Ah! en cuanto á este,—dijo el cirujano,—espero que me dareis una esplicacion.

—Con mucho gusto.

Y sir Roberto sonrió.

—Se os ha visto hace diez y siete años el dia en que el Gobernador y yo estábamos de caza, salir con el Sr. Jack del palacio de Calcuta.

—Es cierto.

—Habeis entrado en una barca y os habeis dirigido á un navio que estaba anclado, á la estremidad de la rada.

—Exacto,—dijo Roberto.

—Se han oido dos detonaciones en el mar.

—Todo eso es completamente cierto, nos hemos divertido en tirar á las gaviotas.

—¡Hum! La escusa es buena. Luego la barca abordó al navio.

—Nada hay mas exacto.

—Seis meses despues, el gobernador, que se perdia en conjeturas sobre la suerte de su hermano, ha recibido su acta mortuoria, dirigida por el capitan del navio á cuyo bordo habiais tomado pasaje desde la rada de Santa Helena.

—¿Y bien, adivinais la verdad?

—Casi, casi. Habeis muerto al Sr. Jack.

—Lealmente, en duelo.

—Eso no cabe duda. ¿Pero dónde?

—¡En la barca, pardiez!

—Pero... ¿y el capitan...?

—Era primo mio y me profesaba grande afecto.

—Así que, escepto vos, yo y él nadie.

—Nadie en el mundo sabe que he matado al Sr. Jack.

—¡Ah, perdonad! —dilo Bolton— Yo juraria que su hijo tiene sospechas.

—De las sospechas á la prueba hay gran distancia. Además,—añadió Roberto Waldeu, mañana nos asegura-remos.

—¿Y cómo?

—¿Veis desde aquí las torrecillas de Asburthon el viejo?

—Sí.

—Allí vive el Sr. James de Asburthon.

—¿Y bien...?

—El jóven marqués ha ido á invitarle á una cacería de zorras que debe verificarse mañana. Lo que hará que sir James y yo nos encontremos en presencia uno de otro.

—¡Oh! estad tranquilo. Le he conocido en la India, donde servia de teniente. Es digno hijo de su padre, y tan cobarde como él. No os provocará. Pero á propósito, querido baronet, aun tengo que haceros una pregunta.

Hablad.

—¿Qué habeis hecho de la gitanilla que habíais comprado á su padre?

—¡A fé mia!—dijo sir Bolton estremeciéndose,—la olvidé en el schoultry de Calcuta, y no sé que habrá sido de ella.

—¡Ah!—dijo Bolton.

—¿Por qué diablos me haceis esa pregunta?

Porque me han dicho en Lóndres que teníais una hija adoptiva.

El señor Roberto se echó á reir.

—Es mi sobrina,—dijo,—hija de una hermana mia que ha muerto. Ya la vereis, es una perla de belleza mi Elena. Pero mirad, precisamente, vedla bajando las gradas del pórtico.

Bolton se volvió hácia el castillo, y vió en efecto á la que el señor Roberto llamaba señorita Ellen.

Era una encantadora criatura de unos veinte años, de talle esbelto, cabellos negros, cútis blanco y mate y labios rojos.

Se la hubiera tomado por una hija de la cálida Andalucia, sobre todo cuando andaba, dejando ondular su talle flexible como un lirio.

La señorita Ellen, desde hacia un año que habia salido del convento, habia llegado á ser la lionne de Lóndres.

Su gracia, su arrogante belleza, su espíritu mordaz, su burlona sonrisa ha-

cian perder la cabeza á todos los bellos señores de la corte.

—Su belleza me desespera,—dijo en voz baja el señor Roberto Walden á Bolton, mientras que la señorita Ellen se adelantaba hácia ellos.

—¿Y por qué, querido?

—¡Toma! porque todo el mundo me la pide en matrimonio.

—¡Pues bien! dádsela al mas rico, al mas guapo y al mas noble.

—No tal. Tengo mis proyectos.

—¡Ah!

—Desgraciadamente, aun no están muy adelantados. Y la señora Ellen es coqueta.

—Es natural.

—Además, me temo que nuestro huésped, el marqués Roger...

—¡Bah! ¿él tambien?

—¡Ay de mi! lo temo.

—¡Eh! pero ese sueño me parece que no dejaria de ser agradable,—dijo Bolthon,—mi querido baronet. El marqués es par, tiene una inmensa fortuna y el rey le acaba de nombrar coronel.

—Sí,—dijo Roberto Walden suspirando,—todo eso es magnífico, pero...

—Veamos ese pero.

—Yo conozco en cierto sitio un bello y apreciable jóven, á quien amo como si fuera hijo mio, y que, tambien él, ama á mi sobrina.

—¡Oh! oh!

—No es par, ni marqués, ni millonario, pero tiene un noble corazon y le creo digno del amor de Ellen; el mas querido de todos mis votos seria unir estos dos niños y dejarles toda mi fortuna.

Bolton seguia mirando á la señorita Ellen que avanzaba lentamente, deteniéndose á cojer flores con las que hacia un ramillete.

—Y ella...—dijo,—¿ama á vuestro protegido?

—No lo sé...¡Ah!—dijo suspirando sir Roberto Walden,—el corazon de la mujer es insondable. Si la señora Ellen ama á Lionel, así se llama ese jóven, lo ignoro.

—Quizás prefiera al marqués Roger de Arburthon.

—No lo sé.

—Entónces es que aun no ama á nadie.

—Y sin embargo,—añadió Roberto, —algunas veces está triste, casi sombría.

—¡Síntomas!—murmuró el cirujano Bolton.

—Tiene accesos de negra melancolía, —añadió Roberto,—y esto desde hace tres meses.

—¿Y nunca la habeis interrogado?

—Nunca.

Al pronunciar Roberto Walden esta última palabra, llegó la señorita Ellen. Alargó la mano á su tio y saludó á Bolton con bastante desden. Este la miró con penetrante atencion.

—Hija mia,—dijo—el señor Roberto Walden,—te presento un antiguo amigo mio, un amigo á quien conocí en la India: el doctor Bolton.

La señorita Ellen hizo un ligero mohin tan desdeñoso como el saludo. Luego, sin mirar á Bolton.

—Tio mio,—dijo,—dadme vuestro brazo y paseemos un poco.

—¿A dónde quieres ir?

—Al final del parque, á ver si vuelve el marqués.

—Venid, Bolton, venid con nosotros. Debeis estar impaciente por ver al marqués.

Bolton marchó silenciosamente al lado del gentleman y de la jóven.

—¡Dewel!—se decia—apostaria la cabeza á que la señorita Ellen y la gitanilla son la misma persona.

La señorita Ellen charlaba con el viejo caballero, que la decia:

—¡Eh... eh, hermosa! me parece que os apercibis mucho de la ausencia del marqués Roger.

—¡Yo!—contestó ella echándose á reir.

—¡Ah... tio mio!...

—¡Toma!—esclamó el señor Walden, en vez de contestar á su sobrina.—¿Adónde va, pues?

Y mostraba con la mano al cirujano Bolton, que los habia dejado bruscamente para lanzarse por otra calle del jardin. El cirujano corria todo lo que le

permitian sus piernas, con los ojos fijos en la yerba alta y espesa, en la que quedaba delante de él un surco á medida que avanzaba.

Por fin, el surco llegó á un árbol, y una cosa blanca y roja salió de entre la yerba y se lanzó al tronco de corteza nudosa: pero en este momento silbó el látigo de Bolton, y el Sr. Roberto Walden y su sobrina oyeron un grito agudo. El objeto, ó mas bien el pequeño animal blanco y rojo, herido en el hocico, acababa de caer inanimado sobre la yerba.

—¿Qué es eso?—esclamó el Sr. Roberto Walden que llegaba, desalentado y seguido de su sobrina.

—Una garduña que acabo de matar de un latigazo,—dijo tranquilamente Bolton.

La señorita Ellen lanzó un grito de terror y palideció súbitamente.

—¡Ah! ¡maldito animal!—murmuró mientras su tio la sostenia en sus brazos.

Bolton habia fijado en ella una pro-

funda mirada. Estaba pálida y agitada por un temblor convulsivo.

—Bueno,—dijo el cirujano para sí,—ahora estoy cierto. Perdonadme,—dijo dirigiéndose á la jóven,—no he podido dominar mis instintos de cazador.

La señorita Ellen se repuso pronto de su emocion y los tres continuaron su paseo. Bolton continuaba confundiéndose con escusas por su sorpresa.

Al estremo del parque, á donde llegaron en menos de media hora, cruzaba el camino que conducia á Asburthon el viejo y al lugar de Lovely.

—Me parece,—dijo la señorita Ellen,—que oigo galopar un caballo.

—Tambien yo,—dijo Bolton.

—Sin duda es el marqués.

—No,—dijo la señorita Ellen,—es en direccion de Lovely.

Al decir esto y cuando los tres franqueaban la verja del parque, y llegaban al camino, divisaron a lo lejos un ginete que llegaba á rienda suelta.

—¡Calla!—dijo Bolton,—trae una casaca blanca como los cipayos de la India.

—Es bastante estraño, en Escocia,—observó el Sr. Roberto.—¡Ah! pero y caigo... no es una casaca, es una peliza

—Justamente.

—Y apuesto á que se quién es e ginete.

—¿Quién es, tio?—preguntó la señorita Ellen que hizo una pantalla con sus dos blancas manos.

—Es nuestro nuevo vecino, el heredero de lord Mac Gregor.

—¡Ah!—dijo la señorita Ellen,—¿ese nabad que acaba de llegar de Chandernagor?

—Precisamente.

—¿Debeis haber oido hablar de esto, Bolton?—añadió Roberto.—Es un anglo-indio que ha vuelto de la India con una fortuna de príncipe.

—¿Cómo se llama?

—Osmany.

—No le conozco,—dijo Bolton.

—Un viejo y escéntrico lord,—continuó Roberto Walden,—sabiendo que poseia muchisimos zequies y diamantes, se ha apresurado á morirse para legarle su castillo.

—Singular especulacion,—dijo Bolton.

—No lo creais. Su castillo estaba arruinado; el viejo lord escocés era pobre y ha dejado á su heredero el cuidado de reedificar su castillo.

El ginete llegaba á rienda suelta. Era el mismo de quien hablaba Roberto Walden y al que habia encontrado el marqués Roger una hora ántes.

Cuando pasó al lado de los dos gentlemen y de la señorita Ellen, saludó, y la señorita Ellen contuvo un grito; pero ya el ginete estaba lejos.

La señorita Ellen se habia puesto mas pálida que ántes en presencia del cuerpo de la garduña.

Roberto Walden, absorto en observar la escelente escuela del ginete indio, no oyó el grito lanzado por la señorita Ellen: pero Bolton lo oyó, miró á la joven y vió su palidez.

—¡Vamos!—pensó el implacable cirujano,—poseo dos secretos en vez de uno: este es el hombre á quien ama.

—Tio,—dijo la señorita Ellen con voz conmovida,—nos volveremos si quereis.

—¿Cómo?—dijo el baronet,--¿no querias ántes ir al encuentro del marqués?

—Sí, pero me ha dado frio... las tardes están tan frescas... Volvamos, os lo ruego.

—Como quieras,—dijo el gentleman, habituado á ceder á los menores caprichos de su sobrina.—¿Venís, Bolton?

—Sin duda,—contestó el cirujano;—tanto mas cuanto que me muero de sed.

—¿Siempre? dijo sentenciosamente el gentleman.

—¡Oh! ¡Dios mio!—contestó Bolton con humildad,—no he cambiado mis costumbres; y ya sabeis, la costumbre es una segunda naturaleza.

—La primera bastaba,—añadió riendo Roberto.

Los tres volvieron á tomar el camino del castillo.

## V.

A las ocho de la noche, los convidados del jóven marqués Roger de Asburthon, en número de unos cuarenta, ro-

deaban una mesa suntuosamente servida. Los convidados del marqués eran en su mayor parte jóvenes, á escepcion de dos ó tres vecinos, apreciables lairds de piernas desnudas, que se habian apresurado á venir con sus mujeres, y una media docena de muchachas que esperaban desde hacia tiempo maridos que no venian.

En medio de ellas la señorita Ellen brillaba como un meteoro en un cielo oscuro.

Una docena de jóvenes, compañeros de caza del marqués Roger, contaban disputarse sus miradas y sus sonrisas. Pero la señorita Ellen, esta noche, no sonreia á nadie. La señorita Ellen estaba triste, aburrida y el jóven marqués creyó una vez ver una lágrima en sus ojos.

Al terminar la comida, cuando con los vinos de Francia y el Ai espumoso llegaron los brindis, se levantó el marqués y dijo:

—Señores, brindo á la salud de la bella señorita Ellen.

La jóven le dió las gracias con una sonrisa, despues tomó á su vez la copa.

—Brindo,—dijo,—por el coronel Roger, marqués de Asburthon.

—Señorita Ellen,- contestó el enamorado jóven,—mi regimiento está á vuestros piés.

—¡Oh!—dijo ella con aire burlon y dando treguas à su humor taciturno,—sin sus oficiales, á lo que creo.

—El regimiento y el coronel.

—¡Ah! tened cuidado,—dijo ella;—si dispongo únicamente por cinco minutos del coronel, voy á pedirle un gran favor.

—Hablad, señorita Ellen,

—¿Hareis lo que os pida?

—Os doy mi palabra.

—¡Pues bien! deseo una tenencia en vuestro regimiento.

—¿Para vos?—-preguntó Roger riendo.

—No, sino para un digno jóven, que es el protegido de mi tio, y al que amo como un hermano.

El Sr. Roberto Walden, presa de una emocion súbita, miró á la jóven.

—Para mi amigo Lionel Warner,

hijo de una pobre viuda,—añadió la señorita Ellen mirando al Sr. Roberto Walden.

—Lionel,—repitió Roger, inclinando la frente,—ese era el nombre de mi pobre hermano muerto en la cuna.

El Sr. Roberto Walden no pestañeó siquiera.

—Concedido,—contestó Roger,—y si él me agrada será mi amigo, puesto que os interesais por él, señorita Ellen.

—Señores,—dijo la jóven,—sed testigos de que el marqués Roger de Asburthon es el mas perfecto gentleman de los tres reinos.

—¡Viva el marqués!—esclamaron los lairds escoceses.

—¡Viva la señorita Ellen!—repitieron los jóvenes entusiasmados.

—Señores,—dijo Roberto Walden en voz baja,—las jóvenes tienen muchas veces la cabeza loca, y mi sobrina está en este caso.

—¿Por qué, tio?

—¡Toma! porque—contestó el gentleman—al pedir una tenencia para Lio-

nel Warner, no has consultado ni á él ni á su madre.

—¡Oh!—dijo la señorita Ellen,—yo respondo de que aceptarán. ¡Y además, —añadió riendo;—yo lo quiero así!...

—¿Quién sabe?—pensó Roberto,—si es así, es que ama... ya veremos...

Y muy satisfecho, el gentleman llenó su vaso de espumoso vino, á tiempo que el cirujano Bolton acababa de desocupar su tercera botella.

—Señores,—dijo el marqués al levantarse de la mesa,—no olvideis que montamos á caballo mañana á las nueve de la mañana. Las señoras podrán seguir la caza en carruaje.

—¡Oh! por mi parte,—dijo la señorita Ellen,—monto á caballo.

—¡Así lo espero!—contestó el marqués inclinándose hácia ella:—he hecho venir para vos el mas bello poney que haya corrido por las montañas de Escocia.

La señorita Ellen le alargó la mano, y el corazon de Roger se puso á latir con fuerza,

—¡Ah!—murmuró sumamente bajo, —será preciso que la confiese mi amor.

## VI.

James Asburthon fué exacto á la cita que le habia dado su primo. Montaba un caballo de la montaña, y su traje era mas sencillo que el del último hidalgüelo de la comarca.

La primera persona que encontró James al echar pié á tierra fué su picador, maese Wills, que estaba á la puerta de las caballerizas, y corrió á tomar el caballo de su amo.

—¿Y bien?—dijo el Sr. James en voz baja.

—Los caballos han comido las adormideras con la avena,—contestó Wills.

—Bien está.

—La bola de cera está pegada bajo la silla de Neptuno; he escogido un anzuelo de cuatro puntos.

—¡Perfectamente!

—Pero...—Y el semblante de Wills se oscureció.

—¿Qué mas hay?—preguntó el Sr James que participaba de la inquietud vaga de su picador.

—Cuando acababa de dar el golpe, han traido á la caballeriza un peney que me parece muy á propósito para la carrera y que no ha comido adormideras Los palafreneros están ahora en las cuadras.

—¿Qué mas?—dijo frunciendo el ceño el Sr. James.

—Este poney es blanco,—continuó Wills,—y nadie sabe á quién está destinado.

—¿De dónde viene?

—De una quinta próxima donde ha pasado la noche. Parece que el marqués ha hecho de ello un gran misterio, y se cree le quiere montar.

El Sr. James palideció.

En este momento, una voz fresca y sonora se dejó oir en lo alto de la escalinata.

—¡Buenos dias, primo mio!—decia esta voz.

El Sr. James alzó la cabeza y saludó al jóven marqués.

Este llegó hasta él, le tomó del brazo y se lo llevó.

—Venid,—le dijo,—voy á presentaros á nuestros amigos que están ya en el comedor. Vereis á la señorita Ellen, la sobrina de mi antiguo amigo el Sr. Roberto Walden.

Al oir este nombre, los ojos leonados del señor James lanzaron un sombrio relámpago; pero el marqués no se apercibió de ello é hizo entrar al segundon de Asburthon en el comedor, diciendo:

—Señores, os presento á mi primo, el señor James Asburthon.

El señor James afecto una gran timidez, una modestia escesiva.

No alzó los ojos hácia la señorita Ellen, á quién todos admiraban, porque estaba mas bella que nunca con su amazona de paño verde, con botones de acero y una pequeña toca escocesa adornada con una pluma de halcon.

Primo mio,—dijo el marqués,—habeis tenido la bondad de enviarme vuestros perros anoche: os doy las gracias,

porque son buenos y hermosos animales que, de seguro, darán el ejemplo á los mios. He admirado vuestro caballo, es pequeño, pero lleno de fuego. ¿salta bien?

—Bastante bien,—dijo con modestia el señor James.

—Deberias dejármelo montar.

El señor James se estremeció, pero su fisonomia permaneció impasible.

—Con mucho gusto,—contestó pero debo advertir á vuestro honor, que tiene un defecto, que yo solo conozco, para caza.

—¿Cual?

—Que cocea á los demas caballos y á los perros.

—¡Ah! ¡diablo!—dijo el marqués que pensaba cabalgar lo mas posible al lado de la bella señorita Ellen. ¡Y bien! entonces mañana.

—Cuando querais, señor marqués,—contestó el señor James que respiró ruidosamente.

Sin embargo, su ansiedad comenzó de nuevo al oir á Roger decir levantàndose de la mesa:

—Permitidme ir á dar algunas órdenes.

—¡Va á mandar que le en sillen el poney blanco!—pensó el Sr. James espantado.

—Pero Roger volvió casi en seguida, y dirigiéndose á la señorita Ellen.

—Venid, señorita Ellen,—la dijo,—venid á ver vuestro poney.

—¡Ah!—dijo la jóven levantándose apresuradamente.—¿Ha llegado ya?

—Hace diez minutos.

—¿Vamos á verle?—esclamó con la alegria de una niña.

—Y se lanzó fuera del comedor seguida de todos los convidados.

El poney estaba ensillado y embridado. Un criado le tenia.

Era un animal hermoso y el entusiasmo que produjo fué universal.

—¡Oh! ¡sois encantador!—dijo la señorita Ellen.

—Quiero ayudaros á montar,—dijo el jóven marqués doblando galantemente una rodilla.

La señorita Ellen la tocó apenas con su pequeño pié.

—Vamos, señores,—dijo entonces el marqués,—á caballo.

Y mandó á sus picadores hacer la señal de partir.

Diez minutos despues, los cazadores en número de unos treinta llegaban á la parada de caza, y los perros estaban ya sin trabillas en una espesura donde el animal habia sido obligado á emboscarse por la mañana.

—¡Ah! querida señorita Ellen,—murmuró el enamorado jóven al oido de esta,—no me deis las gracias por el poney; es egoismo. Es mas ligero que todos mis caballos, tan ligero como Neptuno, y llegaremos los primeros al halalí.

Y en efecto, cuando fué levantada la zorra, Neptuno y el poney que se llamaba Bola de Nieve, se lanzó con sin igual impetuosidad.

La zorra quiso al principio valerse de la astucia, cruzando sus fugas infinitamente, ocultarse, en fin hacer perder la pista, como suele decirse.

Pero todo esto duró una media ho-

ra. Una zorra no se entretiene cuando está delante de perros ingleses. Tomó en línea recta á traves de los bosques y se dirigió á las rocas de Pik-Gurd.

Es este momento la bola de cera empezaba á derretirse y las puntas de acero del anzuelo pinchaban en el costado del pobre caballo, que se encabritaba relinchando. El narcótico administrado á los demás caballos obraba con sorprendente rapidez.

—Es muy curioso,—decia el cirujano Bolton;—me han dado un verdadero rocin: el caballo que monto es blando como el jaco de un campesino.

—¡Pues y el mio!....—replicó el señor Roberto Walden.—No tiene brazos; ya es la tercera vez que le arrimo las espuelas.

—¡Oh!... oh!--decia al mismo tiempo el marqués Roger galopando al lado de la señorita Ellen.—Hé aquí á Neptuno que se anima demasiado; no le he visto nunca con tanto ardor.

—Pues bien, soltadleelas riendas,—dijo la jóven,—yo os seguiré.

Neptuno,—con los ojos ardientes, la boca humeante, se precipitó á través del bosque detras de la jauria; pero el poney le seguia siempre.

Fué una hora de carrera loca, capaz de dar vértigos; pero el poney le seguia siempre.

Una vez el marqués se volvió porque habia oido galopar detrás de él á alguna distancia.

James Asburthon, y Wlls, su picador, eran los únicos que habian podido seguir la caza; los demas cazadores se habian quedado detrás.

—Hé aquí caballos de la montaña que son buenos,—murmuró el marqués, sofocado por esta fantástica carrera.

Neptuno se habia desbocado por completo; ya no obedecia al freno y la presion de las rodillas, que aumentaba su suplicio, no hacia mas que precipitar sus arrebatos.

—¡Sea lo que Dios quiera! se dijo Roger.

Por otra parte, la señorita Ellen le seguia siempre.

El poney de Irlanda parecia tener alas.

El ginete y la amazona llegaron de este modo al sitio en que el bosque entraba repentinamente en las grutas salvages de Pik-Gurd.

Allí, el poney empezó á flaquear, y aunque la señorita Ellen hizo uso del látigo quedó bien pronto detrás.

—Aun cuando me hubiera de arrepentir por toda la vida asistiré al desayuno del oso,—murmuró el señor James entre dientes.

Y ensangrentó los hijares de su caballo y se reunió á la señorita Ellen.

Neptuno, casi loco, llevaba una delantera de unos cien pasos; pero el marqués, escelente ginete, viendo delante de él la masa contusa de los perros que alcanzaban á la zorra, se puso la trompa en la boca y tocó el halalí.

De pronto el caballo aterrado, se detuvo temblando, con las orejas levantadas, inmovil sobre sus cuatro patas, como si se hubiera vuelto de bronce.

La señorita Ellen, admirada, sintió

al poney temblar bajo ella y se detuvo bruscamente.

Al mismo tiempo se oyó un rugido formidable y desde lo alto de las rocas se deslizó una masa negra con la terrible velocidad de una avalancha.

La señorita Ellen lanzó un grito de terror, y el señor James pudo ver á Neptuno encabritarse y caer sobre su ginete.

## VII.

El espectáculo que la señorita Ellen tenia entonces á la vista era tan espantoso que se cubrió el rostro con la mano izquierda.

El oso, de un último salto, habia llegado hasta el caballo y le habia clavado sus uñas en el pecho; el pobre Neptuno habia caido sobre su ginete lanzando un relincho de dolor.

Pero en el mismo instante se oyó un silbido, seguido de un grito ronco. Dominada por una curiosidad mas fuerte que su espanto, la señorita Ellen abrió los ojos y miró.

—¡Tom! ¡Tom!—gritaba una voz.

Una especie de gigante acababa de salir de la espesura próxima, armado de una simple varita y tan ágil como el oso, llegó á él antes que las sensibles patas del animal hubieran llegado á tocar al ginete derribado.

—¡Tom!—repitió el gigante.

El mónstruo de fauces humeantes y sangrientos ojos, cuyo ardiente aliento sentia ya el marqués á quien su caballo impedia moverse, el oso se volvió. Pero no se lanzó sobre el que le llamaba; todo lo contrario, pareció dudar al principio, se levantó sobre sus patas traseras y fijó en el gigante sus pequeños ojos asombrados.

—¡Aquí, Tom!—volvió á repetir este último.

Y el oso fascinado, dió dos pasos adelante lanzando un sordo gruñido.

—¡Echate!—dijo el hombre.

Y el oso, dócilmente, se echó y lamió con su áspera lengua los piés del gigante.

Todo esto habia sucedido en menos de un minuto.

Pero este minuto bastó al caballo' que solo estaba herido, para levantarse y huir, mientras que el marqués de Asburthon, que solo tenia algunas contusiones, se levantaba pálido y conmovido, pero sin temblar, y miraba el estraño grupo formado por el mónstruo sumiso y el domador impasible.

El último era un hombre de hercúlea talla, de hombros cuadrados, espesos labios y frente estrecha, poblada de una abundante cabellera gris y rizada.

Sonreia mirando al jóven marqués y pasaba su ancha mano por el cuello del mónstruo.

—Espero,—dijo por fin,—que vuestro honor no ha recibido ningun daño.

—Ninguno,—contestó aun conmovido Roger,—pero vuestro animal ha estado á punto de devorarme.

—Vuestro honor se equivoca,—contestó el gigante,—este animal no es mio.

—¿Qué decis?

Ya hace mas de tres años que le vendí,—y en ese tiempo no le habia visto, pero me ha reconocido, como vuestro honor ha podido ver.

Roger escuchaba sin comprender.

Sir James y su compañero habian quedado detrás gritando, gesticulando y haciendo como si no pudieran dominar sus caballos.

Wills dijo á su amo:

—Sin duda es el mozo del domador que acaba de dar este lindo golpe. Estamos vendidos... huyamos.

Y soltó las riendas á su caballo que giró vivamente sobre sus piernas y se lanzó en direccion del pueblo.

—¡A fé mia!—dijo el Sr. James,—Wills ha tenido una buena idea; imitémosle.

Y los dos huyeron.

Sin embargo, el gigante seguia teniendo al oso inmóvil y temeroso bajo su mirada, y el marqués Roger, estupefacto, interrogaba á este hombre cuando llegó la señorita Ellen.

Su caballo se estremecia, pero le castigó con el látigo y se adelantó hácia el oso.

No temais nada,—dijo el gigante,—si le mandara seguiros, obedeceria.

Y levantó un dedo, mostrando al oso un peñasco próximo.

—¡Vé á echarte allí!—dijo.

El oso se levantó y fué lentamente á ocupar el sitio que se le habia indicado.

—¿Cómo?—dijo el marqués,—¿este animal ya no os pertenece?

—No, señor; hace tres años que le vendí, cuando abandoné mi oficio.

—¿Pero á quien se lo habeis vendido?

—A un domador llamado Simeon.

—¿Y cómo se halla aquí ese animal? —preguntó la señorita Ellen.

—No lo sé.

—Pero... ¿vos mismo?..,

—¡Oh! en cuanto á mí, es distinto; estoy aquí porque el amo me lo ha mandado.

—¿Qué amo?

—Aquel á quien pertenece hasta la última gota de mi sangre.

—¡Cómo se llama vuestro amo?

—¡Mirad!—dijo el gigante estendiendo la mano,—vedle allí que se dirige hácia nosotros.

El marqués lanzó un grito de sor-

presa y la señorita Ellen palideció y titubeó sobre su silla.

El hombre designado por el gigante como su amo, no era otro que el ginete del ropon blanco que habia encontrado el marqués la víspera y á cuya vista la señorita Ellen habia lanzado un ligero grito, y que en fin el Sr. Roberto Walden habia designado bajo el nombre del nabab Osmany.

Llegaba al galope; saltó ligeramente á tierra á tres pasos del marqués y de la jóven, y saludándolos á los dos con esquisita gracia, dijo al gigante:

—Bien está, Sanson, eres un buen servidor.

—¡Caballero!—esclamó el marqués dirigiéndose al hombre del ropon blanco, —acabo de escapar milagrosamente de la muerte y á lo que parece, sois la providencia que me ha salvado.

—Poco menos, señor.

—Pero,—repuso Roger,—permitidme, antes de manifestaros mi reconocimiento...

El desconocido le interrumpió con el gesto.

—Vuestro honor no se esplica la presencia de este animal escapado de las jaulas de un domador de fieras, y menos su encuentro con este hombre á quien perteneció en otro tiempo.

—En efecto,—dijo el marqués,—todo ello parece un sueño.

—Señor marqués,—dijo el desconocido,—¿veis á treinta pasos de aquí, encima de vuestra cabeza, ese bosquecillo de encinas y maleza?

—Sí,—dijo el marqués.

—Pues allí es donde, desde el amanecer, el actual propietario de este animal esperaba vuestra llegada. Cuando os vió venir quitó el bozal à su oso y le lanzó sobre vos.

—¡Miserable! —esclamó Roger.

—Solamente,—continuó el hombre del ropon blanco,—que habia un hombre que se habia deslizado como una serpiente y que llevaba en la mano una carabina y entre sus dientes un puñal. Apenas el oso habia dado tres brincos, cuando el puñal penetraba hasta el mango en la espalda del domador, que caia

como herido de un rayo; al mismo tiempo la carabina se inclinaba á través del follage en direccion del oso, que hubiera recibido una herida mortal si hubiera desconocido la voz de su primer amo. ¿Comprendeis ahora?

—No,—dijo el marqués.—No me esplico lo que he podido hacer para que un miserable pensara....

—Solo era un instrumento.

—¡Un instrumento! ¡Luego tengo enemigos!—dijo el marqués con un asombro lleno de sencillez.

Una sonrisa se dibujó en los lábios del desconocido.

—Siempre se tienen enemigos cuando se es jóven, noble y rico. Pero vuestro honor me perdonará, no puedo ser mas esplícito.

—Pero á lo menos, señor,—insistió el marqués,—¿me direis quién es el hombre?...

—¿Que ha matado al domador? ¡Yo mismo! dijo sencillamente el caballero del ropon blanco.

—¡Vos!—esclamó Roger estupefacto.

—Ahora,—añadió Osmany,—dígnese vuestro honor escusarme si me retiro: oigo el galope de vuestros compañeros de caza; hubieran llegado tarde para socorreros, pero siempre á tiempo de proporcionaros un caballo.

—Pero señor,—esclamó el marqués, —no es posible que os sustraigais así á mi reconocimiento.

—¡Ya nos volveremos á ver!—dijo aquel,—y tal vez muy pronto. Adios, señor marqués.

Y dió un paso hácia atrás.

—¿No rehusareis, por lo menos, aceptar mi mano?—dijo Roger con acento lleno de cordialidad.

—¡Oh... en cuanto á eso, nó,—dijo.

Y este hombre estraño tomó vivamente la mano del marqués; pero en vez de estrecharla entre las suyas la llevó respetuosamente á sus lábios y se dirigió hácia su caballo, que Sanson el gigante tenia de la brida.

Pero al pasar junto á la señorita Ellen se detuvo.

La señorita Ellen, pálida, fascinada

por la voz de este hombre, permanecia inmóvil en su silla y no habia pronunciado una palabra. Se la hubiera tomado por una paloma fascinada por la mirada del milano.

—¡Perdon, señorita Ellen!—la dijo Osmany,—veo que la cincha de vuestra silla se ha desatado. Permitidme que la vuelva á asegurar.

Y se la acercó tanto que ella sintió su aliento en sus manos y que toda su sangre se agolpaba á su corazon.

Mientras apretaba la cincha el desconocido la dijo, sumamente bajo.

—Topsy la gitana, el amo te ordena que te halles dentro de ocho dias en la quinta de Bepslord, à las diez de la noche y que le esperes sola.

Enseguida saludó á la jóven, hizo con la mano una última señal de despedida á Roger, saltó ligeramente sobre la silla y partió al galope.

Quédese con Dios vuestro honor,—dijo Sanson siguiéndole.

El coloso silvó.

—¡Aquí, Tom!,—dijo.

Y el oso bajó de la roca y siguió al galope corto á Sanson, que corria tras del ginete.

Roger y la señorita Ellen, inamóviles no apartaban los ojos del ginete.

Solo cuando este desapareció dando vuelta al valle, se acercó Roger á la jóven.

Ellen, pálida y temblorosa. parecia despertar de un sueño largo y penoso.

—¡Ah! querida Ellen,—dijo Roger tomándola la mano,—habeis debido pasar un gran susto.

—Si,—dijo ella,—he temblado por vos.

—Pero,—continuó el marques, cuya razon se perdia en estrañas suposiciones,—¿quiénes serán estos enemigos desconocidos que querian mi muerte?

Ellen no contestó.

—¿Y quién es este hombre á quien debo la vida?

—No lo sé,—balbuceó con voz sorda Ellen.

Y bajó la cabeza como si el peso de algun secreto fatal la oprimiera.

En este momento llegaron los caazdores.

## VIII.

En la vertiente meridional de los montes Cheviot, que abrigaban en uno de sus valles el bello castillo del marqués Roger de Asburthon, á diez leguas de la torre del rey, se veia una linda casa blanca cuyas ventanas estaban rodeadas de lúpulo y clemátidas. Una bella pradera la servia de cinturon, un bosquecillo de pinos la preservaba del soplo del aquilon.

El viajero que pasaba cubierto de polvo y con un baston en la mano, al bajar la cuesta, suspiraba mirando con envidia esta tranquila estancia, delante de la cual pacian dos grandes vacas negras.

Algunas veces veia, paseándose bajo los árboles, una mujer tadavía jóven y bella, apoyada en el brazo de un hermoso jóven. ¿Eran hermanos? Mas de uno lo hubiera jurado.

La casa no tenia otra denominacion que la de la casa blanca.

Los paisanos de la comarca llamaban á la mujer la señora Celia y al hermoso jóven Sr. Lionel.

Eran madre é hijo.

Hacia unos quince años que la señora Celia, vestida de negro, y entónces en todo el esplendor de su belleza, habia llegado al país, conduciendo de la mano un hechicero niño que tendria entónces á lo más tres años.

Se hacia pasar por viuda de un oficial aventurero muerto en el Continente durante la última guerra.

Compró una granja arruida, y en su lugar hizo construir esta casa que envidiaba á su paso el viajero.

Desde entónces no habia abandonado este retiro.

El niño habia crecido y se habia desarrollado bajo los ojos maternales, en medio de esta naturaleza agreste, al soplo de este aire vivificador de las montañas que fortalece á los hombres.

Su madre y el ministro del lugar

vecino habian sido sus solos preceptores.

La señora Celia no recibia visitas á no ser á largos intérvalos, la de un viejo gentleman y una bella jóven, que era segun decian en la comarca la prometida del Sr. Lionel.

Una mañana, dos dias despues de los acontecimientos de que habian sido teatros las rocas de Pik-Gard, Celia estaba sentada bajo un verde cenador al lado de su casa, con un libro en la mano, cuando se acercó á ella su hijo.

Un hermoso lebrel escocés brincaba delante de él y vino á apoyar su inteligente cabeza sobre las rodillas de Celia.

Lionel, vestido á la escocesa con un plaid sobre el hombro izquierdo, una bolsa de pólvora colgada al lado, debajo de un dirto de puño de topacio y la escopeta sobre el hombro izquierdo, se acercó á su madre, la tomó respetuosamente la mano y se la besó.

—¿Qué, hijo mio,—le dijo ella fijando en él sus grandes ojos azules, donde

reinaba inquietud,—vas tambien ahora de caza?

—Sí, madre mia; quiero traeros esta tarde una de esas bellas aves que solo se encuentran en nuestras montañas.

—¡Ah! hijo mio, si supieras cuán inquieta estoy cuando tardas en volver.

Lionel cogió con sus dos manos la hermosa cabeza de su madre y la dió un beso en la frente.

—Bien sabes,—dijo,—que tu querido Lionel es prudente y que tiene demasiado miedo de causarte un disgusto para esponerse á peligros sérios.

—Ve, pues, hijo querido,—contestó ella devolviéndole sus caricias,—y que Dios vele por tí.

El jóven se apartó algunos pasos pero volvió.

—Madre,—dijo:—no creeis que el señor Roberto Walden vendrá pronto?

Una sonrisa apareció en los lábios de la señora Celia é iluminó su melancólico rostro.

—¡Pobre niño!—dijo,—luego sigues amando á la señorita Ellen.

Lionel se ruborizó como un estudiante que ha cometido una falta.

La señora Celia movió la cabeza.

—Pero bien sabes,—dijo,—que la señorita Ellen es coqueta y caprichosa.

—¡La amo!—murmuró Lionel, que como todos los enamorados era testarudo.

Celia suspiró.

—Anda,—le dijo:—pronto la verás; el Sr. Roberto Walden nos ha ofrecido una visita próxima.

Lionel abrazó á su madre una vez mas, silbó al lebrel, y tomó el camino escarpado de la montaña.

—¡Oh! ¡Dios mio!—murmuró entonces la señora Celia;—me habeis separado de mi esposo y del mayor de mis hijos. La prueba era cruel, y sin embargo, me he resignado, pero no me separeis nunca del hijo que me queda, ¿no es verdad? ¡no! ¡vos no podeis querer la muerte de vuestra sierva!

La señora Celia se arrodilló y dirigió á Dios una ferviente súplica por

la dicha de este hijo, su sola alegría en el mundo.

Los pasos de un caballo vieron á turbar su meditacion, Un ginete, dejando el camino que pasaba por la cuesta, marchaba al paso por el sendero que atravesaba la pradera.

La señora Celia lanzó un grito de alegría y corrió á su encuentro.

Era el señor Roberto Walden.

—¡Ah!—le dijo,—mi noble amigo es muy generoso y bueno en vos el venir, pero...¿venis solo?..—Y con su egoismo de madre buscó con sus ojos á la jóven que amaba su hijo.

El señor Roberto Walden echó pié á tierra, dió un repetuoso beso en la mano á la señorita Celia y dejando su caballo á un criado que llegaba á recogerle, volvió con la jóven madre al cenador donde estaba antes de su llegada.

—Tranquilizaos, —la dijo, —solo precede á Ellen algunas horas; pronto va á venir... Ya sabeis que es una niña mimada, ella ha querido detenerse en una de mis quintas.

—¡Ah!—dijo la señora Celia,—¿me traeis siquiera noticias de mi otro hijo, á quien estoy condenada à no ver?

—Vuestro hijo,—contestó el señor Roberto Walden,—es el mas dichoso de los hombres. El rey le acaba de nombrar coronel.

La señora Celia juntó las manos y alzó los ojos al cielo. Una lágrima rodó por sus mejillas, pero no pronunció una sola palabra.

Roberto añadió:

—Señora, vengo á pedíros un gran sacrificio.

La pobre mujer se estremeció.

—¡Ay de mi!—dijo.—¿Qué prueba me reserva aun el destino?

—Es preciso,—añadió él despues de titubear un momento,—es preciso separaros de Lionel.

Celia lanzó un grito.

—¡Oh! ¡Jamás!—esclamó.

Roberto Walden añadió:

—Al ménos es necesario seguirle á Lóndres.

—Pero amigo mio,—esclamó la pobre

madre,—¿qué me decís? ¡Ir á Lóndres! ¿No sabeis que he consentido en pasar por muerta, en cambiar de nombre, en renunciar mi viudedad de marquesa de Asburthon, para sustraer al último de mis hijos del odio de mis perseguidores?

Roberto Walden tomó dulcemente la mano de la señora Celia, ó màs bien, de la senorita Cecily, pues era la desgraciada víctima de las calumnias del infame Sr. Jack Asburthon.

—Os lo pido por la dicha de Lionel, —añadió.

—¡Su dicha! ¡Ah!—dijo ella moviendo tristemente la cabeza,—la dicha está en la oscuridad, en esta vida tranquila y exenta de lujo que hacemos aquí él y yo.

—Lionel se cree hijo de un pobre oficial. No tiene ambicion. Es dichoso... ¿Para qué quereis llevarle á Lóndres?

—Señora,—replicó Roberto Walden, —¿creeis que Lionel sea completamente dichoso?

Celia se estremeció.

—Sé que ama á la señorita Ellen, vuestra sobrina.

—Una jóven estraña y caprichosa, déspota en sus deseos, y que no amará á Lionel mas que si este la obedece.

—¡Dios mio!

—Tio, me ha dicho hace dos dias, bien sé que el mayor de vuestros deseos es el que me case con Lionel ¡Pues bien! nunca consentiré si no es oficial.

Cecily juntó las manos con terror.

—Tranquilizaos,—dijo el Sr. Roberto,—el regimiento en que la señorita Ellen ha solicitado y obtenido el grado de teniente para Lionel, sale rara vez á campaña.

—¡Cómo!—esclamó Cecily,—ha solicitado... ha... obtenido...

Una sonrisa se dibujó en los lábios del gentleman.

—¡Pobre madre!—dijo,—pronto podreis ver á ese otro hijo que solo por mí conoceis, porque al marqués Roger de Asburthon, coronel de los dragones del rey, es á quien la loca de mi sobrina ha pedido la charretera de su protegido Lionel.

BIBLIOTECA · ANDALUCIA · Granada

Cecily ahogó un sollozo y cayó desfallecida en brazos del Sr. Roberto Walden. . . . . .

. . . . . .

Dos dias despues, la señora Celia y su hijo Lionel salieron para Lóndres, acompañados de la señorita Ellen y su tio.

## IX.

La niebla del Támesis envolvia de un rogizo velo la vieja torre de Lóndres y toda la parte baja del Wapping, el barrio mas miserable de la ribera izquierda.

Era de noche, y el débil reflejo de los escasos faroles era insuficiente para guiar á los transeuntes retrasados en aquellas callejuelas oscuras é infectas que desembocan en el rio.

A pesar de esto, un hombre envuelto en una gran capa, con una máscara de terciopelo negro en la cara, caminaba con paso rápido por el Vapping, con una seguridad en su marcha que demostraba hallarse familiarizado con esta

cloaca donde se abrigaban todas las noches los ladrones, las cortesanas, los marineros desertores y los galeotes escapados de presidio.

En esta época el uso de la careta nada tenia de estraordinario.

La señora de alto rango que salia sola y á pié se ocultaba el rostro; el gentleman que emprendia una aventura galante hacia otro tanto.

La máscara habia nacido con la revolucion inglesa. El verdugo que decapitó á Cárlos I, estaba enmascarado. Cromwell solia salir á menudo con una careta.

En Inglaterra, pais de la libertad individual por escelencia, no habia ejemplo de que nadie hubiera osado arrancar una máscara.

Así es, que el hombre de la gran capa y la careta de terciopelo negro caminaba lentamente, deslizándose á través de los grupos de marineros y cortesanas que charlaban y reian al lado de los faroles.

Despues de dejar el *Anchor street*,

es decir, la calle del Ancora, entró en la *green Bank King stret*, ó lo que es lo mismo la calle del Banco verde del rey, que seguramente es la de peor fama de todo el Wapping.

Hácia el medio de esta calle estrecha y sombría, se encontraba una taberna que tenia la estraña denominacion de Taberna de la justicia.

Solamente la escentricidad inglesa puede comprender lo que podria ser semejante sitio.

Una estensa y ahumada sala, llena de grasientas mesas, sobre las cuales varias criadas irlandesas cubiertas de harapos colocaban á cada momento jarros de gin y pintas de cerveza; alrededor de estas mesas, lo peor de la poblacion jurando, blasfemando, disputando y echando mano alguna vez del cuchillo.

En el fondo de la sala habia una tribuna.

A una hora marcada todas las noches, tres hombres cubiertos con togas y con enormes pelucas empolvadas, tomaban gravemente asiento en la tribuna

y uno de ellos decia:

—¡Traed al acusado!

—A estas palabras, mujeres de mala vida, soldados, marineros y ladrones guardaban silencio. Dos hombres disfrazados de constables conducian á un pobre diablo á la barra. Se le nombra un defensor, y el attorney tomaba la palabra y sostenia la acusacion.

El attorney y el abogado vestian toga y peluca como los jueces. El auditorio reia y lanzaba aclamaciones de alegria á esta parodia de la justicia que tenia lugar todas las noches. De esto provenia el título de Taberna de la justicia.

En esta cueva fué donde el hombre de la máscara entró sin hacer ruido. Sin llamar la atencion de la multitud, fué á sentarse en un rincon, en una mesa vacante, pidió una botella de gin y se puso á beber, escuchando con interés la requisitoria del señor attorney general.

Cuando el acusado fué condenado, el enmascarado hizo una seña á la criada que le habia traido el gin, y la dijo:

—¿Conoceis á un oficial armero llamado Roberto Burdet?

—Si, señor,—contestó la criada presumiendo que un hombre que solo se aventuraba enmascarado á entrar en la Taberna de la justicia, no podia menos de ser persona de calidad.

—¿Viene aquí todas las noches?

—Mirad, vedle allí.

Y la criada señalaba un moceton cuyo rostro y manos ennegrecidos por las limaduras de hierro, tenian reflejos metálicos. Bebia á pequeños sorbos una pinta de porter, jugando á las cartas con un marinero de la marina real.

—Dile que deseo hablarle,—añadió el hombre enmascarado.

La criada desempeñó esta comision y el herrero se levantó y vino á sentarse á la mesa del desconocido.

—¿Os llamais,—dijo el último,—Roberto Burdet?

—Sí.

—¿Sois armero?

—Trabajo en casa del maestro Bentick, en el Strand, tienda del Dragon de Oro.

—¿Sois vos quien bruñe las espadas?

—Por mis manos pasan lo menos ochenta de cada ciento.

—¿No teneis un primo llamado Willians?

—¿Wills?.-Dijo el armero.—Ciertamente es primo mio. ¿Le conoceis?

—Vengo de parte suya.

—¡Ah!—dijo el armero que miró màs atentamente al personaje de la careta de terciopelo.

Este se llevó un dedo á los lábios.

—Es preciso que nadie oiga lo que tengo que deciros.

—Salgamos,—dijo Roberto.—Vamos á orilla del Támesis; allí se vé si á uno le siguen.

El enmascarado echó una corona sobre la mesa y salió sin pedir la vuelta, seguido por Roberto Burdet.

Cuando se encontraron en la calle, el de la careta añadió:

—¿Teneis una contraseña Wills y vos, segun creo.

—Sí, y si la sabeis haré ciegamente cuanto me pidais.

El enmascarado se inclinó hácia el oido del armero.

—Wills me ha confiado,—le dijo,—que el cadáver estaba enterrado à lo largo del muro del cercado, á la izquierda conforme se entra.

—Wills no confia estas cosas á todo el mundo,—murmuró el obrero.—Vuestro honor puede hablar.

—¿Hay espadas que se rompen fácilmente?

—Sí, ciertamente. Cuando vienen las hojas de Birmingham las ensayamos y hay algunas que tienen una paja en el hierro.

—¿Cómo se las puede conocer?

—¡Oh! á mi me basta pegar lijeramente en la hoja para conocer si es sólida, ó si se romperá como vidrio al primer quite.

—¿Y teneis á menudo esas hojas de desecho?

—Algunas veces.

—Necesito una mañana.

—La tendreis.

El enmascarado y el armero se ha-

bian detenido en el muelle y se habian apoyado contra el pilar de una enorme grua.

—¿Estamos bien solos?—preguntó el primero, cuya mirada trató de penetrar en las tinieblas producidas por la niebla.

—Sí, ciertamente,—contestó el armero.

—¡Pues bien! escuchad: mañana un jóven gentleman, que acaba de ser nombrado coronel de los dragones del rey, se presentará en la tienda de vuestro maestro y pedirá una espada de coronel.

—Muy bien, comprendo.

—Si la hoja es mala, habrá para vos, la noche del dia en que se rompa, cien libras que Wills vendrá á daros à la taberna de la Justicia.

—Cien libras por la vida de un gentleman, es muy poco,—murmuró el armero.

—Sean doscientas,—dijo el enmascarado.

El armero se quitó su gorro de lana y saludó. Luego preguntó:

—¿En que reconoceré al gentleman?

—Es facil,—contestó el enmascarado, —no hay diez regimientos de dragones mandados por un coronel de veinte años.

—Verdad es.

—Hasta la vista.

Y el enmascarado se alejó dejando al armero volverse con la pipa en la boca á la Taberna de la justicia.

En cuanto á aquel, se apresuró á abandonar el Wapping con una mano apoyada en la culata de una pistola colocada en el bolsillo de su chupa. Era la una de la mañana, cuando el caballero de la careta de terciopelo entró en el Strand.

Llegado que hubo delante de una hermosa casa, cuyas ventanas del piso principal estaban iluminadas como para una fiesta, se detuvo y dió cuatro golpes á la puerta que se abrió al momento.

—Si el capitan Maxwel no está aquí esta noche,—se dijo,—es que habrá perdido su último soberano y se habrá levantado la tapa de los sesos.

El enmascarado subió una ancha escalera, cuyos peldaños estaban cubier-

tos de una rica alfombra y los descansos adornados con flores exóticas.

Cuando llegó al piso principal, atravesó muchos salones ricamente adornados, pero casi desiertos; en seguida entró en una pieza donde se hablaba en voz baja.

Unos treinta hombres, unos jóvenes todavia, otros de media edad, rodeaban una mesa de faraon cubierta de oro.

A la primera ojeada, el desconocido vió al que buscaba. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de alta estatura, de rubios bigotes mezclados de algunos hilos de plata, de frente descubierta, de rostro pálido y mirada febril, que atormentaba con mano convulsiva una veintena de soberanos que tenia delante de sí, en la mesa. A cada jugada, echaba una moneda de oro ó de plata sobre la mesa, la carta se volvia y el rastrillo del banquero se llevaba su puesta. El hombre de bigotes rubios mostraba entonces un gesto de colera, dejaba escapar una esclamacion, y despues echaba una nueva puesta diciendo:

—¡Será preciso que la suerte cambie!

Pero la suerte no cambiaba. La última corona del capitan Maxwel fué á unirse á la masa de oro amontonada delante del banquero. Entonces el jugador pasó una mano por su frente bañada de sudor frio, y abandonó bruscamente la mesa del juego. El enmascarado le siguió, y cuando llegaba á la escalera, le puso suavemente una mano sobre el hombro. El capitan se volvió y le dijo bruscamente:

—¿Qué quereis? Si es que reclamais el pago de alguna deuda, venis en mala ocasion, estoy arruinado y voy á matarme á cien pasos de esta casa; si es que buscais una querella, bien venido seais; pues tanto me da morir de un balazo en la cabeza como arrojarme desde lo alto del puente de Lóndres.

—Capitan Maxwel,—contestó el gentleman con tono en estremo cortés,—no tengo el honor de ser acreedor vuestro y de ningun modo deseo vuestra muerte. Quiero, por el contrario, prestaros dinero para volver al juego.

—Si es asi, dádmelo,—dijo el capitan tendiendo con avidez la mano, sin infor-

marse siquiera del nombre de aquel que se ponia á su disposicion.

Pero el gentleman se sonrió bajo su careta.

—La suerte es mala,—dijo,—y vuestro honor hará bien en esperar un cuarde hora.

—¿Lo creeis así?

—¡Oh... estoy seguro! y como teneis demasiado mala suerte voy á rogar á vuestro honor tenga á bien bajar conmigo al comedor, vaciaremos una botella de champagne y charlaremos.

—Ya adivino,—dijo el capitan,—¿es un negocio que me quereis proponer?

—Precisamente.

—¡Pues bien, vamos! A menos que me pidais lo imposible... y aun así en la situacion en que me encuentro, seria capaz de descolgar la luna.

El comedor estaba desierto. El enmascarado y el capitan se sentaron á una mesa en un rincon para evitar toda indiscrecion de parte de los criados.

—Capitan,—dijo el desconocido des-

pues de llenar las copas,—permitid que conserve mi careta; es inútil que veais mi rostro antes de que hayamos convenido en alguna cosa.

—Sea. ¿Qué deseais?

—¿Sois muy hábil en el manejo de la espada, no es cierto?

—Ciertamente,—dijo el capitan retorciéndose el bigote.

—¿Duelista de profesion?

—¡Caballero!...

—¡Chist!—dijo en voz muy baja el enmascarado, voy á recordaros dos circunstancias de vuestra vida.

—¡Ah!... ¿conque... sabeis... circunstancias?...

—Algunas.

—Vamos.

—¿No os habeis batido con el baron Edmundo H...?

—Le atravesé.

—Bueno. ¿Y con el conde de B..., un caballero francés agregado á la embajada?

—Le pasé de parte á parte.

—Muy bien. Al dia siguiente, segun

creo, de vuestro duelo con Edmundo, recibisteis bajo un sobre un bono de tres mil libras contra el Banco de Lóndres.

—Era,—dijo con cinismo el capitan, —un recuerdo del hermano menor de Edmundo, que heredaba una gran fortuna.

—La condesa de B..., que deseaba casarse con su primo el caballero de A.., ¿no os ha enviado diamantes?

—Que casi todos eran falsos,—repuso Maxwel;—tanto es asi que estuve á punto de ser arrestado en casa del joyero de la córte. Todo el cofrecillo valia doscientas libras..., una miseria.

—Que habeis perdido en dos dias.

—Queria olvidar un proceder tan poco delicado.

—Ahora bien,—repuso el enmascarado destapando una segunda botella de vino de champagne,—suponed que un hombre diez veces mas rico que Edmundo...

—¡Bien entonces serian veinte mil libras!

—Muerto este hombre, su heredero, que profesa el mas profundo y mas generoso reconocimiento al capitan Maxwel, le dice: Veinte mil libras inglesas, equivalen á quinientas mil de Francia, las que producen al año veinticinco mil libras francesas, poco mas de dos mil libras mensuales...

—El cálculo es justo.

—Solo que para que el capitan Maxwel no pueda perder al juego esta suma, se le pagará mensualmente durante su vida una renta de veinticinco mil francos; con esta combinacion el capitan Maxwel no volverá á pensar en arrojarse desde lo alto del puente de Lóndres.

El capitan sacó de su bolsillo una pipa corta y se puso á llenarla de cavendish.

—La proposicion,—dijo,—merece examinarse.

—¡Pues bien! —dijo el enmascarado. —reflexionad esta noche: mañana á las ocho una persona se presentará en vuestra casa á saber si aceptais,

—¡Eh! ¡eh! es probable,—contestó el

capitan golpeando un pedernal para encender su pipa.

—¡Vamos!—murmuró el enmascarado alejándose,—¡el capitan es mio!... pero el jóven coronel es buen tirador, y la precaucion de la hoja de desecho es buena.

## X.

El hotel de Asburthon estaba situado en Regent-Street.

Los Asburthon, de orígen normando, como la mayor parte de las grandes familias inglesas, se llamaban Gaucher de apellido.

Sus primitivas armas de noble con un leon de gules lampasado de lo mismo, tenian cuarteles de azul con tres merletes de oro, lo que era señal evidente de que los Gaucher de Asburthon habian ido á las cruzadas.

Estas armas tenian un birrete de baron y la siguiente divisa: «Zurdo, pero diestro.»

Este noble escudo se hallaba escul-

pido sobre la puerta de entrada del palacio, antigua y fastuosa habitacion, á la que la grande fortuna de sus dueños habia permitido conservar todo su esplendor,

Al siguiente dia del en que el gentleman de la máscara de terciopelo se habia presentado sucesivamente en la taberna de la Justicia y en la casa de juego, el jóven marqués Roger se hallaba ocupado en su tocador con su ayuda de cámara.

Debia ir á Saint-James á saludar al rey Jorge y á darle las gracias por su despacho de coronel.

Esperaba, para pedir su carruage, la llegada del Sr. Roberto Walden, quien debia presentarle aquella mañana á su protegido Lionel.

El Sr. Roberto Walden fué exacto: á las diez en punto entró en el cuarto del marqués, dando la mano á Lionel.

El hijo de la señora Celia llevaba aun el trage escocés, que á la verdad le sentaba admirablemente.

El marqués estaba de gran uniforme.

Los dos jóvenes cambiaron una rápida mirada. Lionel, que á la vez era digno y modesto, agradó al jóven lord.

Roger que carecia de la gravedad estudiada de un gran señor, no pensó en que Lionel era de condicion humilde; no vió en él sino un bello jóven á quien el Sr. Roberto Walden, el tio de su adorada señorita Ellen, amaba como si fuera hijo suyo; se dirigió á él y tomándole las manos con una cordialidad completamente francesa, le dijo:

—Caballero, el Sr. Roberto Walden era amigo de mi padre, y es por lo tanto una dicha para mí poder seros útil.

Lionel se inclinó. Roger prosiguió.

—Fuera del servicio hay otras relaciones. En él seré vuestro jefe; pero esto no os impedirá, así lo espero, que seais mi amigo.

—¡Ah! ¡señor marqués!—murmuró Lionel, á quien una simpatía irresistible arrastraba ya hácia Roger.

El marqués miró el reló colocado sobre la chimenea de su gabinete.

—Creo que nada me falta,—dijo rien-

do,—y representó, á escepcion de un detalle, un coronel bastante formal.

¿Qué es lo que os falta?—preguntó el Sr. Roberto Walden.

Roger le mostró la pequeña hoja que llevaba al lado.

—Esto, le dijo,—es una espada de corte, pero no una espada de oficial, y os suplico que me acompañeis al salir de aquí, al Dragon de Oro, á casa del primer espadero de Lóndres.

—En efecto,—dijo el Sr. Roberto Walden,—ningun noble que se respeta debe surtirse en otra parte.

Y Roger salió con los dos.

Una hora despues atravesaba la puerta del palacio de Saint-James.

Roberto Burdet, el oficial de armero del Dragon de Oro, habia colocado en su cinturon de seda la hermosa espada sobre cuya empuñadura apoyaba ahora altivamente la mano izquierda, como un caballero de la novela de *La Rosa*.

El rey Jorge se hallaba en uno de sus dias de humor sombrio; recibió al jóven coronel con los oficiales de la es-

cuadra roja, anclada entonces en Plymouth.

Lórd Nort, que trabajaba desde por la mañana con el rey, no le habia ocultado que las noticias de América eran muy alarmantes, y que era preciso obrar enérgicamente.

El consejo era bueno, pero Jorge III, á quien no se ocultaba que su popularidad estaba muy comprometida desde que lord Bute, este amigo demasiado decidido, le habia puesto en pugna con el Parlamento, Jorge III se preguntaba si podia contar en este momento con su ejército para ir à combatir à los insurrectos de Boston, y si era prudente desguarnecer las plazas fuertes del continente.

Comprendiendo que era preciso halagar á la nobleza y al pueblo, dijo á los oficiales que venian á protestar de su adhesion:

—En la guerra que voy á emprender contra los rebeldes de América, debo contar, tanto con la nobleza inglesa y con su adhesion á mi causa, como con

el valor y el patriotismo de mis soldados. En el campo de batalla las clases desaparecen y el valor es la primera de todas las nobl zas.

Luego dirigiéndose al jóven coronel Roger de Asburthon:

—Vuestro padre,—añadió,—nos ha servido siempre lealmente. Los acontecimientos han estado algunas veces en contra suya; pero bien sabemos que su mision era dificil, y que luchó valerosamente hasta el último dia el marqués Roger de Asburthon; el rey cuenta ahora con el hijo, como en otro tiempo contaba con el padre. La escuadra roja se hará à la vela dentro de algunos dias, —añadió Jorge elevando la voz,—iré á saludar su pabellon en Plymouth.

## XI.

Cuando el marqués de Asburthon salia del cuarto del rey y atravesaba las antecámaras llenas de militares de todas las armas, marinos de todos grados y cortesanos, que esperaban alcanzar una

sonrisa cuando pasara el rey, un hombre con uniforme de capitan de cipayos, armaba mucho ruido. Hablaba en voz alta, golpeaba el suelo con sus pies, miraba á los que entraban y decia en voz alta que los ascensos eran debidos al favor y no al mérito.

Cuando Roger atravesó la sala en que se hallaba este hombre, puso su mano como un anteojo y dijo con tono burlon y midiéndole insolentemente de arriba á abajo.

—¡Diablo! ved un coronel que por cierto se encontrará muy embarazado en campaña si no lleva á su nodriza.

Roger pasó.

—Perdonad, coronel,—dijo con altaneria este hombre:—¿no sois lord de Asburthon?

—Si, señor,—dijo secamente Roger.

—¿El hijo de lord de Asburthon, exgobernador de las Indias?

—Tengo ese honor dijo el jóven.

—¡Ah!—dijo burlonamente el capitan, poniendo una mano con insolente familiaridad sobre el puño de la espada

de Roger;—habeis recibido un lindo juguete como aguinaldo, amiguito.

Roger dió un paso atrás y dió con su guante en el rostro del capitan, que palideció de rábia.

—¡Ah! ¡ah! —dijo este,—el gallo tiene demasiada sangre. Lo sangraremos.

—Caballero,—dijo friamente Roger, —debeis estar loco ó ébrio. Pero indigno, en ambos casos, de llevar una insignia de oficial; podria haceros fusilar como á un perro; pero prefiero clavaros hasta el puño esta espada que acabais de insultar.

—Milor,—respondió el capitan, queriendo colorear con una escusa su vergonzosa agresion,—yo he sido humillado, en presencia de todo el ejército, por lord de Asburthon, vuestro padre.

—¡Bien está,—caballero!—dijo desdeñosamente Roger.—En mi familia los hijos aceptan sin restriccion y por pesada que sea la hereneia paterna. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!—repitió el capitan

—Estaré en el puente de Lóndres,

con mis testigos á las siete de la mañana.

—Yo estaré antes,—contestó altivamente Roger.

Y cruzó el salon con la cabeza erguida y la mirada segura.

Un oficial, testigo de la querella, se inclinó al oido de un marino.

—Mucho me temo,—le dijo,—á pesar de su reputacion de duelista, que el capitan Maxwel no duerma en su cama mañana á la noche.

—Y yo,—dijo el marinero,—lo deseo ardientemente. No es posible ser mas néciamente grosero é insolente que ese bruto.

Cuando estuvo fuera del palacio, Roger tomó de nuevo su carruaje, entró en su casa y escribió un billete al Sr. Roberto de Walden, rogándole le sirviera de testigo, con su protegido Lionel.

El Sr. Roberto habia salido de Lóndres por la mañana, dirigiéndose á una hacienda que acababa de comprar cerca de Deptford. El correo enviado por Roger no pudo traerle sino al anochecer.

Lionel que habia hecho esta escursion con el anciano gentleman, le acompañaba.

Ambos declararon al marqués que era una locura jugar su vida contra la de un miserable como el capitan Maxwel.

Pero Roger no los quiso escuchar.

—Me batiria con el último de mis soldados si le hubiera insultado,—dijo al Sr. Roberto Walden.—El capitan ha sido el agresor, pero le he pegado en el rostro, lo cual le da el derecho de elegir las armas del combate.

—¿Y ha escogido?—preguntó Roberto.

—La espada,—contestó el marqués.

—Bien,—dijo Roberto;—esto me tranquiliza un poco.

—Tranquilizaos por completo,—añadió Roger riendo,—porque hé aquí á maese Williams que viene á anunciarnos que la cena está pronta. Como pasareis la noche en mi casa, siendo así que el duelo no es hasta mañana á las siete, tratemos de pasar la noche lo mas ale-

gremente posible. Vamos, mi jóven montañés,—añadiódando amistosos golpes en el hombro del jóven,—se trata de ver si teneis la cabeza tan sólida como vuestro querido patrono el baron Roberto Walden, el bebedor mas ilustre de los tres reinos.

Los convidados pasaron al comedor y se sentaron alrededor de una mesa suntuosamente servida.

La alegria de Roger se comunicó pronto á sus convidados, que parecian haberlo olvidado todo, á fin de dejar al jóven lord toda su confianza.

Cuando pronunciaban un último brindis al esterminio del capitan Maxwel, entró un criado y vino á anunciar al marqués que un gentleman que no queria decir su nombre, insistia para que le recibiesen.

Daban las doce en este momento en el reloj del comedor.

El marqués, un poco admirado de esta visita nocturna, se escusó con sus convidados, dejó la mesa y pasó à su gabinete.

Un hombre, vestido de negro, esperaba de pié, con la cabeza descubierta al lado de la chimenea.

Roger contuvo una esclamacion de sorpresa.

En este hombre acababa de reconocer al nabab Osmany, al personage del blanco ropon, á su salvador de las rocas de Pick-Gurd.

Dígnese vuestro honor escusarme si me atrevo á venir tan tarde, dijo Osmany.

—¡Ah! caballero,—dijo el marqués, —un hombre á quien debo la vida, es siempre bienvenido, sea la hora que quiera, y ademas, me hallo en este momento muy bien acompañado, voy á presentaros á mi antiguo amigo Roberto Walden.

—Milord,—interrumpió el misterioso personaje,—dignaos escusarme si rehuso este honor, pero es absolutamente preciso que mi presencia en vuestra casa sea ignorada.

—¿Por qué?

—Va en ello vuestra vida,—dijo sencillamente Osmany.

El marqués se estremeció. El estranjero no le dió tiempo para interrogarle.

—Habeis ido hoy á Saint-James?—le dijo.

—Si.

—¿Y al salir del cuarto del rey habeis sido provocado?

—Por un oficial del ejército de la India, que tiene, segun dice, quejas de mi padre.

—¿Os batís mañana?

—Debo encontrar á mi adversario en el puente de Lóndres. Supongo que nos batiremos en el cercado de la Abadia de San Jorge, que se halla por lo comun desierta á esas horas.

—¿Os batís á espada?

Roger tomó de un sofá la espada que habia comprado aquella mañana en el *Dragon de oro*.

—El capitan,—dijo,—la ha tratado de juguete. ¡Pues bien! este juguete le atravesará el pecho dentro de algunas horas.

Osmany entreabrió su capa y Roger

asombrado vió una espada exactamente igual á la suya.

—¿Qué es eso?—dijo.

—Esto es una espada que os traigo para que no se ais muerto mañana.

Y viendo que Roger, estupe facto, miraba una despues de otra las dos espadas tan exactamente iguales que era imposible distinguirlas una de otra:

—Milord,—añadió Osmany,—permitidme probaros que el temple de la mia es superior al de la vuestra.

La desenvainó, la hizo silbar en el aire y tendiéndose contra la pared, la hizo penetrar una pulgada en la madera. Roger le seguia mirando.

—Es una hoja escelente,—continuó Osmany,—se pliega y no se rompe. Ahora tomadla y veamos la vuestra.

Roger tomó la espada de su visitador y le alargó la suya.

—¡En guardia!—dijo Osmany.

—¡Pero, caballero!...

—Ya vereis, milord. Suponed que sois el capitan Maxwel y yo el marqués Roger. ¡Muy bien! tendeos á fondo y dad fuerte golpe en mi espada.

Pero apenas hubo dado un golpe seco con la suya sobre la espada de Osmany cuando esta se partió en dos pedazos que cayeron sobre la alfombra con un ruido metálico.

Osmany desarmado, solo tenia un pedazo de espada en la mano.

Roger lanzó un grito y se hizo atras pálido y con la frente cubierta de sudor.

—Ya veis, milord,—dijo impasiblemente Osmany,—que mañana érais hombre muerto.

Roger cogió vivamente las dos manos al desconocido y las estrechó cordialmente.

—¡Oh! ¡caballero! ¡caballero! ¿qué he hecho yo para que me protejais de este modo?

Esta pregunta embarazaba á Osmany mas de lo que se podria decir.

Sin embargo, respondio:

—Milord, vuestro padre me hizo un gran servicio y tengo que pagar una pesada deuda.

—¡Ah!—dijo Roger.—Pero si velais por mí, es que hay gentes interesadas en mi pérdida.

—Si,—dijo Osmany.—Pero nosotros velamos.

—¿Nosotros?—murmuró el jóven sorprendido.

—Yo y los mios,—dijo Osmany.—Pero no me preguntеis mas, milord. No podria satisfacer vuestra curiosidad. Ahora,—añadió,—dejadme daros una leccion de esgrima.

Roger tomó floretes de una panoplia y ofreció uno al indio.

Os pido perdon, señor marqués, de haber empleado antes la palabra leccion; es un simple consejo lo que deseo dar á vuestro honor.

—El capitan Maxwel es alto y flaco, de poco cuerpo, pero de piernas largas como un compás. Es menester que su aventajada estatura, que tanto le favoreceria en un asalto de academia, sea un embarazo para él en el terreno.

—Adoptar la guardia florentina,—dijo Osmany, y uniendo el ejemplo á la demostracion, se puso en guardia á cuatro pasos de Roger, medio tendido, recogido el cuerpo y descansando sobre

la pierna izquierda, el indio no dejaba ver, por decirlo así, mas que sus ojos brillantes como lucernas, y la punta de su florete que mantenia á la altura del hombro de Roger.

—Pero,—dijo el marqués,—si permanezco así, el capitan me clavará en el suelo.

—Si permaneceis así, firme y resuelto, sin dejar vuestro acero al adversario, esquivando siempre su ataque, el capitan Maxwel se clavará él mismo vuestra espada al tercer quite, á dos pulgadas del hombro derecho.

—¡Veamos!—dijo Roger poniéndose en guardia delante del indio.

Tiraron por espacio de un minuto, pero el marqués no veia nunca mas que los ojos de Osmany, y no podia conseguir ligar su florete que se deslizaba como una culebra bajo su acero.

Impacientado, Roger se tiró á fondo para dar una estocada recta. El boton del florete de Osmany tocó al jóven lord en el hombro derecho y la hoja se dobló hasta casi romperse.

¡El golpe era mortal!—murmuró Roger arrojando su florete sobre la alfombra.—¡Vamos! no soy mas que un estudiante.

—Acordaos mañana de la guardia florentina,—dijo Osmany sencillamente, y el estraño personaje se envolvió en su capa, con cuyo embozo se cubrió el rostro y salió antes que Roger intentara detenerle.

Bajó por una escalerilla que conducia á los jardines del palacio.

Al verle seguir su camino sin ninguna vacilacion, y dirigirse hasta una puerta de servicio que daba á una callejuela próxima, se hubiera creido que Osmany habia habitado mucho tiempo el palacio de Asburthon.

El indio subió á pié el Strand y se detuvo delante de una tienda de joyería.

Un hombre de largo rostro, pequeños ojos verdes y cabellos amarillos, un hombre que lo mismo podia tener setenta y cinco años que cincuenta, estaba solo en el mostrador, examinando con un lente, á la claridad de un reverbero,

la talla de un grueso diamante. Osmany entró.

—Buenos dias, Nathaniel, —dijo.

—Buenos dias, mi amo, contestó el joyero que se levantó presurosamente y saludó con aire obsequioso.

¡Y bien! ¿qué tal van los negocios?

—¡Ah! ¡ah!—dijo el jóyero con voz lastimosa, —los negocios están malos; la confianza falta; es presiso hacer muchas ventas á crédito á la nobleza.

Una sonrisa se dibujó en los lábios de Osmany.

—¿Echarias de menos, tal vez,—dijo, —el tiempo en que no tenias otro aprendiz que tu garduña?

— No por cierto, mi amo, pe...

—¿Pero echas de menos algo?

El jóyero suspiró y pasó la mano por sus cabellos amarillos.

—Hay dias... segun que... dijo.

—¿Qué te falta?

—¡Dios mio! Escuchad... Ahora que estoy establecido... que me llaman el señor Nathaniel en la bolsa, pienso algunas veces... que estoy absolutamente solo...

—¡Pues bien! cásate.

—¡Oh! lo que es eso, no... ya probé una vez; gato escaldado del agua fria huye. Pero, ya veis, mi amo; hay dias en que me arrepiento de haber vendido la uña.

—¡Ah! ¡ha!

—Era una chiquilla muy impertinente... pegaba á mi garduña...; pero al cabo... la naturaleza no puede menos de hacer su oficio.

—En todo caso,—dijo riendo Osmany,—veo que la naturaleza ha tardado bastante en hacerle. Así que, querrias volver á ver á tu hija.

—¿Ay de mi!—dijo el joyero dando un suspiro;—¿quién sabe lo que habrá sido de ella? ¡quizás haya muerto!... Ni siquiera sé el nombre de aquel caballero.

—¡Bah! tal vez la encontremos... Lóndres es grande, pero, buscando bien...—dijo Osmany.

Una mueca que se parecia á la emocion contrajo el rostro de Nathaniel.

—¿De veras?—dijo.

—Bien sabes,—contestó Osmany,—que cuando tomo parte en alguna cosa, tengo la constumbre de salir bien.

—Verdad es,—murmuró el joyero.

Nathaniel pasó de nuevo la mano por sus amarillentos cabellos.

—Pronto debe cumplir veinte años la niña,—murmuró.—Y si aun vive y se parece á su madre, debe ser muy linda. ¡Ah!—suspiró,—una muchacha bonita. es sumamente preciosa..... para el comercio.

—¡Vaya!—murmuró Osmany,—por fin sé á punto fijo cual es la fibra paternal que vibra algunas veces en tí.

Nathaniel no contestó. Osmany, añadió mirándole fijamente:

—Probablemente encontraré á tu hija ¿Pero tiene alguna señal?

—Como todos los de nuestra tribu; el triángulo azul en el brazo izquierdo, en el nacimiento del hombro.

—¿No tiene ninguna otra señal?

—Mika la habia mordido en la mano derecha. Debe tener una cicatriz entre el pulgar y el índice.

—Bien está,—dijo Osmany,—voy á buscarla, pero... ¡con una condicion!

—Hablad, mi amo.

—Si te digo alguna vez: ¡Tu hija está aquí!... en esta casa.,. ¿irás á reclamarla?

—¡Oh! ciertamente.

—Y si fuese preciso, ¿harás valer tus derechos ante la justicia?

—Asi lo haré.

Osmany se separó del mostrador sobre el que tenia apoyados los codos.

—Hasta la vista,—dijo.

Y salió acompañado humildemente hasta el umbral de la tienda por el joyero Nathaniel.

Osmany empezó entonces á andar aceleradamente, llegó á la orilla del Támesis, siguió un momento el curso del rio, enseguida se detuvo, echó á su alrededor una mirada rápida y se aseguró de que no era seguido. Entonces se llevó dos dedos á la boca y dejó oir un silbido. Luego esperó, envolviéndose en su capa.

Un ruido de remos se oyó á poco en

el rio, y una barca se acercó á la orilla.

—¿Eres tú, Sanson?—preguntó Osmany bajando hácia la orilla y tratando de distinguir la embarcacion á través de la niebla.

—Sí, mi amo.

Osmany saltó á la barca y sacó su reló, que acercó al farol colocado en la proa.

—Las nueve,—dijo,—tira la vela, hijo mio: vamos á la hacienda de Deptford.

Y en tanto que Sanson armaba su màstil é izaba la vela, Osmany murmuró:

—Ahora nos toca à los dos, señorita Ellen.

## XII.

La brisa que soplaba del noroeste hinchó la vela, y la pequeña embarcacion se deslizó como una flecha sobre las espumosas aguas del Támesis. La niebla era tan espesa, que el resplandor de los pocos faroles encendidos en las dos orillas, no lograba atravesarla.

No obstante, Sanson maniobraba con una habilidad consumada, pasando entre buques anclados y tirando algunas veces bordadas de una á otra orilla.

Al cabo de una hora, las últimas casas de Lóndres habian desaparecido en una bruma opaca. Entonces los ojos de Osmany, que estaban hacia tiempo acostumbrados á la oscuridad, se fijaron en una casita aislada en la orilla derecha del rio, una fresca casa de campo rodeada de árboles.

Ninguna luz brillaba en el interior; Osmany frunció las cejas.

—¿Se atreveria Ellen á faltar á la cita?—murmuró.—Aborda, Sanson.

Sanson obedeció y atracó frente á la casa.

Osmany salió ligeramente á la orilla y dijo á su compañero:

—Apártate un poco; volverás cuando me oigas silvar.

El indio dió algunos pasos á lo largo de las paredes de la casa siempre silenciosa y sumergida en tinieblas.

—Es absolutamente preciso,—se dijo, —que Ellen esté de nuestra parte.

Poco despues brilló una luz en una ventana y se entreabrió una persiana del piso bajo. Osmany se acercó; una voz murmuró:

—¿Quién esta ahí?

—El que esperais,—contestó el misterioso personaje.

La esbelta silueta de Ellen se destacó en el rayo luminoso que venia del interior.

—Entrad,—dijo abriendo por completo la ventana.

Osmany alcanzó de un salto el cerco de la ventana y saltó á un encantador gabinete tapizado de seda gris perla, adornado con jardineras llenas de flores, amueblado con esquisito gusto y lleno de esas lindas bagatelas cuyo secreto poseen únicamente las grandes señoras.

Bronces y estátuas antiguas, un lustro de Morano, algunos cuadros de mérito, un pastel firmado Ellen y un retrato de hombre adornaban esta habitacion. El retrato, que era el del Sr. Roberto Walden, probaba que la jóven se hallaba en su casa ó por lo menos en su residencia de verano.

La educacion de una jóven de calidad en Inglaterra no se parece de ningun modo á la educacion que recibiria en Francia.

Una jóvon goza en Lóndres de una completa libertad. Monta á caballo seguida de un solo criado; sale á pié por las calles, acompañada únicamente de un peqneño groom que va veinte pasos detrás de ella. Una jóven inglesa de la gentry, es decir del gran mundo, se pasea en barco, en carruaje, á caballo, sin tutor ni dueña.

La señorita Ellen tenia, pues, la libertad mas absoluta.

En el mes de julio de este año, el señor Roberto Walden partió á Escocia, dejando en Lóndres á su sobrina bajo la vigilancia de un aya anciana. La señorita Ellen iba todas las tardes á la hacienda que acabamos de describir. A la caida del sol, la escéntrica jóven subia á una barca conducida por dos watermans, y bajaba el Támesis hasta su casa de campo.

Su aya la acompañaba algunas veces: pero las mas se quedaba en Lóndres.

La señorita Ellen tenia inclinaciones sumamente varoniles, amaba los ejercicios violentos, montaba los mas fogosos caballos, desafiaba á nado á los prácticos de la isla de Wight y dirigia una embarcacion como un waterman del *squadron* vatch.

De pié delante de la jóven, Osmany continuaba inmóvil; su rostro grave y sombrio tenia una espresion casi fatal.

—Caballero,—dijo entonces Ellen con una calma completa,—por hábil que yo sea para descifrar enigmas, todavia busco el sentido de las palabras que me dirigísteis en las rocas de Pick-Gurd.

—Y deseais que os las esplique, ¿no es así?

—Espero que no tardareis en hacerme ese favor,—repuso ella secamente.

—Querida Topsy,—añadió Juan de Francia tomando un sillon y sentándose tranquilamente,—vengo á proponeros un tratado de alianza.

Al oir el nombre de Topsy la señorita Ellen se levantó bruscamente, con los ojos ardientes y los lábios pálidos,

como si una serpiente se hubiera levantado en su presencia.

—Yo soy la señora Ellen Walden, caballero, y os prohibo que me deis otro nombre.

Una sonrisa apareció en los lábios del gitano.

—Sea,—dijo.—Os decia, pues, que os venia á proponer un tratado de alianza.

—¿Y con quien?—preguntó ella midiéndole con altivoz de piez á cabeza.

—Con pobres diablos que no os envidian vuestro título ni vuestra fortuna, Sra. Ellen: con los gitanos de la tríbu de Amri.

—Con los gitanos de la tribu de Amri,—repitió la jóven, y de sus lábios se escapó una carcajada.—Pero es cuento oriental lo que me estais contando, señor Osmany.

—Precisamente un cuento indio. Pues bien, el rey de estos pobres diablos os profesa mucha amistad, querida Ellen, y quiere que seais dichosa en vuestra familia.

—¿De veras?—dijo ella con ironía.

—Pero,—continuó,—como teme que seais ambiciosa, me ha dado encargo de daros un buen consejo, un consejo de hermano. Permitidme suponer por un momento que os llamais Topsy y que sois hija del gitano Nathaniel....

—Continuad,—dijo ella fijando en su interlocutor una mirada fria como el acero;—ya veis que estoy resignada á oirlo todo.

—Si así fuera, vuestros amigos....

—El rey de los gitanos y su banda, interrumpió Ellen.

Osmany se inclinó en señal de asentimiento y añadió:

—Vuestros numerosos amigos verian con placer el matrimonio que Roberto Walden ha soñado para vos.

—¿Con Lionel?

—El cual os ama sinceramente.

—Y—dijo la jóven despues de un corto silencio—si por mi parte hubiera soñado con una union mas brillante y quisiera algun dia ser marquesa...

—De Asburthon,—acabó Osmany.

Ellen hizo un brusco movimiento de sorpresa; pero reponiéndose al punto —Supongamos,—dijo,—que este nombre me convenga.

—Hé aquí lo que seria una contrariedad,—repuso el gitano;—porque ese nombre,—que de ningun modo conviene á vuestros *muy* numerosos amigos, alteraria su amistad para con vos.

Un relámpago brilló en los ojos de la egipcia.

—De modo,—dijo conteniendo con dificultad la cólera que hacia temblar su voz, que mis *muy* numerosos amigos pretenden disponer á su antojo de mi corazon y de mi mano.

—De ninguna manera,—dijo Osmany,—os dejan libre en vuestra eleccion, esceptuando tan solo al marqués de Asburthon.

—¿Y si quiero ser marquesa de Asburthon y llevar el manto de las esposas de los pares de Inglaterra?

—Entonces,—dijo Osmany levantándose,—el rey de los gitanos y sus súbditos declararán á Topsy la egipcia una guerra sin perdon ni tregua.

La señorita Ellen fijó sus chispeantes pupilas sobre Juan de Francia; la sangre gitana, de cóleras terribles, de odios interminables, acababa de hervir en sus vénas por primera vez.

—¡Bien está! Topsy la egipcia acepta el desafío,—esclamó;—yo sola lucharé contra todos, súbditos y rey. Mientras me hablabas, ha recogido mis recuerdos de la infancia, el sonido de tu voz me ha llegado como un eco lejano, y te he reconocido, Juan de Francia.

El gitano se cruzó de brazos y la miró tranquilamente.

—Tu eres Juan de Francia,—añadió ella,—es decir, un gitano como yo, un hijo de esa raza maldita entre la cual he nacido yo, que tengo el corazon de una reina; de esa raza que odio con todas las fuerzas de mi alma, porque yo he sido maltratada, golpeada, porque aquel mónstruo, que decia ser mi padre, tenia la inaudita crueldad de hacer que me mordiera su horrible animal, se me ha arrastrado por los caminos y los matorrales, con los piés des-

nudos y ensangrentados, dándome latigazos cuando agotadas mis fuerzas pedia gracia. Yo odio á esa raza, de quien reniego; te odio á tí, Juan de Francia, porque sé que eres su jefe. ¡Atrás, ladron! ¡atrás, asesino! ¡atrás, infame vagamundo, el oro que posees debe ser el fruto de la rapiña, y yo veo sangre sobre tus manos; á través de tu guante!

Juan de Francia habia escuchado con los brazos cruzados y la sonrisa en los lábios.

—Ten cuidado: yo puedo hacerte arrepentir de tus palabras.

—Te desafio á ello,—contestó ella;—¡sal, vagamundo!

Y como él no se movia, se arrojó sobre un latiguillo de puño de oro cincelado y le pegó en el hombro.

El jóven lanzó un grito, pero no cogió con sus brazos á la gitana, y no la deshizo entre ellos.

Todo al contrario, dió un paso atras y dijo con voz sorda:

—Este latigazo te costará lágrimas de sangre.,,. ¡Hasta la vista, Topsy!

Y de un salto llegó junto á la ventana y desapareció entre la oscuridad...

. . . . . .

—Ve, pues, no te temo,—dijo la señorita Ellen,—y desafió al mundo entero á probar que no me llamo Ellen Walden, la sobrina legítima del Sr. Roberto. Si te atreves á emprender la lucha, volveré á ser gitana, ¡y desgraciado de tí! tengo sangre árabe en las venas y esta sangre es valiente cuando está animada por el ódio.

Ella escuchó una carcajada que sonó fuera.

—¡Oh!—dijo,—odio á los infames que han colmado mi infancia de torturas! y como Neron, que deseaba que Roma tuviera una sola cabeza, yo quisiera que no tuviesen sino un corazon para clavar en él un puñal hasta el mango.

La señorita Ellen acababa de revelarse por completo; era la mas mortal enemiga de los gitanos.

## XIII.

En tanto que el misterioso persona-

ge que llegaba tan oportunamente para salvarle de un peligro, salia discretamente de su casa, el jóven marqués de Asburthon se reunia de nuevo á sus convidados en el comedor.

Estaba un poco pálido y algo fatigado.

—¡Dios mio!—le dijo el Sr. Roberto Walden,—¿qué teneis, milord?

—Nada;—dijo el marqués;—he recibido la visita de un antiguo oficial, que habiendo servido á las órdenes de mi padre ha venido á pedirme que le socorriera; su situacion me ha conmovido. Trataré de ocuparme de él; es decir,—añadió riendo el jóven,—si el capitan Maxwel no se opone.

—Ese hombre es un duelista de profesion,—dijo el Sr. Roberto Walden frunciendo ligeramente las cejas,—y si yo no conociera bien vuestra destreza, estaría muy inquieto.

Roger no tuvo tiempo para responder; un criado entró trayendo una tarjeta en una bandeja.

La tarjeta tenia el nombre del Sr. James Asburthon.

—¡Cómo!—esclamó Roger,--¿mi primo el misántropo está en Lóndres?

—Desde hace una hora,—dijo una voz desde la puerta.

Y el Sr. James Asburthon se presentó en trage de camino, arrugado y lleno de polvo como un hombre que acaba de hacer una larga jornada.

—¡Un cubierto!—pidió Roger levantándose y yendo á tomar la mano de su primo.—Sentaos aquí,—añadió haciéndole sitio en la mesa,—y esplicadme por qué os hallais en Lóndres.

—Vos sois la causa, señor marqués, —contestó el Sr. James.

—Estoy encantado de ello; ¿pero cómo es eso?

—¡Eh! ¡Dios mio!—dijo el segundo de los Asburthon,—habeis venido á sacarme de mi soledad; me habeis obligado á volver á la sociedad, á mí, que no queria ver á nadie... y he vuelto á adquirir gusto por ella.

—¿De veras?

—Vengo á pasar algunas semanas en Lóndres, y quizás vuelva al servicio.

—He ahí una escelente idea, primo mio. Se están batiendo en América, y el rey me ha anunciado que mi regimiento será uno de los que se embarquen primero.

—Estad tranquilo,—añadió el Sr. James,—si vuelvo al servicio, señor marqués, no será para quedarme en Inglaterra, y tendré el honor de hacer la guerra á vuestras órdenes.

El Sr. James habia saludado al Sr. Roberto Walden con perfecto desembarazo.

—Seguramente,—se habia dicho el anciano caballero,—no sabe que he matado á su padre.

El segundon habia mirado tambien á Lionel, pero la vista de este jóven no le habia inspirado ninguna reflexion y habia creido que era algun amigo de Roger.

Terminada la cena, el marqués hizo pasar á sus convidados al salon en que estaba servido el té y habló con la mayor tranquilidad hasta la una de la mañana. En este momento, dijo á sus huéspedes:

—No olvidemos que debo levantarme muy temprano mañana, puesto que tengo que encontrarme á las siete en el puente de Lóndres.

—¡Bah!—dijo sir James con un asombro perfectamente fingido;—¿qué teneis que hacer allí?

—Batirme con un soldadote, el capitan Maxwel.

—¡Eh!—dijo sir James,—¿qué quiere decir eso?

Roger le contó su aventura:

—Esperad,—dijo sir James; me parece que le conozco... sí, le he conocido en la India... un hombre de mal tono...

—¡Oh! ¡de muy malo!

—Un jugador, un duelista de profesion... En vuestro lugar, señor marqués, no me incomodaria por semejante bribon.

—Es imposible; el insulto ha sido público.

—¡Tanto peor entonces! pero no me negareis que os sirva de testigo, segun creo.

—Llegais demasiado tarde, querido primo, estos señores deben asistirme en este asunto.

Sir James se inclinó.

—¿Dónde os habeis apeado?—preguntó Roger.

Wills ha debido llevar nuestros caballos al hotel del Almirantazgo.

—Entonces os quedais en mi casa.

Roger llamó y dió la órden de preparar un cuarto para su primo sir James Asburthon, que se despidió en seguida del marqués.

Para llegar á su habitacion le fué preciso pasar por las mejores piezas del suntuoso palacio de los Asburthon.

—¡Eh! ¡eh!—pensó,—¡quién sabe si estaré aquí, en mi casa, mañana á la noche!

Se acostó y no tardó en dormirse, como si realmente hubiera hecho un largo viage á caballo.

Los sueños mas agradables le mecieron, pero se levantó antes de ser de dia, saltó del lecho, se vistió y salió del palacio por los jardines y la puerta escusada.

El señor James se dirigió á Saint-Charles street á pié como un cualquiera.

Cuando llegó, eran las cinco y media.

Entró en casa del alquilador que el señor Roberto Walden habia hecho avisar el dia anterior, y saludó al cochero que enganchaba su hackney-coache con aire de protectora familiaridad.

Sin duda habia hecho la víspera algun trato con este cochero, porque este no le dió tiempo para hablar.

—¿Quiere seguirme vuestro honor? —dijo.

Y le hizo entrar en una especie de gabinete situado en el piso bajo.

—Todo está pronto,—le dijo.—Vuestro honor puede vestirse.

Y hablando así, le enseñaba una grande peluca empolvada, una librea completa de cochero, un carrick y un ancho tricornio galoneado.

El Sr. James se quitó en un instante su traje de caballero, se echó encima la librea de cochero, y se encontró des-

figurado por completo bajo este disfraz.

Hecho esto, puso dos guineas en la mano del verdadero cochero, subió al pescante, tomó las riendas y salió de Saint-Charles street.

En seguida fué á detenerse á doscientos pasos del palacio de Asburthon, y esperó con paciencia.

A las seis en punto, vió venir hacia él al marqués acompañado del Sr. Roberto y de Lionel. Los dos primeros iban envueltos en oscuras capas, el último cubierto con su plaid escocés.

El baronnet solo dirigió una distraida ojeada al cochero, y abrió la portezuela, hizo subir al marqués y á Lionel y dijo:

—¡Al puente de Lóndres!

James soltó las riendas á sus caballos y se deslizó como un rayo á través de las calles aun desiertas de la gran ciudad.

Roger llevaba bajo su capa la espada que le habia traido Osmany, su misterioso protector.

El carruaje llegó al sitio marcado a dar las siete.

En el mismo instante, Roger divisó los rubios bigotes del capitan Maxwel; el espadachin llegaba á pié con sus testigos por el otro estremo del puente.

Los dos adversarios se saludaron y se presentaron recíprocamente sus testigos que se reunieron, separándose ellos á un lado.

Los testigos del capitan Maxwel eran dos oficiales subalternos, camaradas suyos de regimiento.

—Señores,—dijo Roberto Walden,—el cercado de Saint George me parece el sitio mas apropósito para el duelo.

—Ibamos á proponérosle,—dijo uno de los testigos del capitan.

El marqués y sus amigos volvieron á subir á su carruaje y el capitan cambió una rápida ojeada con James?

Algunos minutos despues, entraban con un intérvalo de dos minutos en el cercado de la abadía.

Como habian previsto, este se encontraba desierto á aquella hora de la mañana.

Un watchman ó guarda de noche se

aproximó, pero se retiró al reconocer que eran militares, pues el duelo se toleraba entre gentes de espada.

El carruaje permaneció á pequeña distancia.

Desde su pescante, el Sr. James no iba á perder un solo detalle del combate.

—Vamos, señores,—dijo el Sr. Roberto Walden,—quitaos las casacas, apresurémonos.

El capitan y Roger se quitaron las casacas, levantaron sus mangan hasta el codo y se pusieron en guardia.

El Sr. James miraba la espada de Roger, pensando:

—Siempre que el capitan siga mis instrucciones y se deslice hácia delante al mismo tiempo que se rompa la espada de mi amado primo...

El capitan tenia una larga tizona, verdadera espada de caballería.

—Vamos, señores,—dijo el Sr. Roberto Walden.

Las espadas se cruzaron y el acero resbaló uno sobre otro.

El Sr. James no podia respirar de

emocion, y un frio sudor cubria su frente.

Por dos veces el capitan sacudió secos golpes sobre la espada de Roger, pero esta no se rompió.

—¡Oh! ¡oh!—dijo para sí,—han engañado á mi cliente. La espada es de buen temple. Adoptemos otro sistema.

Y tiró su terrible estocada secreta, á la cual nadie resistia y pormedio de la cual habia echado á tierra ocho hombres. Pero la estocada fué parada, y mientras que la espada del capitan, separada violentamente, hacia un rasguño en el hombre á Roger, este cambió vivamente de táctica y tomó la guardia florentina.

—¿Que quiere decir esto?—se dijo el capitan entre dientes en el colmo del estupor;—¡Pardiez! tiene el aire de un escarabajo en esta postura.

Y tiró una estocada recta, pero su espada se deslizó á seis pulgadas de la cabeza de su adversario.

—¡Diablo!—se dijo saliéndose bruscamente de la línea con objeto de atraer

á Roger; pero este permaneció inmóvil, recogido sobre sí mismo y el brazo estendido á medias.

Maxwel intentó seis ataques distintos, y perdiendo la paciencia trató de sacudir con la suya esta espada que no podia conseguir enlazar; pero Roger hizo una falsa retirada y enseguida estendió el brazo con vigor, en el momento en que el capitan se tendia á fondo sobre él.

—¡Ah! ¡Mil rayos! ¡Tengo mi merecido!—gritó el espachin cayendo sobre una rodilla.

La espada de Roger le habia entrado bajo el brazo derecho y la punta del arma salia cerca del homoplato izquierdo.

Sus testigos le levantaron. Hizo un esfuerzo para hablar, pero una ola de sangre vino á sus labios y volvió á caer aconadado.

Sir James creyó estar herido del mismo golpe.

Una vez mas el edificio de su fortuna, tan hábilmente construido, se hundia bajo sus pies.

—Señores,—dijo Roberto Walden dirigiéndose á los testigos del capitan,—nos hareis la justicia de confesar que todo ha pasado de una manera digna.

Los oficiales se inclinaron. Roger los saludó y volvió á subir al carruaje con sus testigos. Solo en este momento fué cuando apercibió que estaba herido. Su sangre corria.

—¡A casa!—gritó Roberto Walden al cochero.

James, ébrio de rabia, obligó á sus caballos á tomar el trote largo.

Por un momento tuvo la idea de lanzar el coche por encima del puente de Lóndres y sumergirse con aquel maldito heredero, que parecia poseer un talisman contra la muerte.

Cuando llegaron al palacio, Roberto Walden y Lionel tomaron del brazo á Roger y le llevaron á su habitacion.

La herida del marqués no era grave, pero perdia mucha sangre y se desmayó en el momento en que lo colocaban en el lecho.

Roberto Walden habia dado la órden de ir á buscar al cirujano Bolton.

Mientras venia este, se preparó á hacer una primera cura.

Todo cumplido caballero entiende algo de cirujia.

Para dejar descubierta la herida, el Sr. Roberto desgarró la camisa. Pero de pronto lanzó un grito de asombro y su rostro espresó el mas vivo estupor.

Acababa de descubrir en el brazo del noble marqués de Asburthon una pequeña marca azulada en forma de triángulo, el signo cabalístico de los gitanos. . . . . .

. . . . . .

Una media hora despues, el cirujano Bolton llegó. Habia pasado la noche en una taberna jugando y bebiendo. Estaba ébrio y se bamboleaba. Roberto Walden descubrió el brazo de Roger que seguía desmayado.

—¿Qué quiere decir esto?—dijo fijando en Bolton una profunda mirada.

Bolton se estremeció, pasó una mano por su frente y se desemborrachó instantáneamente.

Lionel habia salido de la habitacion

para dar algunas órdenes. El marqués seguia desmayado.

Roberto Walden y Bolton se hallaban, pues, solos. Pero Bolton ya no estaba ébrio: Bolton habia recobrado toda su sangre fria, y dijo con voz tranquila mientras sondaba la herida del marqués:

—Es un arañazo que estará curado dentró de tres dias.

Roberto le cogió un brazo.

—¡Veamos!—le dijo,—¿hablareis?

—¿Qué quereis saber?

—¿De dónde viene esta señal?

—No lo sé.

—Bolton,—dijo friamente Roberto Walden arrojándose sobre la espada de Roger, que Lionel habia dejado sobre una mesa al entrar,—vais á decirme toda la verdad ú os mato sin piedad.

El acento de Roberto era tan tranquilo, que cualquiera otro que el cirujano Bolton hubiera tenido miedo.

Pero Bolton contestó mirándole tranquilamente:

—No se mata á un cirujano en el campo de batalla,—y lo enseñó sus

manos aun rojas con la sangre de Roger.

Roberto bajó la cabeza y dejó caer la espada sobre la alfombra.

—El secreto que quereis penetrar no me pertenece,—añadió en voz baja Boiton.—En cambio yo sé un secreto vuestro.

El caballero estaba mortalmente pálido.

—Yo sé que Ellen es de raza gitana, que os ha sido vendida por su padre, el hombre de la garduña. Creedme, Roberto, guardemos ámbos nuestros secretos,—dijo el cirujano,—y dejadme ocupar de mi obligacion.

—Teneis razon,—murmuró Roberto Walden haciendo un violento esfuerzo para dominar su cólera,—os cedo el puesto, caballero. Una voz secreta me dice que no puedo permanecer aquí un minuto mas.

Y el baron salió de la habitacion bruscamente.

—¡Oh!—se dijo el cirujano viéndole alejarse,—he aquí un hombre que va á

atormentarse la imaginacion bien en balde. El cirujano Bolton es borracho, pero tiene el vino mudo.

## XIV.

Aun estaba acostada Ellen cuando Roberto Walden entró en su casa, que estaba contigua al muro de la iglesia de Saint-Gilles.

El baronnet supo entonces que la señora Celia ya habia salido, aunque no eran mas que las nueve de la mañana.

La señora Celia y su hijo Lionel habian venido á Lóndres en compañía del señor Roberto Walden y su sobrina.

El señor Roberto Walden habia puesto á su disposicion una parte de su casa.

El baronnet y Lionel se habian guardado bien de hablar á la pobre madre del duelo que debia tener lugar entre el capitan Maxwel y el marqués Roger.

La señora Celia solo habia consen-

tido en que su amado Lionel entrara en el servicio militar porque esperaba que su regimiento permaneceria en Lóndres.

Pero aquella mañana, mientras que el señor Roberto Walden y Lionel servian de testigos al marqués, la pobre mujer escuchó á dos criados que hablaban en el patio y decian:

—El domingo que viene pasará el rey la gran revista de las tropas que van á América. Parece que tambien marchan los dragones.

—¡Los dragones!

—¡Es decir, el regimiento del marqués Roger, el regimiento de Lionel!

La señora Cecily estuvo á punto de desmayarse, pero recobrando el valor con una heroicidad propia solamente del valor de una madre.

—¡No! ¡no!—se dijo,—no partirá.

Se habia vestido entonces, habia mandado á buscar un carruaje, y se habia hecho llevar al palacio de Asburthon.

Sin duda alguna se habia cruzado

en el camino con el señor Roberto Walden, porque aun no habia llegado cuando este dejaba el palacio.

El señor Roberto Walden no se inquietó de ninguna manera por la ausencia de la señora Cecily; creyó que habria salido á hacer algunas compras.

Hizo que dijeran á Ellen que se levantara y tuviera á bien recibirle.

Algunos minutos despues entraba en su habitacion.

La jóven estaba un poco pálida, y sus ojos fatigados conservaban huellas de las emociones de la noche anterior; pero Roberto Walden no lo observó. Estaba él demasiado preocupado para esto.

—Hija mia, tal vez voy á evocar recuerdos dolorosos para tí, pero es preciso.

—Hablad, tio mio,—contestó ella estremeciéndose.

—Me perdonarás al menos,—dijo Roberto tomando las manos de su sobrina entre las suyas,—me perdonarás que te recuerde una época bien triste de tu vida?

—Sí,—dijo ella con inquietud,—sí... hablad!... ¡pero hablad pronto, tio!

Roberto se sentó como un hombre fatigado por el peso de un doloroso pensamiento.

—¿Te acuerdas,—dijo,—de aquella endiablada marca?...

—¡Oh!—dijo ella,—la marca de los gitanos. Solo ellos saben hacerla.

—¿Lo creeis así?

—Ya sabeis,—querido tio,—que he sido criada por un gitano.

—Sí. Lo recuerdo.

—Y que habiendo este muerto,—añadió Ellen, á quien dominaba una preocupacion secreta,—nada tenemos que temer.

—¿Te acuerdas de la forma exacta de esta señal?

—Sí. Es un triángulo que lleva en su vértice su signo cabalístico, semejante á una letra del alfabeto griego.

—Sí, eso es,—murmuró Roberto Walden.—Pero dime, ¿los gitanos emplean una sustancia particular para hacer esta señal?

—Sí. Hasta es un secreto que pertenece á esa tribu. Lo recuerdo perfectamente. Solo ellos pueden hacer desaparecer esta señal, indeleble para los demás.

El Sr. Roberto frunció el entrecejo.

—¿Pero por qué me preguntais todo eso, querido tio?

El gentleman no tuvo tiempo de contestar. Se abrió repentinamente la puerta y la señora Cecily, llorosa, desalentada se precipitó en la habitacion gritando:

—¡Mi hijo está herido! ¡muerto quizás!

El Sr. Roberto se habia levantado precipitadamente para salir á su encuentro.

Solo entonces pudo la señora Cecily apercibirse de la presencia de la señorita Ellen y las palabras espiraron en sus labios.

—Hija mia,—dijo entonces el Sr. Roberto Walden à su sobrina,—¿quieres dejarme solo con Celia que tiene qne hablarme de asuntos de interés,

cuestiones de arrendamiento, poco interesantes para cabeza tan ligera como la tuya?

—Voy á esperaros al salon, querido tio,—respondió Ellen, que se inclinó respetuosamente al pasar por delante de la madre de Lionel.

—¡Yo penetraré este misterio!--añadió despues que hubo salido.

La habitacion de Ellen tenia inmediato un gabinete de tocador que daba á un corredor por una puerta de escape.

La jóven, volviendo á hallar los instintos de su raza, llegó al corredor, empujó la puerta y se deslizó en el tocador desde donde podia oir toda la conversacion del Sr. Roberto Walden y la señora Celia. . . . . .

. . . . . .

La señora Cecily se precipitó hácia el anciano caballero y tomándole las manos le dijo con voz ahogada por la emocion.

—Vengo del palacio de Asburthon.

—¡Cómo!—esclamó Roberto,—¿os habeis atrevido?

—Sí,—dijo ella.—Esta mañana he sabido que el regimiento en el que va á entrar mi hijo Lionel iba á partir para América. Entonces me volví loca y olvidando el juramento que me habia hecho de no turbar nunca la tranquila prosperidad de ese otro hijo á quien nunca he cesado de amar, dominando el temor que siempre habia tenido de hacerme traicion si me encontraba en su presencia, sin pensar en que, tal vez, al verle iba á lanzar un grito y tenderle los brazos diciéndole: ¡soy tu madre! he corrido al palacio de Asburthon. Yo queria ver á Roger, queria decirle: devolved á mi hijo su palabra, recoged ese grado que le habeis dado, pero dejádmele. ¡Oh! ¡si supierais como me latia el corazon al penetrar por primera vez, despues de diez y siete años, en esta casa que fué la mia! Pero nada era esta emocion al lado de lo que en ella me esperaba... Roger, mi amado Roger, se ha batido esta mañana en duelo: está herido, tal vez muerto, puesto que á pesar de mis lágrimas y de mis súplicas, sus

criados no me han permitido llegar hasta él. ¡Ah! amigo mio, tened piedad de mí, decidme si vive!

—Sí,—dijo Roberto con voz sorda,—vive y su herida no ofrece ninguna gravedad.

—¡Oh! ¡bendito sea Dios!—esclamó la pobre madre juntando las manos.

—Señora,—añadió Roberto mirando á la viuda con tierna compasion,—bien sabeis que soy vuestro amigo, que podeis contar con mi afecto, y que nunca os he ocultado la verdad... ¡Pues bien! yo os lo digo con el corazon destrozado y la frente cubierta de vergüenza; el hombre que lleva el título de marqués de Asburthon es indigno de vuestro cariño.

—¿Mi hijo?—dijo la señora Cecily alzando altivamente la cabeza,—¿pero os habeis vuelto loco, Sr. Roberto, para hablar así de mi hijo?

—¡Ah! es que todo lo que sucede turba mi razon, y sin embargo, preciso será que lo sepais todo... pero mas tarde... mas tarde..—añadió llevándose las manos à los ojos.

La señora Celia le miraba sin comprenderle. Estaba dominada por el asombro.

—¡Ah!—pensaba la señorita Ellen en su escondrijo,—¡ah! ¡la señora Celia es condesa de Asburthon!

## XV.

Dos dias despues, la señorita Ellen, á quien su tio no habia vuelto á dirigir mas preguntas, se ocupaba en elegir encajes en compañia de su doncella, cuando un criado la trajo un magnífico cofrecillo de sándalo.

—¿Qué es esto?—preguntó, admirada.

El cofrecillo, de maravilloso trabajo, estaba adornado de incrustaciones de oro y plata y la llave colgaba de una pequeña asa de oro.

—¿Quién ha traido esto?—preguntó de nuevo al criado con un gesto de impaciencia.

—Un desconocido que ha desaparecido enseguida que dejó este objeto en el vestíbulo.

La señorita Ellen habia recibido algunas veces ramos de una manera misteriosa, pero nunca se habia atrevido nadie á enviarla un objeto de tanto valor.

Por un momento pensó remitírselo al alderman del condado; pero la curiosidad femenina venció este pensamiento.

Despidió al criado y á la doncella, colocó el cofrecillo sobre un mueble, desató la llave y abrió. Cuando levantó la tapa esperimentó una especie de vértigo. El misterioso cofrecillo encerraba un ramo de diamantes colocado sobre una almohadilla de seda azul. Un pequeño billete estaba colocado entre las chispeantes ramas del ramillete. Ella le cogió, abrióle con mano febril y leyó esta sencilla divisa: «¡Querer es poder!»

—¡Pues bien!—dijo arrugando el billete y tirándole al fondo del cofrecillo, —quiero saber quién es el príncipe de los cuentos de hadas ó el insolente millonario que me envia este ramillete. No dejaré ciertamente por embustera la di-

visa ¡quiero y puedo!—añadió con una sonrisa de triunfo leyendo en la cerradura del cofrecillo estas palabras: Jonathas tornero, estuchista Regent street, 117.

La Srta. Ellen volvió á tomar el billete, lo echo en un cajon de un pequeño mueble de ébano y llamó á su doncella, que se presentó en seguida.

—Vais á acompañarme, Jenny,—la dijo,—tomad al momento mi manto.

La Srta. Ellen echó un largo chal indio sobre su traje de mañana, dió la llave del cofrecillo á la doncella y ambas salieron á pie del palacio, dirigiéndose á pie hácia Regent Street, y entraron por fin en casa del tornero Jonatás.

Una linda jóven estaba sentada en el mostrador.

La señorita Ellen se dirigió á ella y la dijo:

—Señorita, ¿este cofrecillo ha salido de vuestros talleres?

—Sí, señora.

—¿A quien se lo habeis vendido?

La jóven abrió un registro y le ojeó.

—Este cofrecillo ha sido comprado por el joyero Nathaniel, que vive en el Strand,—contestó la jóven.

El nombre de Nathaniel hizo estremecerse á Ellen; pero ninguna relacion parecia existir aparte de la igualdad de nombres, entre el miserable que robaba con la ayuda de una garduña, y un joyero establecido en el barrio mas rico de Lóndres.

Así es que se repuso al momento, dió las gracias á la señorita del mostrador y salió seguida de su doncella.

Un jóven dependiente fué el que vino hácia las dos cuando entaron en la tienda del joyero.

—¿Sois el Sr. Nathaniel?—le preguntó Ellen.

—No,—contestó el dependiente,—pero si deseais hablarle á él...

—Así es.

—Le haré bajar.

El dependiente apretó un boton de cobre que correspondia á una campanilla. Casi enseguida, un hombre bien vestido se presentó.

Ellen sintió que sus rodillas flaqueaban. Habia reconocido al hombre de la garduña, á su padre.

Pero las mujeres son mil veces mas fuertes que los hombres en las situaciones críticas; ellas saben rechazar hasta lo mas profundo de su corazon las emociones mas violentas y conservar un rostro impasible.

La sonrisa no desapareció de los labios de Ellen.

—¿Qué voy á tener el honor de venderos, señora?—dijo aquel hombre.

—Nada,—contestó ella, haciendo una señal á Jenny que tenia el cofrecillo bajo su manto y le colocó sobre el mostrador.

Nathaniel se estremeció y miró ávidamente á la jóven. La belleza de Ellen era tal, que el joyero creia estar soñando.

—¡Cómo!—esclamó,—¿éres tú, Topsy? pero como eres mas hermosa que una reina te he tomado por una verdadera señora.

—Os equivocais, caballero,—dijo

Ellen con altanero tono, —yo no soy esa Topsy con quien gastais tal familiaridad.

—¡Insolente!—esclamó Jenny. Os atreveis á tutear á la sobrina del Sr. Roberto Walden?

—Por San Gills, puesto que es m hija,—respondió el joyero saliendo del mostrador.

—¡No os acerqueis!—dijo Ellen que se retiró con indignacion.

—Sí, sí,—repitió Nathaniel con vehemencia, —es mi hija... Roberto Walden, sí, ese es el nombre del caballero que me la cogió, ya hace quince años, en Calcuta.

La señorita Ellen se encogió de hombros.

—Este hombre acaba de volverse loco, —dijo volviéndose hácia el dependiente.

—Te digo que eres mi hija,—esclamó el joyero,—te lo digo y te lo probaré.

La señorita Ellen habia querido salir, pero Nataniel se habia colocado á

á entrada de su tienda, y gritaba tanto, que se habia formado un grupo delante de la puerta.

—Sí, si,—repetia, dirigiéndose á la multitud, siempre ávida de escándalo.

—¿Veis esta hermosa señora, esta lady? pues bien, ¡es mi hija, mi hija que me ha sido robada!

Jenny, que era una robusta irlandesa, valiente y resuelta, intentó defender á su ama y abriria paso por medio del gentío. Pero un hombre del pueblo la cogió de un brazo y la rechazó hácia la tienda.

—Dejad hablar á este hombre—dijo.

—Sí,—gritaron todos,—¡que se esplique, dejadle hablar!

—Puesto que es su hija,—dijo una innoble criatura que solo tenia de mujer el traje,—está en su derecho.

—¡Y lo probaré! ¡lo probaré!—gritaba Nathaniel

—¡A casa del sheriff.. ¡á casa del sheriff!—ahulló la turba.

Este último grito fué para la señorita Ellen el áncora de salvacion.

—No tengo inconveniente en ir á casa del sheriff,—dijo,—porque me será fácil probar que este hombre es un impostor

—¡Miéntes!—vociferó Nataniel.

—Me llamo Ellen,—contestó ella con tranquilidad perfecta,—soy sobrina del señor Roberto Walden y he nacido en Lóndres, en la parroquia de San Pablo.

La señorita Ellen se esplicaba con tal seguridad que engañó á la turba.

Las opiniones se dividieron pronto; unos se declararon partidarios de la señorita Ellen, otros apoyaron á Nathaniel.

La señorita Ellen, tranquila y sonriente descubrió entre el grupo un oficial de la marina real.

—Caballero, soy víctima de una abominable maquinacion ó de una equivocacion deplorable. ¿Quereis darme vuestro brazo y conducirme á casa del sheriff?

El oficial se inclinó y ofreció respetuosamente el brazo á la jóven inglesa.

—¡Sí, sí, vamos! Topsy, hermosa

mia,—esclamó Nathaniel con aire de triunfo.

Pero la señorita Ellen dió un paso hácia él, y le anonadó con una mirada.

—Mientras no hayais probado que soy vuestra hija,—le dijo,—os prohibo tutearme y darme otro nombre que el que llevo.

La turba lanzó un *hourrah* de aprobacion. La energía de la jóven la ganaba nuevos partidarios.

El sheriff tenia su oficina en el Strand, á muy poca distancia de la tienda del joyero.

La turba entró en pos de la señorita Ellen y Nathaniel; pero cesó de gritar y permaneció en silencio: tan propio es del pueblo inglés el respeto á la justicia.

El sheriff era un hombre flemático, muy inteligente y recto observador de la ley. Escuchó la declaracion de Nathaniel y las enérgicas negativas de la señorita Ellen. Dirigiéndose entonces al joyero, le dijo:

—¿Cómo pensais probar que la señorita

rita Ellen Walden se llama Topsy, y que es hija vuestra?

—Lo probaré.

—Lo espero por vos, —dijo el juez,— Porque ¿sabeis á lo que os exponeis?

Nathaniel se estremeció y sus miradas dejaron entrever una vaga inquietud.

—Si conseguis probar que la señorita Ellen es hija vuestra, y la justicia se halla suficientemente conocida, vuestra hija os será devuelta.

—¡Y despachará en mi mostrador!— esclamó el avaro Nathaniel.

La señorita Ellen se sonrió desdeñosamente.

—Pero,—añadió el sherifi,—si se demuestra lo contrario, si habeis insultado á una persona de la aristocracia inglesa, se os aplicará la ley en todo su rigor.

Sereis condenado á una multa de cien guineas y recibireis cincuenta latigazos de mano del verdugo en la plaza pública.

Un estremecimiento recorrió toda la multitud, y el sudor cubrió la frente de Nathaniel.

—¿Persistís en vuestra afirmacion?—preguntó el sheriff.

Nathaniel dudó un momento.

—Si ese hombre quiere retractarse, —dijo la señorita Ellen,—le perdonaré é inploraré para él la indulgencia de la justicia.

Pero estas palabras exasperaron á Nathaniel.

—¡Persisto! - esclamó.

—Entónces, probadlo,—dijo el sheriff.

—Señor Juez,—dijo entónces Nathaniel,—yo soy de orígen gitano. En nuestra tribu, todos tenemos una marca uniforme.

—¿Qué marca es esa?

—Un pequeño triangulo con el signo de la tribu, hecho con una sustancia que hace dicha señal indeleble. Mi hija, que es esta, mi hija Topsy, tiene en el brazo izquierdo, en el nacimiento del hombro, la señal que os he dicho.

Un sordo murmullo circuló entre los concurrentes. El juez miró á la señorita Ellen. La jóven permanecia impasible.

—Señor,—dijo ella,—si me prometeis que este hombre será castigado con todo el rigor de las leyes, consiento en olvidar mi pudor, el bien mas precioso de una persona de mi sexo, consiento, en fin, en levantar la manga de mi vestido y enseñar mi hombro.

—Os juro que se hará justicia,—dijo el sheriff.

Entónces vió la señorita Ellen una mujer del pueblo que estaba entre los circunstantes y que tenia un aire honrado, y la hizo señal de que se acercara.

—Venid á ayudarme,—la dijo.

La mujer se acercó apresuradamente. Ellen la dió su chal, del que hizo una especie de pantalla, y detrás de este abrigo improvisado, la jóven desgarró la parte superior de su vestido y mostró su brazo desnudo hasta el hombro.

El sheriff, Nathaniel y dos testigos se habian acercado.

Nathaniel sintió flaquear sus rodillas y pasar una nube de sangre por delante

de sus ojos; el brazo de Ellen era blanco como el alabastro y no tenia señal ni cicatriz ninguna.

—Este hombre es un malvado y un impostor,—dijo el sheriff subiendo de nuevo á su tribuna.

La turba lanzó un largo clamor.

Ellen, que se habia envuelto en su chal con la dignidad de una matrona romana, dijo al sheriff:

—¿Estais convencido, caballero?

—Completamente, señorita Ellen,—contestó el sheriff con las señales del mas profundo respeto.

Luego se dirigió á dos constables y les designó á Nathaniel.

—Arrestad á este hombre,—dijo,—y llevadle á Newgate.

La multitud aplaudió, gritando, «honra por la señorita Ellen.»

La jóven salió triunfante.

Pero al atravesar el umbral de la puerta del sheriff, vió mezclado entre la gente un hombre vestido con un chaqueton de marinero y el rostro enteramente cubierto por una espesa barba.

Ella miró á este hombre y le reconoció: era Juan de Francia.

—¡Ah!—dijo para sí,—todo lo comprendo ahora; esto es la revancha de mi latigazo.

Y pasó dirigiéndole una mirada de desafío.

## XVI.

La justicia inglesa, lenta á veces para asuntos de gran criminalidad, es una espeditiva cuando se trata de asuntos de simple policía. Ella lo fué en el proceso del joyero Nathaniel.

Roberto Walden habia temblado al saber el peligro corrido por su hija adoptiva; pero el prudente caballero habia tomado con tiempo sus precauciones, sustituyendo á la verdadera hija de su hermano, muerta cuando aun estaba con su nodriza en un pueblo de Escocia, por la señorita Ellen, que de este modo poseia una partida de nacimiento completamente en regla.

Un gitano condenado á la deporta-

cion, y que en su tribu habia ejercido el oficio de *marcador*, habia obtenido su perdon merced á la proteccion del Sr. Roberto Walden. En cambio de este perdon, habia hecho desaparecer, gracias al empleo de ciertas sustancias químicas, la marca fatal. Roberto. Walden comprendió que era preciso desembarazarse para siempre de Nathaniel. Presentó una queja, en calidad de miembro del parlamento, diciendo que la aristocracia entera se encontraba ultrajada en su persona.

Nathaniel fué condenado á sufrir cincuenta latigazos en Old Bayley, y delante de la cárcel de Newgate, donde tenian lugar las ejecuciones; la centencia debia ejecutarse á las veinticuatro horas.

La señorita Ellen no habia exagerado al decir á Juan de Francia: «tengo sangre gitana en las venas, y esta sangre es animosa cuando está agitada por el odio.» La señorita Ellen odiaba con toda la energía de su corazon á este hombre que se habia atrevido á decir que

era su padre, à este miserable que la habia maltratado en su infancia y que hacia que la mordiera su garduña.

La vengativa jóven salió temprano á caballo seguida de un criado, y llegó á Old-Bayley mucho antes de la hora señalada para la ejecucion.

El cadalso estaba levantado en medio de la plaza; pero como aun no eran mas que las nueve, y el suplicio debia tener lugar á la última campanada de las diez, el verdugo y sus ayudantes no habian parecido aun.

A la vista del horrible tablado la señorita Ellen palideció En este momento olvidó todas las torturas que el gitano la habia hecho sufrir en su niñez, y tambien el escándalo del Strand. El Sr. Roberto Walden que la habia prometido hacer perdonar al condenado no habia cumplido su promesa. La señorita Ellen habia querido asegurarse por sí misma de ello á fin de poder por sí misma pedir esta gracia al sheriff al tiempo que el condenado saliera de la prision.

La multitud que crecia à cada minuto llenaba la plaza y las calles vecinas.

Para calmar su febril impaciencia, la turba formaba círculo y se empujaba alrededor de dos juglares indios, un hombre y una mujer que bailaban al son de una flauta y un tamboril. La señorita Ellen se acercó tambien para distraer sus pensamientos de la terrible preocupacion que la dominaba. El juglar era viejo y andaba en lugar de bailar; pero la mujer, de una hermosura enérgica y salvaje, bailaba con una especie de frenesí, cantando palabras misteriosas en su idioma natal.

Esta estraña cancion y este frenético baile sedujeron á la señorita Ellen: por un momento olvidó la ejecucion que iba á verificarse y siguió ávidamente con la vista los desordenados movimientos de la bailarina. Esta, terminada su danza, se detuvo, y cayó al suelo sin fuerzas, sentándose en una postura oriental.

Entonces, mientras llovian pennis sobre el pequeño tapiz cuadrado que el juglar indio habia estendido en el suelo

y mientras la multitud se apartaba, la bayadera, con la vista fija y los lábios contraidos, empezó á hablar en mal inglés y como si estuviera bajo el imperio de un éstasis sobre natural.

—Yo soy, decia, Dai-Natha, la hija de los sacerdotes; Dai-Natha, la desdichada guardiana del tesoro del dios Sivah. Yo estaba condenada á vivir eternamente bajo la tierra para vigilar los tesoros del dios y alimentar el fuego sagrado. ¡Oh! ¡Los tesoros del dios Sivah! Montañas de oro, campos de esmeraldas y de rubíes, un mágico torrente de chispas, que brillaba en la oscuridad. Y yo guardaba todo esto, yo, viviendo solitaria y diciéndome: ¿no me será permitido jamás calentarme á los rayos del sol? ¿no podré amar nunca? Y cuando me lamentaba de esta suerte, un hombre de raza blanca osó penetrar hasta mí y me habló de amor.

—Dai-Natha,—dijo el anciano juglar poniéndola una mano sobre un hombro, —ten cuidado.

—Dejadla hablar,—dijo Ellen, que se habia inclinado sobre el cuello de su

caballo y escuchaba á la india con ávida curiosidad.

Dai-Natha continuó:

—Era hermoso y le amé: pero este hombre era un infame; no era mi amor lo que él queria, era el tesoro del dios Sivah.

Ellen alargó una guinea aljuglar haciéndole señas de que no interrumpiera á la bayadera.

—¿Y este hombre robó el tesoro del dios?—dijo á media voz inclinándose mas hácia la bayadera.

—Sí,—contestó esta.

—¿Cómo era aquel hombre?

—Entonces casi era un niño; pero han pasado ya diez y siete años.

—¡Ah!—dijo Ellen,—han pasado diez y siete años.

—Sus ojos brillaban como estrellas, sus lábios eran rojos, sus dientes blancos como perlas, sus cabellos mas negros que el ébano.

—¿Y le amábais?

—¡Oh! ¡ahora le ódio, le ódio!—murmuró la india cuyos ojos brillaron.

—Y si he atravesado los mares, si he dejado el pais del sol por la tierra de la sombra, es porque sabia que habia huido á Europa.

Pero la Europa es grande y ya hace diez años que busco inútilmente.

La señorita Ellen se sentia asaltada, hacía algunos momentos, de una estraña sospecha.

—¿Y si le encontrarais?—preguntó.

Por toda respuesta. la bayadera sacó de su cinturon un puñalito de hoja encorvada.

—Yo he hecho embeberse la punta de esta arma en el jugo del estrychnos; ¡su herida es mortal!...

—¿Dónde vivís en Lóndres?—preguntó Ellen al juglar.

—¿Por qué haceis esa pregunta?—dijo admirada la india.

—Porque se me figura que conozco á vuestro ladron.

—¡Ah!—esclamó la bayadera dando un salto y cogiéndose al arzon de la silla de la inglesa,—enséñamele, hija de Europa, enséñamele un minuto, un se-

gundo, y sea lo que quiera lo que me pidas, lo haré. Seré tu esclava y podrás castigarme, matarme despues como á un perro.

—¿Dónde vivis?—pregunto de nuevo la señorita Ellen.

—En el Wapping, calle del Banco del Rey, en la posada del Cuerno de Oro,—contestó el juglar.

—Bien está: nos volveremos á ver.

Y Ellen dió un paso para apartarse. Pero de pronto la bayadera lanzó un grito, se enderezó con los cabellos en desórden y los ojos ardientes, y cogiendo de un brazo á Ellen, dijo con voz entrecortada:

—¡Miradle, alli! ¡allí! aquel hombre que tiene su mirada de águila.

Y la designaba un hombre que atravesaba la multitud y se dirigia al cadalso.

Ellen siguió con la vista la direccion del dedo de la india y vió, en efecto, un hombre en trage de marinero, el mismo que habia visto tres dias antes á la puerta del Sheriff.

—¡El es!—esclamó.—No me habia, pues, engañado! Y acercándose al oido de la india, añadió.

—¡Es él! ¡es él mismo!

La bayadera lanzó un grito de rábia y quiso precipitarse hácia él, pero fué á chocar contra el gentío que la rechazó brutalmente.

—¡Dejadme pasar!—gritaba,—¡es el ladron del teroso!

Pero nadie hizo caso de ella y las filas de la multitud no se abrieron.

Todas las miradas estaban fijas en el cadalso, y el hombre designado por la bayadera, el hombre vestido de marinero, desapareció entre este oleage humano que oscilaba y dejaba oir sordos murmullos. De repente un hourrah inmenso resonó y la señorita Ellen que habia intentado seguir á la bayadera, se detuvo, y alzó la cabeza

El condenado acababa de aparecer en el patíbulo.

Iba desnudo hasta la cintura y el verdugo le ataba de piés y manos al poste.

Entonces la señoríta Ellen se olvidó de la bayadera, de Juan de Francia y quiso precipitarse para salvar á este desgraciado. Pero la turba lanzó un furioso clamor y rechazó al caballo á una callejuela próxima. La señorita Ellen no podia avanzar ni retroceder. Separada de su criado y dominando á la turba à causa de la altura de su caballo, se hallaba condenada á asistir al suplicio del gitano. Lanzó un grito de terror y se cubrió el rostro con las manos.

Nathaniel, el hombre de la garduña, el rico joyero del Strand, el hombre cuya tienda llena de objetos de oro y plata causaba la admiracion del pueblo de Lóndres hacia poco, Nathaniel se revolvia como un endemoniado en manos del verdugo y sus ayudantes, tratando de romper las cuerdas que le martirizaban las muñecas.

Por fin fué atado y precisado á permanecer inmóvil, los brazos sujetos alrededor del poste y el verdugo comenzó su oficio.

Al primer latigazo, Nathaniel gimió,

al segundo lanzó un aullido, al tercero hizo tal esfuerzo que conmovió el poste. Al décimo golpe, empezó á correr su sangre.

Nathaniel ahullaba como una bestia feroz y cada uno de sus gritos penetraba hasta el corazon de Ellen como una hoja ardiente. Dios habia permitido, sin duda, que se acordara para su castigo, de que aquel hombre á quien se castigaba injustamente era su padre.

Al vigésimo golpe, dejó de gritar y se contentó con gemir. A los treinta, se desmayó y dejó caer la cabeza sobre el hombro. El sheriff que asistia á la ejecucion mandó suspenderla.

Hubo un movimiento de vaiven entre la multitud y Ellen, loca, llena de terror, pudo abandonar su sitio y se lanzó en direccion del Támesis.

Se hizo aspirar vinagre al paciente, se le frotaron las sienes y volvió en sí.

—¡Vamos! pobre hombre,—le dijo el verdugo,—un poco de paciencia, pronto acabamos.

Y levantó de nuevo su látigo y volvió

á empezar. Nathaniel se puso á ahullar de nuevo y se desmayó otra vez; pero como solo le faltaban diez latigazos, el juez hizo señal de continuar.

Al último golpe, Nathaniel recobró el sentido. Y en tanto que se le desataba, ébrio de dolor y de rabia, chorreando sangre, enseñaba los puños al gentio, como si este hubiera sido quien le habia condenado. La multitud le contestó con gritos de burla.

Nathaniel no era para ella un pobre diablo, un hombre del pueblo, era un rico comerciante, un hombre que manejaba oro y diamantes, el pueblo no estaba por él.

El habia ahullado durante los latigazos; pero cuando vió que le desataban, que se le traia su camisa y que el sheriff le decia:

—No habeis sido condenado á la prision; así pues, podeis volver á vuestra casa.

Entonces Nathaniel se sintió asaltado de un loco terror.

Creyó que el pueblo le iba á ahogar

ó á apedrearle. Y se asió al poste, arrodillándose y gritando con las manos juntas:

—¡Volvedme á la cárcel!

El populacho se puso á gritarle con mayor fuerza. El sheriff dijo á Nathaniel:

—¡No puede ser, marchaos!

Nathaniel estaba completamente ensangrentado: le habian puesto su camisa, y su camisa estaba encarnada.

—¡A fé mia!—dijo el verdugo,—si no se quiere ir, que se quede.

Y bajó del cadalso seguido de sus ayudantes.

Nathaniel seguia asido al poste.

—¡Vamos! ¡miserable! ¡vamos calumniador de mujeres!—gritaba el pueblo, —vuelve á tu tienda, donde tan caro vendes el oro.

Y la muchedumbre que no estaba ya contenida por los soldados, se empujaba al rededor del patíbulo.

Ya muchos hombres del pueblo subian los escalones para cojer al joyero y arrojárselo á esta jauria humana,

cuando se oyó resonar una voz de estentor que gritaba:

—¡Fuera! ¡fuera!

Y en seguida se vió á dos hombres aparecer sobre el cadalso. Al ver á estos hombres, Nathaniel lanzó un grito de alegria.

Uno de ellos era una especie de coloso, un gigante de cabellos crespos y cenicientos, cobrizo como un mulato y vigoroso como un Hércules.

El otro era un hombre jóven y bello, cuyos ojos ardientes parecian desafiar á la multitud. Era Juan de Francia, que llevaba en la mano un hacha de marina. Pero la india ya no estaba allí.

—¡Apartad!—gritó Sanson, que desde lo alto del cadalso saltó en medio del pueblo.

Y el pueblo se apartó, atemorizado por Juan de Francia, que volteaba su arma sobre su cabeza.

Un carruaje esperaba á poca distancia. Sanson arrojó en él al paciente.

Juan de Francia se sentó á su lado,

y el gigante saltó al pescante y lanzó los caballos al galope.

—No te desconsueles,—dijo Juan de Francia á Nathaniel,—¡te vengaré!.

## XVII.

En el Wapping, donde se hallaba la taberna de la Justicia, es á donde hemos visto venir al hombre enmascarado á buscar al armero, primo del picador Wills.

Tambien era en una callejuela de este barrio donde estaba situada la posada del Cuerno de Oro, donde habitaba la bayadera Dai-Natha.

El Cuerno de Oro era una infecta madriguera que servia de guarida á la hez de la poblacion de Lóndres. Allí habia marineros desertores, condenados fugados de la prision, y ladrones que huian de Botany-Bay. Allí era donde todos los irlandeses que viven de los despojos arrojados por el rio, los cazadores de alcantarillas y las golondrinas del Támesis, venian á gastar los

pocos penny que habian ganado durante el dia.

El juglar y su compañera ocupaban un cuarto en el piso tercero.

Al lado de esta estraña familia habitaban dos marineros portugueses que habian navegado mucho por los mares del Sur de América y por el golfo de Méjico.

Espulsados de todos los buques en que se habian enganchado, estos dos hombres que parecian hermanos, vivian hacia un año en Lóndres con el producto de su oficio de intérpretes. Acompañaban á los monumentos públicos á los estranjeros que no sabian mas que español ó portugués, y algunas veces los empleaban algunos comerciantes que tenian asuntos con los capitanes mercantes de la Habana ó de Santiago de Cuba.

Cuando estas dos profesiones no les proporcionaban trabajo, José y Nuño que estos eran sus nombres, robaban el bolsillo á los transeuntes, de noche y en barrios lejanos, ó saqueaban las casas de campo que no estaban habitadas.

La noche del dia en que Nathaniel habia sufrido la pena del látigo, un jóven grumete entró con paso firme en el Wapping y tomó por la calle del Banco del rey, sin la menor vacilacion.

Podria tener quince años; tenia cabellos negros muy largos, un ancho chaqueton de lana oscura, un pantalon de lienzo y en la cabeza un gorro azul cuya punta caia al lado izquierdo de la cabeza, su bronceado rostro parecia atestiguar que acababa de navegar bajo el ecuador.

Fumaba gravemente y andaba con las manos metidas en los bolsillos. Sin embargo, hácia el medio de la calle, acortó el paso; habia escuchado el sonido de una voz que no le era del todo desconocida.

Dos hombres iban delante de él, hablando con animacion; uno de ellos decia:

—No entiendo absolutamente nada de lo que me decís.

El otro, aquel cuya voz habia chocado al jóven grumete, contestó:

—Me habeis robado el dinero, ¡pardiéz! la espada era de buen temple.

—¡Lléveme el diablo!—esclamó el primero,—si la hoja que he vendido no debia romperse como si fuera de vidrio.

—Vais á convenceros de lo contrario: la traigo debajo de la capa

—¡Pues bien! dádmela y apuesto á que solo azotando el aire con esta hoja, la rompo en tres pedazos.

—Aquí está, probad.

El armero, primo de Wilis, pues era él, tomó la espada, la sacó de la vainay la hizo oscilar en todos sentidos.

—No deja de ser estraño,—dijo,—no se rompe.

El armero intentó una nueva prueba; se volvió y tiró una estocada contra una puerta. La espada se dobló, pero no se rompió tampoco.

—¡Por san Dustan!—esclamó,—ó aquí hay brujería, ó no es esta la espada que yo he vendido.

El grumete no perdia una palabra de la conversacion de los dos jóvenes.

—Sin embargo, ¿no sois vos el que habeis vendido la espada?

—Sí, pero esta no es, no puede ser mi hoja.

Los dos se encontraban entónces enfrente de la Taberna de la justicia.

—Entremos ahí,—dijo,—veremos mas claro.

El enmascarado volvió á colocar la espada bajo su capa y entro en la taberna. El grumete entró detrás de ellos, pero ni el enmascarado ni el armero pararon la atencion en ello.

Estaban paroliando en este momento un proceso célebre, y los parroquianos, todos ellos sumamente ocupados de él, reian á carcajadas de los ademanes del attorney general, y no se dignaron mirar siquiera á los recien llegados.

El enmascarado y el armero se sentaron á una mesa y pidieron wiskey. El grumente se hizo servir en una mesa proxima un jarro de cerveza, que apenas tocó con sus labios. El enmascarado le volvia la espalda. El armero tomó entónces la espada, la examinó un momento y esclamó:

¡Esta no es la que yo he vendido!

—¡Cómo!—dijo el enmascarado,—¿estais cierto de lo que decis?

El armero desenvainó á medias la espada y mostró una cifra microscópica grabada en lo mas grueso de la hoja, junto á la empuñadura.

—Esta espada,—dijo,—es absolutamente igual á la que yo he vendido, pero no ha salido de los talleres del Dragon de oro.

—¿De dónde sale, pues?

—De casa de Seamps, el armero de Piccadilly; mirad su cifra.

El desconocido se mordió los lábios bajo su careta.

—¡Mirad!—dijo el armero,—puesto que el golpe ha sido dado en vago y que nada tenemos que temer, voy á saber á quien se la han vendido.

—¿Y cómo?—preguntó el enmascarado.

—Está aquí; mirad, allá abajo cerca de la ventana, uno de los oficiales de Scamps.

El primo de Wills se levantó, y el

grumete que escuchaba atentamente sin tocar á su jarro de cerveza le vió tocar en el hombro á un jorobadillo de crespada cabellera, á quien dijo dos palabras al oido y trajo á la mesa del enmascarado.

—¿Conoceis esta espada?—preguntó al jorobado este último.

Hace cinco dias que la he vendido.

—¿A quién?

—A un hombre de rostro sumamente moreno, vestido de marinero.

—¿Son esas las únicas señas que me podeis dar?

—No: la he llevado yo mismo á su casa.

—¿Dónde vive?

—En Wite-Chapel, Love-Lane; yo le he acompañado; habitaba en un miserable cuarto amueblado, yo no entré; el llamó desde la puerta à un hombre tan alto y tan grueso como un elefante, y le dijo; dame una guinea, pues la espada costaba tres y el no llevaba mas que dos.

El enmascarado escuchaba con atencion y decia para si:

—Vamos, no hay duda... el hombre alto y gordo como un elefante, no puede ser otro que el primer domador del oso; en cuanto al otro, pronto sabré quien es. Decididamente, el marqués tiene protectores.

Por su parte el grumete se decia:

—En Wite-Chapel, Love-Lane, un cuarto amueblado; hé aquí unas señas preciosas; he hecho bien al entrar aquí. El hombre de que hablan no puede ser otro que el que ha llevado á Nathaniel sobre sus hombros.

El grumete pagó lo que habia tomado y salió; cuando se halló en la calle prosiguió su monólogo:

—Se aprenden muchas cosas en el Wapping; y ahora estoy convencido del cariño que profesa el Sr. James Asburton á su primo; veremos si se puede sacar partido de él. Vamos, no hay ninguna duda, Juan de Francia proteje al marqués. ¿Por qué...? ¡Bah, querer es poder! ¡Yo lo sabré! Dió todavía algunos pasos por la calle buscando con la vista la muestra del Cuerno de Oro.

Un hombre, verdadero tipo del tabernero inglés, barrigudo, granujiento, rojo como una ardilla, estaba en pié á la puerta.

—¿Buscas un albergue, querido?—dijo con tono melífluo al grumete.

—Sí y no,—contestó este.

—Eso no es una respuesta, hijo mio.

—¿No viven en vuestra casa unos juglares indios, un hombre y una mujer?

—Sí, querido mio,

—¿Han vuelto?

—No,—dijo el tabernero,—pero si quieres esperarles te serviré un jarro de cerveza y un pedazo de roastbecf.

—De buena gana,—dijo el grumete.

—Y entró en la sala ahumada de la taberna, que estaba entonces desierta. Despues ect ó una corona sobre la mesa.

—He cobrado hoy mi paga,—dijo,—Tomad por el gasto que haga. Nadie me da de comer de balde.

El tabernero saludó con el respeto que merece un marinero que ha cobrado su paga. Luego se acercó á él y le dijo al oido;

—Mira, hijo mio, en nuestro oficio no se puede ser muy escrupuloso. Alojamos á quien nos paga, y si el dinero huele mal se lava. Lo cual no impide que yo sea un hombre honrado capaz de dar un buen consejo á un guapo mozo como tú.

—Dámele,—dijo el grumete.—Un buen consejo nunca está demás.

—Eso es hablar razonalmente, hijo mio. ¡Pues bien! ¡Si has cobrado tu paga tanto mejor! pero no lo digas aquí, y sobre todo no enseñes tu dinero.

Hé aquí,—dijo,—unos buenos perros de presa, pero es igual: no eches en olvido mi consejo.

El grumete contestó por una señal de cabeza y trató de morder el roastbeef que le habian traido.

Casi en el mismo instante entraron dos hombres y se fueron á sentar al otro estremo de la sala.

Eran los dos portugueses que vivian en lo alto de la casa en una pieza contigua á la ocupada por los juglares indios.

Venian hablando en portugués.

Sin duda el grumete comprendia este idioma, puesto que se volvió á medias con objeto de escuchar su conversacion.

Pero los recien llegados desconfiaron. Uno de ellos dirigió la palabra en español al grumete.

—¿Hablais español?—le preguntó.

El grumente no se movió.

—Ganas me dan de arrojar á este bribonzuelo por la ventana,—añadó el otro en portugués.

El grumete siguió mordiendo su roastbeef con famoso apetito.

—¡Vamos!—añadió el primero,—no sabe el español ni el portugués.—Podemos hablar.

Y apoyaron los codos sobre la mesa. El grumete pensaba:

—Cuando se tiene la audacia de venir al Vapping es preciso escuchar cuanto se dice.

—Me han propuesto dar un buen golpe hace poco,—repuso á media voz uno de los portugueses.

—¿De qué se trata?

—De enviar al otro mundo á un miembro del Parlamento de una puñalada. 40

—¿Cuánto dan?

—Quinientas libras.

—Y bien, ¿has aceptado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque espero que el parroquiano añadirá algo á esta cantidad.

—Bien está. ¿Pero sabes dónde encontrarás á tu parroquiano?

—Entonces has cometido una torpeza, porque encontrará otro que se encargará del asunto.

—Quizás tengas razon, Nuño.

—Yo tengo algo mejor que eso,—dijo José.

—Veamos.

—Me proponen embarcarme en un buque que lleva tropas á América.

—¡Bah!—dijo Nuño.—¿Y despues?

—Me harán entrar al servicio de un coronel. Es muy jóven á lo que parece; seré principalmente su criado y además su intérprete.

—Sigue.

—Trataré de obtener su confianza, y tendré al corriente de todos sus hechos y gestos á la persona que me alista.

—¿Pagan bien?

—Aguarda un poco. Solo con una condicion se cerrará el trato.

—¿Cuál?

—La de que tú vendrás tambien y te pasarás á los insurrectos americanos.

—Veamos,—dijo Nuño,—yo no entiendo bien. Esplícate claramente.

—¡Eh! !qué diablo! Es que yo tampoco lo entiendo del todo. Estas son cosas del que nos paga.

—Pues bien,—dijo Nuño,—¡acepto! Ya lo comprenderemos si es posible. Ya hace mucho tiempo que no tomamos el aire del mar; navegaremos un poco.

—Con tanta mas razon,—añadió José, que empieza á nublarse para nosotros en Lóndres, y que tal vez hiciéramos cualquier dia de estos conocimiento con la horca de Tyburn.

—¡Pues bien! -dijo Nuño,— ¿en dónde has encontrado tú ese parroquiano?

—Hace una hora en el Wapping. Estaba enmascarado. Hemos quedado citados para mañana.

—¡Muy bien!—pensaba el grumete que se entretenia en arañar la mesa con su cuchillo.—Ya conozco á este enmascarado, y tambien creo saber quién es el coronel de quien se trata. Decididamente el Sr. James es un gran político y un bribon sumamente diestro. El Sr. Roger no es el verdadero heredero, como parece que se debe pensar segun la conversacion de mi muy honorable tio adoptivo: el Sr. James me será muy útil y conducirá maravillosamente á buen término los asuntos de su otro primo Lionel cuya existencia ignora.

Los dos portugueses apuraron dos jarros de cerveza, despues se levantaron y José dijo á Nuño:

—Vamos á ver á los jueces.

Lo que quería decir sencillamente, «Vamos á la taberna de la Justicia.»

Pero el grumete no estuvo mucho tiempo solo. El juglar y la bayadera llegaron.

El primero estaba embriago; ni siquiera vió al grumete y se fué á sentar á un rincon con la cabeza apoyada en sus manos.

La bayadera miró al grumete con indiferencia. Este la hizo seña de que viniera á sentarse á su mesa.

La india dejó en el suelo la flauta y el tambor, y se acercó.

—¿No me reconoces?—dijo el grumete.

Ella le miró, se estremeció y lanzó una esclamacion de sorpresa. Pero el grumete se llevó un dedo á los lábios.

—¡Silencio! dijo, yo sé donde está el ladron del tesoro del dios Sivah. ¡Ven!

El juglar se habia dormido, con la cabeza sobre la mesa, oprimido por la horrible embriaguez del gin.

El grumete cogió de la mano á la bayadera y la sacó fuera de la saberna.

Cuando estuvieron en la calle, añadió:

—Yo sé donde vive tu enemigo. Te enseñaré su puerta. Tú le esperarás.

La distancia desde el Wapping á Wite-Chapel es larga.

Al final de la calle, el grumete vió pasar un carruaje de alquiler. Llamó al cochero, que se detuvo.

Cuando se encontraron sentados en el carruaje, el grumete dijo á la bayadera:

—¿Estás bien segura de que el hombre que has visto esta mañana es el que ha robado el tesoro?

—Lo juraria sobre el grande ídolo de Vichnou,—contestó ella.—No hay dos hombres en el mundo que tengan aquella mirada.

—¡Bien está!—dijo el grumete.—Si tu brazo no tiembla, quedarás vengada.

El carruage marchaba á buen paso y se detuvo, segun las señas dadas por el grumete, en la calle de San Jorge, la mas ancha y la mas frecuentada de Wite-Chapel.

Allí, el grumete hizo bajar á la bayadera, pagó al cochero y le despidió. Despues se metió con su estraña compañera en un laberinto de oscuras callejuelas.

Love Lanera era una horrible ladronera en medio de la cual había una guarida casi igual á aquella de donde salian. Un súcio farol colocado encima

de la puerta permitia leer estas palabras: «John Bird, Tavern.»

— Aquí es,—dijo el grumete.

La bayadera fué á ocultarse junto á la puerta en el rincon mas oscuro.

— Esperaré que entre ó salga,—dijo.

El grumete se apoyó contra la pared á algunos pasos de allí. En este momento entraban dos hombres en Love-Lane por la estremidad opuesta.

## XVIII.

Aquel á quien la india esperaba estaba ya en la casa, ó mejor dicho en la cueva de la casa.

La taberna de John Bird contenia pocos bebedores esta noche.

De cuando en cuando, el tabernero salia á la puerta y decia á los que llegaban:

—La policia ha hecho una visita hoy en mi casa. Id á otra parte.

La verdad de todo esto era que el jefe de los gitanos, el segundo de la reina Cynthia, habia alquilado toda la

casa aquella noche y que habia convenido con John Bird en que se cerraria la puerta á las diez y solo se abriria á los que pronunciaran una contraseña.

La contraseña dada por Juan de Francia consistia en la palabra «coronel».

La cueva de John Bird era espaciosa.

Se habian dispuesto bancos al rededor. En medio habia un asiento mas elevado; en él se sentó Juan de Francia.

La reunion se componia de mas de cien personas, apesar de que no estaba presente toda la tribu. Juan de Francia llevaba su trage de marinero.

Al dar las diez, tocó una campanilla colocada delante de él, y los confusos murmullos que reinaban en la asamblea se apagaron, reinó el mas profundo silencio, y hombres y mujeres se dispusieron á escuchar ávidamente á su jefe, que los habia reunido con un objeto desconocido para ellos. Juan se levantó y descubriendo su rostro hermoso varonil.

—Hermanos,—dijo,—¿os acordais de que hace diez y siete años viviamos miserablemente, errantes y proscritos en los desiertos de la India?

—Sí, sí,—gritó la asamblea—¡y tú nos has enriquecido, Juan de Francia!

—¡Viva Juan de Francia!

—¡Viva nuestro amo!

El presidente de esta estraña asamblea hizo de nuevo sonar la campanilla para restablecer el silencio y continuó:

—De miserable y vagamunda que era, he convertido á nuestra tribu en fuerte y poderosa. Todos vosotros sois hoy ricos. Yo os he colocado uno por uno en todas las clases de la sociedad y he gastado muchos millones para conseguirlo. ¿Creeis que fuera sin objeto?

—No, ciertamente,—gritaron los gitanos en coro.—Dispon de nosotros como un amo: te pertenecemos en cuerpo y alma.

—Ya lo he hecho,—contestó Juan de ancia.—Hemos creciado, pero mi de- era el llegar todavia mas arriba.

He querido que uno de nosotros, un hijo de la tribu pueda algun dia tomar asiento entre los mas grandes señores de los tres reinos, en el parlamento.

Un murmullo de admiracion recorrió la asamblea.

—Entónces he dispuesto de vosotros. Necesitaba cuarenta personas de la tribu que emprendieran conmigo un largo viaje.

Los gitanos entusiasmados esclamaron á un tiempo:

—¡Llévame á mí! ¡llévame á mí!

—Juan de Francia se sonrió con aire de triunfo.

—Vamos,—dijo,—ya lo veo, sois verdaderos gitanos, y la sangre de nuestra raza no ha degenerado. Yo esperaba veros á todos ofreceršе, y sabia que únicamente me veria embarazado para elegir. Así es que os he sorteado y he tomado los cuarenta primeros nombres.

—¿Cuándo partimos?

—Dentro de dos horas,—contestó Juan de Francia.

—Os dirigireis á bordo del *Canadá*,

que está anclado delante de las presas de Sainte-Katerine; uno de vosotros, Samuel Hermains, es el capitan del buque.

—Présente,—dijo una voz.

—El *Canadá* leva el ancla mañana al amanecer.

—¿Y á dónde vamos?—preguntó una fresca y senrosada jóven, cuyos lábios entreabiertos dejaban ver unos dientes mas blancos que el marfil.

—Destino secreto,—contestó Juan de Francia.

La jóven, que se llamaba Elipy, lanzó una mirada llena de amor al bello jefe de los gitanos.

—¿Y el amo hará tambien este viaje? —preguntó.

—Si.

Entónces,—añadió ella sonriendo,—vamos hasta el fin del mundo, que siempre estará demasiado cerca.

—Tienes razon en hablar de ese modo,—dijo Juan de Francia,—pues tu nombre ha sido el primero que ha salido de la urna.

Entonces sacó del bolsillo una lista y leyó uno á uno los nombres de los que la suerte habia designado. Al llegar al último, que era el de Nathaniel, le dijo:

—La suerte es inteligente, porque despues de tu desgracia no hubieras podido quedarte en Lóndres. El pueblo ha hecho hoy pedazos la portada de tu tienda á pedradas; mañana te hubiera dado de cuchilladas.

Nathaniel contestó con un gemido. Su cuerpo entero era una llaga.

—Te se curará á bordo del *Canadá*, —dijo Juan de Francia.

Luego añadió:

—Ahora, que los que no parten se vuelvan tranquilamente á su casa. Cerca ó lejos, Juan de Francia velará siempre por ellos. Que los que deben partir estén á bordo antes de amanecer; felicidad y larga vida á los que se quedan!

Como se puede ver, Juan de Francia no abusaba del régimen parlamentario.

Los gitanos salieron con el mayor órden, y media hora despues, solo quedaban en la cueva Juan de Francia y Sanson.

—Ahora,—dijo Juan de Francia,—no tenemos un minuto que perder. Mañana es cuando se embarcan los dragones del rey y es preciso que vayamos delante de ellos.

Se echó sobre los hombros un capote impermeable y dijo riendo:

—Hé aquí un trage bajo el cual no se reconocerá por cierto al hermoso Osmany, el mas rico nabab de la India.

Ambos salieron de la cueva. Al acabar de subir la escalera encontraron á John Bird esperando. Juan de Francia le puso en la mano dos guineas y salió á la calle. Pero en este momento se agitó un objeto en la sombra, y una forma humana se levantó, brincó hasta él y Osmany sintió el frio mortal de una hoja de acero que helaba la sangre en sus venas.

—¡De parte del dios Sevah!—le dijo una voz.

Juan de Francia cayó en los brazos de Sanson, diciéndole:

—Creo que estoy herido de muerte... Llévame pronto á bordo del *Canadá*,

Es necesario que tenga tiempo de dar mis órdenes.

La india Dai-Natha y el grumete habian huido. Pero Sanson no pensó en perseguirlos. Cargó sobre sus hombros á Juan de Francia y echó á correr como un loco en direccion del Támesis.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# SEGUNDA PARTE.

## EL FUERTE SAINT-GEORJE.

### I.

El ruido lejano del cañon y de la fusilería habian acabado por apagarse. El silencio de la noche reinaba en los grandes bosques que rodean al Este el lago Erié, en las inmediaciones de Búffalo, y detrás de los cuales se habian batido encarnizadamente todo el dia.

Los oficiales ingleses de la guarnicion del fuerte Saint-George, reunidos en el cuarto de ellos, hablaban de los

graves sucesos de aquel dia. Las olas del lago venian á chocar contra las murallas del fuerte, situado á cuatro leguas de Erié; la conversacion de los oficiales del rey nos hará conocer su importancia estratégica.

—Señores,—decia el teniente Tobby, —no os ocultaré la verdad por mas tiempo. Desde que está empeñada la lucha entre el hermano Jonathás y John Bull, hemos sido constantemente, si no batidos, por lo menos rechazados.

Un capitan viejo se encogió de hombros.

—La victoria no abandona nunca,— dijo el capitan,—á las armas de la leal Inglaterra.

—Yo no sé lo que hace la victoria, —contestó el teniente Tobby,—pero lo que sé es, que hemos perdido treinta leguas cuadradas de pais, desde hace seis meses, y que nos encontramos aquí en número de trescientos hombres, encerrados en un fuerte que exige una guarnicion doble, y sobre todo un comandante que supiera su boligacion...

El teniente Tobby fué interrumpido por enérgicas protestas.

—El coronel Asburthon es uno de los mas valientes oficiales del ejército: —Y contestaron.

—¡Se ha batido como un leon hace ocho dias! —esclamó un jóven abanderado completamente adicto á su jefe.

—¡Sea! —dijo el teniente.—Os concedo todo eso. Cuando uno se llama el coronel Asburthon y es hijo del gobernador de la India, tiene que ser valiente. Pero el valor no va siempre acompañado de la ciencia militar, y habrá oficiales que se batan arrojadamente en un campo de batalla y no están en estado de sostener un sitio.

Y como todavía habia quien protestaba, el teniente, oficial de fortuna, envidioso y descontento; el teniente, que habia envejecido en la profesion de las armas sin poder llegar nunca á los grados superiores, prosiguió con animacion:

—Juzguemos friamente la situacion. Hace tres meses, la defensa del fuerte

Saint George era puramente una niñería. Toda la orilla este desde Cleveland á Erié era nuestra. Teniamos el cuerpo de ejército del general Douglas á seis millas de aquí; y el primer cañonazo que se hubiera disparado sobre nuestras fortificaciones le hubiera hecho venir enseguida. Ahora las dos orillas de Black River y toda la parte sud del lago estan en poder del enemigo. La leal Inglaterra, como deciais, no tiene en el lago Erié mas que el fuerte Saint-George; el cual estará bloqueado antes de ocho dias sino se viene en su socorro.

—Pues bien,—dijo un oficial,—tenemos víveres y municiones para dos meses.

—Pero si somos sitiados, ¿podremos sostenernos dos meses?

—Teniente Tobby,—dijo el viejo capitan Robbe, el que antes habia pronunciado la palabra victoria,—sois demasiado pesimista. Todo le veis negro.

—Nada de eso, yo juzgo sin entusiasmo la situacion. Esto es todo.

—Y quizás tambien,— murmuró el abanderado,—con la parcialidad de un desc ntento.

El teniente no oyó, ó fingió que no le oia, pero añadió:

—En primer lugar no corresponde á un regimiento de dragones, guarnecer un fuerte; la caballeria se bate en campo raso y no detrás de las trincheras. Esto es bueno para la artilleria.

—Sin embargo, bien sabeis, teniente Tobby,—dijo el capitan,—que hemos tenido que tomar posesion del fuerte, obligados por los azares de la guerra. Habiamos sufrido una carga de toda la caballeria enemiga; obligados á replegarnos hemos llegado hasta aquí. El fuerte Saint-George tenia una guarnicion de treinta hombres y sus comunicaciones con el grueso del ejército inglés se hallaban interceptadas. Una parte de nuestros hombres estaban desmontados. Hemos entrado apresuradamente en el fuerte, que no podemos abandonar, porque si el enemigo se apodera de él, le proporcionaria una posicion temible.

Bien está, todo eso es inmejorable, —murmuró el teniente con mal humor; —pero entretanto, dadme noticias de la batalla que se ha dado cerca de Búffalo. Apostaria á que hemos sido batidos una vez mas.

Esta conversacion tenia lugar en la habitacion del capitan Rabbe, en la cual se habian reunido los oficiales, en número de siete, para tomar el té.

Al hacer el descontento la última pregunta, llamaron ligeramente á la puerta.

—¡Adelante!—gritó él capitan.

La puerta se abrió, y los oficiales sorprendidos y confusos se levantaron apresuradamente.

El recien llegado era el coronel Asburthon. No era ya aquel jóven blanco y sonrosado, de sonrisa de niño, de gracia infantil que vimos en el castillo de la torre del Rey, y en el cercado de Saint-George, donde tan habilmente mató al capitan Maxwel. Seis meses de guerra, seis meses de peligros y de privaciones, de encarnizados combates y

de marchas nocturnas, habian hecho de él un apuesto y bravo soldado, de tez bronceada, de figura marcial y cuya voz segura y varonil habia adquirido la autoridad del mando.

Se quitó cortesmente su sombrero y devolvió á sus subalternos el respetuoso saludo que estos le dirigian.

—Señores,—les dijo,—olvidais algun tanto la hora que es y las ordenanzas militares: mi órden del dia de esta mañana dispone que los fuegos y las luces se apagaran á las nueve.

Los oficiales se inclinaron un poco confusos. Roger continuó:

—No corresponde á los soldados hablar de política; y yo creo, señores, que todos debemos estar llenos de confianza en la causa que servimos. Si hay descontentos, pueden romper su espada; tengo, como jefe de cuerpo, el poder de admitir, aun en tiempo de guerra, las dimisiones que se me dirijan.

Y hablando así, Roger fijó en el teniente Tobby una severa mirada: el teniente se mordió sus bigotes grises y guardó silencio.

—Debemos contar con ser atacados, si no esta noche, lo mas tarde mañana á la noche,—siguió Roger;—el ejército americano está acampado en la punta de Western, y tiene embarcaciones á su disposicion. Asi que,—acabó con firmeza,—hoy mas que nunca debo velar por el mantenimiento de la disciplina. ¡Vamo, señores, á vuestros puestos!

—¡Por vida de!....—murmuró el teniente,—¡pronto nos va á tratar como negros!

El teniente no dijo esto bastante bajo porque Roger le oyó.

—¡Teniente Tobby!—dijo Roger.

El teniente, que ya salia por la puerta, volvió á entrar.

—Vais á retiraros á vuestro alojamiento,—le dijo Roger,—y permanecereis en él arrestado hasta nueva órden.

El teniente palideció de cólera; pero no dijo una palabra: salió con la rábia en el corazon, y jurando vengarse mas tarde.

Cuando Roger quedó solo con el capitan, le dijo:

—Hacedme el favor, caballero, de tomar vuestra espada y vuestra capa, y acompañadme; vamos á hacer una ronda de noche.

El capitan obedeció. El fuerte era grande, sólidamente construido y defendido por obras de tierra á prueba de bala de cañon.

El coronel Roger habia dejado á la puerta un soldado que llevaba un farol, y otros dos dragones que acostumbraban á acompañarle por la noche. Hizo seña al primero de que fuera delante y á los otros de que quedaran á veinte pasos detrás y tomó familiarmente el brazo del capitan, diciéndole:

—Subamos á las trincheras.

El capitan Rabbe era un antiguo soldado de mucho valor, de una fidelidad á toda prueba y con el cual sabia Roger que podia contar. Ademas de sus ordinarias funciones, el capitan habia sido encargado de la administracion interior, es decir, de distribuir las raciones y de almacenar las municiones.

Roger hizo sentarse al capitan sobre

la cureña de un cañon, á treinta pasos de un centinela, y le dijo:

—Hablemos sériamente. Nuestra situacion es mala; tenemos cortadas las comunicaciones con el general Douglas al Oeste, con el general Firth al Este, tenemos una guarnicion de trescientos hombres...

—Detrás de las fortificaciones, trescientos hombres equivalen á dos mil.

—¿Creeis al fuerte inespugnable por la parte de tierra?

—Sí, porque la trinchera es impracticable por estar el suelo cubierto de rocas,

—¿Y por la parte del lago?

El capitan bajó la voz.

—Un brick que nos atacara vigorosamente nos podria hacer brechas considerables.

—Entonces es prociso subir en este lado cuatro piezas mas para poder batir el lago á larga distancia.

—Esa es mi opinion.

—¿Estais seguro de la guarnicion?—añadió en voz mas baja Roger.

El capitan movió la cabeza.

—Sí... y no,—dijo.

¿Cómo?

—La mayor parte de los oficiales permanecerán fieles, los soldados tambien, pero hay descontentos.

—¿El teniente Tobby, por ejemplo?

El capitan guardó silencio.

—Acabo de arrestarle.

—Sí, pero cuando le sea levantado el arresto continuará su propaganda de desaliento.

—¡Pues bien, no se lo levantaré!

—Y vuestro honor,—dijo el capitan, —hará bien en poner un centinela á su puerta.

Roger hizo una señal de aprobacion; despues, bajando todavía mas la voz:

—Habia esperado que el cuerpo del ejército, rebelde, que estaba esta mañana acampado en la otra orilla del lago, seria batido por lord Hamilton, que manda las tropas reales; pero mucho me temo que debe haber sido este último rechazado.

—¿Cómo podriamos tener noticias suyas?

—Ya sabeis que mi primo, James de Asburthon, que ha vuelto al servicio, es ayudante del general.

—Sí, mi coronel.

Yo le envié ayer uno de mis oficiales, el teniente Lionel. Lionel ha partido en una piragua con tres hombres; tenia órden de asistir á la batalla y volver en seguida si la victoria se inclinaba á nuestro lado: Lionel no ha vuelto. Habia convenido con mi primo en que si las tropas reales continuaban dueñas de la orilla norte del lago, se encenderian grandes hogueras para avisárnoslo. Mirad, la noche está sombría, ningun resplandor brilla en el horizonte, y sin embargo, el cañon ha cesado de tronar ya hace largo tiempo.

—¡Pues bien!—dijo el capitan,—¡nos defenderemos!

—¡Oh!—añadió Roger levantándose y haciendo en enérgico ademán,—quemaremos nuestro último cartucho y haré matar á mi último soldado antes de prender por mi mano fuego al barril de pólvora que hará saltar el fuerte.

—¡Eso es hablar noblemente! —dijo el capitan.

—¡Chist! ¡escuchad!.., —murmuró Roger estendiendo la mano hácia el lago.

Un lejano ruido se dejaba oir, que semejante al de dos remos golpeando el agua llegó á los oidos del capitan.

—¿Será Lionel, ó bien una barca enemiga? —murmuró Roger inclinándose sobre la muralla.

El capitan habia tomado el botafuego apoyado en la cureña del cañon, y lo habia encendido en el farol. El ruido de los remos se hizo mas perceptible. Roger hizo señas al capitan de que esperara.

—Es una sola barca,—le dijo,—cuando esté mas cerca la hablaremos, y si no contesta la enviareis una bala.

Pero el centinela gritó:

—¿Quién vive?

Inmediatamente se elevó desde el lago una voz, y contestó:

—¡Inglaterra!

—Yo conozco esa voz,—dijo Roger, —venid.

El capitan apagó con el pié la mecha del botafuego. y siguió á Roger, que se dirigia hácia una estrecha escalera practicada en la muralla, como la escotilla de un navío, y que bajaba hasta el lago, en el que desembocaba por un canalito cerrado por una pesada puerta de hierro. Esta puerta, maciza y á prueba de cañon, estaba provista de un pestillo que Roger hizo deslizar en ranuras de hierro. Si la barca estaba ocupada por amigos, debia entrar en el estrecho del canal que llegaba hasta la puerta de hierro, cuya llave tenia el comandante del fuerte.

Roger hizo colgar el farol en la muralla, y esperó inmóvil detrás de la puerta.

La barca se acercaba rápidamente; poco despues entró en el canal.

—¿Quién vive?—gritó Roger á su vez.

—¡Inglaterra y Jorge III,—le contestaron, y tan cerca esta vez, que Roger dijo al capitan:

—Es la voz del Sr. James.

Entónces sacó de su bolsillo una llave, la introdujo en una cerradura lateral y despues de haber hecho jugar los pestillos, se puso á dar vueltas á una pequeña manivela empotrada en la muralla y parecida al engranage de una esclusa. La puerta se abrió lentamente y la barca entró en el canal. Iba tripulada por dos hombres; el que iba delante y que dejaba flotar sus remos sin hacer uso de ellos, saltó á tierra y repitió por tercera vez:

—¡Inglaterra!

—¡Sr. James!—esclamó Roger tendiéndole la mano.

El capitan volvió á cerrar enseguida la puerta de hierro y entregó la llave al comandante.

—Os traigo graves noticias, señor marqués,—dijo James á media voz;—el cuerpo de ejército de lord Hamilton ha sido completamante derrotado.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Roger designando al que dirigia la barca.

—Un marinero de la *Esmeralda*, cuya embarcacion he tomado.

Era en efecto el bote de un pequeño brick cañonero de la marina real que estaba anclada enfrente del Western, entre las islas que se encuentran en la parte inferior del lago.

El capitan Rabbe dió la órden de que la barca fuera amarrada al lado de una gran chalupa cañonera, por delante de la cual asomaba una gran culebrina. Los tres subieron la escalera de la muralla precedidos por el soldado que llevaba el farol.

—Venid á mi alojamiento, señores, —dijo el coronel dirigiéndose á su primo y al capitan.

—Soy portador de despachos importantes para vos, —dijo el Sr. James cuando hubieron entrado en el corredor que conducia al cuarto del comandante.

—Muy importantes deben de ser en efecto, —dijo Roger, —para que os hayais aventurado á atravesar el Erie en un barco tan ligero y con semejante noche.

—Mis despachos están aquí, —dijo

James enseñando un estuche de plomo que llevaba suspendido al cuello. Si nos hubieran apresado los cruceros enemigos, los hubiera arrojado al lago, á donde de seguro no hubiesen ido á buscarlos.

—¿Pero de dónde venis?

—He dejado al anochecer el brick la *Esmeralda*, á bordo del que se encuentra ahora lord Hamilton con su estado mayor.

—¿Luego la derrota ha sido completa?

—¡Ay de mí! si,—dijo suspirando el señor James. El último rincon de la tierra que aun posee el rey á orillas del lago, es este fuerte que estais encargado de defender.

—Lo defenderé hasta derramar mi última gota de sangre,—esclamó Roger con caballeresco entusiasmo.

Llegaron á la puerta del alojamiento de Roger, situado en la parte mas alta del fuerte y desde cuyas ventanas, á estar menos oscura la noche, hubiera podido el señor James descubrir la tierra

y el lago en una estension de seis leguas. Dos dragones vigilaban la puerta. Ambos presentaron las armas, y Roger entró seguido del señor James y del capitan Robbe. El Sr. James parecia agobiado por la fatiga.

—Primo y señor mio,—dijo haciendo un esfuerzo por sonreirse,—me estoy muriendo de hambre y de sed.

—¡Nuño!—llamó Roger.

Un criado con la librea de Asburthon, que estaba en la pieza inmediata, se presentó en seguida. Era un hombre de cabellos negros, de tez morena, alto y seco, cuyos ojos anunciaban una estraordinaría energía.

—¿Quién es este hombre?—preguntó el señor James.

—Es un servidor precioso para nosotros,—contestó Roger.—Está á mi servicio desde el principio de la campaña. Es un escelente intérprete y un mozo que me es muy adicto.

El coronel Roger daba estas esplicaciones al señor James, que las escuchaba con indeferencia mientras que Nuño

colocaba sobre la mesa un pastel de venado, frutas y un frasco de vino añejo.

—Veamos vuestros pliegos,—dijo entonces el marqués.

El señor James abrió su estuche de plomo y sacó una carta sellada con lacre rojo, con las armas de Inglaterra. Estaba firmada «lord Hamilton» y concebida en los siguientes términos:

«Al señor marqués Roger de Asburthon, coronel de los dragones del rey, comandante del fuerte de S. M., en Saint George.

»Señor marqués:

»Atacado esta mañana antes de amanecer por un enemigo demasiado superior en número, me ha sido imposible conservar mis posiciones.

»Despues de un encarnizado combate de mas de doce horas, las tropas reales han tenido que replegarse, sin que haya sido posible dejar un cuerpo de observacion á orillas del lago.

»No puedo, por consiguiente, intentar nada, mientras no verifique mi union con el general Douglas, para le

vantar el sitio del fuerte que os encontrais mandando.

»Pero el capitan de la *Esmeralda*, á cuyo bordo me encuentro, me anuncia que solo precede algunos dias á una flotilla de lanchas cañoneras que bajará desde Saint Clair, para venir á anclar en las aguas del fuerte.

«De aquí á entonces, señor marqués, si sois atacado, resistid lo mejor que podais. Un soldado de S. M. sabe los deberes que tiene que cumplir.»

Roger colocó de nuevo la carta en el sobre y dijo sonriendo:

—Convenid, señores, en que para mi noviciado militar, tengo los poderes de un general en jefe. ¡Pues bien! trataremos de ganar las chaterreras, pero lo que aseguro es que no rendiremos jamás el fuerte Saint George á los americanos. ¡Ah! pero, primo, os olvidais de hablarme del jóven oficial que os he enviado.

—¿El Sr. Lionel?

—Sí; partió ayer por la mañana y ha debido reunirse á lord Hamilton antes de la batalla.

—No le he visto,—dijo James,—pero he sabido que habia llegado hasta el estado mayor.

—Quiera Dios que no esté herido ó prisionero. ¡Ah!—añadió tristemente Roger,—he jurado á su madre, bien imprudentemente á lo que veo, que volverá sano y salvo á Inglaterra.

—Señor marqués,—repuso James,—me he batido durante todo el dia; vos me habeis hecho servir una escelente cena; pero esto no es todo, es preciso que me permitais descansar algunas horas.

—Id á descansar, primomio,-dijo Roger sonriendo.

Y llamó á Nuño, á quien dió la órden de conducirlo á un cuarto inmediato. Nuño tomó un candelero y echó á andar delante del Sr. James que le siguió despues de haber dado las buenas noches á Roger y al capitan.

—Por fin,—murmuró para sí el segundon,—héme aquí en el aprieto; lo difícil era llegar; pero ahora no saldré sin haber llevado á cabo por completo mi designio.

Cuando entró en el cuarto que le habian designado, Nuño cerró la puerta. Entonces estos dos hombres se miraron como antiguos conocidos.

—¡Y bien!—dijo James.—¿Tienes noticias de José?

—Sí,—contestó Nuño,—anoche vino á nado y pudimos hablar por una tronera de la batería rasante. La noche estaba oscura, y José no hace cuando nada mayor ruido que un pez; pues sin embargo, le han hecho fuego.

—Pero,—dijo con inquietud James, —¿no le han acertado?

—No, y ha podido ganar el lago.

—¿Qué han dicho en el fuerte?

—Yo he probado al marqués esta mañana que el centinela estaba alucinado.

—¿Y te ha creido el marqués?

—Tanto mas, cuanto que lo mismo pensaba el capitan Rabbe.

—¿Cuándo volverá José?

—Esta noche, de dos á tres de la mañana.

—¿No hay medio de introducirle en el fuerte?

—No; el marqués lleva siempre consigo la llave de la puerta de hierro.

—¿No ha pasado nada de estraordinario desde mi partida?

—No: ¡ah! esta noche... por ejemplo.

—¿Qué ha sucedido?

—El coronel ha arrestado al teniente Tobby.

—¿Y el teniente estará sin duda furioso?

—¡Oh!—dijo Nuño,—ha jurado vengarse.

—Bien està,—pensó James,—veremos de utilizar esta cólera.

Despues dijo á Nuño:

—Vendrás á despertarme á las dos; quiero ver á José.

—Está bien, señor.

Nuño salió. James se arrojó sobre el lecho completamente vestido, y no tardó en dormirse, porque, conforme habia dicho á Roger, estaba rendido de fatiga. A las dos en punto, Nuño penetró en su cuarto. El portugués no llevaba luz y estaba descalzo.

—Soy yo,—dijo muy bajo.—La no-

che está completamente oscura. El coronel está durmiendo; solo los centinelas están despiertos; pero no tenemos necesidad de pasar por delante de ellos.

Nuño decia la verdad. La habitacion del comandante, á la que se iba por una ancha escalera esterior, tenia tambien una interior que daba á diferentes corredores. Por esta última escalera, en la que se habia creido inútil poner centinelas, fué por donde el portugués hizo bajar al Sr. James hasta una pequeña galeria practicada en la muralla, y que tenia vistas al lago gor estrechas troneras.

Llegados alli, Nuño se detuvo. Una violenta ráfaga de viento entraba silbando por la tronera y vino á azotar el rostro de James.

—Ya comprenderá vuestro honor, —le dijo Nuño,—que José no viene á nado desde el otro lado del lago: tendria tiempo de ahogarse cien veces en el camino. Lo que hace es acercarse hasta mil doscientos ó mil quinientos metros del fuerte, en una piragua pro-

vista de un anclote. A esta distancia no es posible distinguir el ruido de sus grandes remos. Cuando llega allí, deja caer su anclote al fondo del agua, se desnuda y se arroja al lago.

—¿Y cómo se arregla para anunciarte su llegada?

—La mas pequeña señal podria ser descubierta por los centinelas. Me fija una hora, y le espero. Ved aquí por dónde hablamos,—dijo el portugués delante de la tercer tronera.

Nuño habia dicho esto en voz baja; sin embargo, al ruido de su voz, se vió pasar una sombra ante la abertura esterior é interceptó por un segundo el rayo verdoso que descendia oblicuamente hasta la galería. Era José que se habia agarrado al saliente de piedra que tenia la muralla á dos pulgadas encima del lago.

—¿Eres tú?—preguntó Nuño.

—Sí,—contestó una voz que hizo estremecerse de alegría al Sr. James.

Este se volvió hácia Nuño y le dijo:

—Véte y vigila la escalera.

Nuño obedeció enseguida. Entonces el Sr. James acercándose mas aun á la tronera, dijo en portugués:

—¿De dónde vienes?

—Del campamento americano.

—¿Qué ha sucedido hoy?

—Los ingleses han sido batidos.

—Ya lo sé. Pero, ¿has visto al general Jackson?

—Ya sabe vuestro honor, que despues de mi desercion del brick la Esmeralda, entré á su servicio.

—¿Me traes instrucciones?

—Sí, verbales.

—Habla, entonces,—dijo James acercando su oido á la tronera.

—El general hará todo lo que le pidais.

—Eso es bastante corto, pero en cambio, es claro,—pensó James.—Luego añadió.

—¿Y el teniente Lionel, que fué hecho prisionero?

—El general Jackson espera vuestras órdenes.

—Entonces, escucha.

que les pequeñas carronadas de Jonathás,

A una señal suya, la bandera inglesa subió rápidamente á lo largo de la cuerda del asta de señales; en el momento en que el pabellon cuartelado flotó en el aire, Roger tomó un botafuego y lo acercó al oido de una culebrina.

El tiro salió, repetido por todos los ecos de la costa. Los soldados que estaban en las piezas, dispuestos á servirlas, lanzaron tres ruidosos hurras; el señor James permaneció pensativo.

—Se han adelantado un dia,—murmuraba.

En este momento llegó un soldado y entregó al coronel un billete. Este soldado era uno de los que se habian puesto de centinela á la puerta del teniente Tobby, que permanecia arrestado. Acababan de relevarle. El teniente escribia lo que sigue:

«Mi coronel:

»Desde mi ventana diviso la escuadrilla enemiga y debo suponer que se

»va á empeñar el combate, Os suplico »que me levanteis el arresto y me de»volvais mi espada y mi puesto en la »lucha.—El teniente Tobby.»

El marqués enseñó este billete al señor James.

—¿Qué pensais hacer, coronel?—preguntó hipócritamente el segundon.

—El teniente Tobby es un espíritu insubordinado,—contestó Roger.—Seguirá arrestado; nos batiremos sin él.

El soldado marchó á llevar esta respuesta al prisionero.

—Sin embargo,—añadió el señor James,—hay que tener cuidado de no malquistarnos con la guarnicion, y sobre todo con los oficiales, en las presentes circunstancias. El descontento es contagioso.

—En efecto,—dijo Roger,—á quien pareció justa esta reflexion.

Y estuvo por volver á llamar al soldado, pero James añadió:

—Permitídme, coronel, que vea al teniente Tobby. Espero que le atraeré á mejores sentimientos.

—Bueno,—dijo Roger.—Además, querido primo, vuestra categoría de ayudante del general Hamilton os confiere aquí el mando en segundo lugar, y os delego desde ahora mismo una parte de mi autoridad.

James se inclinó; despues dejó al coronel en la plataforma de la torre seguir con ayuda de un anteojo las maniobras de la escuadrilla enemiga.

El segundon bajó y se dirigió al alojamiento del teniente Tobby. Durante el camino, iba diciendo para si:

—O el general Jackson ha sido reemplazado esta misma noche, ó los movimientos de la flotilla americana son independientes de los del ejército de tierra... O, en fin, José se ha ahogado esta noche y el general Jackson no ha recibido mi respuesta. Ese ataque imprevisto descompone todos mis planes.

Entró en el cuarto del prisionero. El teniente era un hombre bilioso, melancólico y vengativo que jamás habia perdonado una injuria. Fijó sobre el señor James una mirada casi amenazadora.

—¿Qué me quereis?—dijo exasperado por la respuesta que acababa de traerle el soldado.

El segundon fijó en Tobby una mirada clara y fria, una de esas miradas que penetran hasta el fondo del alma.

—Estais demasiado irritado, teniente, tened cuidado,—le dijo:

Tobby apretó los puños sin contestar.

—Y descontento,—añadió el señor James bajando la voz.—Teneis cuarenta y siete años, vuestros cabellos empiezan á blanquear y solo sois teniente; creo además, que sereis teniente toda la vida, espuesto á los caprichos de jefes jóvenes que ignoran el oficio de las armas.

A su vez, el teniente miró al señor James, y esta mirada fué una completa revelacion para el señor James, que bajando todavia mas la voz, añadió:

—¿Quién sabe? tal vez podremos entendernos.

Hubo un momento de silencio entre estos dos hombres que acababan de adivinarse. El señor James añadió:

—Un hombre de vuestro mérito deberia ser coronel.

Una nube pasó por delante de los ojos del teniente Tobby; sintió una especie de desvanecimiento. Ambos volvieron á quedar silenciosos durante algun tiempo.

—Y ejercer un mando en jefe,—añadió el Sr. James,—en lugar de obedecer.

A su vez el teniente, mudo hasta entonces, se puso en pié y poniendo una mano sobre el hombre del Sr. James:

—Pero vos mismo,—dijo designando su insignia de capitan,—no debeis estar muy satisfecho de vuestra suerte, segun creo.

—¡Ah! ¿lo creeis así?

—Hijo de una noble casa,—prosiguió Tobby,—hombre de accion y de talento, me pareceis poco adelantado en el camino de los honores y de la fortuna.

—Caballero,—dijo friamente el Sr. James,—aun no ha llegado la hora de que podamos hablar con toda claridad...

—¿Lo creeis así?—dijo Tobby.

—Pero está próxima. Vengo á levantaros el arresto...

Tobby se estremeció.

—Soy segundo comandante del fuerte,—continuó el Sr. James,—y tendré muchas ocasiones de hablar con vos. Pronto nos veremos.—Y el Sr. James salió lentamente. Pero en el momento en que cruzaba la puerta, se volvió, y estos dos hombres tan propios para entenderse, cambiaron una mirada, en que iba envuelto un pacto de alianza.

El segundon volvió á la muralla. Roger habia hecho tocar generala y todo el mundo estaba en su puesto. Los artilleros, con la mecha en la mano, solo esperaban una señal para hacer fuego, pero la flotilla americana se hallaba aun fuera de su alcance.

Con un anteojo debajo del brazo y una bocina en la mano, el jóven marqués se paseaba en la muralla con la calma de un marino en su buque.

La flotilla que aun no estaba á tiro de los cañones del fuerte, ejecutaba varias evoluciones para echar las anclas.

Una de las cañoneras abatió, en este movimiento el pabellon americano é izó una bandera blanca.

—¡Ah!—dijo Roger,—nos envian un parlamento. Veamos. El hizo á su vez izar una bandera blanca en el asta de señales. Entonces se vió una lancha que se separaba de la cañonera almirante. Esta lancha, que llevaba en la proa un gallardete blanco, iba tripulada por un oficial, cuatro marineros y un hombre con casaca encarnada, á quien gracias á su anteojo, reconoció Roger al momento. Era un oficial inglés, el teniente Lionel.

La lancha se acercó rápidamente hasta el fuerte, y fué recibida en la puerta de hierro por el mismo Roger, que tenia á su derecha á James, y á su izquierda al capitan Rabbe.

El marqués cumplia con la etiqueta militar que prescribe que se reciba á los parlamentarios con este ceremonial. Pero no pudo contener un grito de alegria viendo á Lionel saltar de la lancha y seguir al oficial americano.

—¡Ah!—dijo,—te creia muerto, mi pobre Lionel.

—He hecho cuanto he podido para hacerme matar,—dijo sonriendo Lionel, —pero se han contentado con hacerme prisionero.

El oficial americano saludó al comandante del fuerte y le dijo:

—Señor marqués, estoy encargado por el almirante Davis de acompañar hasta aquí al teniente Lionel, portador de pliegos del general Jackson.

—No sé lo que contienen,—dijo Lionel al coronel Asburthon;—pero creo adivinarlo.

—¡Ah!—dijo Roger.

—El general me ha dicho al despedirse de mí: Es probable que volvais por acá, caballero, porque sois mi prisionero, á menos que el coronel de Asburthon no acepte mis proposiciones.

El marqués tomó la carta que le alargaba Lionel y rompió el sello. Mientras leia Lionel decia al Sr. James:

—Veo que el general Jackson no se habia engañado.

—¿Pues cómo?—preguntó el Sr. James.

—Os habeis evadido en medio de una granizada de balas, segun me han dicho.

—Si,—dijo sencillamente el segundon, que sabia afectar modestia cuando era conveniente.

—Además, el general pensaba que os habiais refugiado en el fuerte Saint-George.

—Y no se ha equivocado como veis,

—Así es que me ha encargado una pequeña mision para vos.

—¡Ah!—dijo el Sr. James, que palideció.

—Os habeis olvidado de recoger el cinturon de vuestra espada,—añadió Lionel entreabriendo su capa y alargando al señor James un cinturon de cuero amarillo bordado de oro.—El general me ha rogado os lo entregue, haciéndoos presentes sus recuerdos.

El señor James saludó irónicamente y tomó su cinturon haciendo la reflexion siguiente:

—Creo que voy á saber el motivo que

hace que el fuarte sea atacado tan prematuramente. Roger leia entretanto el pliego del general Jackson, que estaba concebido en los siguientes terminos:

«Coronel:

»El ejército inglés, rechazado al otro lado del lago, no tiene ya en lo sucesivo y no puede tener comunicaciones con el fuerte que os encontrais mandando.

»Tarde ó temprano, el fuerte Saint-George se verá obligado á rendirse.

»Os propongo una honrosa capitulacion. Si consentís en ella, la guarnicion del fuerte saldrá con armas y bagajes, y será trasportada á la orilla derecha del lago, pudiendo, sin ser inquietada, unirse al cuerpo de ejército inglés que se bate en retirada.

»Debo preveniros, coronel, que la »Union americana, resuelta á mantener »enérgicamente su independeneia, ha »adoptado las mas severas resoluciones.

»Si rehusais la honrosa capitulacion »que tengo el honor de ofreceros, ten»go órden de pasar á cuchillo á la guar»nicion el dia en que tomemos el fuerte.

»Villiam Jackson.»

Despues de leida esta carta, Roger se volvió friamente al capitan Rabbe:

—¿Habeis servido en la India?—le preguntó.

—Si, mi coronel.

—Este Wiliam Jackson, hoy general de los rebeldes, ¿no ha pertenecido al ejército inglés?

—Si, mi coronel,—contestó el capitan Rabbe,—y vuestro difunto padre el marqués de Asburthon le degradó y le hizo condenar al látigo.

Despues de esta respuesta Roger se volvió hácia el oficial americano:

—Decid al general Jackson que el marqués de Asburthon no se rinde.

Despues alargó la mano á Lionel.

—¡Anda, pues!—le dijo.—Un caballero es esclavo de su palabra. Descuida, te libertaremos pronto.

Lionel se sonrió irónicamente.

—¿Quién sabe?—dijo.—Tal vez nos veamos antes de lo que pensais, mi coronel.

Y el jóven saltó á la lancha.

—Caballero, dijo Roger al oficial americano,—apresuráos á uniros á vuestro buque, porque voy á hacer bajar el pabellon blanco.

El oficial saludó, los remeros hicieron fuerza de remos y la embarcacion ganó el lago, llevándose su prisionero. Este miró entonces al oficial americano y le preguntó:

—¿Caballero, estabais presente cuando me despedí del general Jackson?

—Si, señor.

—¿Qué juramento fué el que hice?

—El de embarcaros conmigo de nuevo,—dijo el oficial,—en el caso de que el coronel rehusara rendirse.

—¿No he jurado nada mas?

—No, señor.

La lancha estaba entonces mas cerca de las cañoneras que del fuerte.

Lionel seguia con la vista fija en la torre donde flotaba el pabellon blanco y añadió:

—Asi pues, en este momento estoy todavia prisionero bajo mi palabra?

—Mientras siga enarbolado el pabellon blanco.

—Pero.,. ¿y despues?

—Despues sois mi prisionero, y respondo de vos.

—Os doy las gracias por estas noticias,—dijo Roger inclinándose.

En este momento abatieron la bandera blanca y se vió aparecer sobre la torre el pabellon inglés.

—Caballero,—añadió Lionel,—dispensadme la pequeña incomodidad que voy á causaros.

Y con la prontitud del rayo rechazó al oficial, derribando á uno de los marineros, y se arrojó al agua.

—¡Fuego! ¡fuego!—gritó el oficial tomando de su cinturon una pistola y apuntando al fugitivo.

Pero solo prendió el cebo. Los marineros dejaron los remos, cogieron sus carabinas y esperaron para hacer fuego á que reapareciera el nadador sobre la superficie.

Sonaron al mismo tiempo dos detonaciones, y un ligero grito llegó hasta la lancha.

Un ancho círculo rojo se estendia

sobre la brillante superficie en que se habia reaparecido Lionel por última vez.

## III.

Mientras el oficial americano y Lionel subian á la lancha, James Asburthon se dirigia apresuradamente, con su cinturon en la mano, á encerrarse en su cuarto.

—El general Jackson,—pensaba,—no me ha enviado esto solo por cortesía.

Palpó el cinturon en todos sentidos, y pronto hallaron sus dedos un sitio mas duro que los demás, y que anunciaba la presencia de un cuerpo estraño. Tomó en seguida unas tijeras y se puso á descoser el galon que rodeaba el cuerpo. James no se habia engañado: un billete escrito en portugués estaba debajo del forro de seda. Este billete contenia estas pocas palabras:

«He recibido órden de atacar. El no aceptará mis proposiciones, y tendremos entonces el campo libre. Si la flotilla es rechazada, procurad obrar con prontitud.»

El segundon se apresuró á quemar este billete y volvió á la muralla.

Todos los ojos estaban fijos en Lionel que acababa de reaparecer en la superficie del lago y nadaba vigorosamente, perseguido por la lancha. El oficial americano, que creia á Lionel mortalmente herido por la primera descarga de sus marineros, habia virado de bordo, pero conociendo bien pronto su error, se dirigió en línea recta hácia el fuerte, hácia donde se encaminaba el nadador.

Como hubieran perdido mucho tiempo en volver á cargar, contaban con rematar al fugitivo á golpe de remo. La distancia que los separaba de Lionel disminuia con rapidez, y la quilla de la lancha iba á romper la cabeza al desgraciado jóven, cuando dispararon un cañonazo desde el fuerte, apuntado por el mismo Roger. La bala cogió de lleno la lancha y la echó á pique. Lionel se habia salvado, y cinco minutos despues llegaba exánime ante la puerta de hierro que acababa de abrirse en este mo-

mento para dar paso á la embarcacion que Roger enviaba en su socorro.

El cañonazo tan maravillosamente apuntado fué la señal de las hostilidades.

El pabellon blanco, izado en el mástil de la cañonera almirante, cayó como habia caido el del fuerte, y el cañon empezó á rugir en seguida.

—¡Vamos, hijos mios!—gritó con voz sonora y varonil el jóven comandante,—¡á vuestras piezas, y viva Inglaterra!

Las cañoneras eran en número de ocho; todas hicieron fuego á la vez; las balas rebotaron sobre la muralla y mataron á un artillero junto á una tronera.

—¡Fuego!—mandó Roger á su vez.

Y el fuerte se circundó de humo y de llamas, y sus balas silbaron como un huracan de hierro en la arboladura de las cañoneras; la que llevaba la insignia del almirante quedó muy averiada desde la primera descarga, y fué à encallar en la costa, á una milla del fuerte. Roto

de esta manera el fuego continuó sin interrupcion durante una hora. Las cañoneras se acercaron y empezaron á emplear la metralla. Roger contestó por balas rasas y granadas.

Los americanos intentaron entónces romper la puerta del agua disparando contra ella bombas; las bombas rebotaron contra las chapas de hierro, y algunas estallaron tan cerca de las cañoneras, que mutilaron à muchos hombres. En este momento se descubrió en el horizonte un auxiliar inesperado. Roger que se paseaba tranquilo y arrojado entre las balas y la metralla, vió aparecer en la estremidad oriental del lago un buque que llegaba á toda vela, y que anunció su llegada con un cañonazo.

Era un gran brick armado en corso estrecho y largo, poco elevado sobre la superficie del agua y que bogaba con maravillosa velosidad.

La bandera inglesa flotaba en la caña del timon, y se precipitaba sobre las cañoneras.

—¡Honrra! ¡viva Inglaterra!—gritaron los soldados de Roger.

Y volvió á empezar el combate con furioso encarnizamiento.

El brick llegaba rápido como un gavilan que se precipita sobre su presa; á cien brazas de las cañoneras largó su andanada de estribor, y virando en direccion del viento, giró sobre sí mismo y largó la andanada de babor. Los sitiados le vieron vomitar la muerte por sus treinta y dos portas y cortar la línea de las cañoras, pasando por dos veces enmedio de ellas, como un pájaro de la tempestad. A cada una de estas veces, zozobró una cañonera, y cuando la nube de humo que ocultaba el lago, se hubo desvanecido, se vieron las aguas cubiertas de despojos. Solo tres embarcaciones quedaban de la pequeña escuadra que habia pensado apoderarse del fuerte Sain-George.

Estas embarcaciones habian ganado el lago, y el brick, desdeñando darlas caza, cruzaba tranquilamente las aguas del fuerte.

—¡Es estraño! —dijo James palpitando de emocion,—¿de dónde sale este

buque?... Lleva el pabellon inglés, pero evidentemente es un corsario.

Roger dirigió su anteojo hácia el brick y contestó:

—Es estraño, en efecto... el puente está casi desierto; no veo sino tres marineros y un timonero; ¿dónde está la tripulacion?

—¿Y esos marineros llevan el uniforme de la marina real?

—No, tienen una blusa roja y pantalon negro; el hombre que los manda está vestido del mismo modo: le he visto muy distintamente durante el combate en su banco de cuarto.

James frunció el entrecejo, y se dijo:

—Ni el general Jackson ni yo habíamos contado con este maldito brick...

Roger añadió:

—Puesto que este brick nos ha auxiliado, me parece justo darle las gracias.

Y dió sus órdenes y el fuerte disparó sucesivamente veinticinco cañonazos.

El brick devolvió el saludo con otros

tantos; despues se oyó sonar á bordo e silvato de las maniobras, y los gavieros subieron ágilmente á las altas vergas. Roger dijo entonces á James:

—Es necesario además que conozcamos á nuestros axiliares; bajad á la lancha que estaba dispuesta para Lionel, y dirigios á bordo. Dareis de mi parte las gracias al capitan y le preguntareis su nombre.

James hizo un gesto que Roger no advirtió. Un presentimiento secreto advertia al segundon de que haria mal en dejar el fuerte; pero no podia menos de obedecer. Bajó, pues, á la lancha, mientras Roger hacia izar un pabellon de señal. La lancha iba tripulada por cuatro hombres.

El brick, al ver la señal, se puso enseguida al pairo. A medida que la lancha se acercaba, James, provisto de un anteojo, estudiaba la estructura del buque, su arboladura y su velámen. Era el corsario mejor construido que habia visto. Su casco, casi chato, debia permitirle subir la corriente de los rios y

forzar el paso de los lagos, su sólida y elegante arboladura, muy inclinada hácia atràs llevaba un enorme velámen.

—Nunca he oido hablar de este buque en la marina inglesa,—pensaba James,—y conozco sin embargo todos los que están armados en corso. En verdad que esto es estraordinario.

A doscientas brazas del buque, leyó sobre su popa estas palabras pintadas de color rojo: LHE FOWLER. Era el nombre del corsario; pero este nombre no le dió ninguna luz. A pesar de esto siguió su camino.

—¡Ohé! los de la lancha,—gritaron á bordo,—¿quiénes sois?

El Sr. James tomó su bocina y contestó:

—Soy emisario del comandante del fuerte y me llamo el capitan James Asburthon.

Un gran silencio reinó á bordo del *Fovvler*, durante el cual los marineros de la lancha levantaron sus remos, y la embarcacion permaneció inmóvil á diez brazas del buque.

—¡Abordad!—gritaron por fin los del buque.

La lancha emprendió de nuevo su camino y se acercó á la escala de estribor. Entonces el Sr. James dejó en la lancha á sus cuatro hombres y subió á bordo. Los marineros, reunidos en grupo en la proa, llevaban todos camisas rojas, y lo que Roger no habia podido descubrir; todos tenian el rostro negro. ¿Eran negros ú hombres chafarrinados de negro? El Sr. James no pudo asegurarse desde luego. Fué recibido en lo último de la escala por dos marineros que igualmente tenian la cara negra. Y viendo que se detenia, uno de ellos le dijo:

—El capitan está en su camarote. ¿Quiere seguirnos vuestro honor?

Una indefinible emocion se apoderó entonces del Sr. James Asburthon.

—Que yo sepa, pensaba, la marina inglesa no recluta negros.

Siguió sin embargo á los dos marineros á la popa y bajó al camarote del capitan. Al llegar á la puerta, se de-

tuvo estupefacto; este camarote se parecia mas al tocador de una coqueta, que á la habitacion de un corsario. Muebles elegantes, ricos tapices, cuadros de mérito, nada faltaba, ni el piano. Los únicos instrumentos gerreros y náuticos que se presentaron á la vista del Sr. James, fueron un sable de abordage de hoja damasquina y rica empuñadura, un par de pistolas colgadas en la pared, y una bocina sobre un velador al lado de un anteojo. El camarote estaba desierto.

—Dignese vuestro honor esperar un momento,—dijo uno de los marineros negros en escelente ingles;—el capitan está en el entrepuente y ahora vendrá,

Los dos marineros se retiraron cerrando la puerta. Acercose á una ventanilla abierta y descubrió su lancha amarrada á la popa del *Lawer*. Esto le serenó, porque el afeminado lujo de la estancia de este misterioso capitan de un buque mas misterioso todavía, le inquietaba algun tanto. Permaneció solo algunos minutos, despues se abrió la puerta y James no pudo menos de ha-

cerse atrás ahogando una esclamacion de asombro. Un jóven estaba en el umbral; un jóven, á juzgar por su blusa encarnada, su sombrero de paja blanca de anchas alas levantadas, y el sable que pendia de su cinturon; una mujer, si se consideraba con atencion un rostro imberbe y encantador y admirables cabellos castaños, cuyos sedosos anillos rodeaban el cuello y las megillas. James no pudo contener un grito. El capitan le dijo con encantadora sonrisa:

—¿Qué piensa vuestro honor del modo de hacer la guerra del *Favvler*?

James balbuceó, no sabiendo de qué manera llamar al personaje que estaba delante de él. Su voz parecia de mujer, aunque el traje era masculino, y esta voz era encantadora y llena de mágicas seducciones.

—Veamos, caballero,—dijo el jóven marino,—tened á bien sentaros y esplicadme el objeto de vuestra visita.

James balbuceó.

—Yo no podia suponer que este buque...

—¿Estuviera mandado por una mujer, no es esto?

James se inclinó sonriendo.

—¡Pues bien! ya veis que las mujeres saben mandar las maniobras.

—¡Cómo!—esclamó el Sr. James, volviendo en fin de su estupor,—erais vos quien mandaba sobre el banco de cuarto?

—Yo era.

—¿Y sois realmente?

—El capitan de este corsario, y aquí teneis mis patentes.

Y estendió la mano hácia un rollo de pergaminos.

—Carezco de autoridad para examinarlas,—dijo el Sr. James;—mi mision se reduce á venir de parte del coronel marqués de Asburthon, comandante del fuerte Saint-George, á dar las gracias al capitan que ha venido á unirse á él para rechazar el ataque de los rebeldes, y en fin, á preguntarle su nombre. El marqués me ha encargado ademas convidar á este inesperado amigo, este aliado, á comer en el fuerte.

Ella escuchó con atencion las palabras del Sr. James.

—Vuestro honor,—replicó,—me pide dos cosas imposibles; la primera el nombre del capitan.

—¡Ah!—esclamó el señor James.

—He hecho un voto,—contestó ella,—y nadie sabrá mi nombre.

—Sin embargo, esas cartas de patente...

—Están concedidas bajo un nombre supuesto.

—¡Pues bien! diré ese nombre al coronel Asburthon.

—Bueno: me llamo Ralph, el capitan rojo. En cuanto á la amable invitacion del coronel Asburthon, debo tambien rehusar, por no poder abandonar mi barco. Hacedme el favor, caballero, de decir á vuestro primo cuanto lo siento.

—¿Me conoceis?...—Murmuró el señor James.

—¿No os habeis nombrado antes de subir á bordo?

—Es verdad.

—Pero,—continuó ella,—si no voy á

comer al fuerte, puedo ofreceros una compensacion. ¿Quereis esperarme un momento?

El camarote de este estraño capitan estaba dividido en dos compartimientos.

*El ó ella* entró en el segundo, dejando de nuevo solo á James. Algunos minutos despues, pensaba este:

—No estoy completamente seguro de que todo esto no sea un sueño. Parece una pesadilla ó un cuento.

Mientras hacia estas reflexiones, llamaron á la puerta del camarote; y no recibiendo respuesta, abrieron la puerta. James quedó doblemente sorprendido viendo entrar otra mujer, vestida exactamente como la primera, es decir, en traje de corsario, hermosa como ella, con la sola diferencia de que esta tenia largos cabellos rubios.

—¡Ah!—murmuró James,—¿me hallo, pues, en un buque de amazonas?

—Poco menos,—contestó sonriendo la recien venida, porque yo soy el segundo del buque. ¿Dónde está el capitan?

James mostró con el dedo la habitacion en que acababa de entrar el corsario.

—Bien está, le esperaré,—dijo el segundo, acariciando su blanca mano la culata de una pistola colocada en su cinturon.

James la contemplaba empezando á creer que era el juguete de un sueño. La puerta del segundo compartimiento del camarote se volvió á abrir y James no pudo esta vez contener un grito de admiracion. Acababa de aparecer delante de el una mujer vestida de raso negro, cubierta de ricos encajes, elegante y bella como la mas hermosa señorita de Lóndres. Era el capitan rojo.

James permaneció como deslumbrado, una sonrisa encantadora iluminaba su dulce rostro.

—Querido capitan.—dijo al entrar, —os convido á comer. Ved la compensacion que queria ofreceros.

El prestigio que esta mujer ejercia era tan poderoso, que James olvidó un momento el fuerte Saint-George, su

primo Roger, y los tenebrosos planes que combinaba desde hacia tantos años su genio informal. Entonces el capitan corsario convertido en mujer, se dirigió á esta otra, que conservaba el traje masculino y que llenaba, segun habia dicho, las funciones de segundo á bordo del *Favvler*. Pero la habló en una lengua desconocida, que James no habia oido en ninguna parte á pesar de que habia viajado por las cinco partes del mundo. El segundo inclinó la cabeza, saludó á James y salió.

Cuando quedó á solas con este personaje estraño, cuya belleza le fascinaba, James se creia mas que nunca el juguete de una ilusion.

—Venid á sentaros á mi lado,—dijo ella colocándose en un divan, en el que adoptó una graciosa posicion.

James se sentó embriagado, fuera de sí.

—Vais á comer conmigo,—añadió ella,—pero como podrian inquietarse en el fuerte Saint-George de vuestra prolongada ausencia, vais á escribir dos palabras al comandante.

—Como querais,—dijo sir James colocàndose delante del velador y tomando la pluma.

—Dejad que os dicte,—dijo ella.

«Señor marqués:

»El capitan del *Fauvler*, à causa »de órdenes terminantes, no puede me»nos de permanecer à bordo; pero de»sea que me quede á comer con él, y »no he creido que debia rehusar este »honor, Tened á bien mandarme la »lancha á las diez de la noche.»

James escribió. La jóven hizo sonar un timbre que estaba al alcance de su mano. Un marinero negro entró.

—Hé aquí,—pensaba James,—negros que no tienen los cabellos ensortijados, ni las narices aplastadas, ni los lábios gruesos de los negros ordinarios.

La jóven dió al marinero una órden en el mismo idioma desconocido que antes habia hablado, y le entregó el billete del Sr. James,

—Decididamente,—dijo James contemplando á la jóven con admiracion, —me encuentro en el buque de los misterios.

—¡Oh! esto no es nada todavía,—contestó ella.

James se atrevió á tomarla la mano, y ella no la retiró.

—¡Cómo!—dijo,—¿una mano tan blanca y tan pequeña como esta, es posible que pueda manejar un sable?

—¿Y cómo es posible,—dijo ella á su vez,—que una voz tan dulce pueda mandar las maniobras?

La jóven se levantó, abrió el piano y paseó sus ágiles dedos por el teclado.

Todavia faltaba una sorpresa al señor James. Ella se puso á cantar y él esperimentó entonces esa maravillosa sensacion tan admirablemente descrita por Homero, al contar las delicias de Ulises atado al mástil de su navio y escuchando el canto de las sirenas.

Si en este momento hubieran propuesto al Sr. James renunciar á sus proyectos sobre la herencia de su primo, en cambio del amor de esta mujer, quizás hubiera aceptado. El Sr. James nunca habia amado, absorto toda su vida en sus cálculos de ambicion. Por

la primera vez quizas, la vista de una mujer le hacia estremecerse é introducia el desórden en su alma. Mientras duró su canto él olvidó la tierra entera; despues cuando acabó de cantar, un nuevo incidente le impidió dominarse y recobrar su sangre fria.

Volvió á abrirse la puerta, y dos marineros aparecieron llevando una mesa suntuosamente servida. Platos delicados, vinos de varios colores, chispeando en frascos de cristal de Bohemia, frutos maravillosos de los dos mundos. Era la embriaguez del olfato y de la vista, despues de la del oido.

La jóven dió de nuevo algunas órdenes y los marineros se retiraron. Habian hecho rodar la mesa hasta el divan y James se halló sentado al lado de la jóven.

—Cuando estoy en mi banco de cuarto,—le dijo esta,—me llamo el capitan Ralph; pero para vos recobraré mi nombre de mujer; llamadme señorita Elspy.

Y le echó en su copa un vino de color de ambar, diciendo:

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCÍA

—Es Jerez que hace diez años que está á bordo.

James bebió y esperimentó en seguida una sensacion de calor que corrió por todas sus venas con la rapidez del rayo.

La señorita Elspy le servió con sus bellas manos, embriagándole con su sonrisa y fascinándole con sus encantadoras palabras. A la tercer copa de este vino amarillo, el segundon se creyó trasportado á un palacio de los sueños, tal como los que se encuentran en las *Mil y una noches*, y desde este momento, perdió por completo la memoria.

Sin embargo, tuvo un relàmpago de razon durante un momento en que la sirena se callaba, y le pareció que el navio oscilaba sobre su quilla.

Una sospecha cruzó su ánimo; quiso levantarse y dirigirse hácia la escotilla, balbuceando:

—El buque anda.

Pero ella puso su blanca mano sobre su brazo y le dijo sonriendo:

—¡Y bien! yo os robo... ¿no acabais de decirme que me amais?

—Sí..... sí.....—balbuceó él con voz vinosa.

Y en vez de dirigirse á la escotilla, se arrodilló delante de ella, tomó una de sus manos y se la llevó á los lábios.

—Estais borracho,—dijo ella soltando una carcajada,—tened, bebed.

Y le echó no ya de aquel vino amarillo que le habia embriagado, sino algunas gotas de un licor rojo como la sangre.

El señor James bebió é inclinó su cabeza sobre un hombro, cerrando los ojos. La jóven le empujó entonces sobre un divan haciendo un gesto de disgusto. Luego se acercó á la ventanilla y mirò á lo lejos en el lago.

Era de noche, el buque bagaba viento en popa con tanta rapidez como si hubiera dado caza á alguna barca enemiga; los blancos muros del fuerte de Saint-George se habian perdido en la niebla. Elspy se llevó á los labios un silbato de plata, la puerta se abrió y entró un hombre,

—Duerme,—le dijo aquella,—pero ha hablado.

## IV.

Cuando volvió el señor James en su acuerdo, un viento fresco le azotaba el rostro y se halló rodeado de tinieblas por todos lados. Durante algunos minutos, el segundon trató en vano de darse cuenta de su situacion. Por fin comprendió por cierto balanceo que estaba embarcado, y sus miradas, turbias al principio, acabaron de distinguir las estrellas del firmamento. Se levantó á medias, porque estaba echado, y solo entonces pudo ver que estaba solo en una barquilla.

La barca flotaba á la ventura sin velas ni remos, y á pesar de esto parecia bogar con rapidez como si hubiera sido arrastrada por la rápida corriente de un rio. La primera impresion del señor James fué el terror.

—¡A mí, socorro!—gritó con voz ahogada por el espanto.

Pero sus gritos se perdieron en el silencio de la noche, y ni siquiera el eco le contestó. Se arrastró de rodillas agarrándose al borde de la embarcacion, y tratando de penetrar con la vista la oscuridad que le rodeaba. Por cualquier lado que dirigiera la vista, solo descubria el agua de un color azul oscuro y un cielo tempestuoso sobre su cabeza, enmedio del cual brillaba la estrella de la mañana.

El Sr. James comprendió que le habian abandonado en el lago; despues, recobrando poco á poco alguna presencia de ánimo, recordó que existia en medio del Erié una corriente rápida que se dirigia del sudeste al noroeste, y pensó que debia ser arrastrado por esta corriente. En vano buscó el Sr. James un remo, una pértiga, un pedazo de madera con que poder dirigir la barquilla. Esta habia sido desmantelada con gran cuidado.

Presa al principio de una cruel ansiedad, el segundon concluyó por considerar friamente su situacion, y se dijo:

—Si la barca no zozobra antes, irá á encallarse en la costa. Si es al Sur, puedo volver al fuerte Saint-George; si fuera al Norte, caeré en medio de las líneas americanas, lo que me permitirá conferenciar por mí mismo con el general Jackson. Esta refleccion le devolvió una parte de su energía, y trató de reunir sus recuerdos.

¿De dónde venia? ¿Dónde se habia dormido? Todo esto fué para él al principio como el vago recuerdo do un sueño: tan profunda habia sido su embriaguez; pero por fin recordó que habia partido la víspera del fuerte Saint George en una lancha, para dirigirse á bordo del brick armado en corso. Entonces sus recuerdos volvieron uno á uno; recordó los marineros negros, el capitan con saya, y el rostro encantador que le habia fascinado.

—¡Vamos,—pensó,—se ha burlado de mí!

Y en efecto, era difícil esplicar de otro modo su presencia en esta barca, despues de las seducciones y coqueterías de que habia sido objeto.

¿Pero qué era este navío misterioso? Un relámpago cruzó el pensamiento de James: acababa de recordar aquellos misteriosos protectores que habian por dos veces arrancado al marqués Roger de Asburthon de una muerte cierta, salvándole del mortal abrazo del oso y de la espada del capitan Maxwel. Se estremeció de espanto, y se dijo:

—Si le han seguido hasta América, harán abortar todos mis proyectos.

Pero pronto se serenó, haciendo la siguiente reflexion:

—O estos hombres han adivinado mis intentos, ó solo la casualidad les ha hecho defender con tanta oportunidad á Roger. En el primer caso, me hubieran matado mientras estaba á bordo del *Fawoler*; en el segundo, no hubieran tratado de retenerme, si me hubieran mirado con indiferencia. Yo debo tratar de descubrir la causa de mi aventura en este misterioso buque.

Como se vé, el razonamiento de James no carecia de lógica; pero semejante á aquellos marinos que, despues

de la tormenta echan de menos el puerto y la alegria que los esperan á su vuelta, James empezó á suspirar recordando á la bella desconocida, á cuyos pies habia pasado tan dulces horas, embriagado con su sonrisa, fascinado con sus miradas. Por primera vez, este hombre de génio maquiavélico sintió latir su corazon de hielo bajo la impresion de un sentimiento afectuoso, y murmuró muy bajo como si no se hubiera atrevido á confesarlo á sí mismo:

—¿Por qué no me habrá detenido prisionero?

Largo tiempo permaneció absorto y como abismado en este agradable recuerdo, mientras la barca vogaba con terrible rapidez; no ocupandose del lugar á que la casualidad le conduciria, olvidaba sus proyectos y sus sombrios sueños de ambicion para no pensar mas que en aquella belleza ideal que por primera vez habia hecho estremecerse las fibras de su alma. Pero una violenta sacudida, que sufrió repentinamente la embarcacion, vino á sacarle de su

éstasis; otra barca acababa de chocar con la suya. El Sr. James que se habia sentado se puso entonces de pié, y al mismo tiempo escuchó un juramento español:

—¡Caramba!

La embarcacion que acababa de chocar con la suya dándola un nuevo impulso, bajaba la corriente y su velocidad era todavía mayor, merced á una pequeña vela henchida por la brisa de la tierra. La misma voz que habia pronunciado la palabra «caramba» esclamó entonces en inglés:

—¡Vaya al diablo el torpe que se duerme en el fondo de su lancha!

James reconoció la voz: era la del portugués.

—¡José!—gritó.

José amainó ràpidamente su vela, haciendo uso de sus remos, vino á abordar por un lado á la barca desmantelada.

—¿Sois vos, James?—dijo.

—Yo soy,—contestó el segundon,—se me han roto los remos; ven á socorrerme.

—José ató una amarra al primer banco de la barquilla; las dos quedaron unidas por este medio, y James saltó á la de José, que estaba muy asombrado de ver al hombre á quien servia en tan crítica situacion.

—¿De dónde vienes?—preguntó James.

—Del fuerte, donde vuestro honor me habia citado.

—Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana; pronto va á amanecer.

En lugar de esplicar á José lo que le habia sucedido, el prudente James creyó mejor preguntar al portugués.

—¡Ah!—dijo.—¿Vienes del fuerte?

—Sí señor.

—¿Has visto á Nuño?

—Sí, y me ha dicho que estaban en el fuerte con mucho cuidado acerca de vos.

—¡Ah! ¿y por qué?

—Parece que habiais ido á bordo de ese brick que ha dispersado las cañoneras.

—Sí.

—Que allí habiais despedido vuestra lancha, escribiendo al comandante que el capitan os convidaba á comer.

—¿Qué mas?

—Pues bien, poco antes de anochecer y mientras se pensaba en volver á enviar la lancha á buscaros, se vió al brick levantar anclas, desplegar sus velas y tomar el lago. Por un momento ha permanecido á la vista de la costa y del fuerte, despues se ha perdido entre la niebla; tanto que se ignora en el fuerte Saint-George lo que ha sido de vos, ni qué buque es el que os ha arrebatado. Por lo menos,—añadió José,—esto es lo que Nuño me ha dicho.

El Sr. James, que habia escuchado al portugués sin interrumpirle, le dijo entónces.

—¿Dónde estamos ahora?

—Seguimos la corriente que atraviesa el lago, es el camino que sigo siempre á mi vuelta: dentro de una hora habremos saltado en tierra.

Como lo habia anunciado el por-

tugués, el dia empezaba á aparecer: á la dudosa claridad del alba, vió el Sr. James dibujarse en el horizonte los árboles y las colinas de la costa.

—Nos dirigimos en línea recta hácia el campo del general Jackson, —añadió José. —Pero creo, prosiguió riendo,— que vuestro honor no tiene ningun temor de atravesar las líneas americanas.

—Ninguno,—contestó secamente el señor James.

—Es lo mismo,—contestó el pórtugués, que era curioso, pero no puedo esplicarme cómo ha podido vuestro honor romper sus dos remos en un tiempo tan sereno.

James añadió despues de un corto silencio:

—¿A qué hora has salido para ir al fuerte?

—A las ocho de la noche.

—¿Se sabia en el campamento el resultado del ataque?

—Sí solo han vuelto tres chalupas cañoneras de las ocho, y la exasperacion ha llegado á su colmo en el campamen-

to americano. El general Jackson ha jurado tomar el fuerte y echar á pique ese maldito brick.

—¿Saben los americanos de dónde viene ese brick?

—Ni más ni ménos que los del fuerte. Le creen salido del infierno, tanto más que segun dicen los marineros que han vuelto, va tripulado por hombres negros vestidos de rojo.

—Es cierto,—dijo James.

—Parece una legion de demonios, ha dicho un capitan que se ha vuelto á traer en un barril de salvado, porque una bala de cañon le habia llevado las dos piernas.

Mientras José contaba estos detalles, la barca salió de la corriente y abordó á una pequeña ensenada protejida por corpulentos árboles.

—¿Quién vive?—gritó un centinela.

—Servicio del general Jackson,—contestó José.

Y el portugués, antes de saltar en tierra, dijo á James:

—Vuestro honor hará bien en quitar-

se su uniforme, para evitar toda clase de dificultades al atravesar las líneas del campamento.

Y le echó, diciendo esto, un capote de paño grueso sobre los hombros, dándole al propio tiempo un gorro de pieles para cubrirse la cabeza.

## V.

El general Jackson estaba de muy mal humor. Habia pasado la noche inclinado sobre cartas y planos militares, con el compás en la mano, dictando sus instrucciones á dos ayudantes. Sin embargo, la antevíspera habia alcanzado una brillante victoria. Pero lo que causaba la exasperacion del general Jackson, era la inesperada derrota de la flotilla de las cañoneras. El habia contado con una vigorosa defensa por parte del marqués de Asburthon, y no se habia lisonjeado de tomar el fuerte sin esperimentar pérdidas sérias; pero no habia podido preveer la llegada inesperada del aquel auxiliar misterioso, que

habia rechazado tan vigorosamente el ataque de las chalupas americanas. Poseido de un verdadero acceso de rabia, el general habia jurado sacrificar, si era preciso, sus últimos recursos militares, para apoderarse del fuerte Saint-George.

Tal era la situacion de ánimo del jefe americano, cuando llegó el Sr. James al campamento. El portugués José llenaba cerca del general funciones análogas á las de Nuño al lado del marqués Roger. Mitad intérprete, mitad ayuda de cámara y espia por la noche, José era un hombre precioso para el general. Cuando éste último le vió entrar hizo un movimiento de satisfaccion.

—Dejádme, señores—dijo á sus ayudantes.

Cuando salieron estos, el general vió en el dintel de su tienda, detras de José, á un hombre que no reconoció al principio, porque llevaba un gorro del Canadá calado hasta los ojos y un capote de marina cubria su traje. Pero José se llevó un dedo á los lábios para

tranquilizar al general. Entonces se descubrió el Sr. James, y el general ahogó un grito de alegría.

—No sé,—dijo,—de donde venís, ni como habeis conseguido llegar hasta aquí; pero bien venido seais.

E hizo á José señas de que saliera.

Estos dos hombres, tan á propósito para comprenderse, se miraron en silencio durante algunos segundos.

—Caballero,—dijo por fin el general, —necesito el fuerte Saint-George á toda costa.

El Sr. James se sonrió.

—General,—contestó,—tendreis el fuerte si consentís de antemano en ciertas condiciones.

—Veamos esas condiciones.

—La primera es un despacho de coronel en el ejército americano.

—¿Para vos?

—No;—dijo sonriendo el señor James;—yo soy inglés y deseo algo mejor que eso.

—Concedido el despacho de coronel. ¿Qué mas, caballero?

El señor James vino á sentarse en frente y le dijo en voz baja:

—Mi combinacion de hace tres dias flaqueaba por su base.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy cierto del resultado. Y por esto es por lo que vengo á presentaros mis condiciones.

—Hablad...

El general era un hombre de cuarenta y ocho años, de torva y falsa mirada y de labios delgados y lívidos.

—¿Recordais,—repuso el señor James,—la época en que salísteis del ejército inglés?

El general palideció, y sus cejas se contrajeron violentamente.

—¿A qué recordar esos sucesos?—dijo.

—Los recuerdo,—dijo el señor James,—porque tengo necesidad de saber si seguis odiando tanto el nombre de Asburthon.

—¡Oh!—dijo el general, cuyo rostro tomó una espresion de ferocidad implacable—ya vereis de qué modo trato á

su hijo. Si cae vivo en mi poder le haré fusilar.

—Eso precisamente es lo que yo no quiero.

El general quedó tan sorprendido de esta respuesta, que miró al señor James y le dijo bruscamente:

—¿Os habeis vuelto loco?

—De ningun modo.

—Pues sin embargo, lo creeria. ¿Qué es lo que deseais? ¿cuál es vuestro objeto, sino la muerte de vuestro primo, que os hará rico y par de Inglaterra? Entre nosotros, se puede hablar con franqueza.

—¡Si en verdad!—dijo James haciendo un gesto espantoso.

—Así pues,—prosiguió el general Jackson, —no comprendo por qué quereis oponeros á que le fusile.

James prosiguió tranquilamente:

—Para fusilar al comandante del fuerte Saint George sería preciso que antes le juzgara un consejo de guerra, el cual podria encontrar inícuo y sumamente odioso condenar á muerte á un

oficial por haberse defendido hasta el último estremo y haber cumplido con su deber.

—¿Qué es lo que quereis, entonces?

—Que el marqués Roger de Asburthon muera durante el combate, porque habrá combate, durante el cual me batiré en contra vuestra: ¿ya comprendeis, no es así, que el honor del futuro par de Inglaterra debe quedar á cubierto?

El general se sonrió irónicamente:

—La virtud,—dijo,—descansa muchas veces sobre vanas apariencias.

Luego, volviendo á la idea de James:

—Pero bien sabeis que la casualidad influye mucho en los combates. El marqués es valiente, puede batirse en primera fila, ver caer sus soldados uno á uno y no recibir ninguna herida.

—La casualidad puede ser siempre corregida por una sabia prevision.

—Vamos, esplicaos con claridad.

—¿No teneis en vuestro ejército un gran número de desertores ingleses?

—Algunos.

—Escoged entre ellos cinco de los

mas arrojados, y prometedles, en el momento del ataque, diez libras esterlinas para el que mate al coronel Asburthon.

—El medio me parece bueno,—dijo el general Jackson.—¿Hay algo mas?

—Nada mas.

—Entonces esplicadme del modo que pensais entregarme el fuerte.

El Sr. James continuó:

—La guarnicion se compone de trescientos hombres y ocho oficiales, contando conmigo, que soy el segundo jefe.

—Bonita garantía para Inglaterra.

—Estoy seguro de sobornar á uno de los oficiales.

—¡Bueno!

—Y de hacerle arrastrar á la insubordinacion á una tercera parte de la guarnicion. Quedan doscientos soldados. Es preciso desembarcar trescientos en el fuerte.

—¿Y cómo?

—Nos hallamos en el último cuarto de luna: las noches, á causa de las

nieblas que se elevan del lago, van á estar completamente à oscuras. Yo lo arreglaré de modo que el oficial con que yo cuento esté de guardia y elija todos los centinelas.

—¿Y despues?

—¿Sabeis que el fuerte tiene una puerta que dá al lago?

—Puerta de hierro macizo, á prueba de cañon, y de la que solo el comandante del fuerte tiene la llave.

—Que desde mañana esté vuestra gente dispuesta á partir. Haced que cruce el lago una embarcacion, bastante cerca del fuerte para ver una señal. Todas las noches se enciende un farol que sirve de faro en lo mas alto de la torre de Buckingam.

—Sí.

—La noche en que en todo esté dispuesto, el farol se apagará.

—Pero,—observó el general,—los alrededores del fuerte están erizados de rocas á flor de agua sobre las cuales se destrozaràn las chalupas en que vayan las tropas de desembarco si no están guiadas por la luz de la torre.

—Tranquilizaos; el farol se volverá á encender diez minutos despues.

—Entonces,—dijo el general,—todo irá bien.

—Sí,—dijo James,—si encontrais el medio de hacerme volver á conducir al fuerte, lo que en apariencia es muy fácil, y en realidad muy dificil, contando con que debe ignorarse que he venido aquí y que parecerá por lo menos estraño que el general americano me haya soltado, mucho mas despues de una primera evasion; necesitaria un buque inglés que me condujera.

El general pareció que reflexionaba.

—Aquí tengo,—dijo por fin,—un desertor *Robert Stuart*.

—Muy bien.

—Ha llegado con un bote de su buque y se ha puesto á mi disposicion. Estoy persuadido de que este hombre hará por dinero cuanto se le pida. Es un mulato. El nombre del *Robert Stuart* está pintado en la popa del bote. Inventareis cualquier historia que os permita entrar en el fuerte.

El general llamó á José, que estaba de pié á la puerta de la tienda.

—¿Dónde está el mulato?—preguntó.

—Voy á traérsele á vuestro honor, contestó José.

Algunos minutos despues James vió entrar en la tienda un jóven alto y vigoroso, de tez cobriza, pero que no tenia los espesos labios ni los cabellos lanudos de la raza negra; sin embargo, hablaba negro, como se dice vulgarmente. Es decir, que se espresaba en una mezcla de inglés y de criollo de las mas pintorescas.

Jackson tomó una bolsa que habia sobre la mesa y se la enseñó al marinero desertor. A su vista los ojos de este brillaron de codicia.

—¡Oh! Yo,—dijo,—trabajar mucho para ganar todo.

—Vas á seguir á este caballero,—dijo el general.

El mulato saludó á James.

—Y te se devolverá tu bote.

El mulato frunció el entrecejo.

—Si es para volver á bordo del *Ro-*

*bert-Stuart*,—dijo,—yo no querer; porque yo ser fusilado.

Esta sencillez hizo sonreir á James.

—No—dijo,—es para llevarme al fuerte Saint-George.

El mulato hizo seña de que estaba conforme.

Una hora despues, James Asburthon se colocaba en la popa del bote; y el mulato, inclinado sobre sus remos, hacia correr la ligera embarcacion sobre las ondas azules del Erié.

## VI.

Toda la noche se habia estado en el fuerte en gran perplejidad sobre la suerte de James, y el misterioso brick que le habia arrebatado pasaba ya al estado de leyenda entre los soldados de la guarnicion. Se hablaba de él en las casamatas, en el parque de artillería y en los cuartos de los oficiales. La imaginacion del soldado habia inventado ya los cuentos mas estraños. Uno de los buferes del regimiento, que ha-

bia navegado en los mares de la India, atraia la atencion general en la cantina, donde habia una numerosa reunion, con la relacion de sus aventuras a bordo de un buque no menos misterioso que el brick que era objeto de tantos comentarios.

—No me admiraria,—decia este soldado,—que el brick que ha arrebatado al capitan fuera el mismo que me tuvo largo tiempo prisionero en las aguas de Bengala. El hecho es,—continuó el narrador que era irlandés de nacimiento y cuyo nombre patronímico era Patrick,—el hecho es, como habeis visto, que se le parece muchísimo, me he fijado en su aparejo, ayer mientras el combate, y no cabe duda, el capitan James debe estar ya puesto en pepitoria.

Estas últimas palabras fueron acogidas por un murmullo de profundo asombro y de ávida curiosidad.

—Si este brick es el mio, se llama el *Ogro*,—añadió el charlatan;—¿y sabeis por qué?

—¿Por qué? ¿por qué?—preguntaron.

—Porque su tripulacion es antropófaga. Y como muchos lo dudaban:

—¿No recordais que el comandante que miraba con su anteojo, ha dicho que los marineros eran negros?

—Sí,—contestaron todos.

—¡Pues bien! esto solo es una apariencia. Son tan negros como vosotros y como yo; solo que se chafarrinan de negro con objeto de encubrir su abominable pasion; porque todos sabemos que á los negros les gusta la carne humana. ¡Pobres amigos mios! la cosa es indudable, se han comido al capitan Asburthon.

Esta opinion no dejó de encontrar algunos incrédulos.

—Voy, pues, á contaros lo que me ha sucedido á bordo de ese maldito brick,—continuó Patrick,—y despues de esto quedareis convencidos.

El círculo que se habia formado alrededor del irlandés se estrechó todavia mas y Patrick continuó:

—Yo era soldado de marina, me hallaba de guarnicion en Calcutta, una

tierra donde hace un calor insoportable. Como no es posible salir de dia, se indemniza uno por la noche y los *schoultrys*, especie de tabernas, no se desocupan hasta el amanecer. De todos los establecimientos de este género, el mas concurrido era el que tenia por muestra un viejo brahma hecho de bambús. Allí venia todas las noches una bayadera que bailaba y tocaba el tamboril. Era muy bonita esta bayadera, ¡oh! pero tan bonita como un querubin, tanto, que todos, ya se vé, estábamos perdidos de amor por ella. Un dia un sargento la siguió, y ella le animó con una sonrisa; ambos se fueron del brazo, antes de ser de dia, y todos decian: «¡el sargento es bien dichoso! A la noche siguiente la bayadera volvió, pero el sargento no volvió á aparecer por el cuartel. Otra noche se marchó con un contramaestre de marina; el contramaestre no volvió á su buque. Finalmente, todas las noches, la bayadera se dejaba conducir por un nuevo galan; pero aparecia sola de nuevo y nadie sabía lo que hacia de sus amantes.

—Es preciso que yo lo sepa,—me dije,—cuando el asunto empezó á producir ruido en Calcuta.

Y empecé á hacer la córte á la bayadera. Ella me dijo desde luego:

—Nó, nó, sois un mozo demasiado amable... no quiero que me sigais... sucederia tal vez alguna desgracia.

Pero en vano se opuso á ello, la seguí. Me llevó al puerto, y me dijo:

—Puesto que absolutamente lo quereis, venid:

—Os seguiré hasta el fin del mundo, —contesté yo con la galantería de que siempre he sido susceptible con el bello sexo.

—¿Sabeis que es preciso embarcarnos?

—Embarquémonos, pues; el mar y yo nos conocemos hace tiempo.

Y héme aquí con ella en una piragua india, virando á derecha é izquierda hasta abordar á un pequeño buque bien aparejado y que tenia un aspecto muy honrado. Al llegar á la escala de estribor veo dos grandes negros que me miraban sonriendo.

—Subid,—me dijo la bayadera.

—Pero ¿qué vamos á hacer aquí?—la pregunté algo admirado de verla llevar sus amantes á bordo de un navío.

—Estamos en mi casa,—me dijo.

Subí sin comprender palabra, y me hallé en el puente entre una tripulacion mas negra que el carbon. El capitan, que era un negro de seis piés de estatura, se acerca á mí y me mira atentamente. Hace una señal á otro negrillo que se acerca, me examina, me palpa y concluye por decir:

—Está en bastante buen estado. Sin embargo, serán precisos algunos dias de reposo y un buen alimento sin escitantes, ni café, ni aguardiente.

Pero yo esclamé entonces:

—¡Yo no estoy malo, todo lo contrario!

Y buscaba con la vista á la bayadera. La bayadera habia desaparecido. Empezaba á estar algo inquieto; toda esta gente me miraba de un modo que no me gustaba. Pero hé aquí que en medio de tanta cara negra, veo pasar

de pronto un semblante blanco. Era un soldado de artillería que habia seguido á la bayadera el dia antes. Esperimenté al principio un sentimiento de celos; despues venció la curiosidad, y me dirijí á él.

—Desgraciado Patrick,—me dijo en voz baja,—¿qué habeis venido á hacer aquí? ¡Ay de mí! estamos conocidos, pobre amigo mio!

Quiero preguntarle lo que aquello significa, pero mueve la cabeza tristemente y me vuelve la espalda, á causa sin duda de estarle prohibido revelarme lo que pasaba á bordo del buque.

El narrador sintió necesidad de tomar aliento. Durante algunos minutos, cada cual se entregó á sus propias reflexiones. Por fin aquel continuó:

—El jóven artillero se apartó rápidamente de mí, y me hallé solo en medio de los negros, cuando digo negros, me equivoco; eran blancos pintarrageados de negro. Advertí que uno me miraba con interés y le toqué en un hombro, él me saludó cortesmente.

—Buenos dias, camarada,—le dije. Me hizo señas de que no entendia lo que le decia.

—¿Qué lengua habla, pues? me pregunté, y me dirigí á otro, pero tuve el mismo resultado. En fin, me paseé una hora por el puente, saludando á todos aquellos negrillos, á los que parecia gustarles mucho, pero de los que fué imposible sacar una palabra. El capitan, el hombre que me habia palpado como si fuera un pavo de nochebuena, y que como supe despues, era el doctor, y la bayadera, habian desaparecido.

Quise bajar al entrepuente, pero se me cerró el paso en la escotilla grande. Unicamente hácia las nueve de la mañana, uno de los negros vino por mi, y agitando la mano medio cerrada delante de su boca entreabierta, me dió á entender que era hora de almorzar. Habian puesto la mesa en el castillo de proa, y toda la tripulacion se sentó á ella. El capitan volvió á aparecer y vino á sentarse en el sitio de honor; á mi me colocaron á su lado.

La bayadera, á quien no habia vuelto á ver desde por la mañana, salió de la toldilla, me saludó tristemente, y se sentó à la derecha del capitan; yo estaba sentado á su izquierda. En fin, yo ví aparecer al jóven artillero; lo pusieron á mi lado. Estaba mas pálido y mas lúgubre que un espectro. A cuantas preguntas le dirigí, solo me contestó con gestos estraños. Todo esto era tan estraordinario, que empezaba á divertirme, pues siempre me han gustado mucho las cosas estraordinarias.

El almuerzo principió. Sirvieron sucesivamente langostas, pescados, aceitunas tan gruesas como nueces, salchichas ahumadas, y encurtidos; pero me pareció que la tripulacion comia todo esto con melindre, y parecia reservarse para un plato mas sustancioso:

Por fin pusieron sobre la mesa una inmensa sopera cubierta. Entonces ví brillar todos los ojos, desarrugarse las frentes y sonreir todos los lábios; únicamente el artillero y la bayadera volvieron la cabeza con una espresion de dis-

gusto. El capitan destapó la sopera con recogimiento y dignidad y en aquel momento salieron de ella esquisitos perfumes.

Los pretendidos negros se estremecieron de placer. Se me sirvió el primero, entonces vi en el plato que me alargó el capitan un guisado con salsa oscura que olia muy ricamente.

—¡Oh! ¡está muy bueno!...—me dijo el doctor, que estaba sentado en frente de mí y me sonreia graciosamente.

Clavé en el plato mi tenedor, y comí con estraordinario apetito de aquel guiso desconocido. ¡Estaba esquisito! Así es que fué grande mi asombro cuando ví al artillero rechazar con indignacion su parte de este estraño plato. Era una carne blanca, sabrosa, perfumada, que tenia mucho mejor gusto que la caza mas delicada.

Una codorniz, guisada con trufas, me hubiera parecido un grueso pedazo de vaca al lado de este guisado esquisito. Asi es que, viendo que al artillero tenía

su plato vacio, me encogí de hombros diciendo para mí:

—Este mozo es un estúpido. El amor le turba la razon.

El artillero dejó la mesa antes de concluir la comida, y dos hombres de la tripulacion le arrastraron á la popa del buque. Sin embargo, antes de desaparecer por la gran escotilla, se volvió y me lanzó una mirada tan triste, ¡oh! pero tan triste, que me hizo estremecer de pies á cabeza... era un adios, y parecia decirme:

—¡Pronto nos veremos en el otro mundo!

—¡Eh! ¡eh!—esclamó el brillante irlandés,—tan cierto como me llamo Patrick, creo, mis valientes, que teneis todos carne de gallina.

—¡Continuad! continuad!—esclamaron todos.

—Por aquel momento,—siguió diciendo Patrick,—aquello me quitó el apetito, y me llenó la cabeza de un monton de ideas melancólicas; pero me hicieron beber, y el vino era escelente!

Tanto y tanto fué lo que bebí, que pronto estuve completamente borracho y mis ojos se adormecieron al poco rato. Viendo esto, el doctor se dirigió al capitan, porque solo ellos hablaban; el resto de la tripulacion, que era muda, atacaba al guisado como una jauria su pitanza.

—Ese mozo,—dijo el doctor, -tiene necesidad de descanso; llevadle á su camarote.

El capitan me echó un dedo de un licor de color de oro; y me invitó á seguir á un marinero que me llevó al entrepuente y me hizo entrar en un pequeño camarote, un lindísimo camarote, donde habia una hamaca de hilo de aloe adornada de plumas, un sillon y cortinas de seda color de rosa. Se le hubiera tomado por el alojamiento de una princesa abordo del navio de un rey.

El negro que me habia conducido era el mismo que me habia hecho señas de que no me comprendía cuando le toqué en el hombro. Quedé sumamente admirado cuando me dijo en el inglés mas puro.

—Acostaos, cuando hayais dormido algunas horas os traerán un baño aromático.

Y se marchó cerrando la puerta de mi camarote con llave. Diez minutos despues, con ayuda de los licores que habia bebido, me dormí con un profundo sueño. Cuando me desperté, el calor del dia habia desaparecido y la brisa del mar agitaba dulcemente la cortina de mi ventana. Dos hombres estaban sentados al lado de mi hamaca. Yo reconocí al negro que me habia anunciado un baño y al doctor del buque. El baño estaba listo; olia fuertemente à canela y nuez moscada.

—No era precisamente á tomar un baño à lo que he venido aquí, me dije: puesto que está pronto, ¡tomémosle!

Y me desnudé, ayudado por el negro, que decididamente parecia estar á mi servicio, en calidad de ayuda de cámara. Cuando estuve en el agua, el doctor me tocó por segunda vez el pecho y los brazos y sacudiendo despues la cabeza con cierto airecillo satisfecho:

—¡Bastante gordo!—dijo girando sobre sus talones y saliendo del camarote.

—¿Qué le importará, pensaba yo, que esté gordo ó flaco?

Cuando salí del baño, el negro me sacó y me frotó todo el cuerpo con plantas aromáticas; despues, en vez de mi uniforme, me presentó una larga bata de lana blanca, un cinturon de seda y plantuflas de cuero amarillo. Me vestí, me dieron una copa de un licor que servía para abrir el apetito, y subí al puente.

El capitan, que se paseaba fumando un cigarro, vino á mi y me saludó cordialmente.

—Pronto vamos á comer,—me dijo.

Yo tenia muchos deseos de hacerle preguntas; pero se le acercó en este momento su segundo, que venia á pedirle órdenes para el servicio, y me hizo una pequeña señal con la mano para escusarse de no poder hablar conmigo. Media hora despues nos pusimos á la mesa. La comida era menos suntuosa que el almuerzo y ví reaparecer la fa-

inosa sopera de plata. El baño me habia abierto el apetito, yo devoraba; sin embargo, me pareció que el guiso de por la mañana era superior al de aquella noche, y creo que parte de la tripulacion participaba de mi opinion, porque sorprendí gran número de gestos significativos.

—El sargento era mas fino,—dijo es capitan al doctor.

—El doctor me miró sonriendo; esta mirada y esta sonrisa que escitaron la hilaridad de la tripulacion, no me hicieron caer en la cuenta. Sin embargo, noté la ausencia del artillero.

—¿Dónde está?—pregunté al capitan?

El capitan soltó una gran carcajada y me echó de beber, la tripulacion se caia sobre los bancos con el esceso de su inestinguible hilaridad; pero nadie contestó á mi pregunta. La bayadera levantó tristemente los ojos al cielo.

—Oh! ¡oh!—me dije,—todo esto empieza á parecerme sumamente oscuro!

A partir de este momento, cesè

de beber para conservar mi razon, y cuando me echaron una copa de licor de color de oro, sospechando que podría contener algun narcótico, vertí con destreza la copa debajo de la mesa. A las diez, el cuarto de baber relevó al de estribor, y el capitan volvió à hacer que me llevaran á mi camarote.

A pesar de que conservaba toda mi presencia de ánimo, creí que debia titubea un poco al andar, y oí al doctor que decia:

—Está borracho perdido. Será preciso hacerle ayunar mañana y no prepararle hasta la noche. Estas últimas palabras hicieron que concibiera las mas terribles sospechas. Me acosté fluctuando entre la esperanza de ver entrar à la bayadera en mi camarote, y el terror secreto que me inspiraban las palabras del doctor. Hacia ya mas de una hora que estaba tendido en mi hamaca, y aun no habia podido cerrar los ojos, cuando me pareció que hablaban detras del tabique. Al mismo tiempo, un rayo de luz filtró á través de dos tablas mal

unidas: me levanté sin hacer ruido y pegué un ojo á una hendidura. Vi al doctor y al capitan que se paseaban hablando por el puente.

—Decididamente,—decia el capitan, —la bayadera no ha tenido buena mano con el artillero. Estaba duro y correoso como un gallo viejo.

Estas palabras helaron la sangre en mis venas. El doctor contestó:

—Teneis razon, pero tampoco el cocinero ha querido seguir mis consejos. Hubiera debido tenerle en escabeche por espacio de dos dias. Este mozo estaba triste, melancólico; tenia necesidad de que se le pusieran muchas especias.

Esta vez, todo lo comprendí. Yo habia almorzado un solomillo de sargento, y comido unas chuletas de artillero. El doctor añadió:

—Pero os respondo de que este soldadillo de marina estará escelente. Está gordo y carnoso como una codorniz. Será menester matarle á media noche; se le machacará al aire libre en la

verga mayor, y le comeremos mañana por la noche con la salsa en pepitoria de que os he hablado.

En este momento, el doctor y el capitan, á los que solo veia de espaldas, se volvieron y estuve á punto de caer hácia atrás. Eran tan blancos como vosotros y como yo. Su color negro era teñido, y sin duda se le quitaban por la noche. En este momento tambien, una bocanada de aire fresco azotó mi frente bañada en sudor frio. Habian olvidado echar la cadena de la escotilla que hacia veces de ventana en mi camarote.

—Ya comprendeis,—dijo Patrick, —que no tenia tiempo que perder.

Eran las once dadas; debian despacharme á las doce, colgarme enseguida en la verga y comerme al otro dia. Me despejé de mi túnica, india; me puse de nuevo mis calzones y me dejé caer al agua desde la escotilla. No hice al caer mas ruido que el que haria una carpa al sumergirse. Sin embargo, un grumete que estaba de vigia en la caña del timon, gritó:

¡Hombre al agua!

Pero nada uno valerosamente cuando trata de escapar de que le pongan en pepitoria; nadando entre dos aguas gané valerosamente la tierra firme.

—Tal es,—concluyó el sargento Patrick,—la historia del brick, la que prueba que no debemos seguir à las bayaderas desconocidas.

—¿Y crees tú, Patrick,—preguntó un dragon inocente,—que ese brick sea el mismo que se ha llevado al capitan Asburthon?

—¡Pardiez!—contestó Patrick,—y el pobre capitan ha debido ya á estas horas entrar en la sopera, porque no era bastante jóven ni bastante gordo para ser asado.

Y mientras los oyentes reian de la juiciosa observacion de Patrick, un nuevo personaje entró en la cantina y dijo:

—Por eso mismo el médico del buque habia decidido que me comiesen en estofado.

Todos los soldados lanzaron un grito

unánime, mirando al recienvenido. Era James Asburthon, que sonreia con aire paternal.

## VII.

James, una vez en la lancha del *Robert Stuart*, pensó:

—Al colocarme en una barquilla desmantelada, el gracioso capitan del misterioso brick contaba con que la corriente me arrojaria sobre las rocas que rodean la costa. Así, pues, no supondrá que haya podido salvarme y volver al fuerte Saint George. De consiguiente, no vendrá á desmentir la historieta que voy á contar á mi querido primo.

Durante el camino James compró ó creyó comprar la absoluta discrecion del mulato desertor.

Cuando la lancha del *Robet Stuart* vino á abordar en la puerta de hierro, el jóven comandante se hallaba en observacion sobre la muralla.

Roger se apresuró á bajar al encuentro de su primo, y le dijo:

—¿Pero de dónde diablos salís, querido James?

James contestó sonriendo:

—Tranquilizáos, no me ha sucedido nada desagradable; vengo de la estremidad Norte del lago, donde el brick me ha bajado á este bote.

Entonces James contó de este modo su pretendida aventura:

—El brick à cuyo bordo he estado es un corsario cuyo capitan se llama John Bird.

—Este capitan es un alegre camarada que ama tanto la mesa como el olor de la pólvora. Habiamos comido perfectamente y vaciàbamos nuestra sesta botella, cuando el segundon del buque, que estaba entonces de guardia, bajó precipitadamente y vino á decir al capitan:

—Acabo de descubrir á lo lejos un buque americano.

El capitan dejó la mesa y yo le seguí al puente.

En efecto, se veia correr en el horizonte, con todas las velas desplegadas,

una embarcacion con bandera americana.

—A fé mia,—me dijo el capitan,—no haceis falta en el fuerte, y yo no tengo tiempo de que os vuelvan á llevar, ni de esperar vuestra lancha.

Mandó aparejar y dimos enseguida caza al barco señalado.

La persecucion duró dos horas. Pero el buque dió al aire todas sus velas y se desvaneció como una aparicion en las tinieblas. Como estábamos muy léjos he tomado el partido de dormir á bordo, y esta mañana me han dado un bote y este marinero.

—¡Pues bien! querido primo,—dijo Roger,—os ruego que vayais á la cantina, donde se cuentan las historias mas terribles sobre este fantástico brick. Todos os creen muerto.

El Sr. James, con la esperanza de obtener alguna noticia, siguió este consejo dado en tono de broma, y ya hemos visto el golpe teatral que produjo su entrada.

Dos oficiales se habian mezclado al

grupo de los oyentes de Patrick. Uno de ellos era el teniente Tobby. El Sr. James le vió y le hizo una seña. El teniente se le acercó. El Sr. James le cogió del brazo y le dijo:

—Venid á la muralla; tenemos que hablar.

El teniente no se admiró de esta invitacion y siguió al Sr. James. Este, despues de asegurarse por una rápida ojeada de que nadie podia oirlos, dijo con afectuosa sonrisa:

—¿No era yo de parecer, ayer por la mañana, de que un oficial de vuestro mérito debia ser por lo menos capitan?

—En efecto,—dijo Tobby.

—¡Pues bien! me engañaba,—dijo friamente James.

—¿Cómo?

—Un oficial de vuestro mérito,—prosiguió,—puede ser coronel.

El teniente Tobby dió un paso atrás, despues dirigió á James una ansiosa mirada que parecia decirle:

—Qué ireis á exigir de mí, cuando pensais comprarme tan caro!

Pero James prosiguió con perfecta sangre fria:

—El ejército inglés tiene una organizacion viciosa; el mérito se ve siempre obligado en él á ceder el paso al nacimiento.

—Es cierto,—murmuró Tobby.

—Asi, un oficial como vos, que tiene la desgracia de no ser noble, se ve perpétuamente condenado á servir á las órdenes de algun chiquillo que haya nacido sobre un sillon de duque y de par.

—Como vuestro primo, por ejemplo, —dijo sonriéndose el teniente.

—Como mi primo,—repitió James. —La vieja Europa, querido teniente, es la tierra de las preocupaciones. Es preciso ser noble para adelantar en ella.

—Y nosotros los pocos favorecidos por la suerte, estamos condenados á servir como esclavos,—murmuró Tobby que empezaba á comprender.

—En la tierra en que nos hallamos, por el contrario, empieza á brillar la aurora de la libertad.

—¿Lo creeis asi?

—La Inglaterra sucumbirá en la lucha y entreveo en un no lejano porvenir la república americana. Entonces, no mas nobleza, no mas favor, no mas injusticias; un oficial como el teniente Tobby llegará á ser general.

Tobby se estremeció de orgullo.

—¿Qué pensariais de un nombramiento de coronel en el ejército americano?

El teniente hizo un esfuerzo para dominar la emocion que hacia latir sus sienes.

—Pienso, —dijo,—que vale infinitamente mas ser coronel en el ejército federal que teniente del rey Jorge; pero hay que correr muchos riesgos.

—Segun y conforme...

—Como, por ejemplo, el ser fusilado por el ejército inglés.

—Bien lo sé...pero...

—Veamos vuestras objeciones, querido teniente,—dijo James sentándose sobre el parapeto de la muralla.

—Yo soy pobre.

—No hace uno buena figura con las charreteras de coronel y sin un cuarto.

—¡Vamos à ver! Creo que ya hemos gastado sobrada diplomacia: ¿qué es lo que me ofreceis?

—¡Un despacho de coronel, vedle!

Y James enseñó á Tobby un nombramiento de coronel firmado por Jackson, y que tenia en blanco el nombre del agraciado.

—¿Y qué mas?

—Tres mil libras esterlinas pagaderas en un solo plazo.

—Y qué exigís de mí en cambio?

—¿Yo? Nada. El general Jackson es quien os pide que le entregueis el fuerte Saint-George.

—Y si le entrego, ¿quién me garantizará el pago de las tres mil libras esterlinas?

—Yo.

—¿Vos... un segundon?

—Sobre la herencia de mi honorable primo el marqués Roger de Asbusthon, que es demasiado buen caballero para no hacerse matar por punto de honor sobre las murallas del fuerte.

El teniente Tobby se echó á reir.

—Caballero,—dijo,—habia adivinado hace ya tiempo el objeto á que os dirigiais. Solo queria hacéroslo confesar. Ahora que sé vuestro secreto podemos entendernos.

—¿Está convenido?

—Ya os lo figurábais antes de hablarme,—dijo sonriéndose irónicamente el teniente.—Pero yo no puedo responder de la rendicion del fuerte, si no se me ayuda un poco.

—¡Comprendo! hablad, ¿qué debo hacer?

—Entre los soldados de la guarnicion, mas de la tercera parte están descontentos.

—Sí, segun mis càlculos.

—Para que yo pueda responder de ellos y organizar, si es preciso, una insurreccion...

—Seria preciso,—interrumpió James,—un acto injusto del comandante.

—Eso es. Pero dígase lo que se quiera, el comandante es un hombre justo y bueno.

—Sea,—dijo James,—pero tomaré

mis medidas para que pronto aparezca de otro modo.

En este momento los dos miserables sintieron pasos en la muralla.

Eran dos oficiales que se paseaban hablando.

Uno de ellos era el capitan Rabbe. Tobby se lo enseñó á James con el dedo y le dijo al oido:

—Ved el único hombre que debemos temer. Los soldados le quieren mucho, y es incorruptible.

—¡Pues bien! —contestó James,—ya lo arreglaré de modo que sea arrestado la víspera del dia de la ejecucion de nuestro proyecto.

—Será difícil, porque el comandante le quiere mucho.

—Separémonos para no despertar sospechas,—dijo James que fué enseguida á hablar al capitan Rabbe con la mas amable sonrisa.

## VIII.

Veinticuatro horas despues de la

entrevista del capitan James Asburthon con el teniente Tomby, despues de anochecer, el portugués Nuño se acercó á un centinela que velaba en la plataforma de una torre, cuyos cimientos se adelantaban dentro del lago y que solo estaba unida al fuerte por un muro de poca elevacion

Esta torre, llamada la torre Buckingam, era el punto mas elevado del fuerte Saint George.

Sobre su plataforma era donde se habia colocado el asta de señales, en cuya punta se colgaba por la noche un farol de marina.

El centinela á quien se dirigió Nuño era Patrik, el gracioso narrador de la cantina.

—Señor Patrick,—le dijo el portugués,—os he oido ayer contar la historia de aquel brick, á cuyo bordo se comia carne humana.

—¡Ah! ¿estabas en la cantina?—dijo desdeñosamente Patrick, que miraba á Nuño como un criado.

—Sí, señor Patrick. Y acerca de

vuestra historia queria hablaros dos palabras.

—Veamos, —dijo el dragon.

—¿Pero es cierto todo aquello?—preguntó sencillamente el portugués.

—¿El qué, la historia del brick *El negro*? ¿Dudarias tal vez de que lo fuese?

—Y el guisado estaba tan bueno?

—Escelente.

—¿Y la salsa?

—¿Cuál, la que debia servir para guisarme, ó la otra?

—La otra.

—Deliciosa, hijo mio. ¿Pero por qué me haces esas preguntas?

—Es que desearia tener la receta; porque, ya veis, señor Patrick, como guiso algunas veces para el comandante, al mismo tiempo que soy su ayuda de cámara, y veo que hace algun tiempo va perdiendo el apetito...

Nuño al representar este papel lleno de afectada sencillez, habia adivinado el carácter jactancioso del irlandés. Ningun soldado de su carácter queda

nunca sin alguna salida. Así, pues, Patrick contestó con imperturbable sangre fria:

—La receta de semejante salsa, hijo mio, no se puede dar gratis.

—¡Pues bien! os daré... una corona.

—¡Convenido!—dijo Patrick.—Además como es muy complicada, no te la podré dar sino despues de beber un trago; mañana por ejemplo me pagarás de beber en la cantina.

Nuño guiñó los ojos con aire malicioso.

—No es necesario,—dijo,—tengo algo mejor que eso que ofreceros.

—¡Ah!—dijo Patrick,—el hecho es que el comandante debe tener muy buen vino.

—Voy á buscaros una botella de Oporto que está embotellada desde hace diez años.

—¡Bravo!—esclamó Patrick encantado de aquella inesperada proporcion,—así me gusta, hijo mio.

—Y la corona:—añadió sencillamente Nuño alejándose para dejar tiempo á

Patrick de componer la receta de la famosa salsa.

La faccion de la torre Buckingan duraba tres horas.

En el momento en que Nuño habia dirigido la palabra al irlandés, este acababa de entrar de centinela y eran las diez de la noche. No le debian relevar hasta la una de la mañana. El farol colocado en lo alto del asta de señales habia sido encendido al anochecer.

Nuño no se hizo esperar; pronto volvió trayendo una botella de Oporto.

—Muy bien, hijo mio,—dijo Patrick riendo.

—Escuchad,—le dijo Nuño,—tengo que haceros un encargo.

—Habla.

—Cuando desocupeis la botella arrojadla al lago; el comandante se pondria furioso si supiera que hago estas liberalidades á costa de su bodega.

—Descuida. Ahora, ¿donde está la corona?

—Miradla,—dijo Nuño poniendo la moneda de plata en la mano de Patrick.

El irlandés se apoyó entonces gravemente en su fusil, y dijo á Nuño:

—La base de aquella famosa salsa es harina y huevos.

—¡Bueno! eso no es muy ingenioso; y ¿qué mas?

—Se añade puré de cebolla, pimienta roja y sal, un poco de vino blanco y y mostaza.

—¿Nada mas?

—Nada mas,—dijo con mucha calma Patrick.—Procúrate solamente un muchacho de quince á diez y seis años...

—¿Os estais burlando de mí, señor Patrick?

—¡Ya hace rato, ¡hijo mio!—contestó el irlandes que habia hecho desaparecer la corona en su bolsillo y acababa de destapar la botella de Oporto.

—Pero consuélate; yo no hago á un cualquiera el honor de burlarme de èl.

Nuño se marchó con la cabeza baja, murmurando varias amenazas, y Patrick dió un largo y cariñoso beso á la botella. Una hora despues volvió Nuño. Patrick dormia en la garita, el portugués le sa-

cudió rudamente, pero el irlandés no se despertó.

Nuño sacó de su bolsillo una cuerda llena de nudos, ató sólidamente uno de sus estremos á un anillo de hierro clavado en la muralla, y dejó flotar libremente el otro al esterior. Luego silbó ligeramente... Dos soldados sin armas se acercaron arrastràndose sobre sus manos.

—La cuerda es sólida,—les dijo Nuño,—descolgaos hasta el agua. Llegareis nadando á la costa.

Los dos desertores dieron algunas mordas al portugués en pago de su traicion y se deslizaron, uno despues de otro, á lo largo de la cuerda llena de nudos.

Nuño se inclinó y los oyó nadar. Patrick roncaba como el órgano de una catedral.

—Hé aquí, hijo mio,—dijo Nuño sirviéndose de las palabras de Patrick,—una salsa de mi invencion, que te costará mas cara que aquella cuya receta me has vendido!

Y se alejó prudentemente.

. . . . . .

Como el marqués Roger no habia dormido la noche anterior, James, su muy querido primo, revestido de las funciones de segundo comandante, habia tenido à punto de honor vigilar á su vez. Desde que los dragones estaban de guarnicion en el fuerte Saint-George, el servicio de la noche se componía de un oficial de guardia, dos subalternos y una tercera parte de la guarnicion para renovar los centinelas. Esta noche, el oficial de guardia era el capitan Rabbe.

Despues de haber colocado todos los centinelas, el capitan habia vuelto á su cuarto. A las doce llamaron suavemente á su puerta. Era James.

—Capitan,—le dijo el segundo comandante,—vengo á buscaros para que hagamos una ronda de noche.

El capitan se puso su cinturon, cogió su capa y siguió al Sr. James. Este le dijo:

—En noches tan oscuras como esta,

debemos estar dispuestos á ser atacados y es preciso cuidar de que los centinelas no se duerman.

—¡Oh!—dijo el capitan,—yo puedo responder de mi gente á vuestro honor. Solo he puesto en las murallas á veteranos de quienes estoy completamente seguro.

—Y en la torre de Buckingam?

—Un valiente que ha hecho ya sus pruebas. Patrick el irlandés.

El Sr. James se mostraba tan buen inglés en cuantas reuniones se hallaba, y se habia batido tan bien y con tanta nobleza en pró de la causa que defendia, que si hubieran dicho al capitan Rabbe que pensaba entregar el fuerte á los americanos, se hubiera encogido de hombros. Solo vió, pues, en la visita del señor James un asunto del servicio, y en el deseo que demostraba de hacer una ronda de noche, una medida de prudencia plenamente justificada por la crítica posicion del fuerte Saint-George.

El Sr. James lo quiso ver todo detalladamente. Entró en los puestos, reconoció las casamatas, visitó todos los

puntos peligrosos de la muralla, dirigiendo en unas partes elogios, en otras escitaciones. En todas, cumplimentó al capitan Rabbe por las sabias medidas que habia adoptado.

El capitan se habia hecho acompañar por cuatro soldados y un subalterno que llevaba un farol.

El último puesto que debian visitar era la torre Buckingam. Por lo regular, cuando pasaba una ronda, el centinela salia de su garita y se cuadraba presentando las armas. Pero esta vez nadie se mostró sobre la plataforma de la torre.

—¿Qué quiere decir esto?—dijo el señor James adelantándose bruscamente hácia la garita.

Patrick, con el cuerpo inclinado sobre las rodillas y los brazos coglando, dormia profundamente.

El capitan Rabbe dejó escapar un juramento enérgico.

Patrick estaba borracho perdido.

En esto á la luz del farol que el subalterno acababa de levantar James descubrió la cuerda llena de nudos y se la arrojó al capitan Rabbe.

—¡Ah! comprendo,—dijo moviendo la cabeza.

El capitan se habia puesto lívido.

—Caballero,—dijo James con sorda cólera,—han emborrachado al centinela, y uno ó muchos hombres de la guarnicion se han servido de esta cuerda para desertar y pasarse al enemigo.

El capitan, aterrado, miraba alternativamente con ojos estraviados al centinela, que en vano trataban de despertar, y la cuerda.

—Este hombre está completamente borracho,—dijo con disgusto James,—¡Llevéosle! Cuando vuelva en su acuerdo recibirá cincuenta palos.

Y empujó á uno de los soldados de la ronda hácia la garita, diciéndole:

—¡Si tu te duermes serás fusilado!

Luego, volviéndose al capitan, le dijo con tono glacial:

—Hacedme el favor de que dispierten al capitan Talbot, caballero.

El capitan trasmitió la órden que acababa de recibir.

El capitan Talbot era un jóven ofi-

cial muy orgulloso con su nacimiento (descendia del célebre jefe del mismo nombre), muy duro con sus soldados, á los que castigaba injustamente muchas veces; el capitan Talbot se presentó á medio vestir.

—Caballero,—le dijo James,—vais á tomar el servicio de noche.

El capitan se inclinó.

—Y,—añadió James,—vais á hacer despertar á la guarnicion y darla la órden de ir al parque de artilieria, á donde voy á hacer que toquen llamada.

¿El marqués Roger era presa del pesado sueño que sigue á las grandes fatigas, ó bien el pérfido Nuño habia mezclado narcótico á sus alimentos? Imposible nos seria asegurarlo.

Lo cierto es que el ruido que se promovió en el fuerte no le despertó.

En menos de una hora toda la guarnicion, con sus oficiales á la cabeza, estuvo sobre las armas. Se pasó lista y resultó que dos soldados habian abandonado el fuerte. Entonces el Sr. James se hizo traer el código militar del

ejército inglés y leyó á los soldados el artículo que dice: «Que todo desertor que pueda ser habido, será fusilado en el acto.» Y otro concebido del modo siguiente: «Todo centinela que en tiempo de guerra sea hallado durmiendo en su garita, será castigado con cien palos ó fusilado, segun que el comandante juzgue oportuno usar de su ámplio poder.

Volviéndose entonces al capitan Rabbe.

—Mucho siento, caballero, —dijo secamente, —que las leyes militares y las circunstancias me obliguen á exigiros la responsabilidad de los sucesos de esta noche, porque sois un oficial bueno y leal. Quedareis arrestado por ocho dias.

El capitan bajó la cabeza, y una lágrima rodó por sus bigotes grises. Los soldados le miraron consternados, porque era sumamente querido y aquel castigo parecia estar impuesto á la guarnicion entera.

Despues de haber desplegado esta severa energía, el Sr. James entregó

el servicio de noche al capitan Talbot y entró tranquilamente en su cuarto, donde no tardó en reunirse con él Nuño.

—¿Y bien?—dijo el portugués.—Vuestro honor debe estar satisfecho.

—Sí,—contestó el Sr. James sonriendo,—eres un servidor con quien se puede contar.

—Dormia, como yo esperaba, el irlandés.

—¿Dormirá mucho tiempo?

—Hasta el amanecer. El narcótico es bueno y su primera cualidad es quitar momentáneamente la memoria.

—Eso es muy conveniente.

—El pobre diablo tendrá ya encima sus cien palos antes de haber podido recordar de qué modo se ha dormido.

—Está muy bien,—dijo James,—pero eso no es todo.

—¿Qué mas desea vuestro honor?

—Que mañana á la noche halles medio de emborrachar otro centinela, si es preciso.

—Vuestro honor puede estar tranquilo; se hará.

James se sonrió con aire de triunfo; estaba orgulloso con su cómplice.

—Se encontrará ese medio,—añadió Nuño con aire importante.

James se acostó y se durmió, despues de haber hecho la reflexion siguiente:

—De aquí á mañana el capitan Talbot, que es insufrible, tendrá tiempo de descontentar á una docena, y los palos aplicados á Patrick harán lo demás.

## XI.

El dia siguiente dos personas quedaron sumamente sorprendidas en el fuerte Saint George: Patrick el irlandés y el marqués Roger.

Al despertarse en el calabozo, el irlandés se preguntó si habria caido en poder de la tripulacion que se lo queria comer en pepitoria. Por mas que le hablaban de su embriaguez, pretendia que era una fábula; no le quedaba el menor recuerdo de la botella de rancio Oporto

que habia desocupado con tanta destreza, sin olvidar la recomendacion de Nuño, que le habia pedido que arrojase al lago la botella.

No quedó menos admirado el marqués Roger, cuando James, de gran uniforme, vino à referirle los graves sucesos de aquella noche.

—Querido primo,—dijo el segundon cuando terminó su relacion,—la situacion es crítica. El ejército inglés no puede socorrernos; los soldados están descontentos; sí se les deja ver un solo momento debilidad ó vacilacion, todo está perdido.

El marqués contestó con una gracia encantadora:

—Vos sois, querido primo, subalterno mio, pero teneis mas esperiencia que yo, y seguiré siempre vuestros consejos. ¿Qué es necesario hacer?

—En primer lugar, confirmar el arresto del capitan Rabbe.

—Pobre capitan,—murmuró Roger,—es un oficial leal y valiente.

—Es verdad; pero se necesita hacer un ejemplar.

—¿Qué mas?

—Es preciso tambien que el soldado Patrick reciba cien palos.

—¡Ah!—dijo Roger frunciendo las cejas,—siempre he tenido horror á esos castigos corporales que degradan al hombre y hacen librea del uniforme.

—Entonces,—dijo James,—haced que le fusilen.

—No.—dijo Roger haciendo un esfuerzo,—Patrick sufrirá una carrera de baquetas; pero juro por mi espada que haré fusilar al primer centinela que se duerma en las murallas.

—Iba á pedíroslo, mi comandante,—añadió con mucha calma James.

—Teneis mi palabra, contestó Roger; pero quiero creer que el castigo sufrido por el soldado Patrick servirá de ejemplo.

—Así lo espero,—dijo James.

El soldado que estaba de centinela á la puerta del calabozo, donde estaba encerrado Patrick, se habia puesto á hablar con él, á través de un postiguillo enrejado. El era quien le habia dicho

que habia sido encontrado durmiendo en su garita, y que dos soldados se habian aprovechado de su sueño para desertar. Patrick se habia enterado de los mas minuciosos detalles.

—He hecho mal,—habia dicho,—y merezco ser castigado; pero el coronel sabe que siempre me he portado como buen soldado, y como el capitan Rabbe tiene buen corazon, me perdonará.

Pero Patrick no debia conservar mucho tiempo esta esperanza. A las nueve de la mañana la puerta del calabozo se abrió y vió entrar al capitan Talbot seguido de tres soldados. El capitan mandó que le despojaran de su uniforme. Patrick comprendió que no debia esperar gracia. Sin embargo, se dirigió al capitan Talbot y le pidió el favor de ver al capitan Rabbe.

—Es inútil,—le contestó el oficial,—el comandante no te perdonará.

Patrick bajó la cabeza.

—¡Es estraño!—murmuró.—Yo no tengo el sueño pesado. Preciso es que me hayan hechizado.

Y trató de reunir sus recuerdos, Patrick fué sacado de su calabozo y conducido con la cabeza descubierta entre dos soldados, en medio de la esplanada del fuerte. Toda la guarnicion estaba sobre las armas con su comandante á la cabeza. El alma generosa de Roger se sublevaba á la idea de que se iba á apalear á un hombre de bigotes grises, que siempre se habia conducido bien. Pero al mismo tiempo, comprendia que la salvacion de la disciplina lo exigia.

Un oficial leyó á Patrick el corto decreto que le condenaba á baquetas. Despues de esto, el desgraciado fué atado á un poste, y dos soldados condenados á hacer el oficio de verdugos, se acercaron llevando largas varas de avellano. Patrick nunca habia temido nada á la muerte; se hubiera dejado fusilar sin proferir una queja; pero la pena infamante de baquetas le indignó y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Perdon! mi comandante,—gritó, —¡perdon!

Roger conmovido, se volvió hácia el señor James. Pero este le dijo en voz baja:

—Si hoy perdonais será preciso volver á empezar mañana.

Entonces Roger hizo una señal que queria decir que se cumpla la justicia.

En este momento, la vista estraviada del condenado encontró entre la multitud el semblante acceitunado de Nuño el portugués, y en el mismo instante, una idea luminosa se presentó á su turbado espíritu; recobraba la memoria.

—¡Esperad!—dijo,--esperad... La receta de la salsa... la corona... la botella de Oporto... Ya recuerdo... ¡esperad!

Pero las varas levantadas volvieron á caer sobre sus espaldas desnudas, lanzó un grito de desesperacion y se tapó el rostro con las dos manos. Nuño se habia ocultado prudentemente entre la segunda fila de los espectadores.

Al vigésimo golpe, Roger hizo un ademan energico y gritó:

—¡Basta!

Las varas dejaron de silvar en el

aire; pero el irlandés siguió inmóvil, con los ojos fijos en su uniforme que acababa de arrojar á sus piés; estaba llorando como un niño.

## X.

Otro oficial sustituyó al capitan Talbot en el servicio de noche. El señor James habia vuelto á entregar el mando á Roger, que debia á su vez velar aquella noche; y aquel se paseaba con el teniente Tobby, que habia estado de servicio durante el dia. El teniente decia al señor James.

—Los golpes que Patrick ha recibido han producido el efecto que yo esperaba: los descontentos están exasperados con este rigor.

—¿Y el arresto del capitan Rabbe?

—¡Oh!... en cuanto á eso los hay fanáticos; y si el capitan les dijera que era preciso pasarse á los americanos, se pasarian.

—¿Pensais pues que ha llegado el momento de obrar?

—Estoy seguro, siempre que podamos hacer que sea fusilado un hombre mañana.

—¿Cuál será el soldado que mandareis á la hora convenida á la torre Buckingan al salir de guardia?

—Un veterano que nunca ha sido castigado y que es casi tan querido como el capitan Rabbe.

Nuño está seguro de conseguir su objeto,—dijo francamente el Sr. James.

—Ahora bien; resumamos,—añadió el teniente Tobby,—hay ocho oficiales...

—Contándonos al comandante y á mi.

—Precisamente.

—El capitan Rabbe, el capitan Talbot, los tenientes Lionel, Marvy, O'Brien y el porta-estandarte Anderson.

—¡Bueno!

—El capitan Rabbe está arrestado. El capitan Talbot no tiene influencia sobre el soldado. No hay necesidad de comprarle; pero nada debemos temer de él; se hará matar sin decir una palabra. O'Brien está en la cama enfermo. El teniente Lionel, al que toca

el servicio de noche y que es muy querido, estará arrestado mañana, si se encuentra de nuevo un centinela dormido.

—Marvy y Anderson son nulidades con que no hay necesidad de contar. Ademas yo entro de servicio mañana à la noche, y la suerte—continuó el teniente—parece declararse en nuestro favor. pues ha hecho que el tercio de noche, que estará á mis órdenes, se componga casi por completo de todos los que no aman al coronel y forman el club de los descontentos; asi es que los manejaré como un solo hombre.

—Sí,—dijo James,—pero una vez dentro del fuerte los americanos, habrá combate.

—Así lo espero. Solamente que yo y los mios nos pasaremos al enemigo; y además ha pensado encerrar á los oficiales en sus alojamientos respectivos. Antes de que hayan podido derribar las puertas seremos dueños del fuerte.

Mientras el capitan detallaba con complacencia su plan de traicion, Nuño se acercó sonriendo.

—¿Ha bebido?—dijo.

—¿Quién?—preguntó el teniente Tobby.

—El centinela de la Torre Buckingam.

—¿Y cómo?

—Antes de entrar de centinela ha ido á la cantina á echar una copa de aguardiente. Esta copa la habia yo preparado.

—Y contenia...

—Un poco del narcótico, que tan mal ha sentado al pobre Patrick. Dentro de una hora el pobre hombre estará dormido.

—A propósito,—interrumpió el Sr. James,—hubo un momento en que he temido por tí, mi pobre Nuño.

—¡Ah! sí,—dijo el portugués.—Patrick se acordó; pero los golpes le impidieron hablar, y cuando el vigésimo cayó sobre sus espaldas, hacia mucho tiempo que habia perdido la cabeza. Dicen que á estas horas, el pobre diablo tiene una calentura tan grande, que tal vez muera. No se le quita el delirio.

—¿Cómo se llama el soldado, á quien toca de centinela en la torre Buckingam?

—Saunders. Tiene cincuenta años y ha estado veinte en la India. Sería sargento si supiera leer y escribir,—contestó el teniente Tobby.

—¿Y has encontrado otros dos desertores?—preguntó James á Nuño.

—Se encontrarian treinta si fuera preciso,—contestó Nuño,—mucho más desde que saben que todo desertor inglés es nombrado oficial del ejército americano.

Nuño dejó á James y al teniente Tobby, y volvió á subir al cuarto del comandante, á donde le llamaba su servicio de ayuda de cámara.

Roger estaba en la mesa; habia convidado á su amigo el teniente Lionel. Lionel se daba prisa á concluir de cenar, para ir á entrar de servicio.

—Ten mucha vigilancia,—le dijo Roger;—haz tres rondas en lugar de una. Yo iré á reunirme contigo á las doce; es preciso que no se repitan los deplorables sucesos de la última noche.

—No, ciertamente,—dijo Lionel.—El espíritu de desercion ha penetrado en la guarnicion; pero con la ayuda de Dios salvaremos el fuerte.

—Mi honor está empeñado y tambien mi corazon,—dijo sonriendo Roger;—porque he jurado á tu pobre madre que volverias á Inglaterra.

—Con vos, mi coronel,—dijo Lionel afectuosamente.

—¡Oh! ¡yo!—murmuró con melancolía Roger,—yo no tengo madre que me espere.

—Pere teneis amigos.

El jóven coronel bajó la voz.

—Cuando miro hácia el horizonte,—dijo con voz conmovida,—y me parece ver nuestra pátria detrás del mar, pienso en una mujer que amo y que quizás no me corresponde... Pero,—añadió mientras que Lionel se estremecia,—este es un secreto que mis labios no deben descubrir.

Lionel se abrochó su cinturon y salió pensando en la señorita Ellen, no figurándose que la señorita Ellen era la

misma á quien amaba el marqués Roger.

. . . . . .

A pesar de que el jóven y hermoso Lionel ignoraba su noble orígen, no por eso carecia de las elevadas aspiraciones y valor caballeresco de su raza. Esclavo de su deber, Lionel se halló hecho un veterano al dia siguiente de vestir el uniforme de teniente de dragones. Roger habia tenido ocasion de observarle, y á su parecer, Lionel era el oficial con quien podia contar mejor, despues del capitan Rabbe, que por su parte, poseia la grande esperiencia que da una larga carrera militar.

Al entrar de servicio hizo Lionel, á las ocho de la noche, una primera ronda y visitó todos los puestos. Encontró al viejo Saunders paseándose, con el fusil al brazo.

—¡Enhorabuena!—le dijo,—espero que tú no te dormirás.

Hecha su ronda, Lionel volvió á una habitacion del parque de artilleria donde acostumbraba á estar el oficial de guardia. A las diez, hizo por segunda

vez una ronda. Saunders seguia paseando, pero su paso parecia mas lento y mas pesado. A las once bajó Roger.

—Todo va bien,—dijo Lionel,—todos están en sus puestos y cumplen con su deber, sin embargo, me ha parecido oir en el cuarto núm. 3, algunos murmullos.

—¡Ah!—dijo Roger frunciendo las cejas.

—Los soldados se acostaban diciendo que el capitan Rabbe merecia mejor suerte.

—Le levantaré el arresto dentro de dos dias,—dijo Roger.

—En fin,—continuó Lionel,—el castigo sufrido por Patrick ha exasperado hasta á los mas tímidos.

—¡Ah!—dijo colérico Roger,—¿no creen que he sido bastante generoso?

—Yo creo,—añadió respetuosamente Lionel,—que en las dificiles circunstancias en que nos encontramos se debe usar de indulgencia y moderacion.

—No es ese el parecer de James,—contestó Roger.

El jóven teniente bajó la cabeza y se calló.

Los dos jóvenes salieron para recorrer los puestos, y, segun la costumbre, concluyeron por la torre Buckingam.

Al tiempo de llegar Lionel lanzó un grito.

—¿Qué es eso?—preguntó Roger.

—Allá abajo... en las tinieblas... me ha parecido ver un hombre que huia.

—Yo no he visto nada,—dijo Roger.

Los soldados que los seguian se miraron unos á otros; todos, de comun acuerdo, movieron negativamente la cabeza; ninguno lo habia visto. Roger y Lionel siguieron su camino hácia la torre, Saunders no dió el grito de alerta cuando se acercaban; al aproximarse á la garita, Lionel sintió frio en el corazon.

—¡Eh! ¡Saunders!—gritó á diez pasos de allí.

El soldado no contestó. Lionel se precipitó, adelantándose á Roger, que le oyó casi enseguida lanzar una esclamacion de cólera.

Sentado en el suelo, con la cabeza

inclinada sobre un hombro, Saunders dormia con profundo sueño.

Roger se detuvo á su vez ante la garita. Lionel, inmóvil, con las pupilas dilatadas y la frente cubierta de sudor, designaba con el dedo al marqués, una cuerda llena de nudos semejante á la que habia sido encontrada la noche anterior, y sumergida como ella en el lago.

Roger quedó como atontado; sacudió á Saunders con una especie de rabia; el soldado se despertó.

Esta vez, el narcótico habia sido empleado en dósis mas débil. El soldado dirigió una atónita mirada á su alrededor, y comprendió al punto su situacion. Roger que fijaba en él sus ojos brillantes de cólera, le dijo:

¡Ah! ¡miserable! ¿qué habeis hecho?

El soldado bajó los ojos y dijo con fria resignacion:

—He merecido mi suerte; yo no quiero gracia!

Roger se encogió de hombros; por

un momento tuvo la idea de salvar de la muerte á este desgraciado, y de seguro lo hubiera hecho, si hubiera encontrado solo en la torre con el teniente-pero iban acompañados por cuatro soldados que todo lo habian visto y lo habian oido todo.

—¡Vamos!—se dijo Roger ahogando un suspiro,—mi piedad seria debilidad... El jefe que vela por la seguridad de todos, no puede perdonar en este momento.

Y alzando la voz:

—Teniente Lionel,—añadió,—haced llevar á ese hombre al calabozo. Será fusilado al amanecer! . . . . . .

. . . . . .

El dia siguiente circularon sordos rumores en el fuerte. Dos soldados habian desertado y otro centinela habia sido encontrado durmiendo. El señor James entró muy temprano en la habitacion de Roger; iba acompañado por el teniente Tobby y el capitan Talbot. Los tres parecian consternados.

—Comandante,—dijo con solemne

tono James,—si no haceis un terrible ejemplar, ántes de ocho dias toda la guarnicion se habrá pasado al enemigo. Han ocurrido dos nuevas deserciones, y los soldados dicen en voz alta que si Saunders se ha dormido, es porque ha querido dormirse.

El teniente Tobby añadió:

—Ciertamente: debe ser cómplice de los desertores.

Roger hizo un ademan de duda.

—Eso me parece imposible,—dijo.

—Sea, pero los soldados lo creen.

—Señor marqués,—añadió James, es menester que se haga justicia esta vez.

—La salvacion del fuerte lo exige así,—murmuró el teniente Tobby.

—Bien está, señores,—dijo Roger con calma; pero no se mata á un hombre sin juzgarle. Voy á reunir un consejo de guerra, se juzgará al dragon Saunders, y si resulta culpable, será fusilado.

James se mordió los lábios, pero no se atrevió á hacer objecion ninguna.

Una hora despues el consejo de

guerra estaba reunido. Se componia de tres oficiales, un sargento y dos soldados. Saunders compareció ante sus jueces. El viejo dragon contó que habia luchado largo tiempo con el sueño, mascando tabaco con rabia y paseándose aceleradamente. En fin, asaltado por el frio, habia entrado en la garita para coger su capote. Pero allí se habia sentido de pronto como herido del rayo, sus piernas se habian doblado bajo su peso, sus ojos se habian cerrado, y le habia sido imposible vencerse.

—El aguardiente que he bebido ántes de entrar de centinela es lo que me ha emborrachado de esta manera,—dijo.

Se hizo venir al mozo de la cantina. El mozo mostró el aguardiente que vendia á los soldados. Se probó que todos los que habian estado de guardia durante la noche habian bebido tanto como Saunders, y no por eso se habian dormido. La escusa del veterano pareció, pues, inadmisible. Además se demostró que los dos soldados que habian desertado eran sus camaradas mas íntimos.

En vano protestó de su inocencia. La casualidad que parecia servir los tenebrosos planes del señor James y del teniente Tobby, habia presidido á la eleccion de los miembros del consejo. A escepcion de Roger, que era de derecho el presidente, los demás habian sido sacados á la suerte, y esta habia designado sucesivamente á los tres oficiales que habian insistido en que se hiciera un ejemplar, es decir, el capitan Talbot, el teniente Tobby y el señor James, y además un sargento y dos soldados completamente afectos á Tobby.

Despues de interrogar al acusado, el consejo se puso á deliberar.

—Señores,—dijo Roger,—yo me inclino á la indulgencia, pero de ningun modo quiero influir en vuestro dictámen, y os declaro de antemano que me abstendré por completo de votar. Os dejo, pues, deliberar libremente.

Y se retiró.

El noble jóven sentia arder su cabeza, y necesitaba salir un momento; su corazon latia de un modo que pare-

cia querer romperle el pecho, y tal vez nunca habia sido esta animosa naturaleza presa de tan crueles tormentos; él presentia la sentencia de muerte que iba á caer sobre el infeliz soldado, y su alma generosa sufria mil torturas al pensar que le seria preciso firmar esta sentencia. Cuando se paseaba á largos pasos por el parque de artillería con la cabeza desnuda y la frente cubierta de sudor, se encontró de frente con el marinero mulato del *Robert Stuart*, el que habia traido al señor James del campamento americano, y cuya fidelidad y discrecion creyó el señor James haber comprado. Este hombre, que llevaba su gorro calado hasta los ojos, lanzó en derredor una fugitiva mirada, como para asegurarse de que nadie le espiaba, luego se acercó vivamente á Roger que se detuvo admirado.

El marinero se puso un dedo en los labios, y fijando en el comandante unos ojos en cuyo fondo brillaba un fuego sombrío, le dijo en mal inglés, metiéndole en la mano un billete.

—¡Leed y creed!

Despues se marchó ràpidamente. Era la primera vez que Roger encontraba á este hombre en el fuerte, y no obstante sintió una emocion estraña, inesplicable. y se dijo despues de reflexionar algunos instantes:

—Me parece que he visto en otra parte esa mirada de águila.

Despues abrió el billete y leyó:

«Saunders vá á ser condenado; pero si el coronel Roger no quiere hacerse cómplice de un abominable crimen, retardará la ejecucion hasta mañana al ser de dia.

»Si el comandante del fuerte Sain-George quiere descubrir los traidores y salvar el fuerte, qne tome esta noche un fusil y un capote de dragon y se ponga de centinela sobre la plataforma de la torre Buckingam; pero es preciso que todos le crean acostado mientras que se halle vigilando en la muralla.

»El marques Roger puede fiarse en el teniente Lionel, en él *solo*. Que el comandante del fuerte Saint-George

deje apagar el fanal de la torre Buckingam al hombre que subirá esta noche á las dos á la muralla; pero que procure reconocer su semblante.

»En nombre de vuestro honor tened confianza, señor marqués, y acordaos de la espada que mató al capitan Maxwel »

—La espada que mató al capitan Maxwel,—repitió Roger acercándose á una antorcha colocada junto á la culeña de un cañon y quemando el billete,—esta espada me ha sida fiel y creo en ella.

En este momento vino un soldado á prevenirle que el consejo de guerra habia terminado su deliberacion. Roger volvió á entrar en el salon del consejo y recobró su asiento de la presidencia.

El teniente Tobby leyó en alta voz la deliberacion del consejo, concebida en estos términos:

«El consejo de guerra declara al acusado Saunders culpable, y le condena á la pena de muerte.»

Entonces Roger se puso en pié, y descubriéndose:

—Saunders,—dijo con firme acento, sereis fusilado en la muralla en presencia de la guarnicion sobre las armas, mañana al amanecer.

James se mordió los lábios hasta hacer brotar sangre, y el consejo se separó silenciosamente.

## XI.

Aquel habia sido un buen dia para James. Patrick, presa del mas horrible delirio, se retorcia gritando en una cama de la enfermería. Saunders iba á ser fusilado, y el valiente capitan Rabbe seguia arrestado. El espíritu de rebelion, hábilmente alimentado por Tobby, se preparaba como un reguero de pólvora entre los mejores soldados. Pero el descontento se tornaba en reflexivo y sereno á medida que iba creciendo. Se murmuraba, se esperaba la señal de la rebelion, pero en silencio. Roger pudo creer que volvian á reinar el órden y la obediencia.

Cuando quedó solo en su habitacion,

el marqués Roger, que habia disimulado hasta entonces las punzantes inquietudes que agitaban su espíritu, se sumergió por completo en los recuerdos del billete misterioso que le habia entregado el mulato. ¿Cuál era la traicion de que hablaba? Quién, pues, era traidor en el fuerte Saint-George?

—Pronto lo sabré,—se dijo el jóven comandante.—Lionel ha debido ejecutar mis órdenes.

Se levantó y fué á abrir un gran armario donde le encerraba sus uniformes. Un capote, un casco y un fusil de dragon estaba dentro de él. El marqués sacó su reló é hizo un gesto de impaciencia: tenia todavia que esperar dos horas.

En este momento llamaron ligeramente á la puerta.

Roger volvió á cerrar vivamente el armario y preguntó en alta voz quién llamaba,

Era Nuño que traia en una bandeja de plata el té que el marqués tenia la costumbre de tomar todas las noches.

Roger recordó que en el misterioso aviso que habia recibido se le encargaba hacer creer á todos que estaria en su cuarto toda la noche.

—Estoy muerto de fatiga,—dijo desabrochando el cinturon de su espada,—y será preciso que los yankees pongan fuego al fuerte por sus cuatro costados, para que yo me decida esta noche á levantarme.

Nuño se sonrió siniestramente.

—Vete á acostar y déjame dormir, —añadió el marqués empujándole hácia la puerta.

Nuño se inclinó respetuosamente y salió. Roger acercó el oido á la puerta y sintió apagarse sus pasos en las losas del corredor. Pero cuando el marqués de Asburthon se volvió, se escapó de sus lábios una esclamacion de sorpresa.

El marinero del Robert-Stuart, en pié junto á la chimenea, vaciaba tranquilamente el contenido de la tetera en la ceniza.

—Si vuestro honor hubiera bebido éste maldito brevage,—dijo enseñando

la taza medio llena que estaba sobre la bandeja de plata,—hubiera entonces comprendido la razon por que se duermen los centinelas en la torre Buckingam.

Roger se precipitó hácia el marinero, con la vista fija y los lábios entreabiertos; su admiracion se habia cambiado en estupor.

El semblante bronceado que tan curiosamente habia mirado aquella mañana en el parque de artillería, tenia solo una ligera tinta oscura y presentaba claramente la pureza de la raza blanca.

—¡Osmany!—esclamó el marqués del Asburthon.

El indio se llevó un dedo á los lábios.

—¡Oh! ahora creo en el peligro,—dijo Roger estremeciéndose al recordar las circunstancias en que habia visto aparecer á este estraño personaje.

Osmany seguia vestido de marinero, pero un ancho machete, dos pistolas y un hacha de abordage iban colocados en el cinturon de cuero que le ceñia la cintura.

Una salvage energía brillaba en su varonil fisonomia.

—Señor marqués,—dijo poniendo una mano en el hombro del jóven,—¿creeis en mi?

—Si,—dijo Roger con fervor,—porque me acuerdo...

—¡Pues bien,—dijo el indio,—apresuraos á ir á la torre Buckingam,— y dejadme solo en este cuarto.

—¿Sois vos quien me ha escrito un billete?

—Sí, en nombre de vuestros amigos. Pero no es aun hora de interrogarme, señor marqués, el peligro que os amenaza corre mas de prisa que la aguja de este reló.

Roger se precipitó al armario y cogió el capote y el casco de dragon.

Osmany le tendió el mosquete, despues de asegurarse de que el cebo estaba en buen estado.

Roger dió dos pasos hácia la puerta, pero volvió enseguida y se acercó rápidamente á su lecho y alargó la mano á un cofrecillo de hierro colocado á su cabecera.

En este cofrecillo era donde guardaba la llave de la puerta de hierro. Osmany le detuvo con un ademan y abriendo él mismo el cofrecillo, tomó la llave y la puso en su cinturon.

Este movimiento se hizo con tal rapidez, que el jóven comandante no habia podido preveerle ni prevenirle.

El cofrecillo, cuya tapa se movia por medio de un mecanismo secreto, se habia abierto como por encanto bajo los dedos del indio.

—No, es imposible,—esclamó Roger, —no puedo dejaros esa llave: respondo de ella con mi vida, con mi honor. No podeis querer que venda á mis soldados.

Osmany dobló lentamente una rodilla:

—Os lo suplico,—dijo,—en nombre de vuestro rey, y por el glorioso pabellon que flota sobre estas murallas, por la sangre generosa que pronto correrá, si vuestra alma concibe la menor desconfianza.

Roger guardó silencio, y mirando fijamente al indio; fué á poner una mano

sobre su corazon. Sus latidos eran tranquilos y regulares y la llama que ardia en su mirada era tan ardiente y tan noble, que el marqués quedó como deslumbrado.

—No,—dijo hablando consigo mismo. —¡Este hombre no es un traidor!

—¡Perdonad! oh¡ perdonad! monseñor,—dijo Osmany con acento suplicante.

—Que Dios os proteja, caballero,—dijo Roger.—Yo pagaré con mi sangre, si pierdo esta terrible partida.

Cuando iba á salir por la puerta. Osmany le dijo en voz baja:

—La consigna de los centinelas de la torre Buckingam es: ¡Por Amri! Decid estas palabras al teniente Lionel que os espera á la puerta del camino cubierto que va á la torre. Dentro de una hora iré á reunirme con vos, y entonces todo lo comprendereis. Sobre todo, mirad bien al hombre que vendrá á apagar el faro, y guardaos de impedirle que lo haga.

—¿Será menester matarle despues?

—No os atreveréis,—dijo Osmany con amarga sonrisa.

Roger hizo un enérgico ademan, y empujando la puerta se precipitó en la galería.

. . . . . .

En cuanto hubo salido el marqués de su cuarto, Osmany apagó las bugías del candelabro y sacó una de sus pistolas, que preparó; despues, dejando caer las cortinas de la alcoba donde estaba el lecho del coronel Asburthon, se deslizó detrás de la cabecera, donde permaneció inmóvil y mudo.

Habria trascurrido media hora cuando la puerta del cuarto se abrió sin ruido: un débil rayo de luz se filtró á través de las cortinas de la alcoba: era Nuño. El portugués se adelantó con precaucion, dirigiendo á derecha é izquierda los pálidos rayos de una linterna sorda. Llegado delante de la mesa, levántó la tetera, miró la taza medio vacía y puso su linterna en la bandeja. Entonces se dirigió á la alcoba, cuya cortina evantó: un grito ronco espiró en

sus lábios, y sus ojos, dilatados por el terror, quedaron clavados sobre la fantástica aparicion que se presentaba delante de él.

—¿Esto es lo que buscas, no es así, amiguito?—le dijo Osmany, enseñándole la llave de la puerta del canal.

Nuño se retiró hácia atrás, pero el indio saltó sobre él, y cogiéndole por el cuello le arrojó medio ahogado sobre un sillon.

—¡Si das un solo grito eres muerto!—dijo Osmany desenclavando poco á poco los dedos que se habian incrustado en el cuello del portugués.

Nuño hizo un gesto de súplica.

—¿A dónde debes llevar esta llave?—le preguntó en voz baja el indio.

Nuño respondió, con voz temblorosa.

—El Sr. James debe ir á buscarla bajo la cureña del cuarto cañon de la batería baja.

El indio sacó de su bolsillo una cuerda y empezó á atar al sillon al portugués,

—¡Perdon! ¡no me mateis!—balbuceó el miserable, lívido de terror.

Osmany no contestó, y tomó de encima de la mesa una de las pistolas del coronel.

Nuño creyó que le iba á saltar la tapa de los sesos; quiso gritar, pero la voz le faltó por completo.

Con la baqueta de la pistola y un pañuelo arrollado, Osmany hizo una mordaza que le puso en la boca; y cuando se convenció de que no podia moverse ni gritar, salió del cuarto, cerrándole con cuidado.

Diez minutos despues James encontraba la llave de la puerta del canal en el sitio convenido, y se la daba al teniente Tobby, que le acompañaba.

—Vos ireis á abrir la puerta de hierro à nuestros amigos,—dijo James al teniente,—yo voy á hacerles la señal que están esperando.

El teniente obedeció.

Se hizo acompañar por dos soldados que le eran adictos, y bajó por la escalerilla practicada en la muralla,

Llegado que fué á la puerta de hierro, hizo jugar el pestillo en sus ranuras y pronto escuchó un ruido lejano, parecido al del agua agitada por los remos.

—¡Eh!—se dijo,—los americanos no han perdido el tiempo. Aun no está apagado el fanal y ya cruzan en nuestras aguas.

Entonces abrió la puerta y esperó.

El ruido aumentó, los golpes de remo se hicieron mas perceptibles. Tobby se acercó al estrecho escalon que servia de muelle, y su vista penetrante interrogó las tinieblas.

Pronto vió moverse á cien brazas del fuerte una ancha barca que se acercaba ràpidamente.

—¿Quién vive?—dijo en voz baja.

—¡Amigos!—contestaron.

La barca entró en el canal subterráneo. Tobby tomó entonces una antorcha de manos de uno de los soldados que le acompañaban, y vió la bandera americana colocada en la popa de la embarcacion.

La barca llegó al desembarcadero.

Dos hombres saltaron para amarrarla y el desembarco se verificó sin ruido.

La barca iba montada por unos cincuenta hombres armados como piratas en el momento de un zafarrancho de combate.

El acero que brillaba en su cinturon lanzaba fulgores sangrientos á la luz de las antorchas.

Una especie de gigante, que llevaba el uniforme americano, iba á su cabeza.

—¿Quién eres?—le preguntó Tobby.

—Un ayudante del general Jackson.

—Bien,—contestó Tobby.—Se os aguardaba. ¿Cuantos hombres traeis?

—Cincuenta.

—Pocos son,

El gigante se sonrió irónicamente, y dando un golpecito en el hombro á Tobby.

—Serán suficientes,—dijo.—Ya veras. Enséñanos el camino.

Algo admirado Tobby con esta familiaridad de mal gusto, hizo un gesto de impaciencia que provocó otra sonrisa del gigante. Este y su gente subie-

ron dos á dos á la muralla, y cuando llegó el último, el coloso dijo al teniente:

—Ahora vamos á esperar al jefe.

—¿Qué jefe?—dijo Tobby.

—Aquel á quien yo obedezco,—contestó el gigante.

Tobby se irguió cuanto su estatura le permitia.

—Me parece,—dijo,—que en este momento no hay aquí otro jefe que yo.

—¡Pues bien!—esclamó el gigante.—¡Mira tu puesto de combate!—y sacando rápidamente su sable de abordage, clavó al teniente contra la cureña de una pieza de sitio.

El golpe habia sido tan terrible, que su cuerpo quedó pendiente á uno y otro lado del cañon.

—Así mueren los traidores,—dijo el gigante reuniéndose á su gente.

Los dos centinelas de la torre Buckingam, á los que Roger habia dicho la contraseña: «Por Amri», le eran absolutamente desconocidos; sin embargo, llevaban el uniforme de los dragones.

Lionel, con el fusil al brazo, vigilaba en la garita colocada á treinta pasos del farol.

Los dos jóvenes cambiaron rápidamente algunas palabras en voz baja. Desde este sitio podian ver el asta del farol, cuya luz formaba un círculo brillante de cien piés de circunferencia.

Casi en seguida se oyeron resonar pasos sobre las losas de la plataforma, y un hombre envuelto en una capa se acercó rápidamente al mástil de señales. Lionel y Roger ahogaron una esclamacion de sorpresa! ¡Habian reconocido al señor James!

El segundon desató la cuerda, que servia para izar el farol, le hizo deslizarse á lo largo del mástil, y las tinieblas se esparcieron súbitamente en la muralla como un velo opaco.

Roger y Lionel se arrastraron á lo largo del parapeto para ir á cortar la retirada á aquel miserable, cuando se dirigiera de nuevo á la escalera.

A doscientos metros á la izquierda del fuerte, se elevaba una roca granítica

de cincuenta piés de altura, que se alzaba en medio de las que circundaban á flor de agua la costa. Para que los navegantes pudieran divisar estos escollos, era para lo que se habia establecido un farol en las murallas del fuerte Saint-George.

Todas las embarcaciones que navegaban en el lago por la noche ponian la proa hácia esta luz que dejaban á estribor.

James permaneció unos diez minutos en lo alto de la torre, en medio de una profunda oscuridad. De pronto, una luz brillante se encendió en la estremidad de la roca de granito.

—¿Qué quiere decir esa claridad?—se preguntó James.

Y sacó un eslabon, preparándose á volver á encender el farol que servia de faro.

Pero dos brazos robustos le sujetaron en las tinieblas, y una voz le dijo al oido:

—No, no, James, es preciso que las barcas americanas se destrocen en los escollos.

Y mientras luchaba por desasirse, la voz continuó:

—Muy mal hiciste, James, en ir á bordo del *Fovvler* y en aceptar la invitacion del capitan, pues el vino que has bebido desató tu lengua, y te se escapó tu secreto.

James quiso gritar; pero sintió la punta de un puñal en su garganta.

—¡Calla, ó eres muerto! calla y escucha.

James quedó inmóvil. El desconocido que le sugetaba en la sombra, prosiguió:

—Te conocemos hace mucho tiempo, segundo de Asburthon; hace mucho tiempo que te seguimos paso á paso, silenciosos como el tigre que acecha su presa: nosotros somos quienes domaron con una mirada al feroz animal que iba á devorar al marqués Roger; nosotros los que reemplazaron por una hoja de buen temple aquella hoja de espada que debia quebrarse como el vidrio y entregar sin defensa el pecho de tu primo al capitan Maxwel; nosotros, en fin,

traidor á tu patria, los que han descubierto tus intrigas con el general Jackson. ¿Oyes pasos y voces? una barca acaba de abordar á la puerta de hierro; ella no tiene necesidad de que el resplandor del faro la guie. Los marinos de *Fowler* saben navegar en la oscuridad. Los americanos están todavia lejos, pero cuando lleguen, los escollos tragarán sus embarcaciones y tu, James, tu que, sin saberlo, los has convidado con la muerte, asistirás á su desastroso fin.

—¡Asesino y traidor! —añadió entonces una voz vibrante de cólera.

James reconoció la voz de su primo el marqués de Asburthon. Haciendo un esfuerzo desesperado, pudo desasirse del que le tenia inmovil y saltó al parapeto de la muralla.

Dos fogonazos iluminaron las tinieblas.

Se oyó un débil grito, luego el ruido sordo de un cuerpo cayendo en el lago.

Un sordo rumor se oyó casi al mismo tiempo en las galerias bajas del fuerte y sonaron detonaciones en las casamatas.

—¡Eso es que empieza el combate!—dijo Osmany.—¡Venid, marqués de Asburthon! nada teneis que hacer ya aquí.

—¡Ah!—esclamó desesperado Roger.—El miserable James nos ha vendido el fuerte á los americanos.

—No,—esclamó Osmany blandiendo su hacha de abordaje, no es el enemigo, es la valiente tripulacion del *Fovvler* que pasa á cuchillo á los traidores y los rebeldes. ¡A la muralla, y viva el rey Jorge!

Los sesenta soldados que estaban de servicio aquella noche, vendidos al teniente Tobby, habian jurado sostener el ataque de los americanos, y se precipitaron al primer disparo; pero pronto comprendieron que estaban vendidos.

Los cincuenta demonios mandados por el gigante Sanson se echaron sobre ellos con el hacha en la mano.

Despertados con sobresalto los oficiales encerrados por Tobby y James, trataban en vano de romper la puerta.

Lionel que se habia puesto á la cabeza de los soldados que habian perma-

necido fieles, vino á sacarlos, y el combate se cambió en una verdadera carnicería, porque los rebeldes que no podian esperar cuartel, resistian con la energía de la desesperacion, atrincherados en una casamata, y al acecho, como cazadores, detrás de los cañones, no tiraban sino á golpe seguro y mataban uno à uno á l s soldados que intentaban bajar por la estrecha escalera del subterráneo.

Roger, ébrio de furor, quiso concluir de una vez, hizo lanzar algunas granadas en la casamata, y se arrojó en seguida á la cabeza de sus soldados en medio del humo y de las balas!

Por tres veces intimó en vano á aquellos desgraciados que se rindieran: entónces sonaron las trompetas, y los dragones cargaron.

Una hora despues todo estaba acabado, y los soldados marchando sobre un arroyo de sangre iban á levantar los cadáveres en la casamata.

. . . . . .

Cuando los primeros rayos del alba blanquearon la cima de los montes y cayeron sobre el lago, Osmany hizo subir á Roger á la plataforma de la torre, cuyo faro no se habia vuelto á encender.

La playa que se estendia á la izquierda del fuerte estaba cubierta de despojos y cadáveres.

—Mirad,—dijo Osmany,—las barcas americanas han venido á destrozarse en los escollos, engañadas por la luz que yo habia hecho encender.

Despues estendiendo la mano hácia el horizonte:

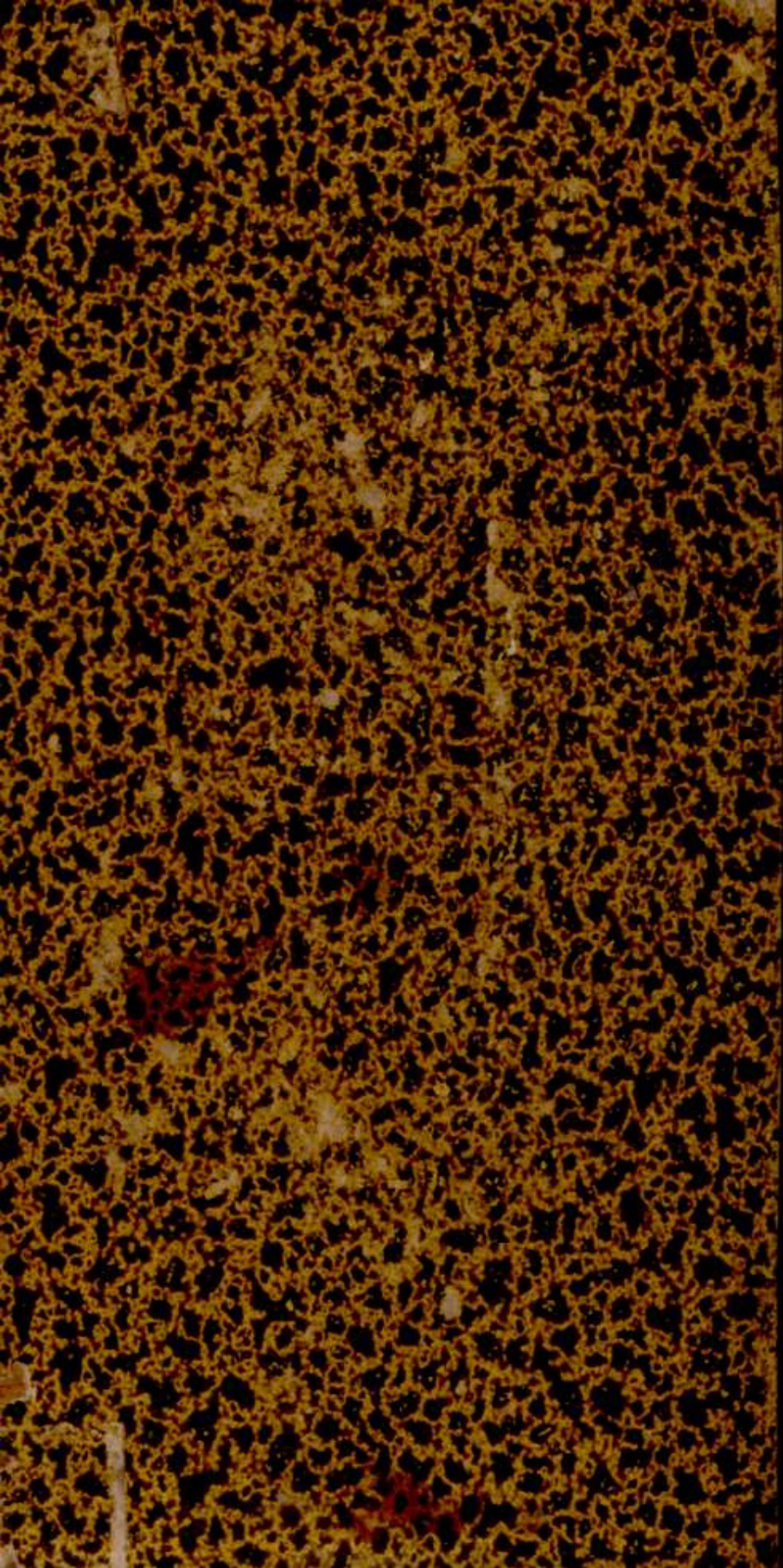
—Mirad aun, señor marqués.

Hácia el horizonte se veian las blancas velas de tres buques de guerra, que enarbolaban;—el pabellon real.

—Vienen en vuestro ausilio,—dijo Osmany:—¡el fuerte se ha salvado! ¡Viva la libre Inglaterra!

—¡Viva el rey Jorge!—gritaron Lionel y los oficiales del estado mayor tirando de la espada.

Una nube de humo se alzó sobre

las azuladas ondas del Erie, y se ovó una detonacion repetida por los ecos. Los buques ingleses saludaban el pabellon de guerra que se acababa de enarbolar en la torre Buckingam.

FIN DEL TOMO PRIMERO.